Mensajes a través del tiempo



MARTA MARTÍN GIRÓN

¿Dónde acaba la ficción y empieza la realidad?

SHAMBHALA

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Shambhala. Mensajes a través del tiempo

© Marta Martín Girón

Edición y maquetación: *Trabajobbie*

Primera edición: julio 2017

SHAMBHALA

Mensajes a través del tiempo



Marta Martín Girón

A todos los seres vivos que habitan este planeta.

A la vida que se halla repartida a lo largo y ancho del Universo.

A nuestros ancestros.

A nuestros hijos.

A Marcos Nieto Pallarés.

Índice


Agradecimientos

Prefacio

Llevaba mucho tiempo sin tener esa clase de sueño. Las luces se perfilaban en un cielo nocturno. Yo estaba en mitad del campo. Apenas notaba la temperatura que me rodeaba. Mis sentidos tan solo se fijaban en el horizonte, en los pequeños puntos luminosos que destellaban en la oscuridad y, en aquello que, como estrellas, refulgían en medio de la noche. En cambio, algo las distinguía de los demás cuerpos celestes. Esos centelleos, que cada vez brillaban más fuertes e insinuantes, además se movían. Dibujaban una especie de formación, primero horizontal y luego vertical. Únicamente podía observarlas sin saber muy bien qué pensar. Eran tan bellas que me hipnotizaban con su juego. Me percibía en paz, tranquila. Confiaba en que aquello no suponía ningún tipo de amenaza, más bien todo lo contrario. Mi pecho latía armónico, regocijándose en la plena confianza que aquella manifestación caprichosa y danzarina transmitía. Hasta tal punto, que deseaba poder acercarme a ellas. Lo anhelaba. Quería entablar contacto con esas evidencias resplandecientes, ya que algo en mi interior me decía que detrás había una inteligencia que las controlaba. Algo que dominaba mis emociones, relajándolas, haciéndome sentir bien, viva y con ganas de investigar. Mi curiosidad se vio interrumpida, una vez más, por el repentino despertar.

Hacía mucho tiempo que no tenía este tipo de sueño, y sin embargo, recuerdo que durante muchos años en mi vida me han acompañado. Nunca han sido nada especial y, en cambio, siempre ha habido algo en mi interior augurando que significaban algo. ¿El qué? Todavía no lo sé. Ni siquiera sé si algún día llegaré a descifrar su significado, aunque el deseo en mi interior es cada vez mayor.

Cuando reflexionas acerca de lo que te puede suceder en la vida, no te figuras que se puedan hacer realidad determinadas ilusiones que han volado por tu cabeza. Y no lo crees posible porque algunas, de simples parecen absurdas, otras, de dañinas desearías no haberlas imaginado nunca y, muchas, están formuladas por tal grado de utopía que pueden llegar a resultar infantiles.

Lo desconcertante es cuando, de entre todo ese ensueño, ciertos pasajes acaban convirtiéndose en realidad, llevándote sin remedio ante un dolor inaguantable o dando paso a una placentera fantasía de cristal.

Capítulo 1

Aquella voz…

Las imágenes se sucedían en mi cabeza sin cesar, a veces como si fueran fogonazos, otras como si estuviera en una película sin sonido y a cámara lenta. No podía ser verdad. Era muy posible que estuviera dormida, que estuviera teniendo una pesadilla de esas extrañas y desagradables que, por desgracia, a la vez sientes tan reales. Sin embargo, mis sentidos estaban muy despiertos. Aunque me percibía inmóvil y un poco desorientada, todo a mi alrededor era muy vívido. Las luces, el olor, la sensación de frío en la piel. Trataba de moverme pero no tenía fuerzas, en eso sí era igual que un sueño.

Entonces, ¿es todo una ilusión onírica?, pensaba. *Si toda esta confusión y malestar se debe a ello, entonces no tengo de qué preocuparme. Además, dicen que cuando ves a alguien morir mientras duermes le estás dando más tiempo de vida…*

Las sirenas de la ambulancia y la policía se dejaban sentir cada vez más fuertes.

¡Este sueño es muy completo!, me dije. Hasta me dolía la cabeza y la pierna derecha. Nunca antes había sentido un dolor tan real dentro de ese estado. Mis ojos se abrían y cerraban con lentitud. Tenía la sensación de querer dormir para siempre, aunque aquel molesto ruido de sirenas lo impedía. Al cabo de unos instantes, ese zumbido infernal cesó de golpe, dejando tras él un silencio sepulcral. Fue entonces cuando pude percibir la voz de mi padre.

—Aurora, hija, ¡¿estás bien?!

Su voz sonaba preocupada y quise responderle…, pero no podía moverme; mi garganta no tenía fuerza para emitir sonido. Mis párpados pesaban todavía más que antes. Quería decirle que estábamos dormidos, que no se preocupara, que dentro de unas horas, quizá minutos, esa pesadilla habría acabado. Los dos nos levantaríamos a la misma hora para acudir al trabajo, nos arreglaríamos e iríamos juntos a desayunar. Seguro que estaba a punto de sonar el despertador, ya casi serían las siete y esta angustia pasaría a ser historia en poco tiempo.

De repente una ligera brisa acarició mi cara. En ese momento fue cuando percibí el vívido olor a asfalto y a algo peculiar… Me recordó a cuando de pequeña acompañaba a mi madre a hacer la compra al supermercado. Aquel aroma era muy similar al de la sección de la carnicería. Hizo que se me pusiera un nudo en el estómago y me entraran náuseas.

—*¿Carne? ¿Por qué huele como la carnicería?* —me pregunté.

Una mano se posó con delicadeza en mi hombro trasladándose con rapidez hacia mi cuello. Su calor me resultó agradable, en cambio, su movimiento me hizo sospechar que se afanaba en comprobar mis constantes vitales y eso me volvió a inquietar.

—Tiene pulso —dijo alguien a mi lado en tono alto confirmando mis sospechas.

—El hombre está consciente. Está atrapado pero parece que solo tiene una fractura en la pierna —contestó otra persona un poco más lejos de mi ubicación.

—¡Traed las camillas! ¡Necesitamos otra ambulancia y que lleguen los bomberos! —chilló quien con anterioridad había comprobado mi latido. Su voz sonaba nerviosa y, a la vez, me resultaba muy familiar.

—¡Sí, tranquilo! Me han dicho por radio que están a menos de cinco minutos. Enseguida llegarán —indicó con firmeza un tercer sujeto. Esta vez se trataba de una mujer.

—¿Hay más supervivientes? —Se interesó otro hombre.

—No, solo el señor y la chica —volvió a contestar la fémina. Sin duda sus palabras denotaban mucho autocontrol—. En el otro coche solo he hallado al conductor y me temo que tampoco ha sobrevivido.

En ese momento me di cuenta de que aquello no podía ser un sueño, estaba pasando de verdad.

¿Qué ha sucedido?, me cuestioné de forma inútil. Mi cabeza no podía recordar nada.

De golpe me vino a la mente mi padre preguntándome si me encontraba bien. Desde luego, lo poco que percibía a mi alrededor me indicaba que estábamos en la carretera, así que era muy probable que hubiéramos tenido un accidente. Pero, por alguna extraña razón mi memoria estaba nublada. Ni siquiera me acordaba de quienes íbamos en el automóvil. ¿Acaso no iba yo sola con mi padre? ¿De quienes estarían hablando esas personas? ¿Por qué no podía rememorar lo que había pasado?

Un nuevo sonido de sirenas empezó a hacerse eco en la distancia. Esta vez retumbaban diferentes a las primeras, más fuertes y estridentes.

—¡Ya llegan los bomberos! —exclamó aliviada la mujer.

—¡Por fin! Ya era hora —El timbre de ese hombre me seguía resultando muy familiar. Era bonito y joven pero se advertía muy tenso.

—La otra ambulancia está todavía a cinco minutos —aclaró—. Tendremos que aguantar hasta entonces.

Pero aquello no hizo que me olvidara de lo que acababa de oír: «tampoco ha sobrevivido». ¿A quién se referían con eso de «tampoco ha sobrevivido»? Ese «tampoco» significaba que había más de un fallecido. El hecho de pensarlo hacía que se me acelerara el corazón.

Tenía ganas de llorar, estaba asustada y a la vez me sentía tan débil... No podía moverme, ni tan siquiera abrir los ojos o hacer la más mínima señal para que no se preocuparan por mí. Deseaba despertar, salir de aquella pesadilla.

—Los compañeros de atestados también acaban de llegar —informó el otro hombre. Este parecía mayor, de unos cincuenta años. No sé por qué lo imaginé con barba.

—¡Perfecto! No perdamos tiempo. Saquemos a estas personas de este amasijo de hierros.

Un bombero se acercó al vehículo para ver la situación.

—¿Solo hay un superviviente? —preguntó con asombro.

—No, la chica también está viva —rebatió rápido y tajante la voz bonita y joven—. Está inconsciente.

El bombero se giró para buscar con la mirada a sus compañeros y los llamó con urgencia.

—¡Deprisa, chicos! —chilló—, hay que sacar a estas personas de aquí y rápido.

En ese momento perdí el conocimiento.

Capítulo 2

Una pesadilla muy real

Habían pasado dos días. Sentía mi cuerpo sobre una cama de colchón duro y confortable. A pesar de que estaba recobrando el conocimiento no podía abrir los ojos, mucho menos moverme. Sin embargo, escuchaba con claridad los ruidos de mi alrededor.

También mi olfato empezó a despertarse.

Olía a..., ¿hospital? Una oleada de recuerdos vino a mi mente con fuerza. Imágenes sueltas, como fogonazos de luz y oscuridad. Recordé a mi padre, el ruido de las sirenas, las conversaciones de las personas que nos atendieron en la carretera. Empezaba a tener claro que aquello no había sido un sueño.

Deseaba moverme, abrir los ojos, ver dónde me hallaba, levantarme de allí e ir a ver a mis padres y a mi hermano. Decirles que me encontraba bien y, a su vez, preguntarles cómo estaban ellos.

No sabía cuánto tiempo llevaría allí inconsciente y mi madre estaría preocupada. Tenía que llamarla para que se quedara tranquila. Y, bueno, a mi padre también tendría que llamarle, él sí que estaría preocupado porque no pude contestarle.

Poco a poco la claridad se empezó a hacer notable. Traté de moverme pero todavía no podía.

¿Y si trato de decir algo?, me pregunté.

—¿¡Hola!? —Aunque no lo esperaba, resultó que me pude oír a mí misma.

¡Sí, funciona!, pensé para mis adentros, eufórica. A pesar de que mi tono era muy débil estaba consiguiendo hablar. Ahora solo hacía falta que alguien me pudiera escuchar.

—Sí —oí la voz de mi padre y unas pisadas que se acercaban torpes y rápidas hacia mí—. ¿Aurora? Hija, ¿estás despierta?

—Papá —suspiré.

—¿Hija, estás bien? ¿Cómo te encuentras? —Su timbre sonaba notablemente emocionado a la par que muy nervioso. Sus palabras casi se atropellaban unas a otras.

—Sí, papá —dije despacio—, me encuentro bien.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó aliviado. Me tomó la mano con sumo cuidado.

—Estoy bien, solo que no puedo abrir los ojos ni moverme —dije un poco preocupada. No conseguía entender por qué no me podía mover.

—No te preocupes hija, enseguida se te pasará —quiso tranquilizarme—, es el efecto de la anestesia.

—¿«Anestesia»? —me extrañé.

—Sí. Han tenido que operarte de urgencia.

—¿Por qué? —pregunté a pesar de que intuía la respuesta. Aun así quería que él me lo confirmara.

—Sufrimos un accidente y te diste un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Qué pasó? —insistí, tratando de entender lo que había ocurrido. La hipótesis de que aquello no era fruto de mi imaginación estaba adquiriendo fuerza.

—Hija, tuvimos un choque con otro vehículo —me contestó compungido. Yo no podía articular palabra. Quería pensar que era una pesadilla muy larga y pesada y todavía no había despertado. Una de esas que parece no acabar nunca, de las que despiertas y vuelves a dormir y sigue por donde la dejaste, de esas tan reales que te sientes abatido incluso después de despertar.

En ese momento entró una enfermera a la habitación.

—Señor, debería descansar —le aconsejó—. Puede que todavía tarde un rato en despertarse.

Aquella mujer hablaba de mí como si yo no pudiera escucharla, como si siguiese dormida.

—Ya se está despertando —se apresuró mi padre a informarla—. Ya habla.

—¡Oh, bien! —exclamó ella con un cierto tono de sorpresa—. ¿Puedes oírme, Aurora? —me preguntó con cariño.

Se debió acercar mucho a mí porque en ese momento pude apreciar su perfume. *Eternity*, de Calvin Klein. Era el mismo perfume que usaba mi madre. Sin embargo, lejos de parecerme agradable, ese olor me provocó náuseas y traté de girar en balde la cabeza a un lado. Por suerte, en cuanto le dije que estaba bien se apartó de encima de mí.

—Enseguida podrás moverte y abrir los ojos —aclaró ella—, ya se te está pasando el efecto de la anestesia. Pero no te preocupes porque no te dolerá nada. Te estamos dando unos analgésicos muy fuertes para que no sientas ninguna molestia —concluyó satisfecha como si eso fuera el remedio a todos los males o me fueran a evitar el dolor que vendría después. En unos segundos se marchó, y di las gracias, ya que se terminó de llevar consigo su fuerte aroma.

Tan solo habrían transcurrido unos minutos cuando, por fin, empecé a recuperar el control sobre mi cuerpo. Casi a la par, pude abrir los ojos y girar la cabeza escasos milímetros en busca de mi padre.

—Papá —le llamé.

—Hola, hija —volvió a saludarme—, ¿qué tal sigues?

—Bien.

—¿Te duele algo?

—No. Parece que solo estoy cansada y soñolienta, como si acabara de correr una maratón de una semana y no hubiera dormido nada en ese tiempo.

—Supongo que será por la operación y las medicaciones que te

están dando.

—Sí, es muy probable —le dije convencida—. Papá, ¿dónde están mamá y Eric?

Formulé la pregunta sin saber muy bien si estaría preparada para una respuesta sincera. Me acordaba de los comentarios de aquellas voces que acudieron a nuestro rescate. Aquella frase «no hay más supervivientes» se hacía eco en mi cabeza una y otra vez.

—Hija —dijo mi padre haciendo una larga pausa, tragando saliva—, solo quedamos tú y yo.

Y fue entonces cuando mis ojos se posaron en los suyos. Me quedé observándolos, viendo cómo se humedecían sin control, tristes, rojos e hinchados de dolor.

Mi estómago se contrajo provocando una gran arcada de incomprensión. Las lágrimas resbalaban con libertad por las comisuras de mis ojos, algunas en dirección a la almohada y otras hacia la venda de mi cabeza. Mi madre y mi hermano se habían ido..., para siempre, pero ¿por qué? No entendía por qué dos grandes personas tenían que morir así, de manera tan trágica y tan jóvenes. Sin tener tiempo para despedirnos. En un suspiro. Como si fuéramos actores dentro de un oscuro decorado onírico que se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla.

¿Estarán en paz? ¿Habrán sufrido?, me preguntaba inquieta sin cesar, sin poder articular palabra, sin poder frenar mi corazón para que acabara con esa agonía dolorosa.

El sufrimiento que crecía en mi pecho era como el de un puñal clavado. Ya no les volvería a ver nunca más porque, aunque creía en la reencarnación, todo sería distinto; otras circunstancias y época, diferentes cuerpos y rostros, distintos repartos teatrales... Si el Universo me condecía todo el tiempo que estimaba, quedaría todavía mucho para ese reencuentro... Pasarían décadas hasta volvernos a ver... Lo sentía tan lejano que me daba miedo.

¿Y si me olvido de ellos en ese lapso?, pensaba.

Pero no, no me olvidaría de ellos. ¡Jamás me olvidaría de ellos! Aunque esa respuesta no era ningún consuelo. Yo quería disfrutar de mi familia ahora, ¡aquí! No dentro de sesenta o setenta años. Y, ¿mi padre...?, ahora solo..., viudo.

¿Qué va a hacer?, me pregunté.

Mi progenitor me acarició la mejilla con su cálida mano, secándome las lágrimas a la vez que, con la otra, apretaba la mía con fuerza mas sin hacerme daño.

—Aurora —me dijo con voz apagada y titubeante—, ayer incineramos los restos de tu madre y de tu hermano.

Esta vez era yo la que apretaba su mano con fuerza. Lo más fuerte que podía, y, sin saber qué hacer ni qué pensar ni qué decir, le pedí

tan solo que me abrazara.

Durante largo rato lloramos juntos la pérdida de nuestra familia. Por suerte, aún nos teníamos el uno al otro.

Capítulo 3

Cartas

Transcurrían ya tres meses desde aquel fatídico día. Apenas un mes después del accidente, mi padre se incorporó al trabajo tras recibir su rehabilitación. En cambio, a mí todavía me faltaban un par de semanas para que me dieran el alta y poder empezar a hacer vida totalmente normal.

A pesar del transcurso del tiempo, era extraño ver cómo a veces todo aquello simulaba ser una gran mentira.

La muerte de mi madre supuso un golpe muy duro, sobre todo para mi padre; desde que se conocieron nunca se había separado de ella. Se escuchaban y siempre llegaban a un entendimiento. Para mí representaban lo que puede llegar a ser el verdadero amor. Eran felices.

En mi caso, a pesar del amor que le tenía a mi madre, mi mayor dolor estaba siendo la pérdida de mi hermano. Tan solo nos llevábamos dos años y medio y siempre estuvo ahí para ejercer de hermano mayor y protegerme. De pequeña era una niña un poco *feucha*, torpe y con pocas amigas. Era el único que conseguía animarme. Incluso cuando me veía entretenerme sola, me cogía y me llevaba a jugar con sus amigos, obviando que a algunos no les hacía mucha gracia...

Eric era el ojito derecho de mi madre, o, bueno, era el ojito derecho de toda la familia. Tengo la certeza de que si solo hubiera fallecido él, ella habría caído en una profunda depresión, o quizá en algo peor.

Hacía tan solo un par de semanas que había sido mi cumpleaños y, a pesar de que estaba mi padre, sentí un fuerte vacío en mi pecho durante todo el día. Aquella fue la primera «celebración» después del accidente y, tanto mi padre como yo, tratamos de hacer lo posible por disfrutarlo, como si ellos también estuvieran presentes. Por encima de todo, daba gracias porque él siguiera a mi lado.

Estábamos afrontando quizá el mayor reto al que nos tendríamos que enfrentar en toda nuestra existencia, seguir adelante sin dos de las personas más amadas de nuestras vidas. Bueno, en mi caso sin tres de ellos, porque con su muerte también desapareció Ian.

En cualquier caso, me preguntaba cómo lo íbamos a hacer, de qué manera lo podríamos superar, o si nos sobrepondríamos algún día. Pero a pesar de preguntarme esas cosas sabía que era pronto. Todavía me dolía recordar aquella noche, o para ser más exactos, rememorar cualquier anécdota anterior al accidente.

La gente dice que el tiempo lo cura todo. Pero un plato que se ha roto no se puede arreglar. Lo puedes pegar mas siempre va a tener pequeñas marcas recordando que un día se rompió. A pesar de todo, algo dentro de mí me decía que con el lapso suficiente conseguiría superar ese dolor, y las fisuras, ahora huecas, se tornarían en aprendizaje, en crecimiento y madurez. Pensaba hacer todo lo que estuviera en mi mano por estar bien, por recuperar la felicidad y conseguir llevar una vida normal, positiva, como antes de que pasara todo aquello. Pensé que la mejor forma para conseguirlo era ser tolerante conmigo misma y dedicarme el tiempo que necesitase para llorar o hablar sobre el tema. Era consciente de que tenía que hacer el duelo a mi familia por el bien de todos, no solo el mío personal, sino también por el de mi padre, el de mi pareja y el de mis hijos aunque todavía no tuviera ni pareja ni hijos. Me animaba pensar que, ellos que ya no vivían, querrían lo mejor para nosotros, lo mejor para mi padre y para mí. Desearían que fuéramos felices, que nos apoyáramos el uno al otro, que rehiciéramos nuestras vidas y siguiéramos adelante. Y estaba convencida de eso porque si fuera el caso contrario yo anhelaría su felicidad.

De manera que empecé a escribir cada mañana una carta como si a través de ella les pudiera hablar, como si estuvieran delante de mí. Les escribía con regularidad relatándoles mi jornada anterior, o mis proyectos para ese día. Les compartía mis ideas, mis metas, mis inquietudes..., todo lo que anhelaba disfrutar y hubiera deseado hacer junto a ellos, igual que si siguieran en mi vida. De esa forma, poco a poco, sentí que su recuerdo y su ausencia ya no me dolía, podía echar la vista atrás sin sufrir, sin apenarme, sin venirme abajo. Me di cuenta de que su esencia siempre me iba a acompañar a todas partes y en cada momento. Y, así, entre carta y carta, fue pasando el tiempo, hasta que en un amanecer me pude dar cuenta de que lo había superado y comenzado, sin apenas ser consciente, a recobrar mi vida. Ya no me daba miedo olvidarlos, ya que cada día se hallaban en mis pensamientos y en mi corazón. Mientras este tuviese latido ellos seguirían vivos dentro de mí.

Pero luego estaba el tema de Ian. Él no había fallecido y, sin embargo, desapareció a la vez que Eric y que mamá, haciendo quizá más doloroso todo aquel proceso. Decidí dedicarle también unos minutos al día para hablar en mi imaginación con él. Le echaba mucho de menos. A pesar de que era el mejor amigo de mi hermano, el resto de la familia y yo le queríamos como a uno más...

¿Por qué habría desaparecido?

Todavía no lo podía entender.

5 AÑOS DESPUES



Capítulo 4

¿Una cita?

Desde que salí del hospital después del accidente, tomé por rutina meditar y escribir todas las mañanas acerca de cómo me sentía. Sí, sobre todo eran mis emociones y proyectos lo que iban dibujando el lienzo en blanco de mi cuaderno.

Antes lo desconocía; ignoraba la satisfacción que te produce escucharte a ti mismo con regularidad para saber lo que sientes, lo que quieres o cómo lo quieres. Me empecé a dar cuenta de que por lo general, las personas actuamos de forma automatizada. Si a un amigo le gusta algo, tú tratas de que te guste ese mismo algo; si por el contrario, este tiene problemas, como pueden ser diferencias con su jefe en el trabajo, enseguida nos ponemos de parte de él, como si en realidad supiéramos lo que ha pasado, como si la batalla fuera nuestra. Somos muy complejos.

Los días fueron pasando sin apreciarlo. Desde la pérdida de mi madre y mi hermano no hacía más que preguntarme el verdadero motivo de las cosas. ¿Qué significaba su pérdida? ¿Habría algo que de verdad pudiera justificar un hecho tan traumático? Y por otro lado, ¿qué simbolizaba mi nueva situación? De repente me vi sin el apoyo de dos personas a las que amaba, o bueno, de tres si contaba a Ian.

La meditación y mis cuadernos se convirtieron en mis mejores compañeros. Eran como claros espejos que me dejaban ver lo que podía haber dentro de mí, mis dolores, preocupaciones, mis inquietudes, mis deseos. Como asomarse a un pozo donde poder observar, allí, a lo lejos, el reflejo de una imagen onírica que me traía información de por qué me sentía como me sentía. Como si mi propio eco quisiera responder a mis preguntas.

Después de una larga etapa observando este fenómeno, por primera vez en mi vida me di cuenta de que jamás, mientras mi corazón latiera, jamás estaría sola. Un mundo entero vibraba dentro de mí.

El paso del tiempo y la práctica regular de introspección me permitió empezar a entender que detrás de todo aquello existía algo más profundo, el verdadero motivo por el que pudo suceder todo aquello, pero aun así me parecía algo muy complejo y todavía no estaba preparada para verlo, mi mente no lo quería traducir aún a un argumento consciente. Eso sí, ahora no había nadie que me pudiera borrar de la cabeza la certeza de que todo ocurre con una finalidad. Respecto al accidente que tuvimos, tenía la convicción de que tampoco se escapaba a esa «ley».

Después de meditar, escribir y arreglarme para ir al trabajo, ojeé la previsión del tiempo para esa jornada. Los días anteriores fueron muy lluviosos pero por fin hoy asomaría el sol. A pesar de estar en abril todavía hacía bastante frío, sin embargo, la predicción meteorológica afirmaba que las temperaturas rondarían los dieciocho grados, así que decidí ir andando al trabajo. Me apetecía pasear y, a fin de cuentas, lo tenía a tan solo diez minutos a pie.

La mañana transcurrió normal, una más, sin grandes novedades, con poco trabajo... Yo diría que tirando a aburrida. Meses atrás la producción y las ventas sufrieron una caída brusca. Ahora pasábamos la mitad del tiempo rellenando horas para cumplir nuestra jornada. No era nada enriquecedor; de alguna forma sentía que estaba perdiendo el tiempo allí dentro. Lo único positivo era que a medio día terminaba mi horario y podía llegar a casa y continuar escribiendo mi novela.

Escribir suponía para mí más que un entretenimiento, una rutina o un desahogo. Era pasión. No solo me sumergía en mi diario todas las mañanas, sino que también había comenzado a plasmar mis ideas e imaginación en forma de novelas. Y lo mejor de todo era que gustaban. Con suerte en unos pocos años podría dejar el trabajo y dedicarme en exclusiva a mis libros. Aunque sabía que eso sería una tarea ardua y complicada.

Ese día, al acabar la jornada me entretuve un rato hablando con un par de compañeras que querían organizar una forzada fiesta de jubilación a un compañero que llevaba con nosotros un par de años en la empresa y del que se rumoreaba que podía estar a punto de jubilarse. No obstante, al hombre no se le veía muy entusiasmado con la idea. Trataba de darles largas sin mucho éxito y convencerlas de que todavía le faltaban un par de años antes de alcanzar su libertad. Se notaba que era un hombre tranquilo, casero y no le iban ese tipo de jaleos. En cambio, ellas no parecían tomarle en serio y cualquier excusa era buena para tratar de salir de fiesta. Parecían *Thelma* y *Louise*, siempre estaban liando alguna.

Después de aguantar unos minutos oyendo sus planes, terminé escabulléndome con disimulo. Tenía ganas de llegar a casa para seguir mi nueva novela y todavía me faltaba un pequeño paseo de regreso.

Bajé las escaleras trotando. Al salir a la calle y sentir la brisa en mi cara me sorprendió la cálida temperatura que acompañaba a ese primaveral mes de abril. Tan solo la camisa era suficiente para cubrir mi torso, de modo que me desprendí de la chaqueta y la colgué del bolso. Comencé a caminar despacio. Me tomaría el paseo con calma; aquello me daría tiempo para relajarme e inspirarme.

Por el camino me puse a pensar en lo que acababa de pasar con «Thelma y Louise». Me aburría en exceso el simple planteamiento de salir de fiesta como cuando tenía veintitantos años. Solo imaginármelo me producía una pereza inmensa: saltar de un bar a otro hasta encontrar uno donde pusieran música que nos gustara, aguantar los tacones, beber cualquier cosa sin apenas tener sed y, lo peor, después de pasadas las dos o las tres de la madrugada, tener que soportar a algún que otro baboso torpe con pretensiones de ligar con alguna de nosotras. No. Definitivamente no. Me negaba en redondo. Mis años de fiestas y desfases ya habían caducado. La época de hacer todos lo mismo como borreguitos inconscientes ya no me atraía. Ahora me apetecía un plan más tranquilo y relajado. Algo más sano. No me gustaba beber alcohol. Tampoco me apetecía estar cada dos por tres acompañando a alguna de mis amigas a la puerta del pertinente bar para que se fumara su correspondiente cigarrillo, porque no me gustaba el humo del tabaco ni de ninguna otra sustancia fumable. Prefería disfrutar de una cena sana, un buen paseo, una *peli* y sus palomitas, de un fin de semana en algún sitio, ya fuera de montaña o playa, estar frente a mi ordenador escribiendo o cualquier otra cosa antes que irme de fiesta. ¿Me estaba haciendo mayor? Supongo que sí, todos nos vamos haciendo mayores.

Algo me sacó de mis pensamientos de golpe. Aquella cara que miraba en mi dirección me quería resultar familiar. Sin embargo, al no llevar las gafas puestas no podía apreciar bien sus rasgos. Nunca me ponía las gafas, me limitaba a llevarlas de paseo en el bolso para posibles casos de extremada urgencia, y aquello no lo era. Bajo mi punto de vista y basado en mi experiencia, mi limitada capacidad de enfoque o, como lo llamaba yo «la vista cansada por exceso de exposición al brillo artificial», se terminaba corrigiendo con el pertinente descanso. En mi caso, sabía que en el momento en que dejara de usar durante unos días el ordenador, la tablet, y sobre todo, el móvil, recuperaría al cien por cien mi agudeza visual.

Así que seguí caminando normal, con paciencia por salir de mi incertidumbre, ya que con solo unos pocos pasos más podría verle con nitidez.

Mientras andaba en su dirección, me llamó la atención el hecho de que no parecía quitarme la vista de encima. Para asegurarme un poco más de que me estuviera mirando a mí, giré con disimulo la cabeza hacia atrás.

¡Genial! Detrás no hay nadie, pensé. Eso quería decir que si saludaba en mi dirección y yo contestaba, no quedaría ridícula como en las pelis.

—¿Aurora? —preguntó el chico según se aproximaba.

—Bien —dije en un susurro—, al parecer no soy la única miope.

Después de andar unos pocos pasos más, por fin reconocí su rostro. Era Ian, el amigo inseparable de mi hermano. Sin duda la persona a la que más había echado en falta a lo largo de esos larguísimos cinco años.

Cuando apenas estábamos a un metro de distancia el uno del otro, los dos paramos en seco. Fui consciente de que me cambió la expresión de la cara. La relajación y libertad que disfrutaba bajo el agradable abrigo del sol, lo percibí desaparecer de golpe para convertirse en una tensión poco usual que en un instante envaró todo mi cuerpo.

La de veces que pude haber fantaseado con él..., o la ilusión que siempre me produjo verle... Por entonces me daba igual si estaba sudado y mal oliente después de un partido de fútbol o recién duchado para salir de fiesta con Eric. Su presencia me hacía sentir bien.

Mas era posible que algo hubiera cambiado. Ahora, al volver a tenerlo frente a mí sentí un inexplicable recelo.

Ninguno de los dos podíamos articular palabra. Estábamos ahí, de pie, quietos, mirándonos a los ojos. Analizándonos, sumergidos en nuestros pensamientos y emociones.

Mi mente voló traicionera a la última vez que lo vi. Fue justo una semana antes del accidente. Vino a casa a recoger a mi hermano. Venía con su pelo castaño repeinado hacia atrás, con aquella camisa azul de cuadros pequeños que tanto me gustaba, sus vaqueros oscuros, esos que dibujaban su contorno con estilo, realzándolo. Sabía cómo vestirse para gustar a las chicas, de eso no tenía duda. ¿Y su perfume? ¡Me encantaba como olía!

—Hola Aurora, ¿qué tal? —preguntó rompiendo el silencio. Sonaba comedido y algo triste. No sabía qué responderle. Verle provocó que se despertaran en mí muchas sensaciones de golpe. Durante estos cinco años había tenido que superar el trauma del accidente, la pérdida de parte de mi familia, ayudado a mi padre a sanar su dolor emocional y para colmo, resignarme ante su injustificada ausencia. ¿Buscaba sinceridad con aquella pregunta? Me sentí muy sola durante mucho tiempo. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que estaba bien? Lo que en realidad quería decirle era que seguía enfadada con él por desaparecer como lo hizo. Por no dar explicaciones. Por dejarme sola.

—Hola Ian —dije por fin sintiendo cómo mis ojos se humedecían. Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que esquivar su mirada por

unos instantes.

—Siento mucho lo del accidente —me dijo, tratando de salvarme de esa situación incómoda.

—Gracias, Ian.

No tenía ningunas ganas de hablar. Era como si me hubiera comido la lengua el gato. Sabía que si hablaba le recriminaría su huida y eso era lo último que quería hacer.

—¿Qué tal estáis? —volvió a preguntar, esta vez metiendo a mi padre en la pregunta.

—Bien, Ian. Ya estamos bien —me atreví a decir. Parecía que el nudo en la garganta se iba deshaciendo.

—Me alegro de que estéis bien —contestó mostrando una tímida sonrisa.

Siempre me gustó su sonrisa, esos dientes perfectos y blancos, esos labios carnosos... Seguía teniendo el mismo atractivo que recordaba.

—¿Tú qué tal estás? —le pregunté saliendo de mis recuerdos y haciendo un esfuerzo por no resultar seca.

—Bien. Acabo de llegar hace un par de días —me contestó con un notable tono de voz más alegre.

—¡Qué bien! ¿Estabas de vacaciones? —dije sin pensar mucho.

—En realidad no. He estado viviendo fuera estos cinco años.

Ahora entendía por qué durante todo este tiempo no lo vi ni una sola vez. Mi cara de asombro debió ser muy evidente porque yo misma me di cuenta de que me había quedado con la boca abierta.

—¿Me vas a decir por qué te fuiste sin decir nada? —le espeté molesta y sin pensar.

—No pude evitarlo. No aguantaba estar aquí —dijo dolido—. No fue una decisión fácil pero no podía quitarme de la cabeza el cuerpo tirado, lacio y sin vida de Eric —hizo una pequeña pausa y noté como la expresión de la cara le cambiaba—. ¿Sabes? ¡Éramos como hermanos! —dijo enfadado elevando la voz.

Sin poder evitarlo los ojos se le llenaron de lágrimas y bajó la cabeza. Una gota se precipitó contra el suelo. Me acerqué un poco más a él y le cogí la mano con suavidad.

—Lo siento —le dije—, no tenía que haberte preguntado de ese modo. Tuvo que ser muy doloroso también para ti.

—No tienes que disculparte, el torpe y borde he sido yo. Espero que puedas perdonarme —dijo sincero.

—Sí, no te preocupes —le dije sonriéndole. Eso pareció animarle porque me devolvió la sonrisa—. ¿Hasta cuándo estarás por aquí? —le pregunté con curiosidad. Me apetecía volver a verle antes de que se pudiera ir de nuevo. Tenerle delante era como poder disfrutar de una pequeña parte del recuerdo de mi hermano y eso me agradaba.

—Tengo intención de quedarme indefinidamente —contestó con la

sonrisa todavía en la cara—. Podríamos vernos si te parece bien, así nos ponemos al día —añadió con creciente ilusión. Parecía haberme leído el pensamiento.

—Claro —noté mi voz más alegre de lo que hubiera pretendido—, cuando quieras. Nos tendremos que dar el teléfono o algo, ¿no? ¿O esperamos a coincidir otro día por la calle? —le dije un poco sarcástica.

Él se rio y acto seguido sacó de su chaqueta el móvil.

—Dime tu teléfono —ordenó.

Mientras le decía mi número y él tecleaba, busqué dentro del bolso mi móvil. Pensaba que me estaba metiendo en su lista de contactos y esperaba una llamada suya para poder guardar también su número en mi agenda. Pero en vez de saltarme una llamada perdida me apareció el icono de haber recibido un mensaje.

—¿Ya? ¿Te ha llegado? —me preguntó Ian.

—Me ha saltado un mensaje. ¿Has esperado a que te salga el buzón de voz? —contesté extrañada.

—No —dijo sin dar más explicaciones mientras yo llegaba al mensaje en cuestión.

¡Por Dios!, la de vueltas que hay que dar para guardar un simple número de teléfono —pensé.

Pero cuando abrí aquel icono me di cuenta de que no era un mensaje por tener una llamada perdida, ni siquiera uno diciendo que tenía un mensaje en el buzón de voz. Era el clásico mensaje de texto y rezaba:

«Tenemos una cita pendiente, ¿te viene bien quedar mañana para comer o cenar?»

Aunque el mensaje no tendría por que ser una cita formal, sino solo un reencuentro de viejos amigos, sentí cómo la proposición me ruborizada. El calor comenzó a subir por mi cara sin control. Por un momento temí que fuera evidente y que el tono pálido de mi piel se tornara en un rojo intenso antes inexistente. Traté de respirar hondo y por fin le miré a la cara con una sonrisa un poco forzada y los ojos más abiertos de lo normal. No había dudas de que disimulaba muy mal, así que de forma automática volví a bajar la mirada temerosa de que en efecto mi cara tuviera el lindo color de una amapola. En ese momento me vino una gran idea a la cabeza, le contestaría también con un mensaje, así podría seguir evitando su mirada y mi piel volvería a su aspecto níveo natural. Después de pensar unos segundos terminé poniéndole:

«Vale, quedamos mañana para comer. ¿Me pasas a buscar al trabajo?»

No podía ser verdad la reacción que estaba teniendo. Me sentía como una quinceañera. Debía tener prudencia, hacía cinco años que no le veía. En ese período podría haber cambiado mucho, haberse

vuelto un gilipollas prepotente o, peor aún, estar casado o tener familia. Yo acababa de cumplir los treinta y dos, y él, si mis cuentas no fallaban, ya tenía los treinta y cuatro. Cualquiera de las dos edades ya eran buenas como para estar asentados. Aunque no sabía muy bien por qué pensaba esas cosas. En realidad solo me hacía ilusión verle y me entusiasmaba la idea de recuperar su amistad. Pero supongo que alguna parte de mí no podía evitar pensar en la posibilidad de que en efecto ya pudiera tener familia o estar casado. Siendo así, sería muy difícil pasar algún tiempo juntos.

En cambio, mis nervios eran por otra cosa. Después de casi cinco años iba a ser la segunda vez que quedara a comer yo sola con un hombre, sin contar a mi padre, claro.

—Perfecto, Aurora —dijo después de leer el mensaje que le acababa de enviar—. Mañana voy a buscarte al trabajo, aunque me tendrás que mandar otro mensaje indicándome la dirección —añadió.

—Sigo trabajando en el mismo sitio de siempre —contesté convencida de que se acordaría. En más de una ocasión vinieron a buscarme él y mi hermano al final de la jornada para llevarme a casa. Les pillaba de paso y los horarios coincidían.

—¡Oh! No me lo puedo creer, ¿todavía sigues allí? Serás la trabajadora más veterana —dijo burlón.

—¿Me estás llamando vieja? —inquirí.

—No quería decirlo, pero... —respondió riéndose.

Le miré con los ojos medio cerrados emitiendo un pequeño bufido mientras le hacía una mueca. Pero él cambió la expresión de su cara. Ya no se reía. Su mirada se encontraba fija en mí, como si sintiera ternura.

—No has cambiado nada —me dijo antes de poder replicarle. En efecto, su voz sonaba seria y sus pupilas permanecían clavadas en las mías. Sentía que estaba analizándome con detenimiento. Durante unos segundos me había olvidado de todo, parecía que nunca se hubiera producido aquel fatídico accidente ni su marcha, hasta que ese comentario me trajo a la realidad haciéndome recordar viejas emociones olvidadas.

—Tú tampoco —zanjé con cariño.

Capítulo 5

Una experiencia inesperada

A la mañana siguiente me levanté eufórica. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Sentía que la ilusión me recorría el cuerpo de arriba a abajo. Un día más iría paseando al trabajo, pero a la salida sería distinto, Ian estaría esperándome. ¿Era posible que estuviera recuperando una parte de mi vida?

Teníamos tanto de lo que hablar, tantas cosas que contarnos para ponernos al día, que solo una tarde juntos se quedaría corta. Pero estaba tranquila. Si de verdad su intención era quedarse indefinidamente, tendríamos todo el tiempo del mundo para poder hacerlo.

Esa mañana la jornada pasó muy lenta. Deseaba salir del trabajo. Cada dos por tres ojeaba mi móvil para comprobar la hora, y de paso, confirmar que no tuviera ningún mensaje suyo diciéndome que no podría venir. Mas no dio señales de vida a lo largo de aquellas largas horas. Antes de que dieran las dos y media de la tarde me fui un momento al aseo a retocar mi raya y máscara de pestañas, me lavé los dientes y, por último, regresé a mi sitio para recoger mi mesa. Volví a echar una ojeada a mi teléfono y vi un mensaje: «Ya estoy abajo». El corazón se me disparó. Latía con fuerza de felicidad y no podía borrar la sonrisa de mis labios.

A las dos y treinta y un minutos ya me encontraba saliendo por la puerta de la oficina. Bajé las escaleras que me separaban de la planta baja tratando de contener la emoción, de hacer como si fuera un día más. Pero no era fácil. Según crucé la puerta principal que daba acceso a la calle, allí, a lo lejos, en la acera de enfrente, le vi de pie apoyado en un gran árbol. Se resguardaba del imponente sol.

Esta vez no tuve dudas de que era él. Sí, el mismo hombre alegre y atractivo que solía ver a diario en mi casa y que de nuevo prometía estar volviendo a mi vida.

Me dirigí en su dirección con paso firme a la par que tranquilo.

Él no hacía nada. Solo me esperaba.

Caminé tratando, en vano, de contener la sonrisa que una vez más se dibujó en mi cara al verle allí. Sin embargo, a pesar de sentirme feliz, poco a poco comencé a notar algo extraño y desconcertante.

Mi cabeza jugó a desdibujar la etapa de su ausencia, haciéndome dudar sobre si ese periodo en el que habíamos estado separados en verdad fue de cinco largos y duros años o tan solo de unos días. Mi mente simuló borrar de golpe el último lapso de mi vida, osando moldear a su antojo mi percepción del espacio y el tiempo. Mi confusión llegó a tal grado que me pregunté si lo anterior al día de ayer se debía a un extravagante episodio de desquiciada imaginación.

¿Llegaría a casa y vería también a mi madre y a mi hermano?

Cuando ya estaba más cerca, él se incorporó y empezó a aproximarse hacia mí. Sin embargo, a pesar de que mis ojos veían con claridad a Ian, una imagen pasó fugaz por mis retinas. Como una alucinación. Como un espejismo trayendo a la realidad una figuración onírica.

Fueron décimas de segundo, pero lo suficiente como para reconocer que esa silueta que se solapaba sobre el cuerpo de Ian me resultaba muy familiar. ¿Por qué de repente veía a otra persona en lugar de a Ian?

No obstante, si me fijaba bien no era la primera vez que lo veía. ¿Pero dónde? ¿Era un déjà vu? ¿Quizá esa noche soñé con él y ahora lo estaba recordando, entremezclándose con la realidad?

Sí, no cabía la menor duda: la figura correspondía a la silueta de un hombre; y no era quien veía hacía un instante. Aunque inusual, no deliraba. El pelo castaño y corto de mi amigo se había tornado rubio, largo hasta los hombros. Su altura también difería. Semejaba ser bastante más alto.

Mas de pronto, aquella imagen igual que vino se fue, se desvaneció por completo. Ahora solo podía ver la cara de Ian acercándose hacia mí mostrando una de sus bonitas sonrisas.

—¿Estás bien? —me preguntó nada más llegar a mi altura.

No me di cuenta de que esa ilusión óptica me había borrado la sonrisa de la cara. Mi rostro ahora lucía serio, con el ceño fruncido por mi esfuerzo en recordar dónde pude haberlo visto antes.

—Sí, estoy bien —contesté con rapidez saliendo de mi cavilación.

Fue fácil olvidarme de aquel extraño lapsus. En unas décimas de segundo mis ojos, pensamientos y toda mi atención se volvieron a centrar en él. Este se inclinó para darme un par de besos. Dos suaves caricias con sus labios que a mí me supieron a mucho más. Su piel suave y fresca se sentía recién afeitada. Su cabello se veía húmedo, emanando un agradable y cautivador dulce aroma. Parecía que acababa de salir de la ducha. Busqué en la proximidad su antiguo perfume y no lo hallé. ¿Habría dejado de usarlo? En el fondo lo agradecí, porque sabía que ese olor vendría acompañado de nostalgia.

Al cabo de unos minutos llegamos a un restaurante. Nos fuimos a la mesa más apartada y escondida que vimos. La conversación empezó con alguna que otra broma, con recuerdos de nuestra niñez. Hablamos de todo menos del accidente. Me dijo que no tenía hijos. Tampoco estaba casado. Ni siquiera tenía novia. Debo confesar que eso me tranquilizó ya que me era imposible no seguir sintiendo una gran atracción por él.

Ya casi habíamos terminado de comer cuando un camarero se acercó y nos ofreció una carta de postres. Mientras la ojeábamos, el mozo comenzó a retirar los platos vacíos de la mesa. Tras una breve ojeada, yo terminé pidiendo un poleo e Ian un café solo con hielo. Una vez que el joven nos tomó nota y se ausentó, fue cuando me fijé con más detenimiento en mi viejo amigo. A pesar de que conservaba el mismo sentido del humor, de que mantenía las mismas ideas y semejante forma de expresarse, se podía apreciar algo distinto en él. Al menos yo lo sentía así. Dudé por un instante si era solo fruto de mi percepción, pero no. Después de estar un rato con él me pude ir dando cuenta de que, detrás de toda esa imposta, se escondía un hombre sensible y afligido tratando de ocultar un dolor atrapado en su memoria.

—Ian, no intentes protegerme —le dije mirándole a los ojos.

—¿Cómo? —Mi pregunta le pilló desprevenido—. No te entiendo —añadió mientras analizaba mi rostro.

—Quiero decir…, creo que tratas de esconder tu tristeza detrás de la vieja fachada a la que los dos estábamos acostumbrados.

En ese momento volvió el camarero con nuestras bebidas. Mientras las dejaba en la mesa, me percaté de que la práctica regular de las meditaciones me estaba despertando una sensibilidad especial para, en algunas ocasiones, adelantar acontecimientos en el tiempo o incluso, para reconocer las emociones que pudieran estar sintiendo otras personas.

—No trato de protegerte —contestó después de unos segundos cuando ya se había ido el mesero.

—Está bien. Lo siento entonces —respondí apartando la mirada de sus ojos.

Cogí la cucharilla y la sumergí en el poleo para darle vueltas y que se enfriara. Parecía como si el silencio hubiera inundado todo el restaurante. Ni siquiera podía percibir el sonido de los tenedores sobre los platos, ni de los vasos de cristal, ni el zumbido de la gente hablando. Nada, no oía nada. Mi atención se había transportado a otro lugar, a un escenario lejano. Los recuerdos emergieron de golpe, haciéndome volver a sentir aquel frío extraño, la sensación de estar tirada e inmóvil, la imposibilidad de no poder hacer otra cosa más que esperar. Oí a mi padre preguntarme si estaba bien. Sentí de nuevo mi cuerpo débil ignorando las órdenes que le daba… Y una vez más escuché las sirenas… Esas que se hacían eco a lo lejos y culminaban en un estruendo quebrantador. De pronto, la reproducción de una voz se abrió paso en mi cabeza. Sonó alto, sonó real. Aquel timbre joven y familiar que no pude reconocer en medio de mi inconsciencia ahora sí sabía a quién pertenecía.

—¡Eras tú! —dije con tono anfractuoso levantando la mirada de la

taza y volviendo a la realidad.

Él me miró, primero a los ojos, luego los bajó hasta fijarlos en su café. Sabía de lo que le hablaba.

—Sí —contestó por fin después de unos segundos de silencio—. Era yo.

—Pero, ¿cómo es posible? —pregunté desconcertada.

—Es una historia un poco larga de contar.

Yo permanecí callada esperando a que se sincerara.

—Llevaba dos meses yendo como apoyo en los servicios de ambulancia. Esa noche mi compañero no se encontraba bien y me pidió que cubriera su turno. A las dos de la mañana dieron un aviso por radio de un accidente a las afueras de Madrid. Nos pusimos en marcha pero no sabíamos el alcance del impacto. Al principio solo conocíamos que había dos coches involucrados. Cuando llegamos y vi un vehículo como el de Eric no le di importancia. Hay tantos coches iguales que no te paras a pensar que puedas conocer a las personas que van dentro, y menos, que te toque atenderlos. Hasta que me acerqué y le vi... —Ian hizo una pausa. Se llevó las manos a la cara tapando sus ojos, clavó los codos en la mesa mientras intentaba oxigenar sus pulmones. Se veía que el recuerdo de todo aquello seguía afectándole mucho, quizá porque durante años trató de ocultarlo. Era muy probable que también hubiera llegado el momento para él de sanar aquella herida.

Por mi parte no podía articular palabra alguna. Estaba estupefacta con su relato. No tenía la menor idea de que se encontró presente en aquella fatídica escena. Era como si me estuviera narrando un pasaje de una película que yo misma había protagonizado y sus palabras despertaban algunas memorias que, por suerte, ya no eran tan dolorosas. En cambio, pasar por aquella experiencia me permitía empatizar por completo con los sentimientos que aún oprimían su pecho. No podía evitar emocionarme al percibir su dolor y tristeza. Dentro de mí aquel recuerdo ya no me desgarraba, no me hacía sentir desconsolada ni confundida. Entendí que al aceptar de corazón su partida y entender que era su hora, me liberé de una gran carga de angustia. Ahora, hablar con Ian del accidente me servía para confirmar que de verdad lo tenía superado. Sin embargo, eso no me eximía de conmocionarme ante su relato, por su aflicción y sufrimiento.

Al mantener tanto tiempo en silencio aquella desoladora experiencia se había convertido en esclavo del profundo vacío y tortuoso tormento que esa noche hospedó su corazón. Prisionero de un dolor más intenso y quizá más visceral de a lo que pudo alcanzar el mío en su momento. Debió sentirse muy impotente al no poder hacer nada para salvar a su mejor amigo.

Durante unos instantes no supe qué hacer. Mi mirada se enturbió como fiel compañera a las palabras que no conseguían emerger en mi garganta. Al cabo de unos segundos, Ian se retiró las manos dejando al descubierto su compungida faz, encumbrada por sus preciosas pupilas bañadas de emoción.

—Viendo aquello —prosiguió—, solo pude acercarme al coche para comprobar si estabais vivos. Tu hermano, inerte... En el estado en que lo encontré no hacía falta comprobar su pulso para saber... —suspiró.

»Luego vi que tus padres y tú también ibais en el coche, y fui directo hacia ti. Dentro de mi intento de conservar la serenidad rezaba por que siguieses viva. Pero te mantenías tan quieta que..., por unos instantes el terror me invadió.

»Llegué a tu altura y vi que tenías una fuerte contusión en la cabeza. La sangre recorría tu pelo, tu cara... Tuve mucho miedo de que tú también te hubieras marchado de mi lado.

»Gracias a Dios te encontré pulso. Era muy débil pero regular y eso me tranquilizó. A pesar de que pudieras estar mal herida, sabía que tenías posibilidades de salir adelante.

»Tu padre estaba consciente así que le dejé para el final. Busqué a tu madre y también permanecía inmóvil. Me aproximé para ver su situación, pero no le hallé pulso.

»Al parecer, tanto tu hermano como tu madre murieron en el acto. Hubiera sido imposible hacer algo por salvarlos —un lamento hondo se ahogó fuera de su pecho.

»No tardaron en llegar los demás coches de emergencias. En cuestión de minutos os trasladamos en ambulancia al hospital más cercano. Mientras íbamos de camino me pasaron mil cosas por la cabeza. ¿Cómo podía ser cierto lo que estaba pasando? Apenas hacía unas horas había estado en vuestra casa con Eric, pensando en lo que haríamos después del partido del domingo...

»Era una pesadilla muy real.

»Al llegar al clínico no podía separarme de tu lado. No quería imaginar que tú también desaparecieras de mi vida. Empezaron a hacerte pruebas y dijeron que tenías un traumatismo craneoencefálico. Necesitabas ser operada de urgencias, aunque lo peor de todo era desconocer si *saldrías* de la operación o si te quedarían secuelas de por vida. A pesar de saber que eres una mujer fuerte, siempre lo has sido, no hacía más que preguntarme: *¿y si no lo consigue?*

»¡Dios! fueron las peores horas de mi vida. No sabía qué hacer, qué pensar, dónde meterme. Lloraba como un niño sin consuelo. No quería hablar con nadie, quería estar solo. Deseaba despertar de aquella pesadilla.

»Cuando saliste del quirófano me dijeron que había ido todo mucho mejor de lo previsto. Tenían esperanza de que en poco tiempo

pudieras recobrar tu actividad normal. Fue ahí cuando pensé que lo mejor sería desaparecer durante un tiempo. Irme a algún lugar lejano para que se enfriaran los recuerdos. Me convencí de que si permanecía lejos tu recuperación sería más rápida. A fin de cuentas, ya no estaba Eric… No sabía si mantendríamos la amistad después de que él ya no estuviera.

Mis oídos escuchaban con atención sus palabras. En verdad había sufrido mucho con todo aquello. Sus sentimientos llegaban a mí como caballos desbocados. Le comprendía tan bien… En cambio, lo que él no sabía era que estuve llorado la pérdida de mi familia, pero también la suya. Todo el desgarro ante su partida, la rabia que hasta entonces me provocaba pensar que me abandonó de forma deliberada, estaba desvaneciéndose al entender por qué tomó esa decisión. Una decisión fundada en la aflicción que le vino encima. No podía reprocharle nada. Y, aunque durante mucho tiempo no lo supe ver así, mi convencimiento se asentó: *pensó que aquella idea resultaría lo mejor para todos.*

Su *confesión* redimía los sutiles rescoldos pendientes por sanar en mí, suponiendo a la vez, la liberación de mucho dolor reprimido. En ese momento, y a pesar de que él seguía sintiendo ese desconsuelo, después de tantos años por fin yo podía sentirme en paz.

—Lo siento Ian —me atreví por fin a decirle—, ha tenido que ser muy duro. Durante este largo periodo no concebí por qué te marchaste. Pero ahora sí y lo entiendo a la perfección, por eso creo que mereces una disculpa. He sido muy dura contigo aunque no lo hayas percibido. Al desaparecer sufrí una agonía… Pero ahora que sé el motivo real por el que te alejaste… Sí, fui injusta; no debí juzgar tus actos.

—Yo también lo siento. Me he alejado de ti muchísimo más tiempo del que hubiera deseado. Además, no me sirvió para olvidar. Permaneciste cada día rondando en mi cabeza. Me preguntaba cómo estarías, si habrías superado tanto dolor, si tu salud se habría recuperado por completo… Los primeros meses llamé a mi madre todas las semanas, casi a diario, intentando averiguar algo sobre ti. Pero no me decía nada. Para ella también estaba siendo difícil superar la muerte de una de sus mejores amigas, así que hacía lo posible por no verte. Tenía miedo de encontrarte desmejorada, impactarse ante el mal estado en que pudieras estar, que tuvieses una recaída… De esa manera, ella no disponía de información, y yo menos.

—Es verdad, nuestras madres se llevaban muy bien. —El recuerdo dejó que escapara una sonrisa de mis labios—. No pasa nada, de verdad. Dejemos el pasado atrás y centrémonos en el presente. Bastantes sufrimos con aquel suceso… Creo que ya es hora de disfrutar

la vida y de sanar viejas heridas.
—Sí. Ahora que estoy aquí contigo creo que va a ser más fácil superar de una vez todo aquello. Y más sabiendo que no me guardas rencor por mi desafortunada decisión de marcharme.
—Por esta vez te perdono, pero que no se vuelva a repetir —bromeé tratando de salir de aquella conversación que se estaba volviendo tan íntima y a la vez incómoda—. Con tu regreso me doy por satisfecha.
En ese momento, y como si viniera a mi rescate, apareció el camarero con la cuenta. Se había hecho tarde y solo quedábamos nosotros dos en la mesa de la esquina. Me dispuse a sacar el monedero pero Ian me interceptó.
—Yo te invito.
—No es necesario —le dije con cariño.
—Lo sé, pero me apetece hacerlo. Ya invitarás tú a la próxima si quieres.
—¿Te refieres a si quiero que haya una próxima vez o que a la próxima vez si quiero pago yo?—, jugué con sus palabras buscando si tenía una verdadera intención de volver a vernos.
—Espero que quieras que nos volvamos a ver. Me lo he pasado muy bien y desearía repetirlo a menudo.
Se dibujó un feliz y tímido gesto en mi cara. Me sentía dichosa porque todo indicaba estar recuperando a aquella persona que un día fue tan especial en mi vida y, ahora, sin lugar a dudas, sabía que aún lo seguía siendo.

Después de que el camarero le trajera la vuelta, y dado que nos encaminaron con sutileza a abandonar el restaurante y me apetecía seguir disfrutando de su compañía, según nos disponíamos a levantarnos se me ocurrió invitarle a visitar mi piso. Sin pensárselo dos veces me respondió un rápido «vale».
De camino recordé cuando éramos más jóvenes; le gustaba tomarme el pelo y bromear diciéndome que siempre viviría con mis padres. Ahora quería aprovechar esa oportunidad para demostrarle que se había equivocado y que, incluso sin tener pareja, pude ser capaz de «salir de la cunita», como él siempre lo llamaba. Todavía faltaban muchos muebles, pero eso no me importaba. Estaba orgullosa de mi casa y de mi independencia. De la libertad que eso me ofrecía. La sensación de no tener que dar explicaciones de lo que hacía, de cuándo entraba o cuándo salía, de pasearme todo el día por la casa en pijama si era lo que me apetecía, o en ropa interior. Comer en la habitación, en el comedor, en el suelo… Tumbarme a la hora que se me antojase; cantar desafinando, eso sí, con las ventanas cerradas para que nadie en el bloque me escuchase… Eran tantos los motivos por los que me encantaba vivir sola…

Después de unos minutos de indicaciones llegamos a mi casa. A lo largo de todo el trayecto permanecí muy tranquila, demasiado entretenida marcándole el camino para llegar pero, ahora que ya asomaba la estructura del edificio, mi corazón pegó un salto y empezó a latir más rápido.

¿Y si se cree que quiero algo más?, pensé en mi acelerado fuero interno. No quería darle una impresión equivocada. Aunque me atraía mucho no estaba preparada para comenzar una relación sentimental, ni siquiera acostarme con nadie; menos con él.

¿Habrá pensado que quiero sexo y que por eso le invito a casa?

Mis facciones debieron cambiar mucho porque nada más aparcar se dio cuenta de mi tensión.

—¿Estás bien? —dijo examinándome.

—Sí, creo que sí —traté de relajarme y de disimular esquivando con sutileza su mirada. Cogí el bolso y me bajé del coche, casi huyendo de su lado.

¿Qué te pasa Aurora?, me decía a mí misma, *no puede ser que seas tan payasa y te estés preocupando por esta tontería. Si se lanza y a ti no te apetece, ya eres mayorcita para frenarle. ¡Mierda!, ya tienes treinta y dos años, no eres una chiquilla. Y además, no es el primero con el que te acuestas. Pero, espérate, ¿quién ha dicho nada de acostarse con nadie? Deja de pensar, Aurora, deja de pensar. Además, tranquila, seguro que él no está pensando cosas raras y seguís una conversación igual de tranquila e inocente como la que estabais teniendo en el restaurante... ¡Já! y un cuerno, ¿conversación tranquila e inocente? ¡Eso no te lo crees ni tú! En más de una ocasión has tenido ganas de tirarte encima de él, así que ahora no disimules. No, no, no. ¿Tirarme encima suyo? No. ¿O sí? No, creo que no. Sería solo la alegría de poder volver a verle y estar en su compañía. ¡Aurora, tranquila! No hay de qué preocuparse. ¡Dios!, me va a dar algo...*

Ian bajó del coche y cerró la puerta de golpe. Aquello me sacó de mis acelerados pensamientos que iban y venían desbocados en medio de mi propia confusión. Todo careciera de sentido. Me encontraba hecha un lío y era consciente de ello. Respiré hondo y traté de concentrarme en buscar las llaves del portal dentro de mi bolso. Ian esperaba a mi lado. Temí por unos instantes que mi nerviosismo se notara y se me escapó un suspiro de exasperación.

—¡Albricias, aquí están! —dije elevando las llaves por encima de mi cabeza en un gesto victorioso. De soslayo vi a Ian sonreír.

Abrí el portal y llamamos al ascensor. Subimos en silencio y por un momento temí fantasear con él dentro de aquel reducido habitáculo, así que traté de pensar en las cosas que tenía de comer y de beber en

la nevera.

Por fin llegamos a la segunda planta. Salí escopetada de aquella metálica caja incitadora dirección a la puerta de mi piso. Introduje con energía la llave en la cerradura y después de un par de vueltas de pestillo, pude hacer a un lado la trampa que nos separaba del interior de mi guarida.

—Adelante —dije invitándole a entrar.

Ian accedió despacio. La escasa luz le hizo dar pequeños pasos con cautela, supongo que por miedo a chocar con algo. Aquella mañana, con las prisas por llegar temprano al trabajo, se me olvidó dejar las persianas levantadas y ahora la luz era muy tenue, casi no se veía nada. Antes de que aquella falta de luminosidad se convirtiera en una acogedora invitación al erotismo, decidí ir encendiendo todas las lámparas que iba encontrando a mi paso.

—Ven, te enseñaré la casa.

—¡Qué calentito se está aquí! —dijo desabrochándose la cazadora.

Y en realidad sí que hacía calor, sí. Al no tocar el termostato, la calefacción llevaba puesta desde las cuatro de la tarde. Además odiaba el frío, con lo cual siempre la tenía en un mínimo de veintidós grados. Le cogí el abrigo de las manos y al llegar a mi habitación lo solté encima de la cama junto al mío.

Traté de enseñarle rápido mi hogar, pero se iba entreteniendo en cada espacio, con cada detalle. Sabía que muchos objetos le resultaban familiares y era posible que le trajeran fuertes recuerdos. Cuando llegamos a mi despacho paró en seco. Una de las paredes lucía decorada con fotos, dibujos y algunas cosas de mi hermano, entre ellas, una de sus camisetas de fútbol que años atrás enmarqué entre cristales a modo de cuadro. Destacaba en medio de todo lo demás con el número trece a la espalda, mi número favorito. Se detuvo a mirarlo.

—Es mi despacho —le dije con una voz suave.

El asintió con la cabeza sin decir nada. Continuó parado de pie, mirando de un lado a otro. Me percaté de que sus ojos se posaban en una foto un poco más grande que las otras. Recogía la estampa de Eric, Ian y mía. Me habían puesto entre medias de los dos con un gorrito de fiesta. Estábamos celebrando el vigésimo noveno cumpleaños de mi hermano. Ian se acercó despacio para verla con más detalle. En su rostro se dibujó una sonrisa. Sentí que aquella expresión iba cargada de felicidad por los viejos recuerdos, a la vez que de añoranza. Imité sus pasos hasta aproximarme a él, este se giró.

—Ese día estabas especialmente guapa —me dijo con ternura manteniendo su bonita expresión de alegría melancólica.

Yo le miré y le sonreí con timidez. Sin pensarlo dos veces me acerqué más y le abracé. Apoyé mi cabeza en su hombro y le apreté fuerte contra mí. Él respiró hondo y acto seguido me correspondió

envolviéndome con firmeza entre sus brazos. Ellos me transmitían la seguridad que en esos cinco años había echado en falta, y sentí evaporarse mi energía…, las piernas me temblaban, mi pecho latía rápido. Un extraño calor recorrió mi cuerpo de arriba a abajo. Pensé por un momento que me iba a desmayar. Pero no. Permanecí de pie, deleitándome con el cariño que me transmitía, disfrutando por fin de él.

Pasaron los segundos sin movernos, sin poder despegarnos uno del otro.

—Siento haberte dejado sola tanto tiempo —me dijo con una voz dulce casi imperceptible.

—Yo también siento que no hayas estado durante todos estos años —confesé con timidez recordando la conversación del restaurante.

Sentí que ambos teníamos miedo de soltarnos, incluso de mirarnos de nuevo a los ojos. Por mi parte temí que si le contemplaba tan de cerca quisiera besarle, por su parte parecía como si le diera pavor volver a hacerme daño.

Poco a poco traté de separar mi cabeza de su pecho, pero por un instante noté que él no cedía en su efusividad. En el fondo no me importaba, me encontraba muy a gusto. Creo que podría haber permanecido así durante horas. Mas cuando me disponía a relajar de nuevo mi pecho sobre el suyo me cogió de los codos y me separó con decisión. Clavó sus ojos color amarillo verdoso sobre los míos. Quise evitar su mirada pero a la vez parecía hipnotizada. Noté que mi ritmo cardiaco se aceleraba sin control. Traté de respirar hondo para relajarme, pero aquello hizo más evidente que me estaba poniendo nerviosa. Aun así, él seguía quieto, observándome, analizando mi cara, mi expresión, mis ojos…, ahora mi boca. La sensación de que el tiempo se fundía a cámara lenta me desconcertó por completo. Deseaba adivinar qué pensaba, por qué me miraba impertérrito y no hacía nada. Pero era inútil. La facción de su cara era tan impasible que no podía deducir ninguna interpretación. Por fin, se inclinó despacio hacia mi cara. No sé si pensé que me iba a besar o me hice ilusiones de que lo iba a hacer, pero yo obré del mismo modo, me acerqué retraída en dirección a la suya. Por suerte, algo pareció frenarme, cosa de lo que pronto me alegré, porque en ese momento se inclinó más a un lado, sobre mi cuello, y empezó a olisquear.

—¿Qué perfume llevas? —Preguntó sacándome de mi nube de fantasía y trayéndome sin contemplación a la Tierra.

De verdad que no me esperaba eso. Fue un poco frustrante. Y de hecho se debió de notar en mi cara o en mi respuesta.

—El de siempre —contesté sin pensar, alejándome notablemente de él.

—¿Te ha molestado algo de lo que he dicho? —Obviamente solo me

podía haber irritado esa pregunta, pero a la vez, era consciente de que no representaba algo tan fastidioso como para que me importunara..., traté de salir por la tangente.

—¿Quieres un café? —le dije risueña.

Cualquiera que no me conociera pensaría que tenía trastorno de personalidad o algo.

—¿Qué?

—¿Que si quieres un café? —le repetí sin perder la sonrisa. Estaba claro que le había desubicado por completo, así que aproveché la ocasión para zafarme de sus manos e ir veloz a la cocina.

Nada más salir de la habitación sentí como llenaba con fuerza mis pulmones. Fue una situación muy incómoda. De camino a mi escondrijo me recriminé confusa por haber deseado que me besara.

Arrgggg, ¡ilusa fantasiosa!, me reproché enfadada.

Sabía que era mejor dejar las cosas tal cual y no mezclarlas. Aparte, ¿a qué venía esa repentina «debilidad carnal»? Al parecer necesitaba echarme un novio o, por lo menos, un ligue de una noche. Tantos meses de abstinencia me estaban jugando malas pasadas.

Llegué a la cocina y abrí el grifo para servirme un buen vaso de agua fría. De paso cogí otra poca en una cacerola para prepararme una manzanilla con menta. Yo no tomaría café, solo me faltaba eso, excitarme más.

No me había dado cuenta de que Ian se encontraba detrás de mí y según me giré tropecé con él. Por suerte no le mojé. Lo que menos necesitaba era la típica escena de película del hombre atractivo recién empapado que se tiene que quitar la camisa para secarse, mientras la protagonista «babea» al ver el dorso desnudo de su invitado. No, por fortuna solo se roció el suelo.

—Perdona, no debí ponerme detrás de ti —se disculpó apresurado.

—No te preocupes, voy a por la fregona y en un momento se seca.

Aquello me sirvió para, de nuevo, alejarme rápido de su lado. En ese gesto fue cuando me di cuenta de que ahora la que estaba huyendo era yo. ¿A qué tenía tanto miedo? ¿Por qué le evitaba? Me quedé allí agarrada al palo del trapeador durante unos instantes mientras intentaba poner en orden mi cabeza y relajaba mis nervios.

Tranquila, me dije, *está todo bien. No va a volver a desaparecer.*

Y, en vez de desaparecer lo que hizo fue surgir justo a mi lado. Un gato hacía más ruido que él al moverse.

—Perdona, te he asustado —me dio otra disculpa al percatarse de mi sobresalto.

—Sí, no te he oído llegar.

—Creo que debería marcharme; siento que estás incómoda y no quiero ser una molestia —dijo comprensivo.

Sus palabras me tranquilizaron de inmediato, y eso, sumado al simple hecho de que pudiera marcharse sin saber cuándo volvería a verle, me impulsó a pedirle que me acompañara todavía un rato.

—Lo siento —expliqué—, sé que no tenía motivo pero me he puesto nerviosa. Me gustaría que te quedaras un poquito..., si te apetece, claro.

Pronto me di cuenta de que en verdad desconocía si era él quien se sentía incómodo y había empleado esa fórmula como excusa para irse. En cambio, aunque no quería atosigarle, ya era tarde, le acababa de confesar que me apetecía que permaneciera algún tiempo más conmigo.

Su respuesta me impactó.

—Creo que me quedaría contigo toda la vida si me dejases —contestó con rostro serio.

Se me subió una ceja de la impresión. Yo trataba de averiguar si me tomaba el pelo o de verdad se sentía a gusto cuando estábamos juntos. Aquello nos llevó a otra situación incómoda. De nuevo se quedó mirándome con vehemencia mientras yo, como tonta, me perdía en sus preciosos ojos ocre y esmeralda. Pero esta vez fue distinto, algo dentro de mí respiraba con más tranquilidad. Confiaba por completo en él, en su juicio, en cualquier cosa que me pudiera hacer o decir. Una mano suya se posó con delicadeza en mi cara. Sentí cómo la deslizaba con suavidad por mi cuello, quizá en dirección a mi nuca. Era placentero apreciar su tacto, su piel suave, su tórrida palma.

—Aurora, estás caliente —su tono de voz reflejaba cierto desconcierto.

Aquello me sacó de golpe de mi regocijo.

—¿Qué? —contesté incrédula.

—¿Te encuentras bien? —insistió preocupado.

—Sí, un poco cansada y con sueño —dije después de analizar mi cuerpo.

—Creo que tienes fiebre —explicó.

Salvo el ardor que corría por mi cuerpo, no tenía ninguna sensación de estar enferma. A lo largo de toda mi vida nunca había tenido una fiebre que me provocara calor interno, más bien todo lo contrario, frío y tiritonas incontroladas muy desagradables.

—¿Tienes un termómetro? —me preguntó Ian sacándome de mis recuerdos.

—Sí, en el tercer cajón del baño de mi habitación.

Ambos fuimos hacia mi dormitorio. Me senté en la cama mientras él buscaba el aparato.

Al cabo de unos segundos me lo trajo, dándomelo para que me lo pusiera bajo la axila. Al tiempo que yo me ahuecaba la blusa, Ian volvía a palparme la cabeza. Primero la frente, luego la cara y el

cuello.

Aquello no debió esclarecerle en demasía, ya que de seguido apoyó su mejilla en mi piel, comenzando así de nuevo su recorrido. Dicho gesto me recordó a cuando mi madre trataba de calcular mi temperatura estando enferma. De forma inconsciente sonreí y se percató.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —contesté mostrando ahora una mueca más abierta.

Me inquirió con la mirada.

—¿De verdad no me lo vas a contar?

—Me has recordado a mi madre, solo eso.

Al decirle esto sus labios se arquearon con evidente ternura.

Durante un par de minutos permanecimos en silencio distraídos hasta que el suave pitido del termómetro nos trajo de vuelta a la realidad. Sin darme tiempo Ian se apresuró a retirarme el termómetro.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Tienes casi treinta y nueve grados —respondió alarmado—. ¿Cómo es posible que no te hayas enterado de que tenías fiebre? —argumentó con notable extrañeza.

—Supongo que estaba tan a gusto contigo que no me he dado cuenta.

Me arrepentí en el acto de haberle contestado sin pensarlo primero pero, si volvía a confesarle alguna cosa que no debía, siempre podría echarle la culpa a los «delirios» provocados por la alta temperatura. En ese momento un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y mi vista se nubló sin previo aviso. La expresión desorientada de mi semblante alertó a Ian que con rapidez se acercó a mí para sujetarme.

—¿Estás bien?

—Bueno, un poco mareada, creo.

En realidad no entendía qué me sucedía. Nunca antes había tenido fiebre y mareos al mismo tiempo.

—Túmbate —ordenó mientras con una mano me sujetaba y con la otra apartaba la colcha de la cama.

—Sí, será mejor que me tumbe.

Me quitó las botas y me ayudó a recostarme.

—Espera aquí, voy a por un paño húmedo para ponértelo en la cabeza.

—Aquí te espero. —Desde luego no pensaba irme a ningún lado, no tenía fuerza. De repente me sentía tan pesada que era casi imposible no hacer otra cosa más que permanecer allí tendida.

—¿Quieres tomar alguna pastilla para ayudarte a bajar la fiebre? —gritó desde la cocina.

No me apetecía hablar y tampoco quería tomar ningún medicamento. Prefería aguantar un rato sin introducir químicos en mi

organismo.

—No, prefiero no tomar nada —le dije cuando volvió a la habitación, ya provisto con el paño húmedo.

—¿Por qué? —se interesó.

—No me gustan las pastillas salvo que sea algo de vida o muerte.

Fui tajante en mi contestación para no alargar de forma innecesaria la conversación.

—Bien.

No sabía si había resultado muy dura, así que le pedí disculpas. No quería que se enfadara por una tontería.

—Tranquila, te entiendo —me confesó—. A mí me pasa lo mismo. Se podría decir que no suelo ingerir medicamentos ni nada que se le parezca. No me gustan pero, como es lo habitual, pensé que a lo mejor tú sí los tomabas.

Mientras él argumentaba, noté mis párpados cada vez más pesados, solo tenía ganas de cerrarlos.

—Creo..., me voy a dormir. —Mis palabras salieron despacio, como si se arrastraran por el aire sin fuerza.

—Duerme. Te sentará bien.

Antes de poder decirle que se podía ir a su casa, que no era necesario permanecer a mi lado cuidándome, caí en un profundo sueño. Era como si me hubieran puesto un somnífero en la comida y ahora me estuviera haciendo efecto. Por alguna extraña razón, dormía plácidamente; no tenía dolores ni frío, más bien todo lo contrario, sentía un fuerte calor interno recorriendo todo mi cuerpo y, teniendo en cuenta lo friolera que era, me resultaba muy agradable.

Ian se quitó los zapatos y se sentó al otro lado de la cama, a mi espalda. Yo estaba acurrucada en una esquina en posición fetal, de modo que le quedaba libre un gran espacio para acomodarse.

Cada pocos minutos cambiaba con delicadeza la compresa húmeda y casi gélida de mi frente. A la vez comprobaba con su suave mano, y en ocasiones con su mejilla, mi temperatura. Pero no me inmutaba. Dormía profundo como si estuviese sola en la habitación; mas al mismo tiempo percibía su presencia, su compañía, su protección. Un estado muy agradable, semejante a los cuidados y atenciones que recibí de mi hermano en la infancia. Aquella emoción me hizo exhalar, en medio del sueño, un hondo suspiro. Ian se inclinó para ver si me había desvelado, pero no, yo seguía en plácida quietud.

Al cabo de un rato desperté con una única idea. Aunque mis ojos aún no se habían abierto, en mi cabeza solo giraba un pensamiento, el de darle permiso para que, si lo deseaba, se marchase a su casa a descansar. Entendía que no era divertido quedarse allí cuidándome y

que muy probablemente tuviera alguna cosa mejor que hacer a estar cambiándome los paños de la frente.

Además, no tenía motivos para preocuparse, ya me encontraba mucho mejor. A pesar de sentirme pesada como un plomo, noté la casi total ausencia de fiebre y eso me dio una gran tranquilidad. Calculando por encima, en unas horas, quizá antes de amanecer, se me habría quitado el malestar por completo.

Mis párpados seguían cerrados, pesados, cansados. Aquel estado me recordó a la operación después del accidente, mi consciencia podía atender todo cuanto se hallaba al alrededor aunque mi cuerpo todavía no fuese capaz de reaccionar. Ellos, mis ojos, seguían luchando contra mi deseo de abrirlos.

Por fin, después de lo que a mí me parecieron unos minutos de batalla contra ese desafiante letargo, lo conseguí. Pude despegarlos y salir de esa fatiga paralizante.

Para mi asombro ahora me sentía muy ligera, con una liviandad sin igual. Me preguntaba cómo en tan solo unos minutos, quizá segundos, el cuerpo pudo cambiar de una condición tan plomiza a una percepción casi ingrávida.

Me incorporé y senté en la cama. Observé mi entorno y vi cómo Ian estaba a mi lado, dormido. Al parecer era tarde para avisarle de que se fuera a casa antes de que le entrara sueño.

Dirigí mi mano hacia su brazo para zarandearle con suavidad y despertarle, informarle de mi mejoría, pero según le fui a tocar me di cuenta de que mi cuerpo se había transformado. Una especie de silueta incorpórea era la que respondía a mis pensamientos y a mis órdenes mentales. Ya no tenía la masa que le daba la forma, el volumen y la densidad que poseía antes. Me preguntaba qué estaba pasando.

La sorpresa quería invadirme pero, por el contrario, mantuve bastante bien la calma y eso, permanecer tranquila dentro de aquella repentina situación, me generó mayor confusión.

Observé ese sosiego intentando averiguar de dónde emanaba. Era como si algo me hiciera notar que, de alguna manera, estaba familiarizada con todo aquello y, a la vez, me quisiera transmitir que no tenía de qué preocuparme. No obstante, por más que trataba de pensar y de recordar otra situación parecida a aquella, no lo conseguía.

Aguardé lo que para mi cuerpo físico serían unos segundos mientras serenaba mi mente.

En ese estado el tiempo era distinto, no tenía el mismo sentido al que conocemos aquí, en la *vida normal*.

Me preguntaba qué me estaría pasando. Y, casi por arte de magia, las respuestas empezaron a llegar por sí solas. En instantes me hice

consciente de que seguía dormida, pero a la vez despierta. Aquel estado era tan real...

Mi nueva *presencia*, si se le podía llamar así, se hallaba justo al lado de mi *cuerpo de siempre,* que seguía inmóvil, en posición fetal, tal y como me quedé dormida con anterioridad; me daba la espalda. Por otro lado, yo me sentía muy despierta. Mi consciencia se encontraba lúcida.

Estaba disfrutando de ese estado racional pero desde una apariencia diferente, con una masa casi intangible, si me apuras, fantasmagórica, y a pesar de parecer estar muerta, me sentía tan viva..., con tanta energía, tan sana y tan «yo», que todo aquello me resultaba fascinante a la par que confuso.

Una vez más miré mi complexión petrificada, quieta, dormida y traté de compararla con la que en ese momento me recogía. La de ahora era distinta, no podía palparse. Mi «nuevo traje» suponía ser una especie de energía concentrada en *torno a mí*, creando una densidad peculiar, parecida a una cortina de humo o al vapor del agua cuando hierve, y que a la vez, conseguía mantener una apariencia similar a la de mi silueta humana de siempre.

Sin saber muy bien cómo, seguían llegando más respuestas. Aquel, el cuerpo energético astral, era uno de los tantos que los individuos tenemos y, por alguna razón todavía desconocida para mí, en ese instante estaba siendo capaz de disfrutarlo de forma consciente.

Sí, no sabía cómo pero mi racionalidad se había trasladado allí. Si existía cualquier tipo de finalidad tampoco conocía cuál podía ser. En cambio, entendí que de ese modo sería incapaz de tocar a Ian para despertarle.

A pesar del asombro continué en ese estado durante unos segundos, deleitándome con aquella realidad tan dispar a la experimentada desde el usual cuerpo físico. Este se percibía con una velocidad singular, yo diría que era parte de un espacio intemporal. Me hacía consciente de las cosas en microdécimas de segundo y alcanzaba certeza absoluta sobre diversas respuestas. Respuestas que se presentaban por sí solas, sin saber de dónde surgían..., mas aparecían. Emergían de la *nada* con apenas desear tener un conocimiento o, incluso, sobre cuestiones sin formular.

Supe también que la fiebre me había bajado, aunque no pude evitar pensar en alguna ocasión que mis nuevas percepciones eran fruto de un desvarío causado por el desequilibrio de la temperatura en mi organismo. Una vez más se despejó aquella duda sin buscar mucho: mi racionalidad se expandía a través de mi campo energético astral, y desde ahí la realidad se percibía distinta. Y sí, llegué a esa dimensión, en parte gracias a las escasas décimas que todavía mantenía mi

estructura física, mas no era una invención de mi mente. Todo era real, tanto o más que la vida que se podía manifestar en el mundo tangible. No obstante, lo que llamó con fervor mi atención fue poder acceder a ese estado de manera tan *fácil,* y a la vez manejarme de modo resuelto. Supe que si deseaba trasladarme a algún sitio, ir a un lugar determinado, con el simple hecho de visualizarlo allí me encontraría. Así que, a pesar de ser la primera vez que lo hacía de forma consciente, me notaba cómoda y habituada al sistema de desenvolverse en esa sustancialidad.

Me giré sobre mí misma para contemplar mi cuerpo dormido. Me resultaba apasionante poder observar toda mi estructura en tres dimensiones. No tenía nada que ver a cuando te miras a través de un espejo: el volumen, la silueta..., pero sobre todo la sensación de saber que esa masa orgánica que descansaba con placidez en la cama se limitaba a ser un traje que mi alma había tomado prestada durante un tiempo determinado. Me fascinó.

La escasa luz de la instancia provocaba efectos ópticos en los perfiles que veía. Embelesarían a cualquiera.

Contemplé maravillada cómo mi cabello se dibujaba encima de la almohada igual a una cordillera de montañas nevadas; cómo las sombras precipitadas sobre mi blusa creaban un estampado simulando un bosque...

Algo me sacó con brusquedad de mi deleite. Oí un ruido en el pasillo. De modo automático mi cabeza giró y mi atención se centró en ese punto. Sin previo aviso, me trasladé allí «sin querer». Ahora mi cuerpo astral se hallaba de pie e inmóvil frente a la silueta de un hombre...

Ya le había visto antes. Sí, de hecho sabía que en más de una ocasión.

Su rostro era tan bello que me ruborizó por completo. Sentí un deseo intenso por él. Una pasión que no recordaba haber experimentado nunca antes. En ese estado no percibía mi corazón físico pero noté el mismo escalofrío a cuando el pulso se te acelera sin control, no por miedo, no por nervios, sino de pura excitación y magnetismo.

Manteníamos la distancia el uno del otro. Parecía que algo me impedía acercarme. Su figura refulgía un brillo insólito, una luz que jamás había contemplado en un humano.

A pesar de la separación, observaba su rostro con detalle. Embargó mi concentración su mirada, unos ojos de una calidez insólita y profunda, con un tono tan vivo y peculiar, que me resultaba difícil describirlos. Si tuviera que hacerlo diría que eran claros, similares a un azul grisáceo marmoleo. Su piel resplandecía, como si pudiera encenderse gracias a la proyección de un brillo interior que traspasaba

con vehemencia sus poros, si es que tenía poros... Era increíblemente alto, calculé que debía rondar los dos metros y medio, quizá más. Aunque por alguna extraña razón aquello no me impresionó, más bien, lo vi como algo natural. A pesar de tanta belleza me inundó la sensación de que ese fascinante encanto, casi sobrenatural, se debía al estado de consciencia en el que nos encontrábamos.

Permanecimos inmóviles en el pasillo mirándonos. Ninguno se movió ni un milímetro, tampoco dijimos nada. Sentía que el campo energético tan fuerte que lo rodeaba me dejaba inmóvil en mi totalidad. Un campo energético que, quizá porque me encontraba en esa realidad astral, podía ver. Era hipnótico, desprendía una claridad blanca azulada sin igual. Te hacía pensar que la podrías palpar; abarcaba un diámetro superior a los diez metros.

Su sola presencia iluminaba el apagado pasillo que nos acogía. Traté de observar si yo también emitía algún tipo de fulgor, sin embargo, solo pude apreciar una pequeña aureola dorada, muy pegada a mi cuerpo etérico. Sin duda estaba en clara inferioridad energética respecto a él, y de hecho, era evidente cómo mi deseo de aproximarme, aunque fueran unos centímetros, se veía frenado por esa sutileza transparente. Me recordó a un escudo. Quizá aquello constituía una fortaleza infranqueable.

Volví a centrar mi atención en su mirada. Esos ojos me transmitían tanta paz, tanto amor, que sentí poder flotar; y en efecto así me hallaba. Mis pies se habían despegado del suelo y ahora me encontraba levitando a unos dedos del parqué.

Un torrente de emociones me inundaba por segundos. Nunca creí posible poder percibir tantas sensaciones juntas y en tan poco tiempo. Pero algo sobrepasaba a todas ellas, mi deseo de saber de qué conocía a ese bello ser que continuaba frente a mí, y, casi más importante todavía, desde cuándo lo conocía.

En ese momento sentí la conexión con mi cuerpo físico, acompañado de un vacío enorme que se abría camino en mi pecho y mucha pena. Di un sobresalto saliendo de aquel estado y despertando sobre mi cama.

Me quedé quieta, inmóvil.

Mi cabeza daba vueltas a lo que acababa de suceder. No lo había soñado.

Respiré hondo a la vez que noté que mis pupilas se agitaban inquietas de un lado a otro.

Me incorporé con cierta torpeza. Aquella materia no se movía con tanta agilidad como la astral.

Una lágrima corrió veloz hasta mi pierna. Lloraba ante la incomprensible soledad que invadía mi corazón.

Me levanté atropelladamente y fui al pasillo a comprobar si él

seguía allí, si le podría ver también con mis ojos de siempre. Pero no. No encontré a nadie. El corredor permanecía oscuro, en silencio. No se oía nada. Bajé la mirada tratando de analizar todo lo ocurrido. Me llevé la mano a la frente, a la cara, al cuello tratando de descifrar mi temperatura corporal. Estaba fría, parecía que la fiebre había remitido por completo. Mis lagrimales seguían húmedos y mi pulso acelerado, con la sensación de que algo acababa de traspasar mi pecho.

Me giré sobre mis pasos y vi a Ian recostado en mi cama. Seguía dormido, ajeno a todo lo que acababa de suceder; ignorante a mi pequeño gran viaje.

Me aproximé despacio y me senté de nuevo en el mismo lugar de antes. Traté de hacerlo con la mayor sutileza posible para no despertarle. Igual que horas atrás hubiera preferido que se marchara, ahora lo único que deseaba era que siguiera durmiendo y no se enterase de que yo estaba despierta. No quería que me empezara a preguntar si ya me encontraba bien o no. Deseaba fundirme con el silencio, conectarme a mí misma y calmar mis pensamientos. Necesitaba entender lo que acababa de ocurrir. Mas no se trataba de entender el fenómeno de haber trasladado mi consciencia a mi cuerpo astral; no, en verdad ansiaba saber por encima de todo quién era él, de dónde había salido, por qué parecía que le conocía de toda la vida, por qué me sentí así de extraña ante su presencia y, sobre todo, por qué no me asusté al verlo. Lo más lógico hubiera sido asustarse. La razón me decía que cualquier persona que se encuentra con un «desconocido» en el pasillo de su casa se acongoja. Pero en mi caso fue distinto. En lugar de tener miedo pude observarle y percibir a aquel ser contemplándome en medio de su propia luz, tratando de serenarme, de transmitirme paz y quietud.

Mi mente era un hervidero de interrogantes. *¿Cuánto tiempo permanecí en ese estado?* No sabía calcularlo con exactitud pero sí pude discernir que no había durado más de un par de minutos; a lo sumo tres. Con la misma facilidad que accedí a esa realidad pude salir de ella.

Pero me daba igual el intervalo, me obsesionaba *¿de qué lo conocía?* De pronto me hice consciente; lo que me sacó de forma abrupta de ese estado fue la respuesta a dicha cuestión. Ahora ya recordaba de qué lo conocía. No tenía que irme muy lejos para encontrar una contestación. Esa misma tarde lo vi cuando Ian fue a buscarme al salir del trabajo. La imagen que apareció de la nada y que pensaba que se trataba del recuerdo de algún sueño. La misma que se superpuso al cuerpo en movimiento de mi amigo cuando se acercaba a mí. Sí, era la figura de él. Sin duda.

Pero aquello no me proporcionaba una respuesta completa. Darme cuenta de que correspondía a la figura que había visto aquella tarde

seguía dejando todas las demás preguntas insatisfechas, en especial: *¿de qué y desde cuándo lo conocía?*

Me acurruqué en la cama con mucho cuidado para que Ian no se despertara y traté de dormirme otra vez. Creía que esa era la única forma de poder volver a acceder a esa realidad y así conseguir encontrarle. Deseaba verle de nuevo, aun sabiendo el riesgo emocional que corría al poder convertirlo en una especie de obsesión.

Capítulo 6

Montaña rusa emocional

Allí tumbada en la cama, completamente quieta para que Ian no se despertara, sentí la cabeza dando vueltas sin parar. Era casi imposible dormirse. Trataba de encontrar en mis recuerdos algo que me diera pistas o me aportase algún dato importante para hilar todo lo ocurrido, pero no encontraba nada. Empecé a especular con varias hipótesis.

La primera que se me ocurrió fue: *¿y si había soñado con él otras veces y no lo recordaba?* Si fuera así, era posible que algo en mi inconsciente se hubiera grabado y, por eso, al verlo, de alguna manera lo pude reconocer. Eso justificaría la extraña sensación de familiaridad.

La segunda teoría fue: *¿y si se trata de algún antepasado mío?* A lo mejor, si había muerto y se encontraba en el «paraíso» ahora podría tener ese brillo tan potente y la forma cuasi angelical, similar al que emitía el ser del pasillo. Sin embargo, tampoco la vi viable y la descarté.

Por último, pasé a una tercera idea: *¿y si era mi ángel de la guarda y solo me quería transmitir paz y tranquilidad?* Si fuera así, el ángel de la guarda llevaría mucho tiempo conmigo, ayudándome y protegiéndome, con lo cual eso daría cierta explicación al sentimiento de familiaridad…

Pero no. Ninguno de aquellos planteamientos satisfacían mis preguntas, ya que había algo que al final las echaba por tierra a todas ellas: la atracción que yo sentí hacia ese ser.

No era un amor fraternal ni de amistad. Nada de eso. Era otra cosa, una especie de pasión, de deseo que hacía que todo mi cuerpo se tensara y palpitara casi sin control. No me podía imaginar ese tipo de sentimiento hacia un ángel de la guarda, menos hacia un antepasado. Solo tenía una cosa clara, necesitaba respuestas si no quería acabar medio loca. Además, a mí misma me resultaba curioso ver cómo, de todo lo acontecido en aquella noche, solo me llamaba la atención haberme encontrado con ese ser. Ni siquiera verme en mi cuerpo astral me impactó tanto como verle a él.

Ian se despertó y al mismo tiempo me hice la dormida. No sabía qué hora era, pero debía ser muy tarde. Los minutos transcurrieron veloces sumida en mis cavilaciones.

Mi amigo se inclinó sobre mí para tomarme la temperatura. Volvió a recorrer con su mano mi frente, mi cara y luego mi cuello.

—Aurora —susurró para despertarme. A pesar de llevar desvelada

un rato, quise hacerme la remolona y fingir que seguía soñando. Mas insistió, esta vez acariciándome con suavidad el brazo.

Simulé despertarme.

—¿Ian? —dije como parte de mi actuación.

—Parece que ya no tienes fiebre —contestó con voz suave.

Yo me llevé el dorso a la frente para disimular y, de paso, comprobar si en efecto se había extinguido por completo. Desde luego, era algo de lo que ya ni me acordaba, supongo que en parte, porque la sensación de calor interno desapareció.

Agarré el termómetro y me lo puse en la axila. Ian me observaba en medio de la oscuridad en silencio.

—¿Quieres que te traiga algo? —Se levantó sin darme tiempo a contestar, cogió la chaqueta que reposaba sobre la coqueta y ojeó su móvil—. ¡Son las cuatro y cuarto de la mañana! —exclamó sorprendido.

En verdad a mí también me impresionó que fuera tan tarde pero, por otro lado, habían acontecido tantas cosas que casi era inevitable haber alcanzado esa hora.

—¡Madre mía! Sí es tarde, sí —contesté dejándome llevar por su sorpresa.

—Si ya no tienes fiebre me iré a casa.

—No es necesario que te vayas. Además, conducir a estas horas..., lo mismo te da sueño por el camino. —Después del accidente siempre evitaba coger el auto de madrugada, en mi inconsciente quedaban semillas de miedo—. Preferiría que te quedaras, estaría más tranquila.

Ian me miró sin contestar. Supuse que estaba barajando la posibilidad de quedarse a dormir. Total, ya llevaba conmigo más de media noche...

Sonó el pitidito del termómetro. Me disponía a quitármelo cuando Ian se adelantó. Con mucha sutileza me apartó la blusa y lo cogió. Para no encender la luz, tomó nuevamente su móvil en la mano e iluminó el aparato.

—Treinta y seis y medio —dijo con una sonrisa.

Aunque Ian dirigía la luz de su teléfono hacia el medidor, buena parte de ella también iluminaba su rostro. Fue entonces cuando pude apreciar de nuevo su bonita cara mirándome. El ser del pasillo había hecho que durante unos minutos me olvidara de todo, pero ahora que lo veía de nuevo, con esos preciosos labios, con sus sensuales ojos clavados en mí..., no podía evitar sentir un fuerte deseo hacia él. Tratando de serenarme le devolví la sonrisa.

—Gracias por cuidarme —le dije sincera.

—No ha sido para tanto, enseguida me quedé dormido... —se llevó la mano a la cabeza con timidez y disimuló una mueca de vergüenza. Reí ante la escena.

—Aun así, gracias —contesté ampliando mi expresión.

Se agachó despacio hasta poner su cara a la altura de la mía. Noté como mi boca perdía la curva y se humedecía a la vez que mi corazón aceleraba su ritmo. Estaba tan cerca... Tragué saliva con rapidez. Quería desaparecer, ocultar mi cabeza bajo la almohada, pero mi cuerpo no quería responder. De alguna manera deseaba lo que intuía podría estar a punto de ocurrir. Me cogió de la barbilla con suma delicadeza y me giró la cara, dejando al descubierto mis labios antes semiescondidos entre la tela, abriendo el espacio suficiente para poder posarse en ellos sin impedimentos, hasta al fin, besarme.

No me lo podía creer. Después de tantos años tratando de no fantasear con aquella escena, al final estaba sucediendo.

Sentí un cosquilleo recorriéndome toda la columna vertebral y el bello de la nuca se me erizó. Hubiera deseado que me besara mucho más, colarme dentro de su boca y jugar con su lengua, pero mis labios no le correspondían como yo deseaba. Se apartó despacio; por suerte, no se dio cuenta de lo que me acababa de pasar.

—Estarás agotada —dijo incorporándose sin perder la sonrisa.

Para mi serenidad, no se percató de nada. Pensó que no le había devuelto el beso con la pasión que merecía por el cansancio o por los restos de la fugaz «enfermedad». Y me vi obligada a mentirle porque ni yo misma entendía qué me pudo haber pasado.

—Sí, estoy un poco cansada.

Desde luego la noche estaba siendo toda una montaña rusa de emociones.

—Duerme, lo necesitas —contestó comprensivo.

—Sí, será lo mejor. —No podía más, o desconectaba por completo de todo aquello o mi pecho estallaría desquiciado—. Quédate a pasar la noche —le pedí.

Mi invitación era sincera. Deseaba de corazón que se quedara conmigo, a mi lado. Su beso me ayudó a regresar a la realidad y quizá, por puro egoísmo, necesitaba que siguiera allí cuando despertara. A su lado me forzaría a mantener los pies en la tierra. Además, algo me decía que ya no volvería a ver a aquel ser en una temporada.

—Vale, me quedo —mostró una vez más la sonrisa que tanto me gustaba y en esta ocasión se inclinó para besarme la frente—. Voy a traerte agua, precisas hidratarte.

Mientras él iba a la cocina, observé que ambos continuábamos con la ropa de salir a la calle. Aproveché para levantarme y ponerme un pijama o algo parecido, ya que solía dormir en ropa interior o con alguna camiseta que encontrara por ahí «tirada» y aquella no me parecía una noche adecuada para ir medio desnuda por la casa... Busqué algo que le pudiera servir: chándal de talla grande, camiseta..., cualquier cosa.

Cuando llegó con el vaso de agua, ya me había equipado para volver a la cama.

—Toma. —Me extendió el recipiente—. ¿Te has cambiado?

—Sí, es que es muy incómodo dormir con la ropa de calle.

—Ya.

—Estoy buscando algo que te pueda valer.

—No te preocupes, puedo bajar al coche que siempre llevo la bolsa de deporte con una muda limpia.

—Oh, qué buena idea —me alegré por no tener que seguir revolviendo el armario. Lo máximo que había encontrado era alguna camiseta mía presumiblemente pequeña para su tamaño—. Pero, qué pereza bajar ahora, ¿no?

—No, además hemos aparcado junto al portal —contestó alegre—. Dame dos minutos, vuelvo enseguida.

—Llévate las llaves, no vaya a ser que entre en hibernación mientras regresas —bromeé y le hice reír.

—Vale.

Cogió su chaqueta, las llaves y fue al auto a por su macuto. En menos de cinco minutos estaba de nuevo en casa. Yo le esperaba tumbada, tratando de permanecer tranquila. Esa noche solo quería dormir con él.

En pocos segundos se cambió, poniéndose una camiseta de manga corta y un amplio pantalón de algodón que parecía muy cómodo. Luego se recostó en lo que ahora se había convertido en su lado del colchón. Con mucha cautela le di las buenas noches. Por su parte, me deseó también un feliz descanso, volviendo a regalarme un suave y tímido beso en los labios.

Lo que restó de noche pasó rápido. Por suerte era viernes y a la mañana siguiente no tenía que madrugar para ir a trabajar. Sin embargo, no tener que hacerlo me privaba de poder usarlo como excusa para salir corriendo de allí.

Me desperté antes que Ian y me levanté con mucho cuidado, sin hacer nada de ruido.

Fui a mirar qué hora era. Pasaban las once de la mañana, cosa que me sorprendió mucho porque no tenía la sensación de haber dormido tanto.

—*Debía estar más cansada de lo que creía* —pensé.

Me fui al comedor y subí la persiana despacio. La luz entraba ahora con fuerza por la ventana.

Me senté en el sofá con las piernas cruzadas en flor de loto y cerré los ojos. Necesitaba estar unos minutos conmigo misma, recolocar mis ideas y sobre todo aclarar mis sentimientos.

Respiré hondo con fuerza y mantuve el aire dentro de mis

pulmones. En el acto, la imagen de la figura semiangelical surgió en mi mente como un *flashazo*. Era tan bello... Me sentía cegada y aturdida por su presencia, bueno, ahora por su recuerdo. Un recuerdo tan fiel a la *realidad* que volvió a acelerar los latidos de mi corazón. Esta vez sí noté con máximo detalle la reacción que él provocaba en mi cuerpo físico: indescriptible.

Traté de serenarme, de sosegar mis pensamientos, mis músculos, mis órganos, de olvidarme por unos instantes de aquel ser.

Volví a tomar una lenta y profunda inhalación por la nariz, la retuve durante unos segundos y poco a poco fui exhalando la inquietud de mi interior. Repetí la maniobra cuatro o cinco veces más hasta que me relajé por completo. Me centré solo en mi respiración y al menos por unos instantes funcionó. Pero en cuanto bajé la guardia, volvió a surgir otra escena en mi cabeza. Esta vez, la imagen en movimiento de Ian pasaba de mostrarme su sonrisa a acercarse con sensualidad para besarme. Me ruboricé ante aquel recuerdo y mi corazón se volvió a acelerar. Estaba claro que sentía algo fuerte por él. Algo que había tratado de controlar durante muchos años de mi vida.

Sin venir a cuento, empecé a ver la fotografía de mi despacho, aquella en la que celebrábamos el cumpleaños de Eric. Ese día Ian estuvo especialmente atento conmigo. Aunque yo diría que más que atento lo que hacía era insinuarse... Si no hubiera estado mi hermano delante creo muy probable que esa noche habría pasado algo entre nosotros. Pero nunca supe si su repentina y abierta manifestación de interés hacia mí se debía a la ingesta desmedida de alcohol, a algún posible episodio de locura transitoria o a que de verdad le gustaba. En cualquier caso, a mitad de la madrugada, tanto él como mi hermano se empezaron a portar de manera extraña y evasiva, y después de estar un rato buscándoles me di cuenta de que se habían marchado sin despedirse; sin decirme nada.

En los días siguientes la ausencia de ambos era notable. Entendí que mi hermano debió percatarse de nuestro flirteo y se mostraba serio y distante. Trataba por todos los medios de poner excusas para que Ian no subiera a casa, para que no se acercara a mí. ¿De verdad estaba evitando que nos viéramos?

Al poco tiempo fue el accidente y, por diversos motivos, al final los dos desaparecieron por completo.

Sentí un pequeño crujido en la madera del pasillo. Abrí los ojos como platos y el corazón me empezó a latir con fuerza. ¿Podía ser que el *ser* de la noche anterior hubiera vuelto?

¿Otra vez estaré despierta en mi cuerpo astral?, fue lo primero que pensé. Sin embargo, un nuevo pensamiento más lógico, basado en la teoría de la navaja de oca, me llevó a pensar algo más verosímil y

común, con más probabilidad de ser lo acertado.

Ian, reflexioné*, ha debido levantarse.*

Y en efecto, estaba despierto y me buscaba por la casa. Se asomó al salón y al verme meditando trató de no hacer ruido y volver a la habitación. Pero aquella sutileza no le sirvió de mucho. Ya le había escuchado y el simple hecho de relacionar ese pequeño ruidito a la experiencia de la noche anterior me sacó por completo de mi introspección.

—¿Ian? —pregunté.

Al cabo de unos segundos asomó la cabeza por el marco de la puerta dejando escondido todavía su cuerpo.

—Buenos días —contestó—. No quería molestarte.

—No te preocupes, ya estaba terminando —mentí.

Sentí un pequeño silencio incómodo. Todavía no sabía qué quería hacer con él y tampoco conocía las intenciones que él tenía conmigo. Si le invitaba a desayunar temía terminar pasando el día entero juntos, y yo, por encima de todo, necesitaba tiempo para considerar y reorganizar mis ideas y sentimientos. Habían sido muchas emociones en apenas unas horas y no estaba acostumbrada a ello. Mi vida era muy tranquila, incluso monótona antes de que aparecieran ellos dos y, por alguna extraña razón que no alcanzaba a entender, ambos despertaban en mí unos sentimientos muy fuertes y una atracción física difícil de controlar.

—He quedado a la una con una amiga —volví a mentir—. Vamos a buscar un vestido de fiesta para ella, tiene una boda —aclaré.

Ian seguía debajo del umbral, escudriñándome con detenimiento. Yo sabía que una parte de él trataba de averiguar si lo que le había dicho era una tapadera para huir de su lado. Como seguía sin contestar, me adelanté a que pudiera decir algo.

—Así que, si quieres desayunamos algo y nos vamos —pero me salió el tiro por la culata.

—¿Quieres que vaya con vosotras? —dijo extrañado.

—No —contesté tajante y un poco nerviosa—. Me refiero a que tú también tendrás cosas que hacer. Habrás quedado con tu madre o con alguien.

—¿Con mi madre? —dijo más extrañado todavía—. ¿Para qué iba a quedar con mi madre?

—¡Yo qué sé! —Quería que acabara ya aquella conversación sin sentido. Me estaba poniendo nerviosa.

—Tranquila —me dijo riendo—, yo también voy a estar ocupado, me esperan muchas cajas por desembalar.

Aquella respuesta me provocó un suspiro de alivio.

—Genial —zanjé devolviéndole la sonrisa—. *Así estarás unos días entretenido*, pensé.

No es que me quisiera deshacer de Ian, pero aquello me parecía que avanzaba muy rápido. Lo mejor sería que hablara con él si no quería que hubiera malos entendidos, pero claro, primero tenía que aclararme yo…

Guardé las distancias todo lo que pude para que no tuviera ocasión de volverme a besar. Aunque tengo que admitir que una parte de mí lo deseaba con fervor.

Al cabo de un rato, después de desayunar juntos, empecé a arreglarme para mi cita ficticia. Él hizo lo propio. Tras unos minutos los dos nos encontrábamos listos para irnos.

—Has estado muy callada toda la mañana —señaló Ian con delicadeza.

—Lo siento, es que estaba pensando en algunas cosas —respondí con franqueza.

—Si te molestó que me quedara anoche o que te besara, lo siento. —Sus palabras sonaban sinceras. Intuía que después de mi reacción fría y un poco distante, también debió estar dándole vueltas a la cabeza y, conociéndole, era probable que ahora estuviera más confundido que yo.

—No, no me molestó —me apresuré a calmarle. Era cierto que me había encantado que se quedara a dormir conmigo y, por supuesto, que me besara, pero no fue lo único excitante que ocurrió aquella noche…—. Es solo que estoy un poco despistada y pensando en otras cosas —volví a mentir como una bellaca. ¿En otras cosas? ¿En qué otras cosas iba a estar pensando que no fuera en él y en mi «deseado *ser de luz*»?

—Es que parece que estás un poco esquiva y no te recordaba así. —Su voz resultaba calmada pero su gesto transmitía preocupación.

—En serio, no te inquietes, estoy bien; solo un poco distraída.

Mi respuesta final pareció tranquilizarle algo más y no volvió a decir nada. Cogió la ropa con la que había dormido, la dobló y la colocó con cuidado en su bolsa de deporte. Yo cogí un abrigo y mi bolso y le esperé en la entrada de casa.

—Ya estoy lista —le dije gritando desde la entrada.

—¡Voy!

En unos instantes apareció a mi lado. Soltó la bolsa en el suelo y sin darme tiempo a reaccionar me puso la mano en el cuello. Con su dedo pulgar acariciaba mi mejilla. Noté como la expresión de la cara se me endurecía de la sorpresa, a la par que mis ojos se abrían mucho. El pulso se me aceleró.

¿Qué quiere? ¿No le han quedado claras las sutilezas?, pensé para mí misma.

Clavó su mirada en la mía recreándose en ella y sentí mi cuerpo

petrificado. Era imposible mover un solo músculo, como si estuviera hipnotizada. *Menos mal que el corazón late de forma mecánica…* Sus pupilas examinaban con velocidad mi rostro, se posaba en mis ojos y luego en mis labios, de ahí volvía a subir a los ojos, los pómulos, y de nuevo los labios.

Me observó durante unos segundos hasta que al final se inclinó despacio hacia mí y me besó en la mejilla. Un beso suave, lento y con mucha ternura. Se recreó en él, apoyando con deferencia su faz en la mía. Podía olerle. Cerré los ojos y respiré hondo. Estaba tan a gusto a su lado que por unos instantes me sentí culpable de tener la cabeza tan hecha un lío. Un acto involuntario dentro de mí hizo que apoyase más de la cuenta mi cara en la suya y, por un momento, tuve ganas de girarla y besarle. Pero me frené. Como pude fui agachando la cabeza para evitar encontrarme de nuevo con ese par de cristales ocre esmeralda que tan bellos y tentadores me parecían. Sé que si no lo hubiera hecho de ese modo no hubiera podido evitar dejarme llevar por la atracción que me despertaba. Al fin me soltó despacio.

—Me alegro de haber vuelto —sus palabras eran sinceras. Los dos nos sentíamos felices por habernos vuelto a encontrar.

Se inclinó y cogió su bolsa de deporte.

—Yo también me alegro —confesé.

En el trayecto hasta su coche ninguno volvió a decir nada. A pocos metros de él, pulsó el botón del mando a distancia y sonó cómo el cierre centralizado desbloqueaba sus puertas. Se acercó al maletero y soltó su macuto.

—¿Hablamos? —preguntó con cierta duda.

—Sí. Escríbeme cuando quieras. —Sonrió mientras bajaba su mirada, como un niño ruborizado.

Abrió la puerta del auto y metió una pierna dentro.

—Que lo pases muy bien con tu amiga. —Su mirada y su sonrisa eran arrebatadoras.

—Gracias —contesté en plena actuación—. Disfruta tú también con la mudanza.

—¡Qué graciosa! —rio.

—No haberte ido… —Se me escapó. Él me miró con una pícara sonrisa—. Bueno, me voy —añadí algo incómoda y disimulando, a la vez giré sobre mí misma dispuesta a marcharme.

—Está bien. Lo dicho, ¡pásalo bien! —contestó.

Tomé una honda inhalación y, sin saber por qué, antes de irme me aproximé y le besé fugazmente en sus carnosos labios. Luego me di la vuelta y comencé a andar. No quería mirar atrás, sabía que si lo hacía eso podía llevarme a mi perdición.

Capítulo 7

La misión

Reflexionaba sobre lo acontecido en la madrugada terrestre. Las imágenes que pude proyectar sobre los contactados quedarían guardadas en sus mentes inconscientes y subconscientes, como si fueran parte de un sueño. Solo tendrían que esperar a despertar para transformar la experiencia real en un recuerdo onírico. Por supuesto no lo recordarían todo, solo aquella parte estrictamente necesaria como para que supieran interpretar las nuevas señales que les fuéramos transmitiendo. Aquella era la última proyección astral del acercamiento inconsciente en fase uno con ese grupo de humanos antes de pasar a un contacto en fase dos con todos ellos. En conclusión, parecía que las visitas transcurrieron según lo previsto..., todas salvo una. No lo entendía muy bien pero se había producido un percance con una humana, con Aumnox.

Aquel contratiempo, si se le podía llamar así, me desconcertó un poco. Nunca antes me encontré con algo similar. En todos los años que llevaba encargado de esa encomienda, ninguno de los contactados tuvo nunca una reacción de ese tipo, o si ocurrió con anterioridad, lo desconocía. Me preguntaba si mantener el plan de contacto con ella pondría en riesgo la misión.

Desde el puesto de mando habrán percibido lo sucedido, reflexioné.

Sin darle muchas más vueltas y antes de reunirme en la cabina de mandos con Alixarc, mi superior al mando, fui a la Sala de Reajustes, un procedimiento indispensable después de un encuentro con los terrícolas. Aquellas instalaciones las utilizábamos para reajustar nuestra frecuencia, tanto cuando traíamos a alguien ajeno a nuestras bases, como cuando había algo que quisiéramos entender de nuestro propio estado y evolución; también para volver a equilibrar nuestra energía después del contacto con seres de distinta conciencia y condición vibratoria. La sala nos alineaba todos nuestros cuerpos: físicos, energéticos, mentales, astrales, kármicos y dimensionales, en una única vibración equilibrada y armónica. Desde allí podíamos proyectarnos a otros espacios, a otros lugares, a otros tiempos y dimensiones y entablar contacto con diversas inteligencias y realidades.

Aquel habitáculo disponía de una luminosidad natural, viva, semejante a la que emite un cuerpo celeste. Carecía de sombras, ya que aquel espacio circular era diáfano y las mismas paredes, el suelo y el techo emitían su propia flama, como si fueran un sol, templada; procuraba una instancia más confortable. La iluminación se autoregulaba en función de la necesidad o el deseo del huésped que la

estuviera empleando. En el momento en que yo la ocupaba, la emisión era tenue. Aquellas condiciones me permitían observar con mayor nitidez la repercusión de mis actos, revivir experiencias y analizarlas desde distintas perspectivas, como si estuviese en una proyección tridimensional de máximo detalle; lo que nosotros llamábamos *recreación visual*.

Y allí me encontraba, con el objetivo de reajustarme después de la última visita astral, pero sobre todo para meditar y analizar si pude haber cometido algún error, por insólito que pudiera resultar, en el procedimiento para entablar contacto con la humana. Saber si fallé o modifiqué algún punto del protocolo.

Después de un tiempo observando con *recreacción visual* lo sucedido con Aumnox, logré confirmar que no había cometido ninguna negligencia por mi parte. Sin embargo, las imágenes eran claras: Aumnox, la chica terrestre, estaba consciente en el momento del contacto. Eso no era lo habitual. En un contacto en fase uno, los contactados recibían información a través del inconsciente, de los sueños, de proyecciones mentales, visiones… Sus viajes astrales los realizaban de forma inconsciente, sin que tuvieran recuerdo ulterior de nada, mas dejaban una impronta para que con posterioridad supieran reaccionar ante las señales que les mostrásemos, «casualidades» como ellos pensaban, con el fin de que hicieran determinados avances hasta lograr el acercamiento consciente con nosotros.

Por alguna razón que yo no alcanzaba a comprender, la chica humana esta vez reaccionó de una forma fuera de lo normal: estaba consciente dentro de la proyección astral. Si bien es verdad que en los contactos en fase uno el humano se mantiene tranquilo porque nos reconoce de los encuentros anteriores, en este, Aumnox había respondido de forma descontrolada. Parecía haber olvidado nuestros contactos previos en fase uno. Se encontraba desorientada y creía que me conocía de algo muy distinto. Me puede dar cuenta de cómo su cuerpo empezó a generar una energía muy fuerte. Creo que los humanos lo llaman *deseo*. Veía su campo energético avivarse y extenderse por la reacción que mi presencia provocaba en ella. Leí su intención de acercarse más a mí.

Pero aún no podía permitirle mayor aproximación a mi campo energético. Si se lo hubiera concedido es probable que le hubiera dejado lesiones internas severas en su sistema nervioso o circulatorio, un riesgo innecesario que solo ponía en peligro su vida. Todavía no estaba preparada.

El programa de contacto requería ser meticuloso al máximo. Inducíamos imágenes sugestivas para que el subconsciente fuera acostumbrándose a nuestra presencia, para que su sistema límbico no

nos sintiese como una amenaza y, después de la preadaptación, poder comenzar así el trabajo conjunto. Ella, sin embargo, a pesar de los anteriores contactos había tenido una especie de lapsus o amnesia a partir de la cual no me reconocía de nuestros contactos y me confundía, al parecer, con otro humano.

A lo mejor las programaciones mentales «de recuerdos» han fallado y eso le ha llevado a confusión…, pensaba en medio de la sala. *No, las proyecciones no han fallado, debe haber sido otra cosa. Aunque todavía no sé el qué.*

Entre medias de mis reflexiones sentí la energía de Gireln que se acercaba hacia mi posición con rapidez. Traté entonces de borrar aquellas dudas de mi mente y prepararme para su encuentro.

—Eset, ¿qué ha pasado? —me preguntó Gireln a distancia, desconcertada. Aunque su pregunta no daba ningún dato, sabía con exactitud a qué se refería—. Esa reacción no estaba contemplada en el programa —argumentó telepáticamente.

Mi compañera sobrepasó la puerta de acceso a la Sala de Reajustes pero se mantuvo a unos cuantos metros de distancia. Formaba parte de la tripulación desde bastante antes que yo y me sobrepasaba en veteranía, sin embargo, teníamos el mismo rango.

—Lo sé —dije muy sereno—. No te preocupes, he visto las previsiones de la misión y todo marcha según lo establecido. No ha cambiado nada. El programa sigue intacto y las perspectivas continúan siendo positivas.

—Sí, yo también las he visto —aclaró Gireln.

—Estamos a punto de establecer el contacto consciente con ellos, ¿crees que puede haber problemas con los contactados? —Gireln sabía que me refería a Aumnox.

—La próxima vez deberemos tener especial precaución con Aumnox. Si vemos que la misión peligra es posible que nos veamos obligados a sacarla del programa.

En eso estábamos de acuerdo. Cualquier cosa que se saliera del plan estipulado podría poner en peligro toda la misión y, a estas alturas, no podíamos arriesgarnos.

—Correcto. Observaremos su evolución con más detenimiento —contesté a través de comunicación mental. Sin embargo, sabía que mi respuesta no le había convencido por completo. Nuestra capacidad para percibir las emociones, sentimientos y pensamientos de los demás seres hacía casi imposible mantener secretos y, Gireln, se pudo dar cuenta de que algo no iba bien. Por alguna extraña razón aquello me desconcertaba y no podía disimularlo del todo.

Mi colega se dio media vuelta y se fue con la misma elegancia con la que llegó.

Me preguntaba si habría alguien más dentro de la tripulación a quien le hubiera ocurrido algo parecido. Sería interesante saberlo. No obstante, mi compromiso para cumplir mi cometido estaba por encima de todo, debía centrarme en la misión y para eso lo mejor sería olvidarme de aquel pequeño contratiempo. No debía darle más importancia de la que tenía. Si ella volvía a reaccionar así y a sufrir delirios, habría que sacarla del programa.

Pero de momento podía mantenerme tranquilo, parecía seguir todo en orden. Por mi parte, hice todo lo posible en ayudarla, le había proyectado nuevos recuerdos a su mente inconsciente y subconsciente para que, llegado el momento, solo me reconociese de los encuentros surgidos por el programa de contacto. Con eso debería ser suficiente como para arreglar aquel percance. De esa forma, al despertar la humana en el amanecer terrícola, recordaría lo ocurrido igual a si hubiese sido un sueño, solo que un poco distinto y, a su vez, esa implantación onírica le ayudaría inconscientemente a saber dar el paso posterior, el último antes del contacto consciente en *fase dos* para el que la veníamos preparando.

Sin embargo, tendríamos que esperar a la fecha de la siguiente aproximación para ver si en efecto aquello había funcionado.

Las coordenadas estaban fijadas dentro de la tripulación, las instrucciones eran precisas. También las referencias y directrices para el ulterior encuentro pudieron ser transmitidas con éxito a los terrestres que ya se encontraban colaborando con la misión *en modo activo*. Era solo cuestión de esperar unos días.

—*Si las proyecciones han resultado, Aumnox acudirá a la próxima cita* —zanjé con creciente confianza.

Capítulo 8

Tomar distancia

Una vez que se fue Ian no sabía qué hacer. ¿Me habría vuelto loca? ¿Por qué le besé si se suponía que quería mantener las distancias?

Aquella situación me resultaba muy rara e ilógica. Si deseaba estar con él, si tanto de menos le había echado durante aquella larga ausencia de cinco años, ¿a qué se debía que ahora quisiera continuar siendo solo amigos? ¿Quería hacerme la fuerte? ¿La interesante, quizá? Aquella reacción me estaba cabreando a mí misma.

Bueno, ¿y ahora qué hago?, me pregunté mientras me dirigía con paso lento al coche, todavía disimulando en mi excusa de tener una cita con mi amiga para acompañarle a sus compras. Cuando pasaron unos instantes me giré con disimulo. Quería comprobar que Ian ya se hubiera marchado para dejar de interpretar aquella farsa. Y sí, para mi descanso, el coche de Ian ya no estaba.

Feliz de saber que me hallaba sola, cambié el rumbo de mi trayectoria y me encaminé de nuevo hacia el portal.

Entré en casa, solté el bolso y el abrigo encima del sofá del salón y me senté en el otro, en el que se ubicaba más próximo al ventanal. Cogí mi cuaderno y un bolígrafo y empecé a escribir cómo me sentía. Necesitaba analizar aquella situación y, a la par, tratar de entender y deshacerme de algunas ideas absurdas.

> *«Acabo de pasar la noche con Ian. Después de cinco años ha vuelto a aparecer en mi vida..., como por arte de magia. Ayer estuvimos almorzando juntos y durante la comida me explicó por qué se fue. Si mi experiencia había sido dura la de él también lo tuvo que ser mucho. Si hubiera visto el cadáver sin vida y mutilado de mis seres amados no creo que hubiera hecho su duelo tan rápido. No solo Eric era igual que un hermano para él. Incluso mi madre fue algo más que una mujer cariñosa que le cuidaba y le dejaba jugar de niño a la peonza en el patio de su casa. Siempre he sido consciente de que Ian quería a mi madre como si fuera de su propia familia, tal vez como a una tía o quizá más».*
>
> ...
>
> *«El caso es que ahora Ian ha regresado y no ha cambiado nada. Sigue atrayéndome tanto como antes. Su sonrisa..., me encanta la mueca de sus labios cuando está feliz. Y sus ojos..., me pierdo en ellos cuando me mira...*
>
> *Ayer me besó, y no supe reaccionar.*
>
> *A todo esto, cuando me besó yo acababa de... »*

No pude seguir escribiendo. Paré en seco el movimiento de mi mano porque no recordaba con claridad lo que había sucedido. Traté de hacer memoria y solo resurgían imágenes sueltas. Una fuerte emoción se encendió en mi pecho, una especie de cosquilleo y nerviosismo muy familiar que sin embargo, no podía relacionar con nada, con ningún hecho concreto. Cerré los ojos con calma para centrarme en ellas y

saber de dónde surgían, qué eran exactamente. Al cabo de unos instantes por fin pude empezar a distinguirlas. En primer lugar, algunas me llevaban a rememorar el día y la *extraña* noche que pasé junto a Ian. En segundo lugar, identifiqué otras que semejaban el recuerdo de algunos sueños que pude haber tenido aquella madrugada. De entre estas últimas, con rapidez comencé a ver con mayor claridad la silueta de un precioso entorno montañoso, muy verde. Pensé que, en efecto, estaba reviviendo un sueño. En él me encontraba en medio de un paraje mágico, de esos que normalmente solo ves en las películas o documentales. Aquellas escenas dejaban claro que me hallaba allí, y no estaba sola. Con velocidad se fueron haciendo evidentes las figuras de otras siete u ocho personas. Permanecíamos todos de pie de cara a una elevada montaña con la sensación de aguardar algo importante. Y de pronto, con súbita discreción, en frente de nosotros aparecieron tres seres. Dos de ellos eran muy espigados, hombres; sin duda superaban con creces los dos metros de altura. La tercera figura, femenina, de un metro setenta más o menos; como yo de alta.

Nos miraban desde la distancia, inmóviles. Su fisonomía era igual a la nuestra, mas al mismo tiempo tenían una peculiaridad que los diferenciaba de los demás allí presentes, una esencia atípica al margen de su talla. Sus cuerpos emitían gran cantidad de energía y una especie de luz propia, efecto que se hacía notorio por la insuficiente luminosidad del lugar, ya que, al parecer, nos abrazaba la noche. A su vez y por encima de todo, transmitían una paz inusual muy placentera.

No podía ver con nitidez los rostros de nadie, menos identificarlos, sin embargo, había algo en la gente que me acompañaba que, sin saber el motivo, me resultaba muy familiar.

Después de recrearme un lapso indeterminado en aquello, sentí mi cara sonriendo. Abrí los ojos y volví a la realidad. Miré mi cuaderno. Ahora, con las ideas un poco más claras, continué desahogándome en sus blancas hojas.

> *«…Quizá tuve aquel placentero sueño después de que se me quitara por completo la fiebre. Me debió sentar algo mal en la comida y por eso me subió la temperatura. Por suerte se me pasó rápido. Si no hubiera sido por aquello dudo que Ian terminara quedándose a dormir.*
>
> *Creo recordar que fue después de despertarme de esa «aventura onírica» cuando Ian me besó. Sin embargo, lo que no alcanzo a ubicar es en qué momento de la noche se cambió de ropa… Es todo muy raro, es como si mis recuerdos estuvieran atropellados, desordenados. Esta mañana cuando me levanté estaba muy confundida, por un lado parecía feliz por tener a Ian a mi lado pero, a la vez, sentía como si no*

deseara que pasase nada más entre nosotros. Eso es lo que no entiendo. Durante cinco años me he preguntado qué estaría haciendo, qué sería de su vida, qué hubiera ocurrido si se hubiera quedado. En ese tiempo mi cabeza ha fantaseado con él, en cómo sería estar saliendo juntos. En cambio, ahora que lo tengo aquí y se presenta la oportunidad de experimentarlo, no entiendo por qué una parte de mí lo rechaza. Es como si en mi mente hubiera una vocecita diciéndome que él no es el hombre de mi vida, que aquel que pueda ser mi alma gemela está por ahí, en algún lugar y que, a lo mejor, no está tan lejos como pueda pensar. Pero, dejar de estar con una persona que te atrae, con la que disfrutas, con la que te compenetras y te sientes feliz, por pretender estar con alguien que ni siquiera sabes quién es, ni dónde se encuentra, ni siquiera si existe, creo que es de locos.

Me enfada no poder evitar pensar: ¿y si al estar con Ian pierdo la oportunidad de conocer a quien realmente estoy buscando?

¡Estoy hecha un lío! No sé de donde he sacado ahora que mi alma gemela puede estar por ahí esperando a que la encuentre. Nunca he creído en esas teorías, ¿acaso ahora sí creo? ¿Y por qué?

Además, ¿por qué lo voy a tener que encontrar yo?, ¿no me podría encontrar él a mí?

Sería una situación muy desafortunada si fuera ese el caso y yo estuviera con Ian. O casi sería peor que fuera yo quien le encontrara a él mientras estoy manteniendo una relación con Ian... ¡¡Uffff!! Sea como fuere, creo que me sentiría culpable... Y no sé si tiene sentido que me sienta culpable. Me temo que estos pensamientos solo nublan mi juicio».

Volví a soltar el cuaderno y el bolígrafo sobre mis piernas. Aquello, todo lo que pensaba y escribía, me resultaba desconcertante. Necesitaba tomar distancia para que mis emociones se relajaran. Respiré profundo llenando mis pulmones y solté el aire despacio, con mucha calma. *¡Papá!* Me vino la imagen de mi padre a la cabeza y automáticamente pensé que pasar un rato en su compañía me serviría para relajarme y olvidarme de todo por unas horas. Cogí el teléfono y le llamé para ver si no tenía planes.

—¡Hola! —contestó su voz al otro lado del auricular.

—Hola papá, ¿qué haces?

—Pues la verdad es que nada del otro mundo, estaba recogiendo un poco la casa..., ya sabes. —sonaba alegre.

—¿Tienes planes para comer? —dije yendo directamente al grano.

—No, por ahora no. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—Sí, por eso te llamaba —dije dejando escapar una risita.

—¡Qué bien! —exclamó—. Te puedo llevar a un restaurante que acabo de conocer —propuso animado.

—No me importa hacerlo en casa —contesté sincera. Prefería estar en un sitio tranquilo donde no nos pudiera interrumpir nadie, tenía muchas cosas que contarle.
—Como prefieras —zanjó con conformidad.
Mi padre me conocía muy bien. Sabía que mi respuesta significaba que quería estar tranquila o hablar de algo con él. Una vez más, no se equivocaba.
—Genial, pues ahora voy para allá —le indiqué alegre.
—Vale, pero tú preparas la comida —bromeó haciéndome reír.
—Ok, yo me encargo. ¡Hasta ahora!
—Hasta ahora. —Colgó.
Me fui a la cocina y eché un vistazo a lo que había en la nevera. Cogí unas cuantas cosas por si en casa de mi padre no hubiera, las eché en una bolsa y la dejé en el pasillo. Recordé que la cama seguía revuelta así que la hice en un momento. Antes de salir, me asomé a la habitación donde tenía instalado mi despacho y ojeé los papeles que se hallaban sobre la mesa. Era presumible que ese día tampoco seguiría escribiendo mi novela.
Demasiadas distracciones rondando por la cabeza, me dije a mí misma.
Por último, cuando ya me disponía a abandonar el despacho, me detuve unos instantes a observar la foto en la que salíamos Ian, Eric y yo. No sé por qué aquello me hizo acordarme del beso que le acababa de dar a Ian cuando ya se estaba subiendo al coche...
—Espero no haberla liado —cavilé en voz alta—. Bueno..., solo ha sido un besito. Ya hablaré con él —me convencí a mí misma.
Cogí una vez más el bolso, el abrigo y la bolsa que había dejado en el pasillo y esta vez sí salí de casa con un rumbo de verdad.



Llegué donde mi padre. Este me recibió con el delantal puesto. Aquella estampa me hizo mucha gracia.
—¿Qué, ya estás haciendo la comida? —reí.
—Qué va, te estoy esperando para que la hagas tú —dijo con una amplia sonrisa.
Nos dimos un par de besos y un abrazo y fui a mi antigua habitación a soltar las cosas que traía. Cuando volví a la cocina vi que ya se había quitado el delantal; lo dejó sobre la mesa.

—¿Y bien, de qué quieres hablar? —soltó a bocajarro nada más verme cruzar el umbral de la puerta.

—¿Cómo sabes que quiero hablar de algo? —Pregunta absurda por mi parte porque, desde que era niña, mi padre siempre tuvo la sorprendente capacidad de «poder ver» a través de mí. Como si yo fuera transparente para él, casi más cristalina que el agua. No podía mentirle ya que la mayoría de las veces me acababa pillando. Y, aunque debería estar acostumbrada a su «don», me sorprendí a mí misma con las cejas levantadas aún incrédula.

—Qué listillo eres —musité riendo para mis adentros. Sin embargo, mi padre me oyó.

—¡Já! Es que, hija, me resultas muy evidente.

Estaba claro que sí. Nunca había conseguido alcanzar tanta empatía con mi madre. Era como si fuéramos de distintas épocas y no nos terminábamos de entender. En cambio, con él era fácil. En el fondo nos parecíamos mucho, teníamos gustos e inquietudes parecidas. Nos comprendíamos sumamente bien.

—Bueno —dije al fin esquivando su pregunta—, voy a ir preparando la comida y luego hablamos. Tengo varias cosas que contarte.

A pesar de dejarle con la miel en los labios, mi padre tenía la suficiente paciencia como para no insistir.

—Está bien, yo voy a seguir recogiendo —dijo mientras cogía un par de hojas de papel de cocina y un limpiacristales.

Durante un rato me concentré en el menú que estaba preparando, unos filetes de seitán acompañados de pisto con patatas. Llevaba más de cuatro años siendo vegetariana. Al principio no fue un tránsito fácil, había muchos sabores y texturas que echaba de menos y, sobre todo, comer algo fuera de casa se convertía en toda una odisea, sin embargo, era algo que mi cuerpo y mi mente me pedía. Me sentía mejor, más liviana e, incluso, sentía que aquel cambio de dieta beneficiaba a mis prácticas de meditación. Aunque mi padre también iba haciendo cambios paulatinos en sus hábitos alimenticios, se permitía seguir comiendo carne, leche, pescado y demás; no obstante, cuando almorzábamos juntos siempre prefería que cocinara alguno de mis platos. Decía que así se familiarizaba poco a poco con los nuevos sabores y variedades culinarias de los vegetarianos.

—¿Qué tal te va todo? —me preguntó tratando de empezar una conversación.

—¿Has puesto ya el mantel?

A veces me costaba arrancar con lo que quería decir.

—Sí, ya estoy terminando de poner la mesa. Bueno, en realidad no había mucho que poner… —aclaró riendo.

—Toma, coge este plato —indiqué extendiéndoselo—. Es el tuyo.

Mi padre lo asió y se fue a dejarlo en la mesa, yo seguí sus pasos

con el mío en la mano.

Una vez sentados en la mesa, me permití unos segundos para mi peculiar forma de bendecir los alimentos:

«Doy gracias por los alimentos tan ricos que vamos a comer, gracias porque mi padre sigue en mi vida y me entiende, y gracias porque Ian ha vuelto. Gracias también porque voy a tener fuerzas para hablar con mi padre y la conversación con él va a ser positiva y me va a ayudar para ordenar mis pensamientos. En armonía para todo el mundo, amén».

—Ha vuelto Ian —lancé las palabras con la vista fija en mi menú. Por alguna extraña razón en ese momento me daba un poco de vergüenza mirar a mi padre a los ojos.

—¿Ian..., el amigo de tu hermano?

Parecía estar confundido.

—¿Conoces a algún otro Ian? —le contesté irónica.

—Entiendo —susurró pensativo.

Se hizo un pequeño silencio donde solo se podía apreciar el tintineo de los tenedores contra la porcelana. Sabía que aquella noticia le había pillado tan de improviso como me cogió a mí, y por un instante temí que hablar de él le hiciera revivir recuerdos pasados, los cuales le pudieran abrir unas heridas en apariencia sanadas.

—Cuántos recuerdos... —dijo con franqueza.

Giré con levedad mi cabeza y observé su rostro. Realmente se le veía absorto en sus pensamientos, sin embargo, sus facciones transmitían paz y serenidad. Aquello me tranquilizó.

—Sí, me lo encontré el otro día cuando salía del trabajo —aclaré.

—¿Y qué tal está? —su pregunta transmitía un interés sincero.

—Bien, estuvimos hablando un rato. Nos dimos los teléfonos y ayer comimos juntos —traté de ponerle al día de la forma más neutral posible, restando cualquier detalle que delatara mis emociones. Por supuesto, como primer boletín informativo era suficiente, así que omití el detallito de que se había quedado a dormir en casa. No me apetecía explicarle que me puse mala con fiebre y que se quedó a cuidarme.

Cuando volví a mirarle, esta vez su cara dibujaba una pícara sonrisa.

—¿Qué pasa, de qué te ríes? —le pregunté frunciendo el ceño.

—No, nada, nada...

—En serio, ¿de qué te ríes? —dije picada como una niña pequeña.

—Ha vuelto tu amor platónico... —dijo con tono cantarín.

A mí se me abrieron los ojos como platos y casi me atraganto con lo que tenía en la boca.

—¿Cómo eres tan tonto? —le solté elevando la voz a la par que sentía como me ruborizaba por dentro y mis mejillas alcanzaban un calor sospechoso.

Mi padre se rio abiertamente.

—¿Pensabas que no nos habíamos dado cuenta de que te gustaba el amigo de tu hermano? —expuso divertido como si fuera un chiquillo.

—¿Qué? —me hice la loca.

Por supuesto, yo lo negaría toda la vida. No pudo ser tan evidente... Solo alguna vez me descubrí a mí misma mirándole embobada, pero era en momentos puntuales, cuando me relajaba porque sabía que nadie acechaba.

—Vamos, mujer, que ya no eres una niña. Confiésalo —insistió. La mueca de satisfacción seguía adornando su faz. Y ahora, el entretenimiento ya no era comer, sino divertirse a mi costa.

—Bueno, ya vale, ¿no?

—Está bien, está bien, niégalo todo lo que quieras pero a mí no me engañas —dijo alegre con cierto aire de superioridad—. Sé que ese chico te ha gustado, por lo menos, desde que tenías veinte años. Y, todo sea dicho de paso, tú a él también le gustabas. —Esa afirmación me puso los pelos de punta—. Sin embargo, tu hermano se las apañaba muy bien para manteneros separados. Creo que pensaba que si salíais juntos y lo vuestro no resultaba bien, su amistad con Ian correría peligro.

Yo escuchaba sin perder detalle, me sentía feliz de oír aquello pero, a la vez, un poco molesta. Si nos gustábamos, ¿por qué se tuvo que meter Eric de por medio?... En fin, era algo que ya no tenía remedio. Habían pasado los años y tan solo podía olvidarme de esos «*pequeños*» detalles.

—Tu hermano era un poco inseguro en ese sentido —me explicó—. No tenía muchos amigos y para uno con el que realmente se sentía a gusto, no quería perderlo. Además, le veía como a un hermano; supongo que a su vez, imaginarle contigo le resultaría extraño.

Suspiré hondo y tomé un trozo de seitán del plato. Mi padre hizo una pausa en su exposición e hizo lo propio con su comida, pero se veía que seguía dándole vueltas a la cabeza, porque de vez en cuando sus labios dejaban ver una nueva sonrisa.

—Bueno, ¿y qué va a hacer? ¿Hasta cuándo se queda? —preguntó, volviendo a meternos en la conversación.

—Me ha dicho que ha venido para quedarse.

—¿Y vais a veros más veces?

Mi padre parecía tener mucho interés en que nos encontrásemos de nuevo, y no alcanzaba a entender el motivo.

—No hemos quedado en nada —contesté sincera.

—¿Está disponible?

—¿A qué te refieres?

Sabía perfectamente a qué se refería, pero no me podía creer lo que escuchaba. ¿Desde cuándo le gustaba el chismorreo? Nunca antes

habíamos tenido una conversación de ese estilo, y ahora…, me recordaba a las locas liantas de mi trabajo.

—Tú sabes a qué me refiero, a si está casado, si tiene novia o algo.

Se me escapó un suspiro que terminó en una sonrisa.

—No, no tiene novia, ni está casado, ni nada… Es más, creo que le sigo gustando —confesé dejándome llevar por el ferviente interés que mi padre mostraba en el tema.

—¡Oh, eso es genial! —exclamó dando un golpe en la mesa.

Reí.

—¿Es genial?

—Sí, claro que es genial. Por fin voy a tener un yerno con el que hablar de fútbol, y encima ya sé que me cae bien. No podría ser mejor.

No conseguía dejar de reírme viendo la reacción que estaba teniendo por el regreso de Ian; era totalmente insospechada. Lejos de entristecerse porque le recordara a Eric, parecía que hubiese recuperado a un ser querido. Y eso sin haberse visto todavía… Miedo me empezó a dar imaginarme lo que podría pasar al tenerle delante.

—Papá, espera, no te emociones tanto —traté de serenarle y traerle al mundo real—. Todavía no ha pasado nada entre nosotros…

—¿Así que no descartas que pueda haber algo entre vosotros? —dijo satisfecho interrumpiéndome.

—No, papá, no lo descarto, pero tampoco es algo seguro.

—¿Te gusta otro?

—¿¡Papá!!? No —contesté tajante.

—Pues ya está. Es solo cuestión de tiempo que empecéis a salir juntos.

Menos mal que omití el detalle de que nos habíamos besado, sino, observando su entusiasmo, le hubiera visto capaz de dejarme allí en la mesa con los alimentos a medio comer y ponerse a buscar fecha para la boda.

—Bueno, ¡para! —corté poniéndome seria—, ya veremos si sucede algo entre nosotros o no. Tú, de momento, no te hagas ilusiones.

—Está bien. Seré paciente, pero creo que haríais una pareja estupenda —respondió sincero.

—Anda, termina de comer que se nos va a enfriar —le dije señalando su plato con un sutil movimiento de cabeza. Aunque su contenido llevaba frío ya un rato.

Después de la emoción inicial, la tarde fue transcurriendo con tranquilidad. Terminamos de almorzar, retiramos la vajilla, la fregamos y volvimos al salón. Encendimos la televisión, aunque no la hicimos caso ya que enseguida nos pusimos a hablar de cómo fue nuestra extinta semana laboral.

—¿Tienes algún plan para hoy? —preguntó mi padre.

—No, ninguno —contesté. Aunque también era verdad que no había mirado el móvil desde que llegué a su casa. Desconocía si alguien podría haberme propuesto algún plan interesante.

Joaquín, mi padre, se puso a hacer zapping y yo aproveché para ir a mirar mi móvil. Tenía seis mensajes de Ian.

> *«Hola, pitufina,*
> *¿Qué tal te encuentras?*
> *Espero que haya desaparecido por completo la fiebre y te hayas encontrado bien para comprar los vestidos.*
> *Por cierto, me ha gustado tu beso de despedida..., no me lo esperaba.*
> *Esta noche, si te apetece, te llamo.*
> *Voy a seguir con mis cajas, todavía me quedan unas cuantas».*

¡Los vestidos! Es verdad. Me había olvidado por completo de mi inocente tapadera para que se marchara a su casa... *Bueno, creo ha sido mejor así. Comer con mi padre ha sido muy terapéutico,* pensé.

> *«Hola, fortachón.*
> *Ya he acabado las compras, estoy ahora con mi padre.*
> *Vale, esta noche hablamos.*
> *Y, ánimo con las cajas, seguro que ya te queda poco para acabar la mudanza».*

Le contesté, devolví el móvil al bolso y regresé al comedor con mi padre. Al entrar observé que comenzaba una película.

—¿Qué ves tan entretenido? —pregunté analizando la pantalla—, me suena...

—Es *Encuentros en la tercera fase.* Está empezando ahora.

—¡Ah! —susurré como hipnotizada mientras me acomodaba en el sofá.

—¿Quieres que ponga otra cosa?

—No, déjala —respondí sin apartar los ojos del televisor.

Ya había visto con anterioridad aquel filme, pero apenas me acordaba del argumento.

Después de llevar un rato inmersos en la historia y sin saber por qué, una escena, donde el protagonista empieza a obsesionarse con los repetitivos sueños que tiene, me hizo revivir el mío de aquella madrugada. Reproduciéndose así, las tres figuras que aparecían en medio del bosque, la altura descomunal de dos de ellos y las sensaciones que proyectaban. Aquello me llamó poderosamente la atención.

—Esta noche he tenido un sueño un poco extraño —indiqué en medio de los anuncios publicitarios.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —se interesó mi padre.

En cuestión de segundos accedí a los «archivos» de mi mente y se lo conté con el mayor detalle que estos me permitieron.

Observaba cómo mi padre escuchaba con sumo interés y, a la vez, parecía tratar de encontrarle un significado.

—¿Es la primera vez que lo tienes? —indagó con curiosidad.

Su pregunta me dejó un poco descolocada. Vacilé unos instantes mientras trataba de rememorar con más precisión. Aunque la respuesta más lógica basándome en mis recuerdos era un tajante «sí», una parte de mí no estaba del todo segura.

—No —contesté al fin—. Bueno, la verdad es que no soy consciente de haberlo soñado más veces, sin embargo, encontraba algo muy familiar en aquellas tres figuras.

—¿Pueden ser personas que hayas visto con anterioridad en otro sitio?

—Sí. Creo que ya los había visto. —Sentí mi mirada perdida en el horizonte tratando de que mi cerebro mantuviera la capacidad de reproducir esos pormenores que hasta entonces nos estaban resultando tan valiosos. —En especial a uno de ellos —proseguí—. Era un ser muy alto, de más de dos metros y medio y, aunque no le veía la cara, sé que le conozco...

Durante unos segundos los dos permanecimos callados. Ahora el ruido de los sketchs era lo único que se oía en el salón.

—¿Sabes?, hace unos años yo también tuve algunos sueños parecidos al que me acabas de contar —expuso Joaquín pensativo.

—¿De verdad?

—Sí, antes de conocer a tu madre, que recuerde, experimenté varios semejantes al tuyo; luego, nunca más volví a tenerlos. Jamás entendí a qué se debían o qué significado podrían guardar. La noche antes de verla por primera vez, disfruté del último. Uno en el que emergía una mujer alta, esbelta, muy similar a ella. Aquella hermosa y desconocida mujer me dijo algo que una vez despierto olvidé sin remedio.

»Al día siguiente un impulso me llevó a un parque; hacía años que no lo visitaba. Fui solo, nadie me acompañó. Lo tomé como una especie de cita conmigo mismo.

»Después de estar un rato paseando por allí, fue cuando vi a tu madre a lo lejos, sentada en un banco. Me quedé paralizado. Ella por supuesto se dio cuenta de que la miraba sin cesar y, no sé cómo, pero de repente estábamos uno al lado del otro. Empezamos a hablar y sentí pasar las horas fugaces. Antes de marcharnos quedamos para la tarde siguiente y, así fue como empezamos a salir juntos... —hizo una breve pausa—. Desde aquel primer encuentro «fortuito» en el parque nunca nos habíamos separado.

»¿Sabes qué es lo más extraño de todo? —planteó de forma

retórica—. Que parecía conocerla de toda la vida.

—¿En qué parque sucedió? —pregunté intrigada.

—Aquí en Madrid, en *El Retiro*.

—Qué curioso.

—Sí, lo es. De forma repentina llegó a mi vida y, de la misma manera se marcho… —analizó en voz alta.

Se hizo un largo silencio y entre tanto la película volvió de los anuncios. No dijimos nada más.



—¿Crees que hay vida inteligente fuera de este planeta? —le pregunté a mi padre después de que acabara el filme.

—Sí, siempre lo he creído —hizo una pequeña pausa—. ¿Y tú?

—Sí. Yo también.

—¿Quieres que te cuente una anécdota? —expuso en tono misterioso.

—Claro.

—Hace muchos años, cuando tu madre estaba embarazada, nos pasó algo extraño y poco usual —dijo reflexivo. Continué escuchando sin decir nada; había conseguido captar toda mi atención—. Una noche regresábamos a casa de visitar a tus abuelos. En aquella época todavía vivíamos en Móstoles y no teníamos coche, con lo cual teníamos que ir a todos los sitios en transporte público. El caso es que vivíamos en lo que se podría llamar los confines de aquel pueblo; en una zona residencial de nueva construcción en la que tu madre y yo acabábamos de comprar un piso y a la que nos trasladamos nada más casarnos.

Agradecí que diera un pequeño rodeo dándome detalles para ponerme en situación.

—Todavía estaba muy poco habitada. Apenas unas cuantas parejas de recién casados o familias con hijos muy pequeños se habían mudado al barrio —prosiguió—, así que los edificios se encontraban casi vacíos y los alrededores también. Nuestras viviendas marcaban el final del municipio.

»Como decía, esa noche volvíamos tarde de Madrid. Regresábamos en el último autobús que llegaba a la parada más próxima a nuestra casa, pero aun así, desde aquella hasta los inmuebles debíamos

recorrer un buen trecho andando. Las calles se hallaban vacías por la hora que era, y el camino oscuro ya que todavía no disponíamos de alumbrado público...

»Tras caminar varios minutos, cerca de los primeros bloques de viviendas, nos paramos un momento a contemplar el cielo. Estaba despejado y al ser una noche cálida nos entretuvimos mirando las estrellas.

»Apenas llevábamos unos instantes disfrutando del espectáculo nocturno cuando, de repente, vimos una claridad muy fuerte que se encendía en medio de la oscuridad. Te puedes imaginar la impresión que nos causó aquello. Dudamos si era una estrella fugaz pero no se desvaneció como era de esperar. La luz era intensa, a veces de un color blanco azulado y otras, amarillo rojizo. Cambiaba de tonalidad a su antojo. También la intensidad de su brillo refulgía deslumbrante o se hacía más tenue, pero siempre latente, sin llegar a desaparecer del todo, sin parpadear como hacen los aviones. De vez en cuando se movía haciendo giros complejos, zigzags amplios en cualquier dirección. Era un espectáculo sin igual.

»Después de ese baile intenso e hipnótico, el objeto luminoso se frenó, fijando su proyección en un único color. Permaneció fijo e inmóvil durante unos instantes. Hasta que nos dimos cuenta de que, lo que fuera que fuese, cada vez se encontraba más próximo a nosotros.

»Tu madre se asustó. Me cogió la mano y tiró de mí para que prosiguiéramos la marcha. Tan solo un par de manzanas nos separaban de nuestro portal.

»Yo estaba maravillado, absorto. A pesar de los pasos apremiantes, seguí andando oteando el cielo. Me latía el corazón rápido y sentí una gran ilusión. Era una situación extraña, desconcertante y feliz al mismo tiempo. No podía dejar de mirar aquella luz como embobado, hasta que me di cuenta, para mi sorpresa, que esta nos seguía mientras íbamos avanzando.

—¿Cómo que os seguía? —cuestioné.

—Sí, nosotros andábamos y la luz nos escoltaba de cerca, hacía los mismos movimientos que nosotros..., si doblábamos la esquina de un edificio, automáticamente el objeto aparecía de detrás de él. Tu madre se asustó más todavía y los pocos metros que nos distanciaban de casa los hizo corriendo.

Fue fascinante ver de qué manera aquello nos acompañaba. Era como si quisiera demostrarnos algo, saludar o entablar comunicación con nosotros.

—¿Y qué pasó después? —pregunté intrigada.

—Cuando entramos al portal me vi tentado de darme la vuelta, asomarme una vez más a la calle para comprobar si aquello seguía allí..., pero tu madre me dio un fuerte tirón del brazo y no me dejó.

—¡Alucinante! —exclamé.
—Sí, fue una experiencia única —dijo sonriendo.
—¿Y qué crees que era?
—Yo siempre he creído que podría ser algún tipo de inteligencia superior.
—¿Extraterrestres?
—Sí —contestó pensativo.
—Y si eran extraterrestres, ¿qué crees que podrían querer?
—No lo sé, es algo que siempre me he preguntado —hizo una pausa y luego prosiguió—. ¿Sabes? en alguna ocasión me he preguntado si ellos sabían que tu madre estaba embarazada...
—No te entiendo —le dije frunciendo el ceño. Sentí que mi corazón empezaba a palpitar acelerado.
—Cuando eras pequeña alguna vez viniste a nuestra cama diciendo que habías tenido sueños extraños, con personas que te decían y te explicaban cosas —argumentó.
Mi cara seguía manteniendo una expresión de duda y confusión, sin embargo, mi pecho, por alguna extraña razón, comenzó a tranquilizarse.
—Supongo que nos pasa a todos cuando somos niños —le dije quitando importancia al asunto—. Soñar con personas que te dicen y explican cosas..., no creo que sea tan anormal. Hasta me he llegado a ver en algunos al lado de mis personajes preferidos de dibujos animados... —expliqué divertida.
—Sí, supongo que tienes razón. Y cuando somos mayores seguimos teniendo muchos, algunos tan extraños que no hay por dónde cogerlos —rio—. De todas formas te pasó durante una larga temporada y por lo que nos relatabas siempre eran iguales. Describías a los mismos personajes, pasajes y escenarios semejantes... Es raro que lo hayas olvidado.
—Es ahora que lo estás mencionando cuando me estoy volviendo a acordar de ellos, sin embargo, no creo que me vuelvan a venir a la cabeza ni sus caras ni lo que me decían... —confesé.
—Bueno, supongo que todos en algún momento de nuestra vida hemos tenido sueños recurrentes que se repetían una y otra vez. —Me dio la sensación de que trataba de quitarle importancia al asunto.
—Sí —contesté—, como cuando estás enfermo, ¿no?
—Sí, algo así.
Me resultaba muy chocante no poder rememorar con detalle aquello que se suponía tantas veces «viví» mientras dormía. Si habían sido tan repetitivos debería tener una cierta facilidad para evocarlos, por lo menos algún detalle por mínimo que fuera, ¿no? Pero no.
En cambio, sí comencé a tener fuertes recuerdos de algunos pasajes de cuando era niña y estaba enferma. ¡Qué extraño era todo!

—Te he hablado de lo que te pasaba cuando eras una chiquilla por si encontrabas algún tipo de relación con tu sueño de esta noche —continuó mi padre—. Es posible que este tenga que ver con aquellos otros... —expuso con delicadeza—. A lo mejor son los mismos seres o personas que *veías* en la niñez.

—¿Por qué dices «seres»? —repliqué incómoda.

—No sé, supongo que porque no conozco a ningún humano que mida más de dos metros y medio.

Capítulo 9

Sentimientos contradictorios

Llegué a casa algo triste y desorientada. A pesar de que la tarde con mi padre fue muy agradable y me vino muy bien hablar de ciertas cosas con él, ahora volvía a estar sola, sin distracciones, sin nadie que me animase ni me entretuviese.

Una parte de mí no tenía ganas de enfrentarse a la realidad: a Ian. Sentía que algo fallaba; la extraña percepción de hallarme incompleta.

Tiré las llaves en la bandeja de la entrada y anduve hasta la habitación. Solté el bolso en la cama. Me quité el abrigo y lo colgué en el armario. Luego fui al cuarto de baño y cogí el cepillo dental, le eché un poco de dentífrico y empecé a lavarme mientras me descalzaba y desnudaba.

De camino ya a la cama, cogí el móvil. No había vuelto a mirarlo desde que contesté a Ian horas atrás. Tenía dos llamadas perdidas suyas y once conversaciones de whatsapp abiertas. No me apetecía nada contestar a nadie, y no lo hice. Apagué el wifi de casa, dejé el celular en la mesa del despacho y fui a la cocina a por un vaso de agua. Después regresé a mi lecho y me quedé dormida.

A la mañana siguiente desperté un poco más animada. El sol entraba refulgente a través de las ventanas. A pesar de estar en abril, aquello me trajo recuerdos del verano.

Me puse una bata y fui al salón para mi meditación matutina. Traté de imaginarme dentro de una burbuja de energía, una que me ayudara a armonizar mi estado de ánimo. La visualicé de un color verde esmeralda para potenciar la paz y el equilibrio de mis emociones.

Conseguí mantenerme en ese estado de tranquilidad durante unos minutos, hasta que el sol empezó a desvanecerse tras una oscura nube que amenazaba con dejar a su paso un fuerte aguacero.

Levantándome del sofá, me dirigí a la cristalera. La abrí con calma y asomé la cabeza al exterior. El aire traía el aroma del campo húmedo. Llené mis pulmones de aquella fragancia y cerré los ojos. No se oía prácticamente nada, ni siquiera el canto de los pajarillos. Debían estar preparándose también para la tempestad.

De pronto, sentí un resplandor y mis ojos se abrieron con súbita premura. Fue un relámpago, ya que a los pocos segundos un estruendoso sonido hizo retumbar el inmueble.

La tormenta estaba muy cerca.

Pronto empezaron a desprenderse las primeras gotas que oscurecían

la zona donde caían. De forma casi instantánea, esas tímidas perlas se convirtieron en un torrente de agua, bañando con contundencia todo a su paso.

A pesar de estar empapándome, disfrutaba de aquel remojón improvisado. No hacía más que respirar con fuerza el clima que se estaba formando; mis pulmones lo agradecían y una parte de mí sentía como si esa brisa estuviera limpiándome por dentro. También mi piel disfrutaba del agua. Era una sensación parecida a la de una buena ducha caliente, solo que en esta ocasión era fría.

Me metí de nuevo en casa, esta vez con la cabeza y el pecho chorreando, y cerré la ventana. Me advertí inusitada; querían regresar las emociones que experimenté la noche anterior, solo que en esta ocasión parecían ser un poco más claras. Mi confusión se centraba en la añoranza, en el sentimiento de que me faltaba algo, o alguien. Ian había regresado y debería estar contenta. Pensaba que volver a tenerle en mi vida aplacaría esa misteriosa impresión de carencia que conservaba desde hacía unos años. Pero me equivoqué. Quizá era el momento de preguntarme cuándo me perforó esa oquedad. ¿Acaso guardaba relación con la muerte de Eric y de mamá? ¿O vendría de antes?

Algo me hizo tambalear cuando me di cuenta de que, en efecto, aquello palpitaba en mi pecho con anterioridad al accidente. Siempre estuve buscando, tratando de hallar algo que no lograba determinar. Ni siquiera ahora conseguía ser capaz de identificarlo. Mi claridad solo alcanzaba a decirme que no tenía que ver con mi familia y tampoco con Ian. Lo que fuera que estuviera anhelando seguía sin encontrarlo.

No me voy a pasar toda la vida deseando algo que ni siquiera sé qué es, ¿no?, me dije enfadada.

Pero el problema estaba en que no sabía cómo cubrir ese desagradable vacío interior, o si llegaría algún día a ser capaz de hacerlo. Sin embargo, deseaba sanar esa carencia de una vez por todas. Entonces, me vino a la cabeza la imagen deslumbrante de Ian, su sonrisa, su cabello… Un suspiro de paz invadió mi ser. Me sentí dichosa recordando su anatomía, su voz…, y sobre todo, que había regresado.

De repente me acordé de que la noche anterior no le devolví ninguna de sus llamadas, así que cogí el móvil de la coqueta y busqué si, a parte de las dos llamadas perdidas, tenía algún mensaje suyo.

> *Hola, te he llamado un par de veces y…, en fin, no te quiero molestar. Seguramente sea tarde y estés cansada, o también está la posibilidad de que quieras tener espacio para pensar sobre lo que pasó ayer. Entiendo que ha sido muy repentino mi regreso y necesitarás tiempo*

para hacerte a la idea. No te quiero atosigar… Cuando estés preparada, o te apetezca, o lo que sea, aquí me tienes. Un beso y que descanses.

Leí su mensaje con calma un par de veces. Luego pensé cuál podría ser una buena contestación, alguna que no le alejara pero que tampoco le diera esperanzas apresuradas; alguna que le dejara tranquilo pero con la que yo también me sintiera bien… Era difícil pensar en complacer a alguien cuando ni yo misma conocía lo que necesitaba para percibirme satisfecha. Decidí entonces ser sincera.

Hola, Ian. Anoche llegué tarde a casa. Vi un par de llamadas tuyas y varios mensajes, pero no hice caso a ninguno. Estaba cansada y no me apetecía hablar con nadie.

La verdad, me gustó mucho verte, me sentí muy cómoda a tu lado, pero también es verdad que no sé qué pensar. Ahora mismo no te puedo prometer nada de ningún tipo, ni de si vamos a ser amigos o de si va a pasar algo más entre nosotros. No sé qué pretendes, o qué intenciones tienes, pero sea lo que sea yo necesito ir despacio. De todas formas, también debo confesar que me apetecería volver a verte, sin pretensiones. Solo deseo volver a reencontrarme con un viejo amigo. Creo que, en este momento, lo necesito; dudo de si podría dar algo más.

No sé qué más decirte… Entendería que ahora fueras tú quien desees meditar sobre lo que quieres. Yo seguiré estando aquí.

Capítulo 10

La proposición

En las sucesivas semanas me vi varias veces con Ian. La cosa parecía ir bien para los dos. Por un lado estábamos retomando la amistad que habíamos dejado aparcada años atrás y, por otro, empezamos a conocer nuestras verdaderas inquietudes y deseos para la vida, que a lo pronto, resultaban ser muy similares.

—¿Qué planes tienes para este fin de semana? —me preguntó según llegábamos a mi portal.

—Creo que el sábado iré a comer con mi padre —contesté mientras hacía ademán de coger las llaves del bolso. A la vez, pensé en la ilusión que le haría a mi padre encontrarse con él.

—¿Y después de comer? —insistió.

—Francamente, no lo sé todavía —dije sincera—. ¿Por qué?, ¿tenías pensado hacer algo? —curioseé.

—Sí, había pensado llevarte a… —Interrumpió la frase dejándola a medias—. Nada, era una tontería. Era por si te apetecía hacer algo juntos.

Reí mientras miraba su cara de desconsuelo.

—Se me ocurre que te vengas a comer con nosotros. Seguro que a mi padre le encantará volver a verte.

Me miró unos instantes tratando de descifrar aquella proposición. ¿Sería algo sincero? ¿Realmente no me importaba que viniera con nosotros a comer? Pareció convencerse rápido.

—Está bien, puede ser divertido —confirmó animado—. Además, hace años que no le veo y será una alegría encontrarnos.

Solo espero que mi padre no empiece con bromitas de niño de colegio, pensé.

Paró el motor del coche, parecía que tenía intención de subir un rato a casa, pero a mí no me apetecía. Todavía había veces en las que me sentía un poco incómoda cuando me quedaba a solas con él. Era como si aprovechara ciertos momentos para mandarme miradas seductoras que me ponían nerviosa. Me recordaba a los bailes de los pájaros para el cortejo. Esos en los que el macho exhibe sus grandes bolsas (las de debajo del pico) y emiten fuertes bramidos para demostrar su masculinidad y así conquistar a la hembra…

Por suerte, lo máximo que tenía que esquivar de él era su coqueta sonrisa y, de vez en cuando, sus furtivos ojos ocre y esmeralda de aparente deseo. Aun así, en algunas ocasiones no me sentía con mucha fuerza para rehuir y hacer como si no pasara nada, lo que me llevaba a emplear mi técnica más depurada, esa de salir corriendo cuando la cosa se ponía muy comprometida.

—Esta noche te llamo o te escribo para decirte a qué hora quedamos

—dije mirando las llaves, mientras le daba tiempo para interpretar el claro mensaje subliminal con el que le invitaba a marcharse.

—Vale. —Su voz sonaba muy normal, lo que me aportó una honda tranquilidad.

Le miré y sonreí al tiempo que me inclinaba para darle un beso de despedida en la mejilla. Él me lo devolvió recreándose en el contacto con mi cara. Le gustaba ponerme nerviosa...

Me bajé del coche y fui a casa. Ahora quedaba la otra parte: hablar con mi padre y darle la noticia de que Ian vendría a comer con nosotros.

Capítulo 11

El contactado

Nada más llegar a casa llamé a mi padre. Debía darle, lo que para él sería, la «gran» noticia de que Ian vendría el sábado a comer con nosotros.

—¿Te parece bien? —le pregunté. Y por supuesto que le pareció bien. Cómo no le iba a parecer bien si durante el último mes había estado insistiendo en que quedáramos un día los tres para ir a almorzar, a cenar o hacer cualquier otra cosa juntos.

Me desconcertaba tanta insistencia.

Al decirle que vendría con nosotros se puso tan contento que incluso se obcecó en reservar mesa en algún buen restaurante para «celebrarlo». Después de barajar él mismo varias posibilidades, al final se decidió por uno que acababa de conocer. Uno tranquilo y sencillo donde, yo al menos, podría elegir algún plato vegetariano. Tras hacer la gestión me mandó un mensaje para darme la dirección y la hora a la que nos esperaría allí.

Al día siguiente Ian vino a buscarme a casa, solo que esta vez no le dio tiempo a subir. Con el buen tiempo que empezaba a hacer decidí esperarle en la calle. Me apetecía bañar mi piel con el tenue calor que los rayos de sol nos estaba regalando esa primavera.

Al llegar, paró el coche en doble fila y bajó. Levantándome de mi placido asiento de piedra, me dirigí con calma en su dirección.

Cuando le vi, me sorprendió el encanto que desprendía. Tenía algo especial que no podía identificar. Sabía que no era por la ropa, ya que vestía elegante pero sencillo, una camisa color crema, un jersey beige y unos chinos azul marino, y en otras ocasiones ya le había visto vestir parecido. No, ese encanto era algo que emitía desde su propio ser. Su hermosura esta vez no era solo física o de su personalidad. Todo él refulgía belleza.

Según andaba en su dirección vi cómo también él me observaba con detenimiento. Su mirada estaba clavada en mí y con cierto disimulo me escudriñaba de arriba a abajo. Quizá por el vestido que me puse, uno negro sencillo que se ajustaba con elegancia y sensualidad en mis caderas y abría en vuelo un poco más abajo. Supongo que fue ese el motivo por el que se le escapó un «guau» según me iba acercando.

Al llegar al restaurante mi padre ya nos estaba esperando.

—Hola, ¿has llegado hace mucho? —le pregunté mientras me

acercaba a darle un beso.

—No, acabo de llegar —dijo con una sonrisa mirándonos fugazmente a Ian y a mí.

—Hola, Joaquín —saludó Ian extendiendo la mano para estrecharla con la de mi padre.

—¿Qué tal hijo? Cuanto tiempo… —Mi padre hizo lo propio—. ¡Sentaos! Os he dejado esos dos asientos. —Señaló dos sillas que tenía enfrente suyo. Al parecer nos quería tener bien vigilados.

Nada más acomodarnos, pude ver cómo Ian y mi padre cruzaban sus miradas de una manera que a mí me resultó un poco sospechosa. A pesar del tiempo que no se veían, aquel gesto denotaba mantener una inusual complicidad. ¿O serían cosas mías? Sí, a lo mejor estaba nerviosa por la situación, viendo cosas donde no las había.

El caso es que aquello fue como una llamada de atención que me indicó que debía estar tranquila. Realmente no pasaba nada, solo estábamos comiendo juntos, como hacíamos antaño.

En medio de mis reflexiones el camarero hizo una fugaz aparición para dejar las cartas y luego se marchó. Decidí entonces centrarme en ojear el menú.

Por su parte, ellos comenzaron a hablar sin darse cuenta de mi nerviosismo. Se les percibía tan a gusto que te hacían dudar de si en efecto podía haber pasado tanto tiempo sin que se vieran.

Aproveché esa coyuntura para permanecer fuera de la conversación, relajarme y así observarles con detenimiento. En verdad la estampa me parecía un poema. Por un lado estaba mi padre; saltaba a la vista que no cabía en él de felicidad. Desde que nos vio entrar por la puerta del restaurante, su rostro dibujó una mueca de felicidad que aun, después de los minutos transcurridos, seguía perpetua en su cara. Y por otro lado encontrabas a Ian…, si bien era cierto que no le quise mirar muy descaradamente, de soslayo aprecié cómo mostraba aquella sonrisa suya de picardía que denotaba haberse salido con la suya en algo. Quizá, tenerle allí con mi padre podría llevarle a pensar que estábamos estrechando el lazo de nuestra extraña relación.

De manera que, estimé que ambos hacían conjeturas con lo que podría significar aquella comida juntos. Sin embargo, tenía la esperanza de que ninguno se hiciera falsas y precipitadas ilusiones.

Se me escapó un suspiro ahogado ante mi aparente imposibilidad de decidir qué tipo de relación quería mantener con Ian. Me sentía impotente y frustrada. Nunca me había costado tanto decantarme por algo, y menos en lo referente al amor. Al mismo tiempo me sentía presionada por los dos, ya que, a parte de sus sutiles insistencias o indirectas, no parecían creer que aquella cita, si se la podía llamar así, fuera un simple reencuentro. Una reunión como las que hacíamos en el pasado, para disfrutar de un rato agradable entre personas queridas.

Así que aquello reforzaba mi deseo por aclarar de una vez mis intenciones respecto a Ian, mis sentimientos hacia él.

—¿Saben ya lo que quieren beber? —dijo el camarero surgiendo de la nada.

—Yo quiero una cerveza —contestó mi padre.

—Que sean dos —indicó Ian.

—Yo quiero también una cerveza, pero sin alcohol.

—Muy bien —respondió el joven tomando nota en su libreta—, enseguida se las traigo. Se giró y se fue.

Acto seguido ellos retomaron su conversación y yo, mientras, traté de seguir relajándome.

Por suerte, la afinidad y la empatía que mantenían me hizo sentir cómoda y me ayudó a olvidarme de todo durante un largo rato.

El camarero trajo las bebidas. Las copas venían escarchadas y, a pesar de que en el salón no hacía mucho calor, se me hizo la boca agua al verlas.

—¡Brindemos! —exclamó mi padre elevando su cerveza por encima de su cabeza—. ¡Por el reencuentro!

Ian y yo tomamos nuestras correspondientes copas y las acercamos a la de mi padre.

—¡Por el reencuentro! —dijimos a coro, haciendo tintinear los cristales. Acto seguido tomamos un largo trago para completar el brindis.

Sin poderlo evitar, observé una vez más sus caras de felicidad. Sin duda, disfrutaban.

Poco a poco el camarero fue haciendo fugaces apariciones. Primero para tomarnos nota, después, para traernos la suculenta comida. Estaba hambrienta.

Olvidándose casi de que me encontraba allí, Ian y mi padre empezaron a chismorrear acerca de sus trabajos, del fútbol, de coches..., por lo visto, de cualquier cosa que se les pasaba por la cabeza. Y me sentí bien al ver que durante unos minutos me quitaban de su centro de atención.

Mientras oía las voces de ambos como un eco lejano y sin intervenir apenas en la conversación, aproveché para saborear mi plato de gnocchis de calabaza y perderme en mis propios pensamientos, que revoloteaban de un lado a otro sin cesar. Y así fue hasta que mi padre me llamó la atención y me sacó con brusquedad de mis cavilaciones.

—Aurora, estás muy callada.

—Sí, pensaba en mis cosas —contesté sincera.

—Ya veo, ya.

—¿Está todo bien? —preguntó Ian preocupado.

—Sí, todo bien —respondí con una sonrisa para que se tranquilizara—. He aprovechado que hablabais de fútbol para... —Mi padre me interrumpió a media frase dejándome con la palabra en la boca.

—¡Ah! Se me había olvidado decirte algo, Aurora —dijo dándole un tono misterioso a la frase.

Le miré y, sin darme cuenta, fruncí ligeramente el ceño. Me embargó la risa al ver que se estaba haciendo el interesante.

—Venga, ¡dispara! —le incité divertida.

—¿Recuerdas lo que estuvimos hablando el otro día? —planteó como si solo hubiéramos hablado de una cosa...

—Sí, me acuerdo —me aventuré a contestar.

—He encontrado algo que te puede interesar —dijo una vez más sin entrar en detalles.

—¿El qué? —Tuve que indagar al ver que no decía más.

—El fin de semana que viene va a estar en Madrid un hombre que lleva investigando el fenómeno OVNI desde hace muchos años. Va a dar una conferencia —expresó por fin.

—¡Oh! —exclamé con sorpresa.

Fue como si se hiciera el silencio durante unos instantes. ¿Acaso me pudo leer la mente o adivinar que acababa de pensar en la charla que habíamos tenido hacía poco más de un mes en su casa?

En aquel momento me vino Ian a la cabeza. ¿Él creería en estas cosas, o pensaría que tanto mi padre como yo estábamos locos? Su silencio ante la nueva conversación que se abría paso me hacía sospechar lo peor. Era posible que pensara que solo los tontos o ignorantes creían en ello. Sin embargo, algo en nuestro interior nos hacía sentir que en realidad podía haber vida inteligente en otros planetas, y ¿por qué no?, que pudieran estar visitándonos. Y más aún, estar contactando con algunas personas.

—¡Qué interesante! —afirmó Ian al fin.

Aquello me llamó poderosamente la atención. ¿Era una exclamación sincera o estaba siendo sarcástico?

Mis ojos se clavaron en él esperando alguna palabra más por su parte que me ayudase a aclarar y saber cuáles eran sus creencias al respecto.

—¿A ti también te interesa el asunto del fenómeno OVNI? ¿Crees en ello? —preguntó mi padre de seguido, como si me hubiera leído de modo inconsciente los pensamientos y estuviera expresando en voz alta lo que yo deseaba averiguar.

—Sí, desde siempre, desde que era un niño —aclaró Ian.

Aunque fuera a seguir creyendo en ello, saber que él también sentía simpatía y aceptaba ciertas hipótesis, me confirió una palpable

tranquilidad. *Es de los nuestros,* pensé.

—No tenía ni idea —contestó mi padre.

—Es verdad, hace años que nos conocemos y nunca habíamos hablado de estos temas —le dije mirándole a los ojos.

—Ya, supongo que no suele ser una materia muy común, de esas que se acostumbra a hablar en una conversación de mesa ni con la primera persona que te encuentras por la calle. —Se echó a reír.

—No, al principio no es muy común —contestó mi padre—. Supongo que algunos nos callamos por miedo a que se rían de nosotros o nos cataloguen de locos.

—Sí, puede ser…

—¿Y bien? ¿Quién dices que viene a dar la conferencia? —interrogué a mi padre. Me tenía intrigada. Aunque al instante me di cuenta de que aquella pregunta y su correspondiente respuesta no me iba a servir a lo pronto de mucho. Nunca me había puesto a investigar sobre el fenómeno en cuestión, así que, me dijera el nombre que me dijera, me quedaría igual que antes, sin saber quién era el investigador y conferencista.

—Es un chico peruano, se llama Enrique Paz. Asegura tener contacto con seres de otros mundos desde que era un niño. Lleva más de veinte años compartiendo su testimonio a través de conferencias, entrevistas, como invitado en programas de televisión… Hizo una pausa para darle un trago a su cerveza—. Al parecer tiene más de una docena de libros escritos al respecto donde cuenta con todo detalle sus experiencias.

—¡Qué interesante! —Se me adelantó Ian quitándome las palabras de la boca—. ¿Y cuándo dices que viene? —preguntó anticipándose otra vez.

Me sentí lenta al ver que cada dos por tres se adelantaban a lo que yo quería decir. Era como si mis reflejos y sentidos estuvieran ralentizados.

—La semana que viene —contestó mi padre eufórico—. Apunté el número de teléfono que figuraba en la publicidad porque creí que te podía interesar —explicó, esta vez dirigiéndose a mí—. Pensé llamar para reservar un par de plazas pero, no sé por qué, preferí decírtelo antes.

Yo le miré pensativa. No sabía muy bien en quién estaba pensando al decir lo de reservar dos plazas, ¿en él y en mí?, ¿en Ian y en mí?…

—Al principio ideé llevarte y darte una sorpresa, pero luego tuve dudas. Desconocía si ya tendrías planes o te parecería una tontería. Además —continuó—, ahora que está Ian, tampoco sabía si, en el caso de que quisieras ir, preferirías hacerlo con él…

Por fin reaccioné.

—Creo que de momento no tenemos planes, y por lo poco que me

has contado, has conseguido despertar mi interés; me apetece ir.

Miré a Ian tratando de averiguar si también tendría ganas de asistir a una conferencia de ese tipo.

—¿Te fías de ese hombre entonces? —pregunté a mi padre. Quería asegurarme y no caer en manos de un charlatán cualquiera pasado de rosca.

—Si no me diera buena sensación no te diría nada, ¿no te parece?

—Supongo que no —dije pensativa. La verdad es que fue una pregunta un poco tonta. Conociéndole, antes de decirme nada seguro que había estado averiguando todo lo posible acerca de ese sujeto hasta convencerse de que le infundía confianza.

—¡Claro que no! —reafirmó—. Además, vi algunos vídeos suyos en *Youtube* de algunas conferencias que ya dio a lo largo del año en otras ciudades y países. Al parecer viaja por todo el mundo llevando su testimonio. Y sí, me inspira bastante confianza.

—Vale, si tú te fías, yo también. Sueles tener muy buena intuición con lo que a las personas se refiere. Ahora bien, lo único que falta entonces es llamar para reservar plaza, ¿no?

—Sí, esta tarde lo haré.

—Pero hoy es sábado —objeté—. No creo que hoy te atiendan.

—A lo mejor sí. Parece un número particular y viene una persona de contacto.

—Ian, tú vienes ¿no? —le pregunté animada.

—Estaría genial acompañaros.

—Claro, hijo, si llego a saber que también te gustan estos temas lo hubiera reservado ayer mismo.

—Supongo que por eso se lo has contado a Aurora hoy, estando yo delante.

—Es verdad —respondió efusivo riendo—. Pues ¡dicho!, cuando salgamos de aquí hago la gestión para que vayamos los tres.

—Genial —le miré sonriendo.

De pronto me sentía muy bien. Algo me decía que había llegado el momento de encontrar algunas respuestas.

Capítulo 12

El fin de semana esperado

Desde que mi padre nos habló de la conferencia de aquel reconocido ufólogo, mi cabeza vagaba en las posibilidades que se podrían abrir para hallar respuestas. En el transcurso de la semana sentí una gran emoción y un creciente deseo de empezar a conocer cuál era el verdadero significado de esa discreta «realidad paralela» del contactismo. Supusieron ser seis largos días colmados de paciencia y nervios, en los que además intuía que quizá encontraría o sucedería algo especial.

Sin darme cuenta, el ansia de conocimiento se había apoderado por completo de mi interés. Incluso, en el trabajo me llamaron un par de veces la atención por estar inusualmente distraída.

No podía concentrarme en las cosas que hacía durante la jornada. Hasta los ruidos de mi entorno o el estridente sonido del teléfono que tenía en mi mesa se escuchaban lejanos y apagados.

—¿Estás bien? —me preguntó mi compañera María—. Te noto algo ausente.

—Sí, estoy bien —contesté haciendo un gran esfuerzo por hablar, ya que no me apetecía nada articular palabra—. Supongo que estoy cansada. Esta noche dormí muy poco —me excusé.

Mas al fin era viernes y por fortuna corrían ya los últimos minutos de mi jornada laboral. Minutos que poco a poco se irían consumiendo, como lo hacían las velas antes de exhalar su último aliento lumínico, y tras los que estaría libre, al menos durante dos días y medio, para estar absorta en mis pensamientos todo lo que quisiera. Entonces me podría olvidar del trabajo, de los ruidos del ambiente, de tener que contestar a la gente..., tampoco tendría que dar explicaciones de mi estado reflexivo y ensimismado.

—Aurora. —Me llamó mi jefe cuando ya estaba recogiendo la mesa.

—¿Sí?

—¿Puedes venir un momento? —preguntó con amabilidad un poco más serio que de costumbre.

—Claro —contesté tranquila levantándome de la silla.

Víctor era mi jefe. Llevábamos trabajando juntos desde que entré en mi primer puesto, el de diseñadora gráfica, más de diez años atrás. Habíamos pasado buenos momentos: risas, bromas..., además nos apoyábamos y compenetrábamos muy bien en las funciones conjuntas. Más que un jefe se convirtió en un gran amigo, sobre todo cuando ocurrió el accidente.

—Aurora —dijo haciendo una pausa y cerrando la puerta de su despacho detrás de mí. Yo presté especial atención pero se quedó callado.

—¡Dime! —reclamé.

—Tengo una mala noticia que darte...

Su voz serena se fue volviendo apagada y apática.

Guardé silencio mientras observaba la expresión seria de su cara.

—Sabes que la empresa va cada vez peor —explicó.

—Sí. Lo sé —contesté sincera.

—Llevamos varios meses haciendo recortes aquí y allá, pero aun así no estamos consiguiendo sanear las cuentas. Nos hemos visto en la obligación de tener que hacer reajustes también en el personal... —Nuevamente el mutismo se apoderó de él.

—Entiendo.

Sabía lo que significaba aquella conversación, de manera que traté de hacérselo lo más sencillo posible.

—Haz lo que tengas que hacer, Víctor. Entiendo tu posición y sé que no debe ser nada fácil..., así que no te preocupes.

—De verdad que lo lamento. He intentado por todos los medios no tener que entrar en recortes de plantilla, pero las presiones por parte de la gerencia vienen sin contemplaciones —dijo notablemente afectado.

—Seguro que termina siendo mejor así, Víctor.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado.

—A que siento que es hora de darle un nuevo giro a mi vida.

—¿Hablas de los libros? —curioseó.

Reí.

—Me refiero a todo en general.

Para mi sorpresa, a pesar de la noticia y la incertidumbre que eso suponía, anímicamente me encontraba muy bien. Observé que no me importaba que me despidieran; intuía que aquello traía consigo una gran oportunidad. Más aún, me alentaba aquella idea.

Víctor me miró frunciendo el ceño. Creo que no esperaba esa reacción.

—Sí —le dije tratando de explicarme mejor para que lo entendiera—. Creo que toda mi vida está cambiando de golpe y, la verdad es que me siento bien. Ilusionada y con ganas de experimentar cosas nuevas.

—Yo por mi parte siento que tengamos que prescindir de ti —se excusó nuevamente pensando que podría estar fingiendo mi buena reacción.

En sus palabras pude apreciar que no entendía por completo lo que le quería decir, o, a lo mejor, lo entendía pero no me creía. A lo mejor pensaba que me lo estaba inventando para no hacerle sentir mal ante

tal situación.

—En serio, Víctor. Siento que esto me está abriendo las puertas a otro camino —le insistí.

—¿De verdad?

Por fin parecía creerme.

—Sí. No tienes que sentirte mal por mí. En el fondo me estáis haciendo un regalo muy valioso.

Y sin decir nada más, me acerqué a él para darle un abrazo.

—Eso sí, echaré de menos ver tu cara de sueño todas las mañanas —bromeé.

Los dos echamos a reír y una vez más volvimos a fundirnos en un abrazo. Los años habían conseguido que nos tomáramos sumo aprecio y respeto.

—Tendrás que leer la carta de despido y el finiquito, y firmarlo si está todo correcto —me explicó separando su cuerpo del mío.

—Vale. ¿Lo tienes aquí?

—Sí. Ven a la mesa y te lo lees con calma.

Nos acercamos a la imponente mesa de madera maciza que adornaba la zona central de su despacho, la misma en la que acostumbraba a trabajar a pesar de tener otra un poco más modesta que podría ser más cómoda. Observé cómo abría una carpetita de cartón y extraía de su interior los papeles correspondientes. Me los acercó con delicadeza. Yo los tomé y les eché un rápido vistazo antes de leerlos con detenimiento.

Cuando hube acabado de examinarlos firmé los correspondientes ejemplares y se los devolví.

—No desaparezcas, ¿vale? —me dijo clavando sus ojos en los míos.

—No es mi intención —bromeé un poco extrañada. Sus palabras tenían una connotación sobria.

—En serio... Te echaré de menos.

—Y yo a ti —sonreí sonrojándome un poco—. Si te parece bien, voy a terminar de recoger mis cosas. —El giro de la conversación me estaba empezando a incomodar y deseaba escabullirme de allí.

—Por supuesto. Estás en tu casa —respondió amable.

—Gracias.

Me levanté del asiento para ir por última vez a mi puesto de trabajo. Al salir del despacho vi que el resto de compañeros ya se habían marchado.

Comencé a recoger mis pertenencias. De llevar tanto tiempo allí vi que tenía muchas acumuladas.

Al cabo de unos instantes, Víctor apareció a mi lado.

—No eres la única.

—Me lo imagino —especulé.

—¿Por qué?

—Porque sé que no soy de las más remuneradas de esta empresa. Para cubrir gastos o sanear las cuentas, teniendo en cuenta el finiquito que me tenéis que dar, hacen falta al menos cuatro o cinco despidos más.

—En realidad siete.

Sin darme cuenta subí las cejas. Yo ya estaba haciendo cuentas por lo alto. Me parecía mucho que fueran a despedir a siete trabajadores.

—¿Y sabes qué? —dijo con una sonrisa en la cara.

—No. Dime.

—Yo soy uno de esos siete.

En ese momento sí sentí pena. Víctor llevaba más de dos décadas volcándose por completo en la empresa, desde que apenas tenía dieciocho años y, si era verdad lo que me acababa de contar, se sentiría destrozado, ya que aquella era muy importante para él.

—Pero, ¿cómo puede ser? —pregunté extrañada—. ¿Y cómo es que tú lo sabes? No entiendo.

—Lo sé porque no me van a despedir ellos, soy yo quien voy a renunciar a mi cargo. Todavía no lo saben —argumentó satisfecho.

—Sigo sin entender —confesé.

—Ya... —sonrió agachando la mirada—. A raíz de tu accidente y el de tu familia, hubo algo dentro de mí que se despertó. Verte allí hospitalizada, medio moribunda, sin saber si ibas a salir adelante..., me hizo plantearme muchas cosas. Cuando saliste de aquel estado y te vi remontar, no solo admiré tu fuerza y tu capacidad de adaptación, sino que me animó a ser mejor persona, a tratar de dar las gracias por lo que tengo y a disfrutar cada día, porque no sabemos cuánto tiempo nos queda. Después leí tu libro y entendí muchas cosas de ti. Realmente me abriste los ojos...

»Cuando supe que tú figurabas entre las personas a las que tendría que despedir, primero me puse triste, luego me enfadé. Traté de evitarlo como pude, pero la decisión estaba tomada. Sin embargo, pronto tuve la certeza de que esto no sería un obstáculo en tu camino. Fue ahí cuando opté por buscar mi propia senda.

Le observaba con detenimiento. Sentía a un hombre joven y fuerte, emocionado por dentro, con miedo y, a la vez, con esperanzas de alcanzar algo que parecía ser un sueño personal.

—Aurora, me gustaría acompañarte en el recorrido que vayas a emprender.

—¿Cómo? —repliqué con asombro.

No entendía para nada a qué se refería. ¿Qué significaban sus palabras? ¿Eran una proposición de algún tipo? Su voz denotaba un mensaje oculto, una confianza respecto a algo desconocido para mí. Parecía tener claro cuál iba a ser mi camino, uno que ni siquiera yo

aún conocía.

Permanecí callada observándole, tratando de no hacer gestos raros con la cara. Él me miraba fijamente a los ojos y no sabía qué decir.

Como vio mi mutismo, interrumpió el silencio.

—Sé que vas a empezar una vida nueva y algo me dice que vas a necesitar ayuda en algún momento. —Ahí se me abrieron los ojos como platos y la expresión del rostro me cambió. Aun así, permanecí callada—. Lo que quiero decir es que, llegado el momento, me gustaría que contaras conmigo en lo que necesitases, en aquello que te pueda hacer falta. Gracias a Dios no necesito trabajar... Si lo he hecho hasta ahora ha sido porque mi padre fue uno de los tres socios que fundó esta empresa y mi puesto me parecía un juego divertido con el que entretenerme. Pero en la actualidad él ya no está y mi cargo lo puede ocupar cualquiera. Hoy me mueven otras inquietudes que estoy empezando a considerar más importantes.

»Y, bueno, sabes que tengo dinero de sobra, sería un placer ayudarte en cualquier cosa que esté en mi mano.

»Además, siento el deseo de profundizar en mi lado espiritual, comprenderlo, practicarlo, reconocer su verdadera magnitud y su poder. Yo también noto que es hora de volver a empezar. Y, creo que tú vas a ser parte de ese camino que quiero recorrer. Por eso te digo que cuentes conmigo si lo necesitas.

Sin poder articular todavía palabra alguna, ahora casi con la boca abierta, observé cómo concluía su argumentación tomando un trozo de papel y un bolígrafo.

—Aquí te pongo mis datos: dirección de casa, email y teléfono personal. Para lo que sea, ahí podrás encontrarme.

Aquello había sido muy extraño. Nos conocíamos desde hacía años y, sin embargo, era la primera vez que se sinceraba conmigo de esa manera. Su ofrecimiento me caló muy hondo, aunque en ese momento no supe qué decir.

Dejó el bolígrafo en la mesa, me puso el papel doblado a la mitad en la mano, besó mi mejilla y se dirigió a la entrada principal de la oficina.

—Intuyo que nos vamos a volver a ver muy pronto —dijo atravesando el umbral y cerrando tras él.

Escuché cómo sonaba el resbalón de la puerta dejándome allí sola, enclaustrada, con el cuerpo envarado y la boca muda. Sintiéndome desorientada al observar mi falta de reacción. Tratando de entender y descifrar las palabras de Víctor que hablaban de un nuevo sendero del que creía yo formaría parte.

Pero no quería pensar. Ahora solo deseaba sentir por última vez la energía de aquel despacho que tantas veces me había visto entrar y salir. Recordar los momentos allí compartidos con mis compañeros.

Sí, esa era mi forma de despedirme de aquel lugar. De agradecerle todo cuanto me enseñó y las oportunidades brindadas.

Ahora, solo podía empaparme de su silencio y contemplar con detenimiento, con la intención de archivar en mi retina un fiel recuerdo de lo que ya solo era mi extinto puesto de trabajo.

Capítulo 13

Deseo

Cuando hube recogido todas mis cosas me marché. Cerré con recreada calma la puerta del despacho que tantas mañanas me vio entrar. Mañanas buenas, malas y regulares formaron parte de aquella rutina que sin esperarlo, de pronto, acabó.

Echaría de menos, no solo a Víctor, sino también a mis compañeros; especialmente a las dos locas liantas que siempre estaban haciendo planes y organizando fiestas, por lo amenas que hacían algunas jornadas con sus ideas y humor disparatado.

Sin embargo, no me sentía triste. Algo en mi interior me decía que debía mantener la confianza y estar atenta al entorno, a mi intuición.

Bajé por última vez las escaleras que me separaban de la planta calle. Me despedí con un «hasta luego» del conserje y crucé el umbral principal del edificio.

Aquel mes de mayo estaba siendo muy soleado y nada más salir a la calle tuve que achinar los ojos para no deslumbrarme. Cogí el bolso y me lo acomodé delante del cuerpo para buscar las llaves del coche. Allí las encontré. Agarrándolas comencé a andar.

Cuando apenas había dado un par de pasos, oí cómo alguien a mi izquierda me chistaba.

—¿Dónde vas, pitufina?

Aquella voz era inconfundible. Nada más escucharle se me dibujó una gran sonrisa en la cara. Me giré y ahí estaba él. Tan atractivo como siempre. Me esperaba sentado en el respaldo de un banco de piedra.

—Ya pensé que tenía que entrar a buscarte —dijo Ian luciendo su perfecta dentadura.

—Sí, me he entretenido un poco más de la cuenta —confesé haciendo un gesto con los hombros.

—¿Mucho trabajo?

—El último trabajo, más bien. —Frunció el ceño borrando súbitamente la sonrisa de su cara.

—¿A qué te refieres?

—Estaba recogiendo mis cosas. Me han despedido.

Se quedó con la boca abierta.

—Pero, ¿ha pasado algo?

—No. Solo los típicos recortes que han llegado también a la plantilla.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, estoy bien.

—Sí, te noto bien. Casi hasta te veo contenta —conjeturó.

Reí abiertamente; él me sonrió con complicidad. En ese mismo momento fui consciente de lo mucho que deseaba besarle. Al parecer, estar centrada en otra cosa que no fuera en identificar mis sentimientos, me había ayudado a al fin darme cuenta de lo mucho que me atraía y vencer el miedo a dar un paso más.

Contemplé su bonita boca y, casi sin darme cuenta, de manera instintiva, me relamí los labios y acabé mordiéndome el inferior. Cuando volví a mirarle a los ojos vi cómo me observaba. Sentí que el deseo era recíproco y aquello aceleró mi ritmo cardiaco.

—Y, ¿cómo es que has venido? —le pregunté intentando disimular.

Pero ya era tarde para tal cosa, él también se había dado cuenta de la situación. Se quedó callado, quieto y muy serio. Eso me desorientó. ¿Era posible que ya no quisiera nada conmigo? ¿Acaso con solo la amistad que teníamos le era suficiente? No entendía por qué se quedaba allí inmóvil mirándome sin decir nada. Con el rostro compungido y a la vez tirante.

—Será mejor que lleve esto al auto —le dije ante aquella situación incómoda.

En ese momento se puso de pie y se acercó a mí, me quitó de la mano la bolsa de las pertenencias que acababa de recoger de mi antiguo puesto de trabajo, e inclinó para darme un beso en la frente.

Me quedé con la boca abierta, alucinando. ¿Qué significaba aquel beso? Sin mirarme se giró y dirigió al vehículo.

No entendía qué podía haber hecho mal. ¿Estaría enfadado? ¿Qué estaba pasando? Tenía claro que algo se escapaba a mi entendimiento.

—No sé si te acuerdas de que habíamos quedado con tu padre para comer antes de ir a la conferencia —dijo al fin una vez llegados al automóvil.

—Sí, me acuerdo.

—He pensado que podíamos ir directamente desde aquí ya que nos pilla al lado. Salvo que quieras ir a casa para algo.

—¿A qué hora hemos quedado?

—A las tres y media.

—Todavía tenemos casi una hora —calculé por encima mirando el reloj.

—Sí. ¿Quieres ir a casa a ducharte, cambiarte o para alguna otra cosa?

—Pues sí. Me gustaría darme una ducha. Necesito despejar la cabeza —argumenté sincera. Aunque Ian pensara que era por el trabajo, en realidad necesitaba refrescarme y meditar sobre la reacción que había tenido. Ahora sí me sentía desanimada.

—Vale.

—¿Y tu coche? —le pregunté mientras buscaba a mi alrededor.

—He venido andando.

—Perfecto. ¿Podrías conducir tú? A mí no me apetece demasiado —le dije extendiendo mi mano para entregarle las correspondientes llaves.

—Claro. —Dibujó una tímida sonrisa pero sabía que le pasaba algo.

Rápidamente pensé: *¿estará conociendo a otra?* Pero no me atreví a preguntarle. Además no tenía mucha lógica ya que si estuviera conociendo a otra no estaría cada dos por tres conmigo, llamándome, trayéndome, viniendo a buscarme al trabajo, escribiéndome, comiendo, cenando, haciendo planes de todo tipo conmigo...

En apenas cinco minutos llegamos a casa.

—¿Quieres que te espere aquí? —me preguntó al terminar de aparcar.

Mi cara de asombro no tenía nombre. Sentía una completa actitud evasiva y distante por su parte.

—Haz lo que quieras —contesté seca.

—Si no vas a tardar mucho prefiero esperarte aquí.

Alcé las cejas presa de un asombro pasmoso, agarré la bolsa que llevaba y sin decir nada abrí la puerta del coche. Casi no podía hablar.

—No tardaré. —Es lo máximo que alcancé a decir.

Mi corazón latía rápido. Ahora estaba convencida de que algo sucedía. Algo que se escapaba a mi entendimiento y no podía controlar, me inquietaba y me hacía sentir vulnerable. Quizá, después de todo, lo mejor sería olvidarme de nuevo de Ian. A fin de cuentas ya lo hice una vez. Podría volver a hacerlo.

Subí corriendo las escaleras del portal. Abrí con ímpetu la puerta de mi guarida y nada más traspasar el umbral rompí a llorar. Tenía pocos minutos para desahogarme antes de entrar en la ducha, cambiarme y salir de nuevo de casa como si no hubiera pasado nada.

Está bien, me dije, *puede que sea el momento de volver a tomar distancia. Creo que será la única forma de olvidarme de una vez por todas de él.*

Antes de meterme en la ducha fui a la cocina a coger un vaso de agua. Me lavé la cara debajo del grifo del fregadero y luego me bebí el refrescante líquido casi de un trago.

Estaban siendo muchas emociones en un día y, al parecer, me esperaba otra que podría resultar aún más impactante.

Fui a la habitación y rebusqué en el armario algo cómodo para ponerme. A la vez, me apetecía sentirme sexy; alguna prenda tendría que ayudarme a elevar mi estado de ánimo.

Cogí un pantalón estrecho y una blusa semitransparente. Luego, del cajón de ropa interior, tomé el conjunto más atrevido que tenía. Recordé que íbamos a una charla, con lo cual debería taparme un

poco las transparencias. Como en ese momento la cabeza no me daba para más, pensé que mientras me duchaba ya se me ocurriría algo para cubrirme.

Recogí mi pelo en un moño para no mojármelo y me desnudé. Gradué la temperatura del agua hasta hacerla salir templada. Si no fuera porque nos teníamos que ir me hubiera preparado una bañera con sal, o mejor aún, hubiera ido a nadar un rato a la piscina climatizada... Mi mente fantaseó con estar en una playa cálida donde poder perderme conmigo misma sin pensar en el reloj ni en nadie.

Me volví a lavar la cara, esta vez con mayor detenimiento ya que se me había corrido la máscara de pestañas y parecía un mapache.

Realmente el agua me calmaba. A pesar de seguir triste por la extraña y evasiva reacción de Ian, noté una importante mejoría en mi estado de ánimo.

En cuestión de unos minutos ya estaba vestida y lista. Miré el móvil para ver la hora. Todavía no eran las tres y eso me hizo parar en seco. No quería pasar más tiempo del necesario a solas con Ian y, si llegábamos muy pronto al restaurante, era posible que mi padre todavía no hubiera llegado y eso suponía minutos extras de tensión y silencios incómodos.

Para dejar que las manecillas corrieran un poco más, vacié la bolsa de los artilugios que había traído del trabajo, pero no tardé más de un minuto en hacerlo. Se me ocurrió entonces retocarme el maquillaje. No solía pintarme mucho, de modo que no tardaría más que tres o cuatro minutos más.

Terminé y volví a mirar la hora. Pasaban las tres de la tarde. Después de vacilar un rato, decidí bajar. No podía estar esquivándole todo el día. Por lo menos hoy no.

Poniéndome una chaqueta encima de mi insinuante blusa, me calcé unos zapatos de tacón. Cogí el bolso y un abrigo por si refrescaba por la noche, y bajé las escaleras.

Al llegar al descansillo del portal vi a través de los cristales que Ian se había bajado del coche. Se encontraba con el móvil en la mano. Parecía hablar con alguien. Respiré hondo y me dirigí hacia él. Debió oír los tacones porque de forma automática alzó la mirada en mi dirección. Me observaba fijamente y eso me dio miedo. No quería que acabara aquello, ahora que por fin me había decidido...

—Ya estoy —dije cuando llegué a su lado.

—Qué guapa estás. —Le sonreí con cariño.

—¿Nos vamos?

—No sé si debería ir —dijo pensativo.

El corazón me dio un vuelco. *¿Y ahora qué pasa?,* pensé. Aquello fue como soltarme un nuevo jarro de agua fría.

—¿He hecho algo mal? —le pregunté por fin.

—No —dijo serio. Su rostro transmitía tristeza.

—¿Has conocido a alguien?

Subió la cabeza haciendo un gesto de extrañeza.

—¿Conocer a alguien? ¿Cuándo?

Ambos guardamos silencio. Yo le observaba.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Sonrió con timidez mirando al suelo. Entendí que le daba vergüenza decírmelo.

Di un paso más en su dirección. Su cuerpo y el mío estaban muy próximos, apenas a unos escasos centímetros. Me incliné buscando su cara, su mirada, y la encontré. Enderezó la cabeza y nuestros ojos se observaron desnudos. Esta vez no quería perderle y aquella emoción me impulsó a besarle. Lo hice despacio, con miedo a que se apartase de mis labios. Pero no se retiró. Nuestras pupilas seguían enlazadas. Yo contemplaba su reacción. Lo que empezó como un tímido beso se convirtió en deseo. Me cogió por la cintura acercándome con firmeza hacia él y su lengua penetró con suavidad en mi boca, jugando con la mía en un delicado baile de picardía.

Parecía como si se hubiera detenido el tiempo.

En contraposición, sentí mi corazón bombear con extrema celeridad. Iba acompasado al ritmo del suyo.

Acarició mi cara con su mano en un movimiento suave y lento que le llevó hasta la nuca. Ahora ya todo daba igual. Solo deseaba que no acabara aquello jamás.

Durante unos minutos nos dejamos llevar por el frenesí y la pasión. Hasta que, con recelo, me vi forzada a concluir ese anhelado momento.

No pude evitar esbozar una sonrisa al separarme de sus labios. Casi como una niña de quince años que acaba de dar su primer beso, por unos instantes, le miré con timidez; una vergüenza infantil que pronto maduró a una mirada cargada de sensualidad y deseo. Él sonrió cómplice ante esa reciproca pasión que no acababa más que empezar.

Miré la hora en el reloj de su muñeca.

—Sí, ya nos vamos —dijo volviéndome a besar, adivinando mi pensamiento: *nos tenemos que marchar si no queremos llegar tarde.*

Me mordí los labios y respiré hondo. No quería que me soltara. Me había resistido tanto tiempo a lo que sentía por él que, ahora, no quería marcharme de allí. Un fugaz pensamiento me hizo dudar de si iba a poder concentrarme en otra cosa a lo largo de la tarde que no fuera en él, en sus labios, en lo que me hacía sentir y acababa de pasar.

Capítulo 14

Despiste

El trayecto se hizo muy corto. Ian conducía mi coche con destreza y bastante callado. Aun así, la expresión de satisfacción de su cara me recordó a la que lucía el día que al fin vino a comer con mi padre y conmigo después de su regreso.

Mientras, mi cerebro meditaba a qué se podía haber debido su titubeo de última hora antes de dirigirnos a la conferencia.

—¿Por qué me dijiste que mejor viniera sin ti? —le planteé cuando ya llegábamos al restaurante.

El dibujo de su rostro se endureció haciendo extinguir su linda sonrisa. Permaneció en silencio, yo aguardé con paciencia. Supuse que estaba buscando la respuesta más idónea.

—Reconozco que tuve miedo por un instante.

—¿Miedo? ¿A qué? —insistí desconcertada.

—A que pudiera pasar algo entre nosotros, a dar un paso más…

—Pero, ¿por qué ese repentino temor? —No alcanzaba a comprenderlo. Llevaba semanas detrás de mí ¿y ahora se despertaban sus fantasmas?—. Pensaba que llevabas esperando a dar ese paso desde hacía tiempo —le dije con sinceridad.

—Sí. Es cierto…, pero me entró un extraño pánico. Durante estas semanas has estado esquiva, recelosa…, y de repente es como si algo hubiera cambiado. Como si tú hubieras cambiado. —Recalcó las últimas palabras con detenimiento—. Al sentir que tú también podrías tener ganas de avanzar me he sentido vulnerable.

Por unos segundos me sonrojé. Sentí una vergüenza inmensa. ¿Tanto se notó? Qué torpeza por mi parte. Siempre se me había dado un poco mal disimular, mas aquello no lo esperaba.

—Pero, tranquila —dijo sacándome de mis atormentados pensamientos—, se me pasaron todas las dudas en el momento en que te lanzaste a por mí.

¡Ah, genial!, pensé para mí misma*, ahora he quedado como una loba en celo sin control.*

La verdad es que no sabía si echarme a reír o dejarme escurrir al asiento trasero del coche para esconderme hasta que se suavizara el indiscreto rubor de las mejillas. Por suerte, estábamos llegando y aquello nos sacó a los dos de la conversación.

—¡Qué suerte, hay sitio en la puerta! —exclamó haciendo referencia a un aparcamiento a la misma entrada.

Mientras Ian estacionaba, yo respiraba hondo en un intento fracasado por serenarme. Si con un mínimo gesto pudo notar que tenía

ganas de avanzar en nuestra relación, quizá mi padre también se daría cuenta de que había pasado algo entre nosotros solo por mi forma de actuar o mirarle. Debía comportarme con normalidad; pensar en disimular nada más provocaría que se enterase antes. Y sí, sabía que no lo podría ocultar por mucho tiempo, pero aquel no era el día indicado para hablar de ello. Aunque solo nos habíamos besado, ese paso era suficiente como para que mi progenitor ya nos imaginara casándonos, con hijos y demás.

Por un instante, antes de bajarnos del coche, pensé en pedirle que mantuviera la discreción, pero luego rectifiqué y no le dije nada. Si le pedía eso, podría hacer que se comportara de forma rara y poco usual. Como disimulara tan bien como yo, lo llevaba claro…

Ya en el restaurante, buscamos a Joaquín. Una vez más nos esperaba sentado en la mesa más escondida del local. Era su ubicación preferida y, no sabía cómo, pero siempre se las apañaba para conseguirla.

—Hola pareja, qué bien se os ve hoy —saludó mi padre con una gran sonrisa a la vez que estrechaba la mano de Ian y luego me daba un par de besos.

—Sí, es un gran día, ¿verdad? —espetó Ian mirándome con suma satisfacción, dejando relucir idéntica sonrisa a la que le acompañaba minutos atrás en el auto.

Tenía que haberle dicho que fuera discreto…, pensé arrepentida. Pero era tarde, mi padre ya se había dado cuenta de ese pequeño detalle y me miró ipso facto con ojos detectivescos en busca de algo que no estaba dispuesta a desvelar.

A pesar de sentir un extraño calor recorriendo mi cuerpo, señal de sentirme en apuros, conseguí mantenerme firme y serena, casi indiferente, como si el inoportuno gesto de Ian no tuviera ninguna importancia.

En cambio, a lo largo de la velada me costó permanecer en esa línea; al parecer, durante toda la comida mi *compañero* no podía dejar de mostrar su encantadora sonrisa y eso no me beneficiaba en el intento de seguir prudente. Siendo de esa manera, traté de centrar mi pensamiento en algo menos alegre y concluí en refugiarme en cualquier acontecimiento triste: *si tengo presente el despido, a lo mejor logro estar más tranquila.* Pero aquello no funcionaba. El despido ni me preocupaba ni afligía, más bien todo lo contrario. Una gran sonrisa cobraba vida sin permiso como resultado de las oportunidades que sentía abrirse ante mí, expresión que mi padre podría malinterpretar. De modo que lo descarté. No obstante, y siguiendo el hilo anterior, había algo que sí me desconcertaba: las palabras de Víctor antes de

salir con dramatismo y misterio de la oficina. Realmente me intrigó. Sumida en esa circunstancia, que tomé de referencia para pasar los minutos que durara la comida, me sorprendí un par de veces con el ceño fruncido tratando de analizar lo que quiso decir.



—¿Qué hora es? —preguntó mi padre señalándose la muñeca.

—Las cuatro y media pasadas. Creo que deberíamos pensar en marcharnos ya —contestó Ian.

—Sí, deberíamos irnos.

Con un vistazo panorámico busqué al camarero entre la gente que se encontraba de pie en el salón para, con un gesto, pedirle la cuenta.

Como sabía que mi padre iba a pagar, aproveché la coyuntura para ir al aseo. Según volvía les vi levantados y recogiendo sus cosas.

—¿En qué coche vamos? —planteé.

—¿Vamos en el nuestro? O sea..., ¿en el tuyo? —me preguntó Ian atropellado. Al parecer, una parte de él ya daba por hecho que compartíamos pertenencias.

—Sí, en el mío —contesté sonriéndole—. Está aquí en la puerta, papá —indiqué mirándole con tranquilidad.

Me asombró no ponerme nerviosa con el patinazo que acababa de tener Ian y, supuse que aquello descolocó aún más a mi padre. Conociéndole, era muy probable que ya estuviese imaginándose lo que ocurría. Pero seguí como si nada. A pesar de estar riéndome a carcajadas por dentro, por fuera pude mantener el aspecto sereno y despreocupado que me había acompañado todo el almuerzo. Al fin parecía estar aprendiendo a disimular.

Capítulo 15

Oxital

A las seis de la tarde daba inicio la conferencia. Contra todo pronóstico, aquella tarde no encontramos tráfico y nos pusimos en Madrid en tiempo record. Incluso, hallamos aparcamiento, de nuevo, nada más llegar, a tan solo un par de minutos andando. A pesar de quedar más de treinta minutos para que comenzara la charla, decidimos entrar e ir cogiendo sitio. Era de esperar que todavía no hubiera mucha gente, así que podríamos elegir buenos asientos.

Accedimos al edificio y un guarda de seguridad nos indicó la sala a la que dirigirnos.

—En la planta de arriba, al fondo —señaló el caballero.

Nosotros, como niños buenos, nos encaminamos hacia donde nos había dicho el hombre.

Espacio Ronda era un gran centro donde se llevaban a cabo conferencias, cursos, talleres y exposiciones de arte. Solía albergar numerosos encuentros y actividades que con regularidad se iban sucediendo a lo largo del año, atrayendo a centenares de personas de muchos puntos de la geografía española, sobre todo de Madrid y alrededores.

En mi caso lo conocía de años atrás, mas en esta ocasión lo sentí con un aire distinto, más fresco y embellecido; eso sí, seguía ofreciendo el confort y acogimiento de antaño. Ahora los pasillos se mostraban adornados por cuadros abstractos muy brillantes y una sensación lumínica más hipnótica.

Al entrar en la sala indicada, pudimos apreciar que unas quince o veinte personas ya se encontraban aguardando el inicio de la conferencia. Eso sí, como era de esperar, todas ellas sentadas en las primeras filas.



—Bienvenidos, amigos —saludó Enrique Paz a los presentes—. Me da mucho gusto estar aquí nuevamente con ustedes. Les doy las gracias por acogerme, como siempre, con tanto cariño —dijo con sincero aprecio en su particular acento peruano. Guardó silencio durante unos segundos mientras terminaba de colocar el proyector encima de la mesa que habían dispuesto en el escenario. Después

continuó.

»Déjenme que empiece, ya que les traigo mucha información que me gustaría compartirles y tan solo dispongo de un par de horas. Poco tiempo para todo lo que les deseo contar... —Hizo otra pequeña pausa y volvió a comprobar algo en la pantalla de su ordenador.

»Muchos de ustedes ya saben quién soy. Me llamo Enrique Paz y aseguro haber tenido y seguir manteniendo contacto con seres de otros mundos y de otras realidades. Mi experiencia, para quienes no me conozcan, inició cuando apenas era un adolescente, con tan solo catorce años; desde entonces no ha cesado. Fue a raíz de ese momento cuando decidí profundizar más en el tema del fenómeno OVNI. Deseaba conocer lo máximo posible acerca de aquellas criaturas que, de la noche a la mañana, habían pasado a formar parte de mi vida. Y bueno, aquello que empezó como una labor de investigación personal, acabó convirtiéndose en un compromiso, el de compartir, con todo el que lo desee, los conocimientos o enseñanzas que ellos han ido transmitiéndome a lo largo de muchos encuentros.

»Me gustaría aclarar que, aunque sea yo quien me halle hoy aquí en este salón hablándoles de mis experiencias, no soy el único que asegura tener relación directa con estos seres. Mi testimonio es uno de tantos a los que pueden acceder, investigar y contrastar. Y, dado que me he encontrado con muchos tipos de personas a lo largo de estos años, también quiero aclarar que con estas charlas o conferencias no deseo convencer a nadie de lo que yo haya podido vivir o experimentar. Cada uno debe recorrer su propio camino y, sobre todo, sentir con qué resuena. Creo que, además, al margen de mi experiencia personal, por encima de todo debe permanecer el mensaje de esperanza, unidad y paz que tienen para nosotros. En resumidas cuentas, mi intención es la de pasar esta tarde con ustedes para acercarles el mensaje que estos amigos nos traen.

Ian se sentó a mi derecha, mi padre a la izquierda, dejándome en medio de ambos. Me hizo gracia la fugaz sensación de que actuaban como si fueran dos guardaespaldas. Mientras Enrique Paz seguía hablando, me acerqué al oído de mi padre.

—Gracias papá, me alegro de haber venido —bisbiseé.

Él no dijo nada, solo me sonrió a modo de respuesta. Antes de centrar una vez más la atención en Enrique, miré con discreción a Ian. Al parecer estaba tan sumido en lo que aquel hombre nos compartía, que no se dio cuenta de mi disimulado gesto.

—... Son más de veinte años los que llevo sumergido en el fenómeno del *contactismo*, en el estudio de los avistamientos ovni, investigaciones, trabajos específicos, salidas al campo..., y, a pesar del

amplio lapso, debo confesarles que durante mucho tiempo me sentí perdido. Me pregunté en repetidas ocasiones si algo de lo que estaba haciendo tenía el más mínimo sentido. Hasta que a principios de año, estos seres me hicieron entrega de un mensaje que dio lógica a todo lo anterior, el aglutinador que llevaba esperando encontrar desde el inicio.

»Recibí aquel mensaje a través de una experiencia..., intensa experiencia —puntualizó—. Me encontraba en la cama de mi apartamento. A mi lado se hallaba mi esposa. Ambos dormíamos pero..., tuve un sueño... Sí, un sueño. En él me vi frente a Eset, el extraterrestre de aspecto nórdico que en otras ocasiones he podido ver en persona..., y bueno, al lado de este gigante de más de dos metros y medio se encontraba una mujer de apariencia también humana, con una estatura más baja, de un metro setenta u ochenta aproximadamente...

Mi corazón dio un vuelco al oír el relato de Enrique, mis ojos se abrieron mucho. Algo en mi interior me hizo recordar el que yo misma tuve semanas atrás. *El sueño de las montañas*, me dije. Ante aquella reacción, traté de centrar de nuevo mi atención en el hombre, en sus palabras. Quería observar cómo respondía mi cuerpo a los datos que fuera compartiendo con nosotros.

—... a través de ese estado me permitieron tener una vivencia muy intensa, transportándome a otra realidad y tiempo. Después de estar con ellos en aquella *figuración* alterada cerca de un día entero, pude entender el verdadero propósito de su acercamiento a nuestra raza. Su misión es poner en sobre aviso a la humanidad de acontecimientos venideros que deberíamos tratar de evitar por el bien de todos...

Nos encontrábamos tan sumidos en el relato de ese afortunado aventurero, que los minutos parecían volar. A mí en particular, todo cuanto decía me estaba resultando fascinante.

A pesar de que desde niña siempre creí en la vida inteligente fuera de este planeta, nunca se me pasó por la cabeza la idea de que hubiera otros seres tratando de ayudar a nuestra civilización. Las películas de Hollywood habían influido en mi perspectiva, en que siempre imaginara a los extraterrestres como amenazas, como seres feos, verdes, bajitos y cabezones, con la única intención de destruir, de investigar nuestra anatomía o apoderarse de nuestro planeta. En cambio, según nos detallaba Enrique Paz, estos, al menos la raza que contactaba con él, eran muy similares a nosotros, incluso físicamente. Quizá más altos, pero con la misma proporción corporal, con dos

piernas, dos brazos, una cabeza de tamaño normal, con piel igual a la nuestra, pelo, ojos..., y ataviados, sí, con una indumentaria peculiar, pero a fin de cuentas, cubiertos por ropajes. En cuanto a su inteligencia y sus capacidades, quedaba claro que eran mucho más avanzados a nosotros. Habían alcanzado el equilibrio entre su ciencia y tecnología y sus capacidades psíquicas y cognitivas. Seguramente también espirituales. Al parecer nos aventajaban en este sentido, tal vez el equivalente a varios siglos de evolución. Una evolución, sin duda, más equilibrada y en armonía con ellos mismos y con el entorno a en el que nos encontraríamos nosotros en este momento.

Aun así, aunque sentía ciertas cada una de las palabras que pronunciaba aquel hombre, un pensamiento fugaz me llevó a pensar en la gente que no creía en la existencia de otros organismos fuera de nuestro planeta. Los escépticos pensarían que todos los allí presentes estábamos al borde de la demencia, locos de atar. Sin embargo, para mí la locura sería pensar que, en un Universo tan grande, tan solo el planeta Tierra albergase lo que se conoce aquí como vida inteligente.

—..., si están viniendo a contactarnos es porque han desarrollado la capacidad de viajar a través del tiempo y el espacio; son conocedores de acontecimientos que aún están por suceder, los mismos que se pueden revertir.

»Aseguran que todas las líneas de tiempo ya están creadas. De nosotros y de nuestras acciones depende que recorramos un futuro placentero o no. Y, al parecer, el resultado de nuestra tendencia vigente no nos gustaría a ninguno de los presentes hoy aquí. Las profecías, a veces facilitadas por ellos, son sutiles avisos invitándonos a hacer cambios. Nos asisten desde hace décadas sabiendo que los sucesos catastróficos se pueden evitar. Pero no solo eso. Unidas a ese propósito hay enlazadas incontables almas trabajando desde la Tierra ayudando a sembrar consciencia del proceso evolutivo que afronta nuestra humanidad.

»Estos seres han estado acompañando nuestros pasos durante mucho tiempo. Un tiempo casi incalculable que se remonta a nuestros orígenes y más allá. Al principio nos ayudaron de forma directa, pero ahora sus intervenciones requieren discreción.

»Muchos sabrán o podrán imaginar que, en el pasado, cuando diversas razas extraterrestres se mezclaron con la primitiva población terrícola, la confusión no tardó en instalarse ante la limitada y desorientada perspectiva que teníamos por entonces. No supimos entender qué hacían aquí. Terminamos equivocándoles con seres mágicos, angelicales, con dioses..., cuando en realidad tan solo eran y siguen siendo, algo similar a unos hermanos mayores que han rebasado la adolescencia y llegado a la madurez, adquirido

experiencia, aprendido de sí mismos y desarrollado capacidades que nosotros también tenemos mas ignoramos poseer.

»Sin quererlo, su interacción se convirtió en una relación nociva para nuestra evolución. No estábamos al nivel suficiente de conciencia como para recibir su ayuda sin pensar que ya no podríamos hacer nada sin ellos. Los admirábamos sin objetividad. Su presencia era un ejemplo viviente de a lo que el ser humano podría alcanzar a convertirse con el tiempo. Pero no lo hizo. Una excesiva admiración nos llevó a la supeditación, a olvidarnos de nuestras propias capacidades de aprender y crear; a omitir nuestro poder. Creamos una extraña dependencia hacia ellos…

»Cuando cortaron esos lazos tan directos, al cabo del tiempo también se perdieron sin remedio los conocimientos y las tecnologías que nos habían facilitado. No supimos mantenerlos. No estábamos preparados. En consecuencia, tuvimos que volver a empezar casi desde el principio, pero a nuestro ritmo.

»De este modo, la Confederación de Mundos, o sea, el heterogéneo grupo de civilizaciones que custodian nuestro planeta, se vio en la necesidad de tomar la decisión más positiva para nosotros: mantenerse apartados y no volver a interferir en nuestro progreso. Ahora se limitarían a observar en la distancia cómo evolucionamos, sin hacer más intervenciones directas. Decidieron respetar nuestro libre albedrío.

»Y todo se mantuvo fiel al protocolo de actuación, donde nos custodiarían solo ante la posible llegada a la Tierra de otras civilizaciones con hostiles intenciones, hasta que el hombre desarrolló una peligrosa ciencia. Ciencia que empezó a utilizar sin control, ética ni moralidad, con la única intención de destruir y tener poder y dominio sobre sus semejantes. —Hizo una pequeña pausa para poner en el proyector una imagen espeluznante que todos conocíamos muy bien: la *seta atómica*.

»Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial —prosiguió—, y sobre todo, cuando el 6 y el 9 de agosto de 1945 los EE.UU. lanzaron las bombas atómicas, primero contra Hiroshima y después contra Nagasaki, la Confederación de Mundos activó las *alertas* estrechando su vigilancia. No solo los humanos corríamos el riesgo de autodestruirnos, sino que nuestros actos ponían en peligro a muchas especies desarrolladas, entre ellas, a las mismas que nos protegían.

»Aunque ese no fue el único motivo, aquellos actos genocidas e injustificados hicieron que otras razas del espacio, bélicas y peligrosas como nosotros, se aproximaran al planeta Tierra. Lo que nos lleva a Roswell. Muchos habréis oído hablar del incidente Roswell, producido en junio de 1947. Supongo que estáis al tanto de las dudas que giran entorno a esto. A pesar de toda la información que ronda en Internet,

es difícil dar con la verdad del asunto. Hay muchas discordancias.

»Para muchos medios informativos, investigadores, curiosos, documentados y estudiosos del caso, el suceso se produjo en julio de 1947. Sin embargo, el granjero Mac Brazel declaró a la prensa que el día 14 de junio habían encontrado los restos del aparato accidentado… Por el motivo que sea, hasta el día 5 de julio no se lo comunicarían, él y su hijo, al sheriff.

»Al margen de la fecha exacta, los periódicos publicaron el día 9 de julio el siguiente titular —Nos mostró una nueva imagen en su proyector de pared—: «Las fuerzas aéreas capturan un platillo volante en un rancho de la región de Roswell».

»Es curioso ver cómo, al día siguiente y después de que visitara el lugar un general de la brigada de la base militar de Fort Worth (Texas) llamado Ramey, los periódicos publicaran una rectificación de los titulares del día anterior —Puso otra diapositiva—: «Ramey desmiente lo del platillo volante».

»Hay muchas teorías girando entorno al caso Roswell. Algunas defienden que de verdad fue una nave extraterrestre lo que llegó a la atmosfera terrestre pero que tuvo un fallo y por eso se precipitó contra la superficie. Otros, que lo que cayó en el desierto de Nuevo México era un globo meteorológico que formaba parte de un proyecto de alto secreto dentro del contexto de la Guerra Fría entre EE.UU. y la Unión Soviética. Lo que se conoce hoy en día como *Proyecto Mogul*. Es decir, que aquel presunto globo meteorológico sería un instrumento creado para infiltrar líneas enemigas y estudiar la posibilidad de lanzar bombas atómicas desde la estratosfera. También hay quienes afirman que los tripulantes eran prisioneros japoneses que habrían sido utilizados para probar dicho aparato y que vestían ropa especial para soportar las elevadas presiones y la falta de oxígeno de las altas alturas…

»Sin embargo, según la información que nos vienen compartiendo estos seres, me atrevo a decirles que la nave precipitada contra la Tierra, en el desierto de Nuevo México, Estados Unidos, sí era un aparato extraterrestre y, además, iba tripulada. Y no soy el único en afirmar tal cosa. El reconocido astronauta tripulante del Apolo 14, Edgar Mitchell, ha afirmando en repetidas ocasiones que lo que sucedió en Roswell era un verdadero incidente con extraterrestres.

»Ahora bien, me gustaría plantearles una pregunta: en el caso de que fuera una nave tripulada por seres no humanos, quizá llegada de otro sistema solar, que ha conseguido recorrer buena parte del Universo o de nuestra galaxia para llegar a nuestro planeta, ¿qué probabilidad habría de que tuviera un fallo y se precipitase contra

nuestra superficie terrestre? —Enrique guardó silencio unos segundos, supongo que esperando algún comentario por parte del público.

»A mí me parece un poco raro. ¿A ustedes no? —dijo observando la sala. Aprovechó para dar un sorbo de agua de su botella. Todo el mundo permaneció callado esperando a que reanudara su exposición—. Bueno, según los *amigos* con los que mantengo contacto, ese OVNI venía tripulado por una raza muy agresiva, bélica y con dudosas intenciones. Antes de llegar a correr un verdadero peligro, fue interceptada y derribada por naves de una de las razas que forma parte de la Confederación de Mundos de la Galaxia.

»En el ataque murieron dos tripulantes, pero al menos uno permaneció con vida, mal herido.

»El resto ya se lo pueden imaginar. Los servicios secretos incautaron el aparato y a partir de ahí se empezó a mal informar o, mejor dicho, a desinformar sobre el suceso.

»Lo que quiero decirles con esto es que, cualquier acto o acción llevada a cabo, tiene repercusiones en todo lo que nos rodea. Implicaciones que, como ustedes ahora pueden imaginar, superan los límites de este Planeta.

»La vibración que emitíamos en esos años de guerra, era una energía muy intensa de dolor, destrucción, poder, sometimiento, y es lo que atrajimos.

»El incidente Roswell fue el comienzo de una oleada de avistamientos ovni sin precedente. Y, a partir de entonces, fue cuando también se empezó a hablar de las primeras abducciones..., aunque aquí tengo mi particular opinión...

Enrique hizo un silencio con la aparente intención de seguir adelante sin entrar en detalles sobre lo que opinaba respecto a las abducciones, sin embargo, de pronto en la sala se oyó cómo alguien le preguntaba abiertamente: «¿cuál?», viéndose obligado a explicarse un poco más.

—Bueno, si bien es cierto que a lo largo de los últimos tiempos se han producido abducciones, no estoy muy seguro de que siempre hayan sido ellos los que las han llevado a cabo... —Se quedó meditabundo durante unos instantes y luego prosiguió—. Lo que sí puedo decir es que, la Confederación de Mundos, reforzó la seguridad en los últimos años y, hoy en día, es muy difícil que se produzcan este tipo de sucesos.

»Los seres que nos acompañan desean un acercamiento pacífico, por eso nos protegen. Siendo así, y para evitar abducciones y relaciones negativas con especies de otros planetas, dicha Confederación se ha visto «forzada» a intensificar el perímetro de vigilancia y la protección

a nuestro mundo. Sin embargo, en la actualidad se siguen mostrando como simples consejeros, sin intervenir directamente en nuestro desarrollo. Se limitan a darnos información y a avisarnos de determinados sucesos que están por venir y podrían ocasionar daño a nuestra supervivencia.

»Su intención es la de que empecemos a hacernos responsables de nuestros actos, ya que no pueden estar protegiéndonos siempre. Aquí es donde pasa a tener un papel protagonista nuestro libre albedrío. Es nuestra decisión elegir si seguimos sus consejos o continuamos como estamos...

Enrique seguía compartiendo con nosotros parte de la información que manejaba. Sentí pena al darme cuenta de cómo algunos humanos son capaces de hacer cosas horribles para conseguir un poco de poder. Por suerte, algo me decía que la mayoría de personas no eran así. Había más bien que mal en el mundo, solo que los que hacían el mal tenían la capacidad de hacerse escuchar muy alto.

Al margen de eso, me sentí desconcertada. ¿Cómo se podía haber ocultado durante tanto tiempo el contacto con estos seres? Por lo que nos relataba Enrique Paz, se venía produciendo desde hacía décadas... Ya por los años cincuenta fueron creados grupos de contacto en los Estados Unidos. Uno de ellos lo encabezó G. Adamski, convirtiéndose en una figura de referencia para la creación de nuevos grupos en otros lugares del mundo. El fenómeno se extendió por América latina de la mano de G. Hunt Williamson en los años sucesivos, y casi simultáneamente, también cruzó el charco y llegó a Europa. Entre otros sitios a Italia, con Eugenio Siragusa, o a España, con el reconocido investigador y escritor J.J. Benítez.

Sin embargo, aquel dato hacía que mis dudas aumentaran. Si no era la primera vez que se aproximaban a nosotros, si lo venían haciendo desde los años cincuenta, o quizá mucho antes, para ponernos al tanto de sucesos desafortunados y así poder evitarlos, ¿por qué no se tuvieron en cuenta sus avisos?, ¿por qué se ignoraron? o, mejor aún, ¿por qué esconderlos?

Antes de entablar el contacto con ciudadanos de a pie, estos seres ya habían mantenido el diálogo con figuras de una reconocida posición social: políticos, militares y personajes públicos de gran influencia mundial pero, sin saber por qué, estos prefirieron mantener dichos encuentros en secreto. La pregunta que me volvía a surgir era la misma: ¿por qué esconderlo?

No sabía si algún día encontraría respuestas pero mientras escuchaba a Enrique le daba vueltas a la cabeza. Gracias a su testimonio, y a pesar de que todavía me parecía un poco absurdo,

estaba empezando a aceptar la remota posibilidad de que también mis sueños pudieran tener algo que ver con esos seres de las estrellas.

Antes de finalizar la conferencia, nuestro ponente nos invitó a hacer un trabajo de meditación.

—...A través del desarrollo de ciertas facultades —explicó—, que el ser humano posee pero ha eludido potenciar, podemos acercarnos a otras realidades, a otro grado de conciencia. Tengo casi cuarenta y dos años y desde los diecinueve vengo practicando la meditación, la concentración, la visualización... Gracias a estos amigos del cosmos, muchos de nosotros hemos aprendido una serie de técnicas que nos han permitido redescubrir o profundizar en esa sabiduría espiritual que ya se encontraba en nuestra humanidad, en nuestras culturas, religiones y grandes filosofías del mundo entero desde hace siglos. Con el tiempo y con su guía, hemos podido hacer una especie de adaptación de estos ejercicios que, como digo, ya se practicaban desde tiempo atrás en la humanidad pero, esta vez, sacándolos de nombres o etiquetas. Dejamos aparcado cualquier tipo de dogma o de pensamiento unificado excluyente. Los seres que nos contactan desean que seamos libres, que recordemos por qué estamos aquí en este planeta, no que estemos siguiendo a figuras o a personajes. Repito: ellos desean que seamos libres, que pensemos por nosotros mismos y que descubramos nuestra propia misión. —Hizo una pequeña pausa, como si estuviera recordando algo.

»Les cuento todo esto antes de empezar el ejercicio para que entiendan por qué venimos practicando las meditaciones, las visualizaciones, proyecciones mentales, salidas al campo y demás actividades como herramienta de trabajo. Gracias a estos ejercicios logramos subir nuestra vibración, despertar esas capacidades «especiales» que durante mucho tiempo han estado dormidas y que todos tenemos. El objetivo es que nosotros también consigamos conciliar el desarrollo científico y tecnológico con nuestra parte espiritual, recordar lo que somos y de dónde venimos, lo que nos une en vez de lo que nos separa. En definitiva, mirarnos los unos a los otros como iguales y trabajar en conjunto y en armonía para evolucionar.

Enrique observó la sala. Todos permanecíamos callados. Creo que cada uno en su interior trataba de sacar el máximo jugo posible a esas palabras.

—No sé si tienen alguna duda... —prosiguió el hombre—. ¿Quieren preguntar algo antes de comenzar? —expuso amablemente echando una veloz ojeada a las personas que nos encontrábamos en la sala.

Nadie dijo nada. Aguardábamos con paciencia a que nos guiara en una de sus prácticas de relajación y concentración para potenciar nuestras capacidades psíquicas.

Giré leventemente mi cabeza para mirar a Ian. Su rostro lucía serio, pensativo. Lo creí normal ya que habíamos recibido muchísima información en muy poco tiempo. Pero esta vez sí se dio cuenta y me sonrió con cariño. Me preguntaba qué estaría cavilando, si le habría gustado la conferencia, si le infundía confianza aquel hombre. Sin decirnos nada, le devolví la sonrisa y giré al otro lado la cabeza para ver a mi padre. Él observaba con detenimiento a su alrededor hasta que se encontró con mi mirada.

—¿Estás bien? —me dijo en un susurro.

—Sí —contesté en el mismo tono—. Vamos a meditar —le anuncié, como si no hubiera estado presente en la charla.

—Sí. —Arqueó sus labios—. Bueno, tú ya estás acostumbrada —dijo guiñándome un ojo. Y sin añadir más, se volvió hacia Enrique preparándose para la práctica.

Yo copié sus pasos. Me coloqué mejor en la silla, buscaba una posición adecuada. Nuestro conferencista nos pidió que cerrásemos los párpados y tratásemos de alcanzar la comodidad manteniendo la espalda recta y relajada. A continuación, empezó a guiarnos en una meditación profunda, hipnótica. Me sentía muy a gusto.

La melodía que había dispuesto para el ejercicio era bella, muy agradable, parecía transportarte a las estrellas. Una sensación se encendió en mi pecho, como si realmente pudiera conectarme con ellas, con otros planetas, con el Universo entero y percibir la energía de distintos seres. No solo de las personas que me rodeaban en aquella gran sala, sino también la presencia y las conciencias de diversos entes repartidos a lo largo y ancho de nuestra galaxia y quizá de otras. Aquello colmó mis emociones precipitando un suspiro de añoranza. Sentía que echaba de menos algo. Algo que no sabía lo que era y no acertaba a reconocer. Solo una energía, un sentimiento, una corazonada motivaba mi nostalgia.

Y durante unos minutos me perdí en aquella cálida y fría sensación de reencuentro y soledad, sin prestar atención a nada más que a lo que mi cuerpo me quería transmitir.

—Aumnox. —Escuché cómo la voz de un hombre retumbaba en mis oídos, sonando extremadamente cercana a mí.

Estuve a punto de abrir los ojos y ver de quién se trataba; quizá dedicarle una mirada de desaprobación por perturbar nuestra plácida meditación y hacer que me sobresaltara. Pero, por alguna extraña razón que todavía no alcanzo a entender, recuperé de inmediato la calma y permanecí con los párpados cerrados. Decidí entonces no

darle la menor importancia y volver a centrarme en lo que estaba haciendo. Pero al cabo de unos instantes aquel personaje volvía a irrumpir en medio del ejercicio.

—Aumnox…

De nuevo me molestó la insistencia de aquel tipo.

Qué falta de respeto, pensé. *Ya se podía callar, así va a desconcentrar a la gente*.

Sin embargo, a pesar de mi momentáneo cabreo, algo en esa extraña palabra me hacía darme por aludida.

Fue a continuación de aquello cuando una clara imagen se dibujó poco a poco en mi mente: una montaña. Al parecer, la misma cordillera que había visto en mi sueño.

Al contrario que en mis oníricos recuerdos, en esta ocasión se apreciaba la luz del día. Me encontraba junto a un grupo de hombres y mujeres, dispuestos en círculo, sentados. Me llamó mucho la atención poder reconocer los rostros de algunas personas que, sin embargo, no recordaba haber visto nunca antes. En medio de todos nosotros, también pude distinguir a alguien, era Enrique Paz. Caminaba de un lado a otro, hablando y gesticulando con los brazos, aunque no podía oírle. Parecía hacer calor ya que nos cubrían ropajes ligeros: bermudas, camisetas de manga corta, tirantes… Y tal y como vino, con la misma suavidad y discreción, la imagen se desdibujó, no sin antes hacerme percibir un agradable olor a flores que precipitó en mis labios una sonrisa de bienestar. De veras me sentía a gusto.

Al cabo de unos brevísimos instantes, Enrique Paz nos guió para que fuéramos acabando la meditación y trajéramos la atención una vez más a la sala donde nos encontrábamos.

—¿Qué tal ha ido, amigos? —preguntó el hombre con una gran mueca de felicidad pasado un tiempo prudencial.

A pesar de los minutos de cortesía, la gente seguía ensimismada; casi nadie habló. Únicamente se pudieron oír algunos tímidos «bien» o «muy bien» aquí y allá.

—Me alegro de que se hayan sentido bien y cómodos —dijo satisfecho—. Si alguien desea compartir algo, puede hacerlo. Todavía tenemos cinco minutos antes de acabar.

En cambio, guardamos silencio. Entendí que no solo yo sino que, en general, todos estábamos tratando de asimilar la fugaz pero intensa experiencia.

—¿Es posible que alguien haya tenido visiones o escuchado

cualquier cosa? —incidió Enrique. Aquello me sobresaltó.

—Me dice Eset que ha proyectado algunas imágenes a varias personas de las aquí presentes —expuso el contactado mientas observaba la reacción en la sala—. También asegura haber desvelado el nombre cósmico a quienes de ustedes se hallaban más receptivos. Y, bueno, para que lo sepan, mi nombre cósmico, o al menos con el que me identifican estos seres desde el principio, no es Enrique sino «Oxital».

Me quedé con cara de circunstancia. ¿Estaba hablando Enrique con el extraterrestre en ese momento? Y, más importante todavía, ¿era posible que la palabra que escuché minutos atrás la hubiera oído solo yo? ¿Podría ser una de esas proyecciones?

Me quedé semiparalizada. No sabía qué pensar. En ese instante se acercó el hombre de seguridad a Enrique para decirle algo. Este miró la hora en su reloj de pulsera y luego en el que había colgado en la pared de la sala. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el guarda se dio media vuelta para volver por donde vino, con el mismo silencio y discreción.

—Bueno, al parecer debemos ir acabando —expuso—, hemos agotado el tiempo y tenemos que dejar libre la sala, de modo que en caso de que alguno haya sentido, visto o percibido algo en la práctica de meditación, si lo desea lo podemos hablar afuera unos minutos —invitó con cariño.

No sabía qué hacer. ¿Debía decirle algo? ¿Contarle lo que vi, lo que escuché? Pero, ¿y si era un delirio? ¿Podía ser que me lo hubiera inventado todo?

—¿Estás bien? —me cuestionó Ian asomándose por delante de mi cara. Su pregunta me hizo darme cuenta de que estaba con la mirada perdida, sumida en el dilema de si debía hablar con Enrique o dejarlo pasar.

—Bien, estoy bien —contesté saliendo por completo de mis cavilaciones. —¿Te ha gustado la meditación? —inquirí, tratando de saber si él había tenido alguna experiencia parecida a la mía.

—Sí, me ha gustado mucho. Era como si pudiera conectar con otra parte de mí. Como si tuviera familia en las estrellas..., ha sido muy bonito.

Su respuesta hizo que se me abrieran los ojos de par en par.

—¿De verdad?

—Sí. Era una sensación muy rara. Como de nostalgia y de felicidad al mismo tiempo.

—Oh, qué curioso —contestó mi padre metiéndose en la conversación—, yo he notado algo parecido.

—Es posible que nos haya pasado a todos, que nos hayan ayudado a

recordar que no estamos solos en el Universo… —dije sonriéndoles, aunque por dentro, no sabía muy bien por qué, me sentí algo desilusionada—. Yo también he tenido una sensación parecida.

—Puede ser —reflexionó Ian.

—¿Y bien? ¿Queréis preguntarle algo a Enrique antes de irnos? —se interesó mi padre.

—Uff, le preguntaría muchas cosas —replicó Ian riendo. Mi padre se rio con él.

—Sí, yo también le preguntaría muchas cosas. Parece un hombre muy instruido —expuso mi progenitor con apreciable reconocimiento.

—Nos podemos ir si queréis —indiqué mientras veía cómo algunas personas se acercaban al investigador para hablar con él.

Al ver que mi padre, Ian y yo percibimos cosas parecidas, decidí no obsesionarme con el asunto. Además, ya creía en la veracidad de aquellos seres. Lo intuí desde siempre. La práctica tan solo se convirtió en la ratificación de lo que ya percibía desde niña. En cambio, me costaba confesar que, en mi foro interno, hubiera deseado recibir una señal más clara confirmándome que los sueños que me habían acompañado toda mi vida en verdad guardaban relación con ellos. Pero no ocurrió. No sentí nada especial, nada que el resto no hubieran advertido también.

Decidí entonces tomar la reciente experiencia como una de tantas en la vida. Si lo meditaba bien, no tenía ningún motivo para pensar que estuvieran tratando de comunicarse conmigo. No le encontraba sentido. Si deseaban hacerlo, me hubieran transmitido algún tipo de indicio destacable que pudiera interpretar. Pero no, eso ocurría con muy pocas personas y no existía fundamento para pensar que yo fuera a ser una de ellas. Definitivamente, carecía de sentido.

Asimismo, en el hipotético caso de que sí quisieran, ¿qué finalidad les podría mover? Solo pensar en tener que llevar a cabo un trabajo parecido al de Enrique me aturdía. Parecía un cometido muy duro. Disciplina, dedicación, estar muy centrado en uno mismo y ser de casta humilde para no corromperse por el camino. Desde luego no parecía una tarea fácil. Yo, al menos, no me sentía capaz de hacerlo, lo cual me daba un motivo más para pensar que lo sucedido en la sala había sido solo una bonita experiencia de grupo, similar para muchos de los presentes. Para terminar de convencerme pensé las recientes palabras del conferencista. Entendí que estos seres contactaban con determinadas personas precisamente para desempeñar un trabajo específico, ayudar desinteresadamente a nuestra humanidad y dar difusión a su mensaje de concienciación y esperanza. Enrique decía: *el mensajero no es lo importante, lo es el mensaje*, pero cada vez estaba más convencida de que cualquiera no valía para ser mensajero, y menos, de algo tan considerable.

Mientras cogíamos nuestras cosas observé a mi alrededor. Algunas personas, con lentitud, nos disponíamos a abandonar el salón. Otras en cambio, se habían quedado rezagadas formando pequeños corros donde se les veía intercambiar sus recientes experiencias con sumo entusiasmo.

Todos hemos vivido algo parecido, me repetí asentando mi autoconvencimiento.

Capítulo 16

Contacto

—¿Cómo ha ido? —preguntó Alixarc a mi regreso.

—Bien —respondí sin entrar en detalles.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hay un par de terrestres con los que es difícil trabajar —expliqué, pensando sobre todo en Aumnox—, su ritmo de integración parece más lento que el del resto de contactados.

—¿A qué te refieres?

—Aumnox ha recibido mi proyección, aunque ha pensado que se trataba de algún humano irrespetuoso de la sala y se ha enojado unos segundos. Por otro lado, con Estir no ha sido posible la comunicación telepática.

—Sabes que es normal —apuntó Alixarc—. Hay veces que debemos proyectarles ciertos datos cuando entran en sueño rem, sobre todo al principio de la nueva fase consciente.

—Lo sé. Aun así tengo dudas con ambos.

—¿Ha habido algún otro problema?

—No, no ha vuelto a repetirse ningún incidente de desfase TPE (tempopsicoemocional) —contesté, sabiendo que aquella pregunta, aunque genérica, hacía referencia al fugaz delirio que Aumnox sufrió días atrás.

—Está bien. Puedes retirarte —indicó mi capitán. Hice un cordial gesto con la cabeza para despedirme y volver a la sala de reajustes.

—Espera —me pidió con tono serio y calmado cuando ya me marchaba. Paré en seco; apenas giré unos centímetros para atender sus instrucciones.

—¿Sí? —insté ante su silencio.

—¿Has comprobado ya el nivel molecular y energético de todos?

—No.

—Es imprescindible hacerlo antes del próximo trabajo —afirmó—. ¿Quiénes faltan?

—Solo falta Aumnox.

Se quedó callado. Él sabía que en nuestro último encuentro la humana tuvo una reacción descontrolada. Su impulso no estaba contemplado en el programa, nunca antes había sucedido algo similar con ningún otro humano, a causa de eso, no le pude concluir el *Control MoLen*. La prioridad cambió al tener que proyectarle nuevas imágenes y recuerdos que borraran su confusión, me vi limitado. Después de eso, no era recomendable forzar más actividad en su cuerpo ni en su cerebro. En los días posteriores tuve ocasión de completar el reajuste, sin embargo, no quise aproximarme a la humana. Temí que un nuevo acercamiento directo acabara, una vez

más, en desvarío, poniendo definitivamente en serio peligro la misión.

Me quedé observando a mi capitán. Esperaba una orden suya, pero este permanecía en absoluto silencio. Era muy probable que supiera lo que pensaba en ese momento ya que, si bien poseíamos la capacidad de bloquear nuestros pensamientos para que nuestros compañeros no los escucharan, muchas veces no conseguíamos evitarlo. Y menos con él, que su desarrollo psíquico estaba más potenciado que el de la mayoría de la tripulación. Sumado a eso, y con independencia de que nos pudiéramos escuchar o no, nuestras aptitudes sensitivas ya nos facilitaban un gran paquete de información del ser con el que estuviéramos tratando. Podíamos descifrar su energía y traducirla en un contexto muy próximo a lo que nuestro interlocutor pudiera estar sintiendo o pensando. Era casi imposible guardar secretos entre nosotros.

En cambio, en este caso en concreto, mi aversión a estar cerca de la humana no era un secreto. Desde que había ocurrido aquel inusual incidente, tenía mis reticencias a estar a solas en un contacto individual con ella, y él lo sabía. Al mismo tiempo, me parecía innecesario tentar la posibilidad de que volviera a tener una reacción alterada, cuando cualquier otro podía hacer el mismo trabajo que yo.

Es por eso que tenía la esperanza de que Alixarc, al estar al tanto de mi parecer, mandase a Gireln u otro compañero a practicarle el *Control MoLen.*

Sin embargo, mi capitán seguía sin decir nada, abstraído en sus reflexiones. Era probable que hubiera accedido a mis pensamientos, mas yo no alcanzaba a entrar en los suyos. Los había blindado. Aun así, pese a su intento de confidencialidad, pude suponer que se encontraba barajando cuáles podrían ser las repercusiones negativas en caso de que Aumnox volviera a tener una reacción desorientada ante mi presencia.

—Eset —dijo al fin—, debes ir tú. Es fundamental que todos hayan podido recibir ese reequilibrio antes de ofrecerles formar parte del programa en *fase dos*.

Acepté la orden a pesar de no entender por qué Alixarc insistía en mantenerme con aquel grupo o, en particular, con aquella humana. No obstante, debía confiar en las instrucciones de mi superior. Él tendría sus razones.

Pero había algo más. Su obstinación acrecentó mi deseo de entender por qué a partir del incidente con la terrícola me sentía extraño, algo que yo identificaba como tenso a la vez que receloso.

—¿Tienes algo que decir? —me preguntó al ver que permanecía inmóvil.

—No todos acudirán al encuentro programado —expliqué mostrando mi desconfianza hacia la preparación y la implicación que Aumnox pudiera tener con la misión.

—Sí, con eso contamos. Pero no creo que sea una de los que fallen a la cita —dijo bastante convencido. Sin duda, disponía de información que los demás desconocíamos—. En cualquier caso, con independencia de que acuda o no al encuentro, es importante que todos estén en las mismas condiciones para que puedan elegir si continúan con el programa o no. Deben decidir ellos, no nosotros.

—No son voluntarios —reproché.

Nunca me había convencido la presunta libertad o consciencia de los contactados ante nuestros primeros acercamientos. Si en efecto lo decidían por voluntad, era muy posible que yo desconociera algo dentro del programa de «acercamiento en fase uno», ese en el que iniciábamos las interacciones pero a través de su subconsciente, manteniendo la distancia y con suprema sutileza, para que se fueran acostumbrando a nuestra presencia sin generarles un shock.

—Sí lo son —rebatió con absoluta serenidad—, pero la mayoría todavía no lo hacen de manera consciente —aclaró mi capitán. Esa era la argumentación que llevaba escuchando desde mi incorporación a la misión años atrás y, aunque a mí me parecía una contradicción, volvía a escucharla defendida por Alixarc. Definitivamente, debía atesorar información desconocida para mí.

Hasta entonces, el conocimiento que manejaba se basaba en que algunos contactados no salían de la *fase uno* y trabajaban toda su vida de manera semiinconsciente ayudando en lo más básico al programa. Otros lo abandonaban cuando cambiábamos a un acercamiento en *fase dos* (mensajes más claros, las primeras evidencias conscientes aunque distantes de nuestra presencia), ya que su capacidad de resiliencia no era la suficiente para adaptarse sin ocasionarles perjuicios en sus vidas. Para terminar, estaban determinados terrícolas como Oxital, que adquirían pleno compromiso con la misión y, con pleno consentimiento, pasaban a formar parte del programa en *fase tres*, donde ya todas sus acciones eran implementadas de manera consciente. En este último eslabón, trabajaban a nuestro lado. Eran los que nos servían como verdadera puerta de entrada a la humanidad y eso nos permitía anclar la ayuda que deseábamos prestarles, llegar a mayor número de terrestres, avisarles de los acontecimientos venideros para poder revertirlos y, empezar a disipar el miedo que se había generado entorno a nosotros.

Respecto a este último grupo de *colaboradores* no tenía dudas. Aquí podía ver con claridad que eran ellos quienes elegían ese camino, ya que este no representaba un sendero sencillo y, aun así, deseaban

transitarlo. Les implicaba muchas connotaciones emocionales dentro de su cultura, de sus dogmas...

No podía evitar sentir una cierta admiración. Para mí eran un ejemplo de lo que tantas veces había oído que significaba la valentía. Debía ser un camino muy arduo, ya que no todos conseguían atravesarlo con éxito, sin que repercutiese negativamente en sus actividades cotidianas y a sus vidas humanas.

—Sé que no confías en las capacidades de Aumnox —prosiguió mi capitán—, pero al igual que con el resto, le hemos dedicado mucho tiempo como para ahora dejarla de lado. Tenemos esperanza en que antes o después se incorpore al modo activo en fase dos y, después, si todo va según lo previsto, pase a formar parte del modo activo en fase tres.

Debemos confiar en ellos y en sus aptitudes. En todos ellos —puntualizó Alixarc clavando sus ojos en los míos. La intensidad de su mirada y la contundencia con la que dijo estas últimas palabras me hizo sentir que deseaba transmitirme la confianza que atesoraba hacia todos los humanos, y que, por el momento, yo no concedía a Aumnox.

Permanecí inmóvil sin decir nada.

—Como tú ya sabes —continuó—, la labor de Oxital es muy importante en este momento. Confiamos en poder contar pronto con nuevos adalides que ayuden a realizar todo el trabajo que falta por hacer, el más importante.

Ambos guardamos silencio durante unos segundos. Alixarc me observaba.

—Eset —dijo llamando mi atención—, nosotros solo estamos aquí como apoyo. No dependen de nosotros los resultados —me recordó—. Debes adaptarte a eso y dejar que no te afecte. Parece que llevar tanto tiempo en este planeta está haciendo que se despierten tus emociones... —dejó caer.

No esperaba aquellas palabras y, aunque mantuve en total calma mi expresión física y facial, en mi interior sí sentí un suave sobresalto a la altura del pecho.

—Tranquilo —apuntó—, sabíamos la alta probabilidad de que pudiera ocurrir en muchos de nosotros una «humanización»... Después de estudiarlo con detenimiento, entendimos que era algo positivo para nuestro particular proceso. Es un buen pronóstico que algunos de vosotros ya hayáis empezado a despertar esas memorias tan olvidadas.

Mientras se comunicaba conmigo, lo contemplé impertérrito, como si no estuviera dirigiéndose a mí. No encontraba motivos suficientes para que me dijera aquello. En mis trabajos actuaba igual que siempre, tal y como fui instruido cuando entré en el programa. Y no

me dejaba llevar por las emociones como hacían los humanos constantemente. Aunque..., pensándolo bien, había desatendido mi cometido de reequilibrar a Aumnox solo porque no quería que se produjera otro percance.

Pero no. No volverá a pasar, pensé. *No tenía que haber sucedido. No debí anteponer la permanencia de la humana en la misión a la propia misión. Si no puede estar a la altura, habrá que prescindir de ella*.

Sentí cómo la idea me disgustaba y, a su vez, confirmaba mi sospecha de que percibir emociones, en cierto modo, era una señal de debilidad.

A pesar de lo que Alixarc pudiera asegurar, no sabía hasta qué punto reactivar nuestras memorias sentimentales podría resultar positivo para nuestra evolución. Lo veíamos todos los días. Sus cuerpos se desgastaban acelerados precisamente por ese motivo, por la toxicidad que generaban dentro de sus organismos al no saberlas manejar y, sobre todo, al desconocer cómo transmutarlas. Ni tan siquiera eran conscientes del problema. Enfermaban sin más y sufrían sin consuelo.

Sabía que mi capitán estaba escuchando todo lo que rondaba por mi cabeza, pero no me inmuté. Permanecí allí, mirándole, esperando a que me diera permiso para irme.

—Debes confiar en la adaptación de los humanos —dijo al fin de forma genérica; aunque sabía que con aquella afirmación se refería a Aumnox en particular—. Te contaré algo antes de que te vayas —dijo con calma—. Al comienzo de su proceso, Oxital también tardó un tiempo en adaptarse. Años atrás, antes de que lo conocieras, Oxital era muy emocional.

—No lo sabía —respondí algo sorprendido. Viendo los resultados del terrícola no me había imaginado que en sus comienzos fuera «difícil».

—Tardó un tiempo en identificarse con su nombre cósmico, no creía algunas de las experiencias que tenía con nosotros, a veces pensaba sufrir alucinaciones..., pero aun así se fue adaptando poco a poco.

—¿Qué tiene eso que ver con la chica?

—Aumnox tiene facilidad para recibir información y a la vez la asocia consigo. Por ejemplo, tú bien sabes que cuando escuchó su nombre cósmico tuvo la sensación de que esa vibración guardaba relación con ella.

En resumen, quiero decir que debemos recordar y entender que cada individuo tiene su proceso de adaptación, de entendimiento y de acción. Cuando tú te incorporaste a la misión, llevábamos trabajando con Oxital varios años terrestres, en los que tuvo tiempo a adaptarse.

Escuchaba con atención aunque, al mismo tiempo, trataba de analizar una vez más a los terrestres. Entender por qué les costaba tanto recibir mensajes telepáticos o involucrarse en las cosas sin dejarse llevar por las emociones.

Hacía tanto que mi especie había dado ese salto, tanto que dejó atrás esas reacciones, que me costaba empatizar, recordar lo que eran esos sentimientos o lo que les afectaban. En aquel momento, tan solo tenía conocimientos sobre sus consecuencias, pero de manera teórica.

A pesar de que Alixarc vio en mí una presunta reacción emocional y se alegraba, sentí una inmensa brecha entre los impulsos que yo pudiera tener y los que conocía que poseían ellos.

Para mí era normal no sentir casi ninguna emoción. Toda mi especie basaba su conducta en una ética milenaria cimentada en hacer lo correcto para con los demás. Sin embargo, aunque correctos, actuábamos de manera mecánica. Nos habíamos vuelto independientes e insensibles. Los humanos que como Oxital nos trataban, nos definían como fríos y distantes. Les llamaba en demasía la atención que el contacto físico entre nosotros fuera casi nulo. Solo se producía si era estrictamente necesario. Apenas ahora, en los últimos años, sí volvíamos a «disfrutarlo»; todavía era un poco forzado.

Albergábamos la esperanza de que ese acercamiento a la especie humana nos ayudara a despertar unas hebras dormidas con las que, con gran probabilidad, podríamos avanzar en nuestra evolución.

Estar sumido y entregado a la misión terrícola me permitía observar cómo podían haber sido los pasos que nuestra propia raza habría dado hasta llegar a ser lo que éramos. Sabíamos que hace miles de años nosotros fuimos muy parecidos.

Ahora, disfrutábamos estudiando con detenimiento las actitudes, emociones, pensamientos, su forma de actuar y las creencias de esos jóvenes hermanos. La misión implicaba algo más que un programa de ayuda para ellos. Aunque aún no lo podía apreciar en su total magnitud, suponía una especie de regalo para nosotros. En ocasiones nos mezclábamos en su sociedad como si fuéramos antropólogos. Deseábamos aprender y recordar.

Por mi parte, a pesar de ver casi impasible los acontecimientos y el desenvolverse de la humanidad, a veces cruel o descontrolada, respetaba su proceso.

Los observaba con el limitado cariño que mi evolución me permitía, aunque deseaba que esta vez sus pasos fueran distintos.

Esa fue una de las razones por las que me embarqué en esta misión, aunque no la única.

—Debes volver —indicó al fin Alixarc sacándome de mi concentración—. Es necesario testar a Aumnox antes de poder seguir con el contacto. Es probable que si nos saltamos ese paso la perdamos y, a estas alturas, no debemos correr ese riesgo.

—De acuerdo, volveré a la sala de reajustes para proyectarme.

—Infórmame a tu regreso.

—Está bien.

—Luz —se despidió el capitán.

—Luz.

Di media vuelta y me dirigí por el corredor a mi destino. Me crucé con varios compañeros de tripulación por el camino y de forma habitual nos saludamos con una suave inclinación de cabeza. Traté de mantener mi mente centrada en el cometido que debía realizar. No era la primera vez y, sin embargo, parecía que algún tipo de incertidumbre o desconcierto se quería acomodar en mi pecho. Después de lo hablado con Alixarc, ahora tenía muy claro que no me permitiría delegar mi función en otro camarada. Al parecer no había motivo.

Llegué a la sala de reajustes y Gireln estaba allí.

—¿Un reajuste? —preguntó cuando todavía nos separaban unos metros de distancia.

—Sí.

—¿No se lo hiciste? —preguntó algo sorprendida al descubrir con quién debía proceder.

—No. No fue posible —afirmé—. Además, tuve dudas de si se iba a seguir contando con ella para las futuras conexiones.

—Sí. Claro que se va a contar con *ella*. Y con el resto —contestó con calma a la vez que tajante—. Solo van a salir del programa en caso de que pase algo grave y supongan un riesgo para la misión.

—O que lo dejen voluntariamente —intervine recordando lo que acababa de hablar con nuestro capitán.

—Exacto.

Mi camarada se giró y encaminó hacia la puerta.

—¿Te vas?

—Sí. Creo que es mejor dejarte solo y no me necesitas aquí. Avisaré para que nadie entre.

Mientras Gireln sobrepasaba el umbral y recorría el pasillo, me situé en la plataforma de desmaterialización para entrar en contacto energético con Aumnox.

Capitulo 17

Camino a casa

A pesar de la generosa invitación de Enrique para que compartiéramos con él nuestra experiencia, ninguno quisimos hacerlo. En realidad, desconocía lo que podrían haber sentido mi padre o Ian pero, respecto a lo que yo viví, empecé a dudar si tan solo fue fruto de mi imaginación. A fin de cuentas, con los años me había convertido en escritora, en buena parte, por el gran ingenio que me acompañaba desde niña. Lo vivido en aquel amplio salón pudo ser entonces consecuencia de un delirio o una fantasía. Algo parecido a lo que me ocurría cuando me sumergía en una novela o un relato. Cuando escribía, me dejaba llevar tanto por la historia que estuviera narrando que, las llegaba a sentir reales. Incluso, algunos personajes parecían cobrar vida y personalidad propia. Después de hojas y hojas, me costaba pensar que todo fuera una simple invención de mi mente.

Mientras regresábamos, allí, sentada en el asiento delantero del coche, no dejaba de pensar en la imagen que pude ver en la meditación; muy similar a las oníricas. Poseía colores, se apreciaban formas, texturas..., incluso denotaba emociones. Sin embargo, me seguía resultando extraña la sensación de conocer a algunas de las personas que figuraban en dicha estampa. Si lo pensaba con más detenimiento, podían ser las mismas que habían ido entrando a la sala de conferencias... Eso explicaría por qué los reconocía (los acababa de ver minutos antes), pero a su vez, por qué no los conocía. Sí, esa podría ser una explicación convincente.

—¿Te dejamos en casa, Joaquín? —preguntó con amabilidad Ian mientras conducía. Su pregunta me sacó de mis cavilaciones.

—No, dejadme en el restaurante —indicó mi progenitor—. Acuérdate que como era un poco tarde fui en coche hasta allí.

—Es verdad, no me acordaba.

—Todavía estás absorto —argumentó mi padre entre risas.

—Sí, eso parece —respondió con un gesto de felicidad en la cara.

A lo largo del trayecto no dejaron de hablar, no solo de lo que pudieron sentir, sino también de lo que Enrique nos había estado contando. Yo permanecí en silencio.

Me dediqué a escuchar su conversación, no sin hacer un gran esfuerzo por mantenerme despierta. Sin saber por qué, un repentino e intenso sueño me convirtió en presa de un anormal cansancio. Sentía mi cuerpo plomizo. Por un momento me arrepentí de haberme sentado en el asiento del copiloto. Si hubiera sabido que me iba a encontrar tan rara, me hubiera dejado caer en el sillón trasero y, quizá

así, incluso podría haber dormido unos minutos hasta llegar a nuestro destino.

Por suerte el tiempo pasó muy rápido. En apenas media hora llegamos al restaurante; y digo «apenas» porque el trayecto me pareció mucho más corto. Todavía no eran ni las nueve de la noche y ya estábamos de vuelta.

Ian paró el vehículo en la puerta y mantuvo el motor en marcha. Al parecer, aquello era una sutil invitación a que mi padre se bajara.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó él con gesto lento. Parecía que no quería abandonar el auto—. ¿Queréis tomar algo o tenéis algún plan?

Sí, sin duda quería seguir cotorreando un rato más, no debía haber tenido suficiente con el recorrido hasta allí. Cuando trataba algún tema que le gustaba no se cansaba de hablar y hablar. Su cuerda no tenía fin.

—Yo tengo hambre —respondió Ian mirando por la ventanilla la carta del menú que colgaba fuera del mismo restaurante que nos había acogido a mediodía.

—Pues yo tengo mucho sueño —contesté sincera. No tenía la más mínima gana de que me hicieran entrar de nuevo allí. Teniendo mucha fe, aquello supondría al menos una hora más antes de que me pudiera encontrar con mi anhelada cama.

Joaquín me miró serio, subiendo las cejas levemente dando clara muestra de que no me creía. Pero me daba igual si lo hacía o no, me quería ir a dormir.

—Está bien, pues nos vamos a casa... —respondió entristecido.

—No, no. No hace falta que vosotros os vayáis —contesté apresurada—. Quedaos, yo me voy.

Ian y mi padre me miraron extrañados.

—Pero... —comenzó Ian.

—Tú tienes hambre, ¿no? —le interrumpí.

—Sí.

—Y tú también querías tomar algo, ¿no? —Me dirigí a mi padre.

—Sí, pero...

—Pero nada. No hace falta que yo esté. Os conocéis casi de toda la vida, tenéis confianza... —argumenté tratando de zanjar el tema rápido. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar despierta. Me encontraba tan cansada que me daba todo igual. Sabía que aquel «pero» que interrumpí a Ian era porque esperaba que continuáramos por donde lo habíamos dejado antes de ir a comer con mi padre o, a lo mejor, para pasar un rato juntos sin más, pero ya no podía más, el sueño me invadía sin contemplaciones, tratando de culminar un día muy largo... Aquella mañana me levanté muy pronto para poder escribir un poco en mi nueva novela, luego los nervios me

acompañaron durante toda la mañana esperando la hora de la conferencia, después el despido, más tarde el tan ansiado beso con Ian, la comida con mi padre, la conferencia, la meditación... Estaba agotada. No me quedaban fuerzas para nada más que para desplazarme a mi cama.

—Está bien —dijo Ian con lo que parecía ser un tono comprensivo—. Te llevamos entonces.

—No hace falta, no te preocupes. Puedo ir sola.

—Si tienes sueño es mejor que no conduzcas —aseveró Joaquín.

—Está bien. Me lleváis...

Ian quitó el freno de mano y esta vez condujo para satisfacer mi mayor deseo en ese momento. Mas sentí apuro por no acompañarles y, sobre todo, por dejar que se marchara sin darle una clara explicación. Existía la posibilidad de que pensase que aquello era una invención o una torpe excusa para no dar el paso que tanto tiempo habíamos pospuesto. Pero esa noche no era la indicada para pasar a la acción. Mi cuerpo apenas respondía. Tenía la sensación de haberme vuelto, de repente, al menos quince kilos más pesada.

En apenas unos minutos llegamos a casa. Les di un beso a cada uno en la mejilla y bajé del automóvil. Mi padre se pasó al asiento delantero del copiloto.

—Mañana vengo a verte —indicó Ian asomando medio cuerpo por fuera del vehículo.

Aquella escena me recordó a cuando me atreví a darle el primer beso fugaz antes de salir corriendo a mi cita inventada. Pero ahora era un escenario totalmente distinto, esta vez huía por obligación, como un herido de guerra que se tiene que retirar del campo de batalla porque está débil a pesar de que desea mantener su posición y apoyar a su tropa.

—Vale. Llámame antes de venir, no vaya a ser que siga durmiendo —bromeé—. Pasadlo bien y tened cuidado con mi coche...

—Seremos buenos —contestó mi padre con una gran sonrisa.

Di media vuelta y me dirigí al edificio. Fui caminando despacio, al ritmo que permitía mi organismo. Mientras avanzaba, sentía sus ojos clavados en mi nuca, observando con detenimiento cada movimiento, muy posiblemente custodiando que, al menos, alcanzase sana y salva el portal. Cuando llegué, busqué las llaves dentro del bolso. Las saqué con calma y aferré la que necesitaba. Con un gesto inconsciente y automático, la deslicé dentro de la primera cerradura que me separaba de mi ansiado descanso. Giré el pomo y me dejé escurrir al interior apoyándome sobre la puerta. Pasado el umbral, giré la cabeza para dedicarles un nuevo «adiós» con la mano, pero ya se habían marchado. Aun así, la sensación de que alguien me seguía contemplando permaneció durante un rato.

No le di importancia.

Subí a casa, solté el bolso encima de la cómoda de mi habitación, me quité las botas a puntapiés y dejé caer mi cuerpo boca abajo sobre la cama. Dudo que pasara más de un minuto hasta que, al fin, pude entregarme a mis sueños.

Capítulo 18

Dormir

Eran cerca de las seis de la mañana. Acababa de despertar, poco más o menos, en la misma posición en la que caí inconsciente la noche anterior. Sabía que todavía no había amanecido, la habitación permanecía en penumbras. La escasa luz que me acompañaba se sentía proceder de las farolas de la calle que, con disimulo, se filtraba por las rendijas de las persianas. Aquello aumentó mi pereza para levantarme. Sin embargo, no podía volver a dormir. Había soñado, sin duda. Esa fue una noche con mucho ajetreo mental, cantidades ingentes de imágenes circularon de un lado a otro sin apenas sentido…, posiblemente, con gran número de mensajes por descubrir y descifrar.

Siempre pensé que los sueños nos aportaban información encriptada pero, ahora, después de la conferencia de Enrique Paz, quería prestar especial atención a cualquier recuerdo que pudiera permanecer tras ellos. No porque portara el aviso de algún extraterrestre, sino porque sabía que solo con lo que mi propio subconsciente quisiera transmitirme, ya tendría suficientes datos para analizar.

Eso sí, debía aprender a descifrarlos, porque si el alma aportaba información y la mente no conseguía entenderla, entonces, ¿para qué podrían servir?

Por lo general, cada madrugada soñaba y recordaba con detalle mis pequeñas o grandes incursiones a ese maravilloso mundo. Algo me decía que, entre tanto viaje a aquella realidad onírica, encontraría mensajes importantes y útiles que servirían de ayuda en algún momento, adelantarme a las consecuencias de mis posibles decisiones o, incluso, despertar mi instinto o intuición.

Al margen de mi progresivo interés por los sueños, todavía me encontraba cansada y con ganas de dormir. Sin embargo, no conseguía hacerlo. Quizá, la creciente actividad mental me mantenía dando vueltas de un lado a otro de la cama sin concederle tregua al descanso.

Después de ver cómo avanzaba el tiempo, al fin decidí levantarme y empezar el día.

Como de costumbre, lo primero que hice fue sentarme, esta vez en la cama, en posición de loto y meditar. Estaba enamorada de esa práctica. Era la mejor manera que tenía, junto con la escritura, de identificar mis estados emocionales y conectarme conmigo misma. En múltiples ocasiones hasta me sirvió de inspiración en el trabajo.

Tan solo llevaba lo que estimo un par de minutos en mi particular

encuentro interior, cuando surgió un recuerdo: el reciente despido. Una vez más, lejos de provocarme cualquier sensación de agobio o incertidumbre acerca del futuro, una corriente de aire fresco se instaló en mi pecho. Enseguida relacioné aquella emoción con la nueva novela. Esa circunstancia permitiría centrarme en dicho proyecto y dedicarle el tiempo que merecía. Sentí el deseo de continuarla, sumergirme en su historia, disfrutar con su desarrollo.

A eso me dedicaría a lo largo del día. Todo apuntaba a que sería una jornada tranquila y relajada. Suspiré de satisfacción.

Al cabo de un rato, cuando hube concluido, salté de la cama y fui al despacho a encender el ordenador. Una fugaz imagen pasó por mi mente. Nos veía a los tres en el coche volviendo de la conferencia de Enrique Paz, luego cómo Ian y Joaquín me dejaban en casa para, después, marchase juntos a cenar.

¿Qué tal les iría? ¿Se acostarían tarde? ¿Se habrán encontrado cómodos estando juntos?, me pregunté.

Sí, sentí que sí. El hecho de compartir un rato a solas no era problema para ellos.

Por un momento pensé en mandarles un mensaje, pero al coger el móvil para hacerlo vi la hora, todavía era muy pronto. Aún no llegaban a ser ni las siete y media de la mañana y, siendo sábado, la sensación de ser muy temprano se magnificaba.

Solté el teléfono en la mesa del despacho. Un pequeño rugido interno rompió mis recientes pensamientos transportándome a otro: la noche anterior no había cenado. A decir verdad, llevaba sin probar bocado desde la hora del almuerzo. Así que, fiel a la rutina mañanera, anduve hasta la cocina para prepararme un zumo de frutas, *el tanque*, como lo solía llamar. Abrí la nevera y saqué un kiwi maduro, el brick de zumo de piña y un puñado de arándanos y fresas. Luego, del frutero, cogí un plátano. Tras pelar las frutas, las eché todas en un gran bol de desayuno acompañado de un par de dátiles deshuesados. Busqué la batidora en el cajón, la enchufé y comencé a batir la mezcla de vida vegetal, despedazando con ello, no solo el contenido del tazón, sino también el silencio sepulcral que invadía mi casa y el resto del edificio a esas horas. Cuando terminé, añadí el zumo de piña hasta que el batido quedó como me gustaba. Enjuagué el electrodoméstico, lo sequé y lo guardé en el mismo cajón de donde lo había sacado.

Ya con el desayuno en la mano, volví al despacho. Se me hizo la boca agua al percibir el color y aroma que desprendía. Sin reprimir por más tiempo el apetito, le di el primer sorbo. Realmente estaba exquisito, y yo hambrienta.

Me acomodé en la silla frente al ordenador y busqué en el escritorio el archivo en el cual guardaba el primer borrador de la novela. Releí

las últimas hojas y proseguí a continuación.

Las ideas venían inspiradas, con gracia, frescas. Me dejé llevar, hasta que algo rompió el ritmo. Cuando alcanzaba algo más de una hora de trabajo y concentración, un cansancio súbito regresó para apoderarse de mí.

Traté de permanecer despierta, pero casi no hallaba la fuerza necesaria. Mi mente se vio sumergida en una lucha titánica por mantenerse espabilada.

Decidí dar un pequeño paseo por la casa. Pero después de estar cinco minutos deambulando de una habitación a otra, la cosa seguía igual, o peor.

¡No lo puedo creer! ¿Otra vez igual que anoche?

Mi cuerpo se volvía por momentos cada vez más pesado, cansado y lento. ¿Estaría enfermando?

Traté de percibirlo con calma y, en efecto, los músculos se mostraban tensos, como si acabara de hacer un gran esfuerzo físico. Miré la hora en la pantalla del ordenador.

Las 8:53. Con lo bien que me había levantado… No entiendo nada.

Toqué mi cara, frente y cuello tratando de averiguar si tenía fiebre.

No. Fría.

Sin darme cuenta aparecí en el dormitorio. Las persianas seguían bajadas. No cabía duda, mi inconsciente optó por trasladarme con discreta sutileza a lo que en esos momentos resultaba ser el lugar más apetecible del hogar: la cama.

Ya tumbada, cerré los ojos. La agudeza de mis sentidos insistió en centrarse en mi anatomía. Quizá mis defensas se encontraban bajas y el organismo quería ceder ante algún tipo de afección.

Observando con detenimiento, pude localizar ciertas molestias en ovarios y útero. Los percibí tirantes. Eso me hizo pensar en qué día del mes estaba, si correspondía que tuviera que bajarme el periodo. Pero no, todavía no tocaba. En todo caso podría estar ovulando… Dudé.

Mas aquello no era todo. Pronto sentí cómo en el centro de mi pecho, bajo las costillas, también notaba una sensación extraña. Recordé cuando, siendo adolescente, aún en el instituto, debíamos correr durante doce minutos sin parar en el conocido *test de couper*. La falta de costumbre en hacer ejercicio provocaba que aquello supusiera un inmenso esfuerzo. Lo pasaba muy mal. Apenas dedicábamos tiempo a correr en las clases de gimnasia y, de golpe, un día cualquiera se le ocurría al profesor la feliz idea de ponernos puntuación en el tormentoso *test*. Ahora, a pesar de no haber corrido ni diez metros, sentía en el pecho la misma sensación. Como si mis pulmones y bronquios estuvieran abiertos, dilatados… Era una percepción intensa y desagradable; traté de relajarme.

Pensé que dormir un poco más me podría venir bien. Dispuesta a ello, de pronto empecé a notar como si hubiera una energía encima de mí, o mejor dicho, rodeándome por completo.

Sin poderlo evitar, mi organismo comenzó a producir pequeños espasmos, semejantes a la tiritona que provoca la hipertermia. Pero no era fiebre. No sentía frío. No estaba caliente. Tan solo era el cuerpo tratando de armonizar un exceso o un desequilibrio de energía.

Sí, ya conocía lo que eran aquellas leves sacudidas, las conocía bien; incluso poseían su propio nombre: *kriyas*.

Años atrás, cuando empecé a meditar, después del accidente con mi familia, tuve mis primeras experiencias con las kriyas. Se trataba de una sensación extraña, algo que no había conocido hasta aquel instante.

Llegó un momento en que, mis calmados ejercicios de relajación en posición de loto, se convirtieron en meditaciones activas; tan pronto de pie como sentada, tumbada... Mi organismo parecía querer moverse con voluntad propia, subiendo y bajando las manos, las piernas, la cabeza... Todo el cuerpo deseaba articularse sin impedimento racional que lo envarara. De modo que aprendí a dejarme hacer por una parte más sutil y más sabia que mi mente, a permitir aquella bella danza.

Tras el choque estuve una larga temporada en la que el dolor emocional me impedía alcanzar la paz. Por entonces, mis momentos de introspección pasaban a ser dinámicos y desde ahí la puerta se abría para dejar paso a la liberación del desconsuelo, ese que deseaba salir y que, a través de las sacudidas energéticas, iba haciéndolo poco a poco.

Fue así como entendí que dichas kriyas, a pesar de resultar a veces desagradables por su brusquedad y el trauma que las acompañaba, en el fondo las vivía con el placer del descanso y la liberación.

Aprendí que cuanto mayor era el bloqueo o la energía de dolor, mayor solían presentarse ellas. Sin embargo, la paz posterior a su fugaz aparición era inenarrable.

Realmente me sorprendía ver la inteligencia de nuestra energía; cómo siempre busca alcanzar la armonía a todos los niveles, y cómo el cuerpo podría, de forma automática e inconsciente, traducir, a través de movimientos, la información que se pudiera encontrar en nuestro campo energético y buscar restaurar el equilibrio natural. Fascinante.

¿Es posible que esté ahora reajustándome?, pensé.

En esta ocasión desconocía cuál podría ser el bloqueo que me había conducido a manifestar kriyas.

Aquella circunstancia resultaba desconcertante. Junto a los movimientos, sentí cómo a veces los brazos se tensaban lejos de mi voluntad. También algo singular en la piel, como si de vez en cuando alguien me tocase, primero una extremidad, luego otra.

Pero no veía a nadie. Estaba sola..., o eso creía.

A pesar de todo, no tenía miedo. Me invadía la tranquilidad y la confianza. Únicamente advertía incomodidad por la perpetua pesadez que conquistaba mi cuerpo y el excesivo sueño que me empujaba a dejar los párpados cerrados.

De pronto, una fuerte e inusual energía se localizó de forma progresiva en mi espalda. No se trataba del tacto de la cama, era una impresión muy distinta. Su sutileza parecía invitarme a girar.

Así, di media vuelta sobre el costado derecho para ponerme boca abajo, con la extraña sensación de que alguien iba a masajear mi tronco y tren superior. Y en efecto noté algo, no sobre la musculatura, sino en la columna, como si una tenue presencia manipulara con delicadeza mi estructura ósea desde el sacro hasta las cervicales. Fue relajante...

Al cabo de los segundos una imagen se coló en mi pensamiento: el dibujo de un gran cable de aspecto metálico y frío que, en apariencia, atravesaba mi columna desde la coronilla hasta el coxis.

Sin saber por qué, sentí ganas de llorar. Y como una niña pequeña, lloriqueé sin llegar a manifestar lágrima alguna.

Un fuerte pinchazo en el brazo izquierdo cortó mis quejidos de forma abrupta. Una punción peculiar, no muy intensa pero sí molesta, igual a cuando la enfermera te va a extraer sangre o pone una inyección. Aquello perturbó mi confianza y me sentí impotente, triste, dejando que se escapara una furtiva lágrima por la comisura del ojo derecho hacia la almohada.

Mientras tanto, inmóvil igual a si estuviera sedada, el cuerpo solo reaccionaba inconsciente a esas pequeñas kriyas de las que mi mente no era dueña.

Poco a poco, las sensaciones y movimientos fueron haciéndose cada vez más suaves y armoniosos.

Mi anatomía ahora reposaba en la calma del silencio. Quieto en su totalidad, colmada de serenidad y confianza, hasta el punto de quedarme dormida a pesar de sentir la presencia de esa energía, casi imperceptible a los sentidos, a mi alrededor.



Desperté a las once de la mañana. La sensación de bienestar era palpable, pero una presión incómoda en la vejiga me recordó el gran zumo de frutas que ingerí mientras escribía la novela. Corrí al baño. Luego bebí un poco de agua y, de forma casi mecánica, regresé de nuevo a la cama.

Allí, tumbada boca arriba, pensé en lo que acababa de sentir apenas un par de horas atrás; en la incontrastable sensación de estar protegida por una sutil presencia que envolvía de alguna manera mi cuerpo.

Al parecer, ahora no había nada, ni nadie. Solo yo. El silencio invadía todo, con la única excepción de una tenue melodía provocada por el agua que se deslizaba por las tuberías a modo de cascada; la vecina del piso superior debía estar disfrutando de una ducha. Me gustaba ese sonido. Incluso sabiendo que procedía de unos tubos de plástico en el falso techo y no de la lluvia de la calle, era melódico y relajante.

Cerré los ojos. Quería dormir un rato más. Deseaba dedicarle a mi cuerpo el descanso que sentía merecer. Sobre todo porque seguía soñolienta. Aún no había reposado lo suficiente... Mis ojos se resignaban ante el picazón de necesitar estar más tiempo cerrados, y mi cuerpo... Sí, este continuaba abatido.

Recordando la meditación del día anterior con Enrique Paz, y sin saber si estaba poniéndome enferma (hipótesis que iba cobrando fuerza), o si se trataba solo de un episodio puntual de agudo cansancio, decidí visualizarme dentro de una burbuja gigante de luz blanca. Un resplandor que me aportara armonía y ayudara a elevar la vibración para terminar de pasar aquel proceso.

Y funcionó. Poco a poco me sentí más relajada, liviana... ¡Por fin empezaba a encontrarme a gusto!

Seguía despierta aunque prefería permanecer con los ojos cerrados para descansarlos lo máximo posible. Pensé que, con algo de suerte, otra vez caería dormida.

Y allí, inmersa en plácido descanso, de pronto una nueva vibración en el pecho me hizo percibir una presencia acompañándome. En cuestión de décimas de segundo, la figura de un ser se dibujó a los pies de mi cama.

Sin perder la compostura abrí los ojos en dirección a la misma ubicación donde pude contemplarle. Pero no vi nada. Desorientada, cerré los párpados, y ahí volvió a emerger su silueta ante mí.

Aquella situación se salía de lo normal, no recordaba haber experimentado jamás algo semejante. Con el sentido visual no podía advertir a aquel ser y, sin embargo, a través de mi frente lograba apreciarle con detalle, estático a escasos centímetros de mi lecho, observándome. Era como poder descubrir en un lienzo una parte que nunca antes fue vista. Como si en la inmensidad de un escenario negro pudieras divisar con alta definición otra realidad a la que, por lo general, no tienes acceso desde tu mente racional. Resultaba ser casi un sueño, aunque no lo fuera. Ahora, esos dos mundos paralelos y complementarios de realidad física y energética se estaban fusionando frente a mí, ante mi percepción, para el deleite de los ojos de la intuición. En ese momento aprendí que es posible acceder, desde nuestro estado material en tres dimensiones, a otro plano cuántico, igual de real y experimentable al ya conocido. Yo, como primera toma de contacto, lo estaba haciendo a través de las puertas de nuestro sexto sentido.

Maravillada ante dicho espectáculo, respiré hondo, satisfecha y tranquila a la vez. Algo nuevo, algún tipo de capacidad inusual parecía estar despertando en mi interior y decidí dejarme llevar con confianza hacia aquel mundo fascinante.

Pero algo más sorprendente llamó mi atención. No solo veía la figura del mencionado ser, también percibía su energía. Su calor. Su pureza.

Aunque intuía que la respuesta era «no», mi raciocinio se quiso plantear la posibilidad de estar soñando. Para una mente cualquiera, desacostumbrada a las percepciones extrasensoriales, sería difícil distinguirlo o incluso admitirlo. Mis experiencias en este sentido aún eran algo escasas, sin embargo, me notaba entusiasmada y, sobre todo, sabía que no deliraba.

Estaba disfrutando de su presencia, distinta y real al mismo tiempo. Una esencia casi hipnótica.

Me deleité al contemplar la luz que desprendía su cuerpo, un halo blanquecino que lo envolvía por completo. Su altura, considerablemente superior a la media de un humano, casi le hacía rozar con el techo de la habitación. Me atrevería a decir que, sin la existencia del muro, aún podría haber alcanzado mayor altura...

Mientras lo observaba, mi cuerpo parecía envarado, cuasi petrificado. No conseguía moverme. En ese momento sí me sentí enferma. Enferma igual a cuando alguien está en coma durante un periodo de tiempo o pierdes la consciencia por un desmayo. Solo que yo me había desmayado muchas veces y nunca vi cosas mientras permanecía inconsciente. En cambio, ahora sí. En ese instante lo advertía todo. Le veía a él. Inmóvil. Vigilándome. Como si me custodiara para que no me pasara nada.

Quería saber quién era, mas me veía privada de articular una sola palabra. No obstante, pensé que a lo mejor podría conseguir esa respuesta a través de un contacto mental, y lo intenté. Le pregunté si, tal vez, era mi ángel de la guarda. Quizá, si él había sido aquello que percibí como una energía tocándome, un par de horas atrás, primero un brazo y luego otro, o la espalda.

Para mi sorpresa recibí una respuesta. Aun sin abrir su boca, aun sin escuchar su voz, esta fue negativa. Él no era un ángel de la guarda.

No dijo más.

Seguía sin saber si fue quien manipuló mi cuerpo horas antes y, por un momento tuve que conformarme con esa escasa información.

No obstante, me conocía. Sentía que me conocía y que yo también lo había visto antes. Aunque no recordaba dónde, ni cuándo.

Y de pronto, el tiempo en la tierra se desvirtuó. Mientras continuaba a mi lado, sentí pasar los días. Para ser exactos, cuatro días postrada en una cama, en su compañía. En un estado semiinconsciente. Dormida y a la vez despierta. Lúcida.

En el transcurso de ese insólito tiempo, mi cuerpo iba cambiando. Noté las células despertarse, transmutar. Las capacidades sensitivas desarrollarse: percepción, telepatía, telequinesis.

Él no se movía apenas del sitio donde le vi aparecer. Y, aunque permanecía estático, sí pude, poco a poco, empezar a escuchar lo que pasaba por su cabeza. Trataba de mantenerse lejos, de no transmitir ningún pensamiento, ningún dato. Se limitaba a observar mis reacciones.

Mientras tanto, mi facultad de movimiento seguía siendo nula. Estaba sorprendida. A pesar de que aquella especie de parálisis podría haberme hecho entrar en pánico, aguardaba tranquila.

Confiaba en aquel *visitante* a pesar de no saber quién era, ni de dónde había salido. Tampoco sabía si era humano, aunque algo dentro de mí decía que no. No era de este planeta. Tampoco parecía pertenecer a este tiempo. Pero me daba igual. Sentía que podía dejar mi vida en sus manos y él la protegería con la suya.

Su rigidez me recordaba a los militares. Y su aspecto…, tenía algo especial, inusual. Algo que nunca había apreciado en alguien de este mundo. Su belleza era casi angelical a la vez que masculina.

Me contemplaba en la oscuridad del cuarto, a distancia, y temí que pudiera estar escuchando todo cuanto mi cabeza discurría. Confié en que no fuera así, ya que no podía frenarlo.

El lapso transcurría y nosotros seguíamos en ese espacio-tiempo paralelo en el que era consciente de estar tumbada, dejándome hacer algo que solo él sabía qué era, y sin ganas ni fuerzas para evitarlo.

Desde mi reducida perspectiva empecé a observar nuestro

alrededor, ahora, eso sí, con los ojos abiertos. No fui consciente de cuándo los abrí, pero los tenía abiertos. Y me sorprendió y alegró al mismo tiempo descubrirme con la capacidad de poder observarle, aunque no directamente, con el sentido visual de siempre.

El habitáculo que nos rodeaba era translúcido y vaporoso, permitiendo apreciar una especie de estructura lineal entremezclada al mismo; similar a una red de hilos que nos envolvían; lo abarcaban todo. La habitación parecía haberse moldeado de tal manera, que las paredes no se hallaban donde estaban habitualmente, sino a metros de distancia. Daba la sensación de que fuesen de gelatina, como si las rayas que trazaban el entorno y el espacio en el que yo me encontraba, estuvieran solapadas al espacio y el entorno vaporoso en el que él permanecía inmóvil y, a su vez, lo pudiera apreciar.

Después de llevar un tiempo indeterminado (al menos para mi percepción), vi cómo se aproximaba a mí con un mecanismo en la mano. Algo parecido a una caja cuadrada. Una especie de máquina sofisticada que, a riesgo de parecer una locura, la pude percibir con inteligencia propia.

Aun así, al margen de que el aparato en cuestión pudiera tener su propia inteligencia o no, y, a pesar de no poderlo ver con detalle, ya que emanaba un brillo inusual que se mezclaba con la contundente luz que también desprendía su portador, supe que aquel artilugio servía para medir la energía y revisar la composición molecular. Entre otras cosas, examinaba mi cuerpo con la intención de conocer mi nivel de hidratación y, en caso deficiente, compensarlo; me comprobaba las constantes vitales, el latido del corazón, respiración, temperatura... Al parecer tenía sumo interés en que mi cuerpo estuviera o se mantuviera en equilibrio. Desconocía para qué.

Al tenerle más cerca, aproveché para observarle con mayor detenimiento. Durante el periodo que permaneció a mi lado trató de evitar mi mirada; pero ahora, la distancia no era tanta e intenté encontrar sus ojos. Y lo conseguí. El corazón me dio un salto acelerando pulso y respiración, lo que provocó que se quebrara el contacto visual y él volviera a centrarse en el cubo que sostenía en su mano derecha. Le prestaba una atención casi hipnótica, como si a través de su mente pudiera transferirle un conocimiento o unas órdenes que intuí luego se volcarían en mí, procurándome armonía.

La frustración emergió con fuerza. Con lo que me costó encontrar su mirada..., y ahora esa reacción miedica.

En cambio, aunque tenía las pupilas clavadas en aquel aparato, sus rasgos y aquellos ojos azul grisáceos ya se habían grabado en mi memoria como la marca de un hierro candente en la piel.

Esos ojos... Estoy convencida de haberlos visto antes, pensé.

Y sí, con razón tenía la sensación de conocerle. Era el ser de las montañas, el mismo que vi en la imagen onírica...

Respiré hondo, una vez más, frustrada. Al parecer le conocía, pero él a mí no. Y eso me hizo dudar acerca de si dicho escenario era fruto de un ensueño muy complejo o me estaba pasando de verdad. Mas todo el cuerpo me confirmaba la autenticidad de esa extraña circunstancia, distinta a la que acostumbraba a experimentar, pero al fin y al cabo real.

Mientras, el tiempo transcurría. No sabía qué hora podría ser en mi supuesta realidad, lo cual me turbaba un poco. Aun así, deseaba continuar en compañía de ese bello ente.

Sentía una atracción muy fuerte hacia él, aunque ignoraba a qué se debía. Que recordara, solo le había visto con anterioridad en un sueño.

¿Será posible que la montaña y ese grupo de personas sea una premonición? Si este ser existe, es posible que todo lo demás también lo sea.

Si al menos supiera de qué sitio se trata...

¡Un nombre!, pensé. *Con un nombre podría investigar algo sobre este asunto.*

Pero quizá todavía no era el momento de saber aquellos datos.

Traté de relajarme, disfrutar del inusual momento y confiar en que pasaría lo que tuviera que pasar. Entregarme sin resistencias a lo que fuera que me estuviera haciendo ese ser, ya que sabía que era positivo para mí.

Solo me preocupaba una cosa: que estuviera advirtiendo lo que su sola presencia despertaba en mi interior. Esa especie de excitación, pasión y, a la vez, añoranza, que no conseguía entender. Sin duda, una parte de mí le deseaba.

Recé por que no se estuviera percatando de nada. Cosa que parecía posible, ya que se mostraba impasible, frío, como si yo empleara un idioma desconocido y, por tanto, no le alterase. En el fondo, aquella idea me aportó una progresiva tranquilidad, llevándome a sentir a salvo de mis propios pensamientos y emociones. Hasta que de nuevo su mirada se cruzó con la mía y volví a percibirme vulnerable, transparente, pequeña ante sus grandes ojos azul marmóreo que me examinaban con firmeza. Las preguntas se agolparon en mi cabeza.

¿Por qué me mirará tan fijamente? ¿Se habrá dado cuenta de lo que siento? ¿Podrá escucharme?

Pensé que, a lo mejor, solo se trataba de una impasividad fingida y, en el fondo, notaba emociones igual que yo.

Aquel pensamiento hizo que una vez más se acelerara mi corazón, como cuando a un niño le pillan haciendo alguna travesura o, mejor aún, cuando el chico que te gusta de pronto se fija en ti...

Para mayor desasosiego, esta vez no apartó la mirada, la mantuvo. Serena. Fija. Intensa.

Quería preguntarle muchas cosas. Saber si me conocía, si nos habíamos encontrado antes. Por qué estaba en mi casa. De dónde venía. Por qué tuve ese sueño días atrás. Por qué mi cuerpo reaccionaba así cuando me miraba. A qué lugar correspondían esas montañas, ¿existían de verdad? ¿Cuál podría ser el motivo para estar allí?... ¿Y quién era esa gente?, ¿tenía algo que ver Enrique Paz con todo aquello?... A lo mejor Enrique era una pista, y las imágenes en verdad portaban algún mensaje...

De pronto frené mis cavilaciones en seco.

Si está escuchando pensará que estoy loca, recapacité.

Pero seguía sin inmutarse. Se trasladó con garbo al pie de la cama haciendo que nuestro contacto visual se quebrara de nuevo. Supe que su cometido había finalizado, en cambio, no quería que se marchara. No sabía nada de él... Si de algún modo escuchó mis inquietudes, dio igual; no se dignó a resolver ninguna. Sin embargo, algo me hizo darme cuenta de que no le había lanzado cuestión alguna, sino que todo fueron conjeturas que volaron a un lado y a otro en mi cabeza.

Si le pregunto algo concreto quizá me responda..., medité.

La forma de la habitación empezó a cambiar, a ser igual a la de siempre, la misma que yo percibía en mi realidad.

¡Oh, no, se está yendo!

El miedo se apoderó de mí. Ahora que por fin disfrutaba de su compañía..., que sin saber cómo, conseguí que mantuviese su mirada sin que ninguno la apartásemos...

Me negaba a aceptar que se tuviera que ir. No sin conocer algo acerca de él. Sin al menos averiguar si le volvería a ver en algún momento. Necesitaba encontrarle donde fuera..., mi corazón deseaba aproximarse al suyo. ¡Oh! Mi pecho bombeaba con fuerza, nervioso..., vulnerable.

¿Y si no le vuelvo a ver?

Me atormentó esa idea.

No quería ni imaginarlo. Pero, ¿cómo le podría hallar de nuevo?

—¿Cómo te llamas? —me atreví al fin a preguntarle con notable angustia ante su evidente partida.

Se hizo el silencio.

Su cuerpo desapareció en medio de la oscuridad, igual que vino se esfumó. La habitación también volvió a la apariencia que estaba acostumbrada a contemplar. Las paredes regresaron por completo a su sitio, a su estado, a su solidez.

Suspiré con tristeza.

Se ha ido, pensé.

Todavía en la cama, di media vuelta y me puse en posición fetal, de cara a la puerta. No sabía qué pensar ni qué hacer. ¿Acaso podría hacer algo? No, ya era tarde. Se había marchado y desconocía si le volvería a ver.

Poco a poco el latido de mi corazón se fue serenando. La pena dio paso a la resignación.

—Será mejor que me duerma —me dije a mí misma.

A pesar de que con él desapareció el cansancio y la pesadez corporal, con su partida también se desvanecieron las ganas de hacer cualquier cosa. Solo quería dormir, desconectar de mi realidad para, con suerte, volver a verle en la suya. Aunque sabía que era inútil. Algo me decía que no sería posible. Al menos ese día.

Si me hubiera dicho su nombre, ahora tendría un dato para poder buscarle…, reflexioné notablemente emocionada.

Su ausencia dibujaba un dolor de pérdida en mi pecho que no conseguía identificar. Resultaba increíble pero, ni siquiera cuando perdí a mi madre y a mi hermano la sensación fue tan intensa.

Con un nuevo giro sobre mí misma, descansé sobre el otro costado del cuerpo. Traté de olvidar lo que acababa de pasar. Nada tenía sentido. Mi reacción tampoco. Cerré los ojos dispuesta a dormir hasta no poder más. Quizá, a dejar también que ellos intentaran menguar el dolor que se había alojado en mi pecho.

Pero de pronto percibí una voz firme y masculina haciéndose eco en mi cabeza como si la estuviera escuchando a través de los oídos.

—Eset.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Eset? —repetí pausada, nerviosa, vacilante e ilusionada al mismo tiempo.

—Eset.

Esa palabra sonó reincidente en mi mente dando respuesta a mi incredulidad. Alguien la había transmitido telepáticamente.

Sin poderlo evitar, una sonrisa se dibujó en mi rostro satisfecho. Aquel término me resultaba familiar aunque no sabía lo que significaba. En cambio, era probable que se pudiera convertir en la pista que debía seguir para lograr encontrarle algún día. No necesitaba más.

Después de aquello, volví a caer dormida.

Capítulo 19

Mensajes

Desperté sobresaltada. Desconocía cuánto tiempo pude permanecer dormida. Me levanté de la cama como un resorte y fui al despacho a por mi móvil. Quería ver qué hora era.

—¿¡Las seis de la tarde!? ¡Llevo todo el día durmiendo! Como me hayan llamado Ian o mi padre estarán preocupados —farfullé mientras desbloqueaba el móvil.

Ojeé los mensajes que tenía. Joaquín me había escrito a la una del mediodía e Ian estuvo haciéndolo regularmente cada hora desde las dos de la tarde. Se me escapó un suspiro ahogado. No me apetecía hablar con ninguno de los dos en aquel momento; quizá menos con Ian que con mi padre. Dudaba de que si les contaba lo que me acababa de ocurrir, lo supieran entender.

Ambos me pedían que les llamara al levantarme. Parecían querer contarme algo. Pero a pesar de su demanda, decidí responderles solo con un mensaje.

«¡Buenas! Me acabo de levantar. Estaba mucho más cansada de lo que parecía. ¿Qué tal anoche?».

Ese era el texto que le enviaría a cada uno. Exactamente el mismo a los dos. Lo copié y lo pegué de un destinatario a otro.

De forma automática vi cómo Ian se ponía *en línea*, cosa que me provocó una mueca de apatía y desgana.

No había nada peor que contestar por compromiso a alguien con quien no te apetecía hablar y que, de inmediato, te devolviera el mensaje haciéndote casi imposible la escapatoria. Me hizo pensar que estaba esperando con ansia a que le respondiera...

«Hola. ¿Te puedo llamar?», escribió él.

Uffff..., me exasperó su insistencia.

—Ahora no me apetece hablar... —dije en tono ñoño para mí misma—. ¿Cómo le puedo dar largas sin que se moleste?

Pero era tarde, el móvil estaba sonando en mi mano.

—¿¡Hola!? —contesté fingiendo estar animada.

—Hija, ¿qué tal?, me tenías preocupado. —La voz que sonaba al otro lado del auricular no era la que esperaba.

—¿Papá? —pregunté extrañada.

—Claro, ¿quién si no?

—Oh, pensaba que eras Ian.

—No, soy tu padre.

—Ya, ya. Ya me ha quedado claro —aquello me hizo reír.

—¿Estás bien? —se interesó. Sin embargo, su tono de voz era muy tranquilo. No sabía si realmente estaba preocupado o se trataba de una simple pregunta formal para entablar conversación.

—Sí, estoy bien. Dormí mucho y ahora me encuentro bastante mejor.

—¿Te ha pasado algo esta noche? —increpó. Aquello me descolocó.

—¿¡Eeeh!? ¿A qué te refieres? —repuse extrañada.

—A que si te ha sucedido algo raro esta noche.

—¿A qué te refieres con «raro»? —insistí. Me irritaba que a veces diera las cosas por sabidas y no se explicara más.

—¿Has visto o sentido algo...? ¿A algún ser, oído alguna voz en tu cabeza..., no sé, algo inusual?

Mis ojos se abrieron mucho. ¿Cómo podía él conocer eso?

—Sí, algo así, ¿por qué lo sabes?

—A nosotros nos pasó también una cosa peculiar cuando íbamos a cenar... —dejó caer.

—¿El qué? —me apresuré a preguntar. Quería saber con detalle qué les había ocurrido. ¿Acaso habrían visto al mismo ser que yo?

—Espera, ahora te lo contamos. Estamos a cinco minutos de tu casa.

—¿Estáis juntos? —interrogué sorprendida. Por un momento me llamó más la atención que estuvieran otra vez juntos a que hubieran acontecido alguna experiencia paranormal.

—Sí, desde ayer.

Aquello sí que me extrañó. ¿Qué hacían juntos desde la noche anterior? ¿Les habría pasado algo grave?

No quise preguntar más.

—Está bien. Os espero.

Según colgué, me fui a mi habitación. Abrí el armario y lo examiné en busca de alguna prenda cómoda para ponerme. Cogí unas mallas oscuras y una camiseta fina de manga larga. Del cajón de la mesilla tomé un conjunto de ropa interior y unos calcetines. Lo puse todo en mi regazo y me metí en el cuarto de baño. Necesitaba una ducha urgente para despejar mi cabeza. ¿Qué habría pasado? ¿Por qué seguían juntos desde día anterior?

Me desnudé con rapidez mientras el agua cogía una temperatura agradable. Sumergí mi cuerpo bajo el chorro cristalino y tras ello mi cabeza, dejando que toda mi anatomía disfrutara de la fuerte presión que emanaba de la alcachofa. Cerré los ojos tratando de relajarme, de respirar hondo. Hasta ese momento no me di cuenta de que estaba nerviosa, inquieta; resollaba dificultosa y atropelladamente.

Después de tres inhalaciones profundas y calmadas, mi corazón empezó a armonizarse. Fue entonces cuando surgieron en mi recuerdo los ojos del ser que me acompañó horas atrás; y, «Eset». Una única

palabra carente de significado para mí. Un dato que me transmitió telepáticamente a pesar de que ya no se encontraba en la habitación conmigo; o al menos, cuando yo no podía verle ya. ¿Era su nombre? ¿Su planeta? Se me escapó un suspiró muy hondo y me descubrí sonriendo. Qué paz me transmitía aquel ser. Qué belleza. Qué poderosa atracción se encendía en mi interior... Debía aprender a controlarlo, a serenarme. Y ahora, a centrarme en ir concluyendo con aquella renovadora ducha, ya que Ian y mi padre estaban a punto de llegar.

Sonó el portero. Me enrollé la toalla alrededor del cuerpo, me sequé los pies y salí corriendo de puntillas hacia la entrada para abrirles.

Sin preguntar quién había al otro lado del telefonillo, pulsé el botón para que se abriera la puerta del portal. Hice lo mismo con la de casa; metí la llave en el pomo, por fuera, para que pudieran pasar según subieran sin tener que llamar al timbre. Desde dentro, empujé la puerta hasta que se cerró y me fui corriendo de nuevo a la habitación para vestirme mientras ellos aparecían.

Cuando ya me estaba poniendo el pantalón, oí cómo alguien entraba en casa.

—¿Hola? —dijo mi padre en tono alto asomando la cabeza por la puerta principal.

—¡Ya voy! —vociferé desde mi dormitorio.

—Vale —respondió también a voz en grito.

Terminé de colocarme la camiseta y unas zapatillas y fui a su encuentro.

Para mi sorpresa, tanto mi progenitor como Ian estaban vestidos con la misma ropa del día anterior. Al parecer no era una broma que llevaran juntos desde entonces.

—¿Qué os ha pasado? —le pregunté frunciendo el ceño y analizando sus caras cuando me acercaba a darles un beso.

—¡No te lo vas a creer! —contestó Ian.

Jo, jo, reí para mis adentros. *El que no te lo vas a creer eres tú,* pensé.

—Anoche, al dejarte en el portal, nos fuimos hacia el restaurante —intervino mi padre antes de que me diera tiempo a decirles nada—. Y de repente vimos unos puntitos luminosos en el cielo —afirmó abriendo mucho los ojos y alzando la mano por encima de su cabeza. Parecía como si las estuviera observando en ese momento. Ian y yo nos quedamos mirándolo embobados.

Joaquín hizo una leve pausa en su relato.

—¿Te acuerdas de la conversación que mantuvimos hace unos días en el salón mientras veíamos la película *Encuentros en la tercera fase*? ¿Recuerdas que te conté que cuando tu madre estaba embarazada apareció una luz de la nada que nos seguía allá donde íbamos?

—expuso entusiasmado.

—Sí, me acuerdo —contesté sincera. Sabía que, aunque no me hubiera pasado a mí, aquello no se me iba a olvidar jamás.

—Pues sentí lo mismo, como si fueran los mismos destellos. Como si tuvieran inteligencia y nos quisieran decir algo —argumentó con pasión.

—¿Os persiguieron otra vez? —pregunté con curiosidad.

—No, en esta ocasión no. Eran varios puntos resplandecientes en el horizonte. A una distancia relativamente baja. Se movían con intensidad de un lado para otro, haciendo zigzags, cambiando de color. A veces conté tres, otras llegaron a ser hasta cinco focos al mismo tiempo. Parecían realizar diversas formaciones para que apreciásemos que no eran luces normales y convencionales; no eran aviones, ni satélites..., eran otra cosa.

Disfrutaba del relato de mi padre. Todo indicaba que pudieron ver ovnis nada más dejarme en casa. Se me alzaron las cejas a la vez que sentí mi sonrisa adornando mi cara.

—¿Y qué más os ha sucedido? —inquirí con ansia.

—¿Por qué? —replicó mi progenitor con aparente desconcierto.

Aquello me extrañó.

—Por teléfono me has cuestionado si había visto u oído algo, y he entendido que me hacías esa pregunta porque vosotros sí habíais visto u oído alguna cosa —contesté con los ojos achinados con gesto de no entender nada.

—¡Ah, sí! Espera que ya llego —mi padre era único... ¡Qué paciencia! —Te lo dije porque cuando... Bueno, ¡espera que sigo! —se interrumpió a sí mismo para continuar con su relato desde donde lo dejó—. Todavía nos quedaba un buen tramo para llegar al restaurante. Recorríamos la avenida del polígono industrial, aquella tan larga. Y no pasaba ni un coche, ni uno. Eso nos llamó la atención. Al ver los destellos con cierta claridad, paramos el auto en mitad de la carretera con el motor en marcha. Observamos el baile de esos puntitos en el cielo durante al menos tres o cuatro minutos y, en ese tiempo, siguió sin transitar por allí ni un solo vehículo. Entonces fue cuando oímos a alguien hablándonos. Escuchamos con claridad una voz masculina, pero al no haber nadie aparentemente a nuestro alrededor, la lógica nos hizo preguntarnos de dónde podía venir aquella. Mas los dos supimos de inmediato que nos estaban hablando a distancia desde aquella posición volante, por telepatía. ¿Y sabes qué? ¡Nos hablaba en nuestro idioma! — exclamó asombrado—. Lo primero que nos dijo es que se llamaba Eset...

Al escuchar la palabra «Eset» no pude atender más. Me quedé con la boca abierta y la mirada perdida. *El mismo ser,* pensé; y mi padre notó mi distracción.

—Hija, ¿estás bien?

—Sí, sí —respondí atropellada volviendo de mi abstracción.

—¿Ha pasado algo?

—... Esta mañana ha estado un ser en casa..., bueno, de forma etérica, energética... —no sabía cómo explicarles mi improvisada aventura. Mi padre e Ian me miraron con expresión de alucinación e incredulidad—. El caso es que, entre otras cosas, quise saber su nombre. Cuando ya se iba me transmitió una palabra: «Eset». Aunque no sé si es su nombre, su planeta o qué.

Mi explicación fue ridículamente corta e inexacta, pero no quería entrar en detalles. En ese momento tenía la necesidad de que fueran ellos los que me relataran con sumo detalle lo que les había ocurrido, necesitaba conocer la máxima información sobre aquel ser.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Mi padre e Ian parecían más aturdidos que yo y, la verdad, no entendía por qué. Sin duda mi experiencia fue mucho más intensa que el hecho de haber visto unas luces en el cielo. ¡Un ser había estado conmigo en la habitación...! ¡Era algo asombroso!

—Sentémonos en el sofá —les indiqué haciendo un gesto con la mano—. ¿Queréis tomar algo?

No sabía si ellos querrían comer o beber algo, pero de nuevo mi tripa se estaba encargando de reclamar su alimento.

—No. Yo no quiero nada —respondió mi padre.

—¿Y tú, Ian?

—No lo sé, la verdad —contestó sincero y distraído.

—Pues yo sí tengo hambre —indiqué—. Voy un momento a la cocina a ver qué encuentro en la nevera.

—Te acompaño —indicó Ian levantándose después de mí.

—Yo me quedo aquí. Necesito seguir reflexionando —afirmó mi padre dejando caer su espalda contra el respaldo del sofá.

Ya en la cocina, me puse a buscar en la nevera y en los muebles a ver qué comer. Era una hora extraña. Tarde para comer, pronto para cenar, y lo que solía merendar no me apetecía.

Destapé una bandeja que había en el frigorífico para averiguar qué escondía.

—¡Ummm, ensaladilla! —dije satisfecha sacando el recipiente—. ¿Quieres? Hay mucha —ofrecí mostrándosela.

Ian se asomó para confirmar si era cierto que hubiera cantidad suficiente para ambos y, al ver que no le mentía, aceptó mi invitación.

—¿Y para beber, qué quieres? —pregunté.

—Con agua me vale.

—Ok. ¿Puedes coger la jarra y unos vasos?

Sin decir nada se dirigió al mueble correspondiente y sacó tres vasos. Luego tomó de la mesa la vasija y la rellenó después de dejar correr el agua un instante. Mientras yo cogía tres platos y tres tenedores, por si acaso a mi padre también le entraba apetito, pudimos oír cómo el líquido empezaba a filtrarse dentro del recipiente.

—Te he echado de menos —me dijo—. Y estaba algo preocupado...

—Estoy bien —le dije sonriéndole y dándole un beso en la mejilla—. ¿Vamos al comedor y me seguís contando?

Fue la mejor manera que encontré para zafarme de estar con él a solas más tiempo del necesario. Me sentía un poco culpable por notar aquella fuerte atracción hacia ese indescifrable ser. No quería volver a besarle hasta no estar segura de que realmente le quería de esa forma en mi vida.

Cogimos las cosas y las pusimos en la mesa baja del comedor. Repartimos los vasos, los platos y los tenedores. Les invité a que se echaran la ensaladilla que desearan.

A pesar de las experiencias que habíamos vivido cada uno y de las ganas que teníamos de intercambiar datos y sensaciones, estábamos abstraídos y meditabundos.

—Este *ser* —habló mi padre rompiendo el silencio—, nos dio un mensaje y creo que tiene que ver contigo —apuntó todavía recostado en el sofá—. Dijo... —y en ese momento sacó un papel que tenía doblado en el bolsillo, lo estiró y comenzó a leer en voz alta:

> *Les habla Eset. Me corresponde comunicarme con ustedes ya que soy uno de los seres que están en contacto con la humanidad desde hace siglos. Los de mi especie y yo somos procedentes de otra zona de la galaxia, fuera de su sistema solar.*
>
> *En este momento nos encontramos aproximándonos a algunos terrícolas como medida de prevención. Los acontecimientos y tiempos que se presentan y se avecinan ponen en peligro su evolución y su supervivencia en este planeta. Estamos aquí para mostrarles vías alternativas y adelantarnos al devenir, para revertir las consecuencias de ciertas decisiones y acciones. Sabemos y confiamos en sus capacidades, en su compasión. Estamos aquí porque creemos que pueden conseguir un progreso estable en su planeta basándose en la paz y en el amor.*
>
> *Nuestro apoyo es constante pero el trabajo lo deben hacer ustedes. No podemos interferir directamente en sus decisiones ni actos. Eso es*

una tarea que no nos está permitida y no nos corresponde.

Pronto sabrán más detalles.

Luz en su camino.

Eset.

Casi no me lo podía creer. ¿Era posible que nos hubiéramos vuelto todos locos a la vez? Aquello empezaba a semejarse en exceso a las películas de ciencia ficción. Pero, ¿y si no era ficción? ¿Y si en efecto todo era real y había personas, humanos, que a la vez estaban trabajando con seres extraterrestres por el futuro de nuestro planeta, por conseguir una estabilidad y una armonía perdurable? ¿Acaso era muy bonito para ser verdad?

Nos miramos unos a otros fugazmente, en silencio. Nadie hablaba.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —dije al fin.

—Bueno... Este mensaje no menciona nada que en apariencia te involucre pero, Ian escuchó..., espera, cuéntaselo tú —le indicó mi padre con un gesto de aprobación.

Este, agachó la cabeza y miró a un lado y a otro del parqué, con la vista perdida. Parecía darle vueltas a algo que le preocupaba. Esperamos con paciencia a que tomara la palabra.

—Yo escuché otro mensaje. —Su voz vibró templada—. Sabía que cada uno nos encontrábamos recibiendo una comunicación distinta, complementaria entre sí...; se grabó con claridad y detalle en mi memoria. Cuando dejamos de ver las luces cogí un trozo de papel que encontré en la guantera y escribí. Ambos anotamos todo —aclaró, dando un rodeo en la conversación.

En ese momento observé que él también tenía algo en la mano. Quizá el pedazo de folio del que hablaba, mas lo mantenía doblado..., sospeché que no lo quería mostrar.

De pronto, evocó con serenidad el contenido del mismo:

En los próximos días algunos de ustedes recibirán un llamado. Durante al menos tres días, trabajarán en grupo, guiados por Enrique Paz en una expedición a un lugar conectado con la cordillera del Himalaya, entre China e India, lugar conectado a su vez al corazón energético de Mongolia. Allí realizarán trabajos específicos y recibirán nuevas instrucciones. También entenderán la importancia de esta misión y el motivo de su implicación directa para llevarla a cabo.

Tu compañera Aumnox está llamada a la cita.

Luz en su camino.

Eset.

Al escuchar «Aumnox» volví a sentir un fuerte sobresalto en mi pecho. Aquella era la palabra que había oído en la conferencia la tarde

anterior. Las dudas se apoderaron de mí. ¿Era posible que ese vocablo me hiciera referencia a mí de alguna manera? ¿Y qué era eso de «tu compañera»? ¿Acaso ese ser pensaba que Ian y yo éramos pareja o algo similar? Demasiadas preguntas sin respuesta…

—*Aumnox* eres tú, ¿verdad? —cuestionó Ian notablemente afectado sacándome de mis pensamientos.

—No lo sé —contesté sincera—, es probable.

—¿Oíste ayer algo mientras hacíamos la meditación en grupo? —intervino mi padre.

—Me pareció escuchar una palabra poco antes de finalizar el ejercicio —expliqué—. Pensaba que se trataba de algún impertinente hablando en voz alta y sin respeto… Luego se repitió ese sonido…—argumenté como una niña buena que no había roto un plato en su vida—, pero no dije nada.

—¿Por qué te callaste? —me regañó mi padre—. Le podías haber preguntado a Enrique, él a lo mejor te hubiera aclarado algo.

—No lo sé… —Joaquín negó con la cabeza—. ¿Y vosotros no oísteis nada? —contraataqué.

—No, nosotros no… Los mensajes los escuchamos después, cuando íbamos a cenar —aclaró Ian comedido.

—¿Qué crees que significa? ¿Para ti tiene algún sentido? —se interesó mi progenitor.

—La verdad es que cuando la oigo me siento aludida. Es como si hablaran de mí, como si me llamaran.

Ian mostró una mueca de inseguridad o preocupación, no la supe distinguir.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer de qué? —repliqué confusa.

—¿Vas a investigar?, ¿vas a esperar?, ¿te vas a poner en contacto con Enrique Paz…?, no sé, ¿qué vas a hacer?

—Supongo que tengo que meditarlo —contesté reflexiva.

Pasaron unos segundos en los que el silencio era lo único que intervenía.

—Por cierto, ¿por qué seguís vestidos con la misma ropa de ayer? ¿De verdad no os habéis ido cada uno a vuestra casa?

Intuía que me ocultaban algo, no me estaban contando todo cuanto les sucedió… Mas de alguna forma lo entendí, ya que yo tampoco les quise detallar lo que me ocurrió aquella mañana. No sabía si para protegerles, si por vergüenza a que averiguaran mi atracción hacia aquel ser, o porque pensaba que no lo iban a entender. En cualquier caso, era consciente de que los tres nos estábamos reservando

información respecto a las recientes experiencias. Y lo único que quedaba claro era que, al parecer, recibiríamos «un llamado»; cosa que quise entender como que sentiríamos el deseo de involucrarnos en algún tipo de trabajo específico con ellos o algo similar. Desconocía cuándo sería aquello y sobre todo dónde tendría lugar aquella actividad, a pesar de que hablaban de la cordillera del Himalaya, de China, de India y de Mongolia. ¿El Himalaya? ¿Mongolia, China, India? ¿De verdad? Me parecía un viaje muy atrevido para una primera toma de contacto. ¿Qué habría allí tan importante? ¿Por qué ese sitio y no otro, alguno más cercano, quizá en la misma península ibérica?

Pero algún motivo de peso habría, aunque yo lo ignorara. Por lo que afirmaba Enrique, esos seres programaban todo con extrema meticulosidad. Si íbamos allí (dando por hecho que yo ya me estaba incluyendo), ¿cómo iba a saber cuándo debía ir? ¿Y con quién? A cada intento de respuesta me surgía una nueva pregunta. Era abrumador.

Lo mejor sería esperar a ver qué ocurría; porque, lo que sí tenía claro era, que algo iba a suceder.

Capítulo 20

Estir

Pasaban ya tres días de aquello. Era martes. Ahora que no tenía que ir a la oficina, quería establecerme una nueva rutina laboral, con un horario cómodo y flexible, mas con la mirada puesta en mi principal intención: dedicarme plenamente a mis libros. No obstante, al carecer de la necesidad de desplazarme, me notaba desubicada, con la impresión de estar disfrutando unas vacaciones o algo similar. Aquello dificultaba mi plena concentración, aunque sabía que sería pasajero. Ese reciente estado me agradaba bastante. ¿A quién no le gusta gozar de unas vacaciones? En cambio, mi sensación era aún mejor, después de muchos años, me sentía libre.

Desde el sábado no había vuelto a ver a Ian. Ambos parecíamos raros y distantes y, por mi parte, no me apetecía forzar un acercamiento. Es más, me venía muy bien que cada uno estuviéramos entretenidos con nuestras cosas.

Pensé que sería positivo disponer de un tiempo extra para reflexionar sobre todo lo experimentado en apenas cuatro días. Me percibía en una encrucijada y debía aclarar mis pretensiones. Por un lado, se encontraba Ian resurgiendo en mi vida, y sí, le quería mucho, con él disfrutaba de un inexplicable bienestar, reía, me atendía, mimaba..., además, la atracción que me suscitaba era palpable, pero..., por otro lado estaba Eset, aquel impávido ser que, sin venir a cuento, se coló en mi habitación para hacerme..., hacerme algo que no sé qué era. No entendía por qué se despertaba en mi pecho aquel intenso deseo por acercarme a él. Apenas pude verle en un par de ocasiones y, encima, una de ellas fue fruto de un sueño... No tenía lógica. Ninguna lógica... Sin embargo, mi corazón latía con fuerza, como si reconociese algo más profundo que la simple excitación física. Estaba alucinada y desconcertada. Jamás pensé que se podía sentir algo tan fuerte hacia alguien a quien no conoces, o mejor aún, hacia un ser de otro planeta... ¿Podía un humano enamorarse de un extraterrestre?, si es que a aquel sentimiento se le podía llamar así...

Desconocía si Ian se habría dado cuenta de algo. Analizándolo con calma, no lo creía posible pero, entonces, ¿por qué se mostraba tan distante? Parecía que algo le atormentaba. Por más que pensaba, no imaginaba qué podría ser.

Por otro lado, seguían omitiendo lo que les pudiera haber sucedido después de recibir los mensajes de Eset. Mi padre ignoró mi pregunta directa en un par de ocasiones e Ian..., bueno, con él prácticamente no intercambié más palabras.

Empecé a pensar que lo mejor sería hablar, salir a comer o a cenar juntos, o ir a visitarle a su casa. A fin de cuentas, acostumbraba a venir él, no pasaría nada si esta vez iba yo a su piso.

Cogí el teléfono dispuesta a llamarle, no sin antes comprobar si tenía algún mensaje suyo. Y no, no había nada. Ni rastro. El desconcierto se apoderó de mí.

¿Tres días desaparecido por completo? Aquí ocurre algo, reflexioné.

Pero en lugar de llamarle, decidí escribir a mi padre:

«Hola, ¿qué haces?».

Esperé con paciencia a que contestara.

«Hola. Estaba investigando por internet».

Aquello me hizo gracia. Más tarde le llamaría para que me contase qué «estaba investigando» y sus hallazgos.

«¿Sabes algo de Ian? Me tiene un poco preocupada».

Sonó el teléfono. Llamaba mi padre.

—Hola. No sé nada de él —dijo nada más descolgar.

—Qué raro.

—Sí, sí lo es.

—¿Le ha pasado algo?

—Solo sé que el sábado le noté extraño antes de ir a verte a casa. —Guardé silencio—. A lo mejor está preocupado por ti —especuló—. Como le dijeron tu nombre...

—Mi supuesto nombre cósmico —le interrumpí recalcando con detenimiento cada palabra que articulaban mis labios—. No sabemos con certeza que sea mío ni qué significa y, además, ¿qué podría tener eso de malo?

—No lo sé, hija. A lo mejor, ahora que parecía que os estabais aproximando..., tendrá miedo a perderte.

—No sé por qué me iba a perder, ni que me fuese a ir con ellos a su planeta —repliqué con ironía.

—Espero que no, pero si es así, ¡llévanos contigo! —bromeó. Aquello me hizo reír.

—No sé qué hacer... —le respondí sincera—, si llamarle, presentarme de improviso en su casa...

—Pues tampoco sé qué decirte. Con tu madre nunca tuve esos problemas. Supongo que porque lo hablábamos todo.

—Buen consejo.

—Si no te he dicho nada...

—Ya, pero has dicho lo suficiente. Le llamaré para hablar unos minutos. A lo mejor le apetece que vaya a verle...

—En ese caso, ya me contarás. Espero que esté todo bien.

—Sí, yo también —hice una breve pausa—. Te dejo — indiqué al fin.

—Vale. Buena suerte.

—Un beso.

Acto seguido, colgué. Permanecí con el móvil un rato en la mano, tratando de decidir si telefonearle o presentarme directamente en su piso. ¿Qué sería más apropiado? Quizá si iba en persona tentaba a la suerte, en cambio no me satisfacía la idea de hablar con él sin poder ver su cara. Mientras lo decidía, pensé en ir lavándome los dientes y duchándome, así ganaría tiempo en caso de que al final optase por ir a visitarlo. En pleno enjuague bucal, el móvil volvió a sonar. Un número desconocido se alumbraba en la pantalla, sin embargo, me resultaba familiar. Sequé mi cara con el reverso de la mano y descolgué.

—¿Diga?

—¿Aurora? —Una voz masculina, seria, sonaba al otro lado del auricular.

—Sí, soy yo —contesté tratando de reconocer a mi interlocutor.

—Tengo que hablar contigo. Me ha pasado algo… Algo muy extraño. —Por fin le reconocí. Era Víctor, mi antiguo jefe. Pero aquello, lejos de dejarme satisfecha, desconcertó mi serenidad aún más.

—¿Víctor? —pregunté confusa.

—Sí, Aurora, necesito verte. Es urgente. —Su tono sonaba apremiante.

—Está bien —accedí—, ¿cuándo?

—¿Podemos vernos dentro de media hora?

¡Mierda!¿En media hora…? ¿No puede ser más tarde?, pensé mientras se me escapa un suspiro.

—Bueno, si es urgente…

—Te lo agradezco mucho. Paso a buscarte.

—¿A mi casa? —inquirí extrañada.

—Sí, si te parece bien, claro.

—Bueno, vale. ¿Sabes dónde vivo?

—Claro que lo sé —contestó efusivo.

—Ok, vale.

—Te esperaré abajo, en tu portal.

—Bien. —No sé por qué, pero sus últimas palabras me dejaron más tranquila.

Sin decir más, colgó.

¿Por qué no hacían más que suceder cosas raras?

A decir verdad, dudaba de que fuese tan urgente aquello que me quisiese contar. ¿E Ian?, ahora me veía obligada a posponer visitarle o llamarle…, no me daba tiempo a hacer todo en un lapso tan escaso. Traté de no enfadarme.

Antes de ir al armario a elegir qué ponerme, miré por la ventana a

ver qué tiempo hacía. No tardaron en dejarse percibir las contundentes bocanadas de aire frío que movían con violencia las copas de los colindantes árboles. Decidí entonces ponerme un pantalón vaquero, una camiseta de manga larga y una chaqueta de punto encima. Si luego tuviera calor, me quitaría la prenda superior y listo.

Tras arreglarme, desayuné lo más rápido que pude, con intención de disponer de unos minutos antes de que viniese Víctor, para llamar o, al menos, escribir a Ian.



—Hola —saludé después de que descolgase el teléfono. Al final opté por hablar unos instantes, sería más cercano que no un simple mensaje de texto, tampoco tendría que esperar una respuesta sin saber cuándo se produciría. Necesitaba conocer algo de él antes de ir con mi exjefe.

—Hola, pitufina —respondió con ternura. Se dibujó una sonrisa en mi cara.

—Hola, fortachón, ¿qué haces?

—Estaba buscando información en internet.

—¡Otro! —exclamé con asombro.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Hace un rato mi padre me ha dicho lo mismo... ¿Os habéis puesto de acuerdo o qué? —pregunté divertida. Él rio.

—Supongo que, después de lo que nos ha pasado este fin de semana, lo menos que debemos hacer es buscar información, tratar de averiguar qué son esos seres y qué quieren de nosotros —aquellas palabras tenían una connotación de desconfianza.

—¿No te fías?

—No, no es que no me fíe, es que no sabemos *nada* sobre ellos —hizo especial énfasis en la palabra «nada»—. Puede ser que vengan con muy buenas intenciones pero, ¿qué son?, ¿de dónde provienen?, ¿por qué tienen tanto interés en ayudarnos? Les debería dar igual si nos va bien o no. ¿No? —expuso con tono irritado.

—No sé. Supongo que cuando ves a alguien a quien no le va bien o que está sufriendo de alguna manera, tratas de ayudarle en lo que puedes...

—Es posible —contestó más calmado—. A lo mejor sus deseos para nosotros son buenos pero, aun así me gustaría tener más datos.

—¿Y estás encontrando algo?

—Solo he podido comprobar que, en efecto, el fenómeno de los avistamientos ovnis viene desde largo tiempo atrás. Los hombres que citó Enrique Paz dedicaron gran parte de su vida a estudiarlo y a hacer actividades, pero, al parecer, algunas personas terminaron creando sectas en torno a esos sucesos. Por lo menos así figura en *wikipedia*.

—Ya. Supongo que por eso Enrique puntualizó en varias ocasiones que uno de sus deseos es que lleguemos a ser libres, sin volvernos ciegos seguidores ni de figuras, ni de personajes..., ni tan siquiera de cualquier tipo de dogma, por muy espiritual que parezca.

—Algo así he leído en un artículo suyo. No sé si lo sabes pero, al parecer, hace años, cuando empezaba con sus investigaciones, entró en un grupo de contacto tratando de averiguar quiénes eran y qué querían aquellos que se comunicaban con él. Vamos, todo lo que nos interesa conocer ahora a nosotros. El caso es que, después de llevar un tiempo en esa «comunidad», vio que la filosofía sobre la cual se sustentaban se basada en ideas cerradas, muy concretas; a cualquiera que hiciera un amago de salirse de esa doctrina, se le acusaba de instigar controversia y separatismo. A los que eran «problemáticos» por pensar distinto, como él, se les culpaba de introducir en el grupo ideas que fomentaran el libre pensamiento; eso podía poner en peligro a la organización. Los «incitadores» eran expulsados o ellos mismos terminaban yéndose.

—Qué curioso, lo que dices me acaba de recordar a las religiones, partidos políticos y demás grupos del tipo que sean, incluso deportivos... Promueven dogmas blindados, sin permitir ni flexibilidad ni ideas diferentes a las suyas. Ni tan siquiera está bien visto el debate o dudar de alguno de sus principios... Cualquier cosa que les cuestione, hace que los demás miembros se alcen contra el «disidente», lo miren mal y prácticamente lo tachen de hereje. Dan por hecho que eso es así, que lo que ellos creen o defienden es lo mejor, lo que vale y el resto está todo equivocado, no sirve...

—Sí, algo así, solo que lo que ellos tienen montado no son consideradas sectas... —Emitió un bufido irónico.

—Quizá porque está muy instaurado, todos sabemos que tienen muchísimos seguidores, pero sobre todo, porque lo hacen de forma abierta, sin esconderse —contesté riendo.

Me alegraba hablar con Ian, ver que seguíamos como siempre. Se mostraba cercano y cariñoso y, su voz, tranquila y serena, daba muestra de que se encontraba bien.

Miré el reloj. Ya era hora de marcharme.

—Te tengo que dejar. —Interrumpí la conversación.

—Está bien. —Sonó triste.

—Es que debo irme. He quedado con Víctor porque me quiere contar algo que le ha sucedido.

—¿Víctor, tu antiguo jefe?

—Sí. Me llamó hace unos minutos. Le noté un poco nervioso. No sé qué le habrá pasado.

—Espero que no sea nada grave.

—Sí, yo también. En fin..., debe estar esperándome ya.

—De acuerdo. ¿Hablamos más tarde?

—Sí —contesté sonriendo como si pudiera verme.

—Estaré en casa todo el día. —Aquello me pareció una invitación.

—Genial. Luego te llamo.

—Ok. Un beso.

—Besos —colgué.

Me puse los zapatos, cogí el bolso y bajé las escaleras del edificio corriendo. Víctor me esperaba sentado dentro del coche. Tenía la cabeza orientada al frente, abstraído; dudo que estuviese mirando algo en concreto. Ni siquiera se percató de cuándo llegué al vehículo y abrí la puerta del asiendo del copiloto.

Entré en el habitáculo y aguardé al lado suyo, callada. Él giró el rostro despacio y me observó sin decir nada. Aquello fue incomodó, me recordó a una *peli* de terror.

—¿Qué te ocurre? —pregunté. Subió las cejas y gesticuló poniendo una expresión de desconcierto.

—Bueno, no sé si me vas a creer...

—Tranquilo, tengo una mente muy abierta —argumenté para tranquilizarle.

—De verdad, es que me ha pasado algo que... A mí me costaría creerlo si fuera otro el que viniera a contármelo.

—Prueba a ver —le insté.

—¿Recuerdas que te dije que desde hacía algún tiempo estaba buscando un sentido más profundo a mi vida, desarrollar el lado espiritual que sé que todos tenemos?

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien. El otro día me llevó un amigo a Madrid, a una especie de charla que daba un lama.

—Un lama... —repetí asombrada.

—Sí. Todos los años viene el lama Gangchen Rimpoche a Madrid, a un Congreso Internacional para la difusión de la Medicina Tradicional Tibetana. Es un fin de semana donde se dan conferencias, principalmente sobre la paz interior y exterior del individuo, se habla de los beneficios de la meditación, se hacen ejercicios y prácticas en esta línea, se cantan mantras acompañados de música de cuentos tibetanos y demás.

—¿Pero eso es bueno, no?

—Sí. Me gustó mucho. Pero espera… —Paró unos instantes—. El domingo hubo, lo que para mí fue, una especie de armonización y posterior ceremonia de iniciación para encontrar nuestra paz interior y el verdadero sentido de nuestras vidas… En ese momento sentí algo extraño. —Esta vez permanecí en silencio esperando a que continuara—. Me vi vestido de monje —dijo con cierto asombro—. Era como si yo fuera uno más de ellos. Pero no ahora, no en este tiempo, sino en una vida anterior a esta. Un grupo de muchachos y yo entrábamos en la orden budista, nos preparábamos física y mentalmente para controlar nuestra energía, nuestras emociones y, mantener así, nuestra paz interior.

—¡Tuviste una regresión!

—Sí, fue bastante intensa —hizo otra breve pausa antes de proseguir—. El «entrenamiento» era muy duro. Aquellos practican una disciplina extrema —reflexionó como si se tratase de una vivencia presente.

—¿Y pasó algo más?

—Sí. Me vi muriendo congelado en medio de la nieve, en una montaña de gran altitud. Creí hallarme en el Tíbet.

—¿Qué hacías ahí?

—Al parecer protegíamos algo.

—¿Ibas tú solo?

—No. Éramos un grupo. Llevábamos algo…, sumamente importante y secreto. Lo custodiábamos y trasladábamos a un lugar más seguro.

Se me subieron las cejas al sentir cierta incredulidad ante su relato; por suerte, él no me estaba mirando.

—¿Qué podía ser aquello tan importante como para arriesgar tu vida? —le planteé al fin.

—Algo que no te vas a creer —dijo con tono misterioso—. Era un fragmento de una piedra venida de las estrellas.

—¿«Una piedra venida de las estrellas»? —repetí, elevando sin darme cuenta la voz.

—Sí. Uno de los tres fragmentos.

—¿A qué te refieres?

—Al parecer, hace unos cuantos siglos, llegó a nuestro planeta una gema trascendental. Era una especie de roca de cristal color esmeralda que albergaba información de alto valor. Dicho *mineral* parecía poseer inteligencia propia y recuerdos de todo el proceso de la creación, no solo de nuestro planeta sino también de todas las galaxias y el Universo. Los monjes aseguraban que esta era una especie de biblioteca donde se podía consultar cualquier acontecimiento ya ocurrido y también venidero. Una suerte de oráculo. Con el paso del tiempo, del núcleo surgieron tres fragmentos que se repartirían a lo

largo y ancho de nuestro planeta, con el objetivo principal de transmitir información a aquellas personas que elevasen su vibración y desarrollasen su conciencia, y, a la vez, para recopilar datos de nuestra evolución, sobre todo, de acontecimientos históricos que han sido o sean de máxima relevancia en la historia de nuestra humanidad.

»Como puedes imaginar, aquellas fracciones no podían caer en manos de cualquiera, de manera que, al menos, uno de ellos fue entregado a los lamas de las montañas de la cordillera del Himalaya. De los otros dos, desconozco cuál pudo ser su paradero.

»La misión de los monjes ha sido, durante siglos, custodiar y poner a buen recaudo el fragmento, alejándolo de las malas intenciones de algunas personas oscuras que lo único que ansían es hacerse con su poder para someter al resto...

Le miré perpleja, no solo porque pareciese narrarme un cuento para niños antes de ir a dormir, sino por su reciente *despertar*. Una persona que durante largo tiempo fue escéptica, ahora se había convertido, casi de la noche a la mañana, en un ser altamente espiritual y consciente.

—Sé que no me crees pero, después de que acabara la práctica de iniciación, un impulso me llevó a acercarme al Lama Gangchen. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que parecía *esperarme*. —Noté cómo él mismo se extrañaba—. Le pregunté si me concedía unos minutos para contarle la experiencia que había tenido en el transcurso del ejercicio y su respuesta me desconcertó por completo. Dijo: «claro, Estir, te estaba esperando».

—¿Estir?

—Sí, creo que al parecer me llamaba así en la otra vida..., no me quedó muy claro, la verdad —matizó haciendo evidente un gesto de vergüenza.

—¿Me estás diciendo que el Lama te reconoció de otra vida?

—Sí, algo por el estilo.

—¡Increíble! —espeté subiendo las cejas.

—Sí, lo sé. Ya te dije que si fuese a mí a quien se lo contasen, dudo si lo creería.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Me dijo que debía volver al Himalaya y a Mongolia. Que se esperaba que retomara el camino donde lo dejé aquella vez.

—¿A qué te refieres?

—No sé cómo decir esto sin que suene egocéntrico pero, al parecer, cuando morí llevaba a cabo algún tipo de «trabajo por la humanidad». De alguna manera, a parte de estar en un proceso iniciático, ya formaba parte del comité *de devotos* que custodiaba uno de los

fragmentos de la *mágica* piedra que te acabo de comentar.

»En los pocos minutos que pude hablar con el Lama, me puso sobre aviso de los delicados tiempos que vivimos. Eso me sobresaltó. Afirmó que estamos en un momento muy importante en nuestro proceso evolutivo como especie, y que debemos prestar especial atención a todo: a lo que somos, a lo que nos rodea, a lo que pensamos y hacemos... A la vez, desarrollar nuestra consciencia para poder superar esta etapa tan crucial. —Guardó silencio dando la impresión de estar recordando algo—. Ese fin de semana, el Lama nos mostró que, desde nuestra paz interior, podríamos alcanzar la sanación del cuerpo y la paz exterior, en nuestro entorno, en el planeta..., siendo eso a lo que debíamos aspirar. Es lo que debemos potenciar. Insistió en hacernos entender el alcance del trabajo personal, ya que atravesamos momentos difíciles. Me dijo, y cito textualmente: «El futuro de este mundo depende de que despertemos y aprendamos a vivir y convivir en paz. Las capacidades tecnológicas que hemos alcanzado y que están a punto de desvelarse, van a poner en jaque a nuestra humanidad».

Durante unos segundos, nos invadió un desconcertante silencio el cual se veía potenciado por el cobijo que el limitado habitáculo nos ofrecía. Intuí que ambos pensábamos en el significado de las palabras que el Lama había transmitido a Víctor. Al parecer, la gravedad del asunto no se podía obviar.

—¿Entonces...? —dije arrastrando las silabas.

—En unos días emprendo un viaje a Mongolia.

—¡Increíble...! ¿Y qué vas a hacer allí? O mejor dicho, ¿qué se espera que hagas?

—Iré con un grupo de personas; no voy solo. Al parecer vamos a... No sé muy bien qué contestarte, desconozco qué tipo de trabajos haremos. Imagino que algunos en grupo, otros individuales... Lo que sí tengo claro es que para poder procurar la paz en el planeta, primero debemos empezar por encontrarla dentro de nosotros y, luego, aprender a proyectarla a nuestro alrededor.

Mientras narraba y gesticulaba, le observé con detenimiento. Al parecer se sentía feliz, pero dejaba al descubierto pequeñas evidencias de que, al mismo tiempo, estaba asustado. Aquel viaje le imponía un respeto contundente, y no era para menos. Esta vez no custodiaría ningún fragmento ni ninguna «piedra de poder», en cambio, alcanzar el equilibrio interior, la paz, la calma, el sosiego, y saber contagiar a los demás de aquella vibración, tampoco era una tarea fácil.

—Creo que debes venir conmigo —expuso, sacándome de mi

concentración.

—¿Qué? ¿A dónde? —pregunté a pesar de saber exactamente a qué se refería.

—A Mongolia.

Era la tercera ocasión en la que pronunciaba el nombre de aquel lugar y, sin embargo, para mí estaba siendo la primera vez que conseguía relacionarlo con el mensaje recibido por Ian.

—¿Me estás diciendo que me vaya contigo y con otro grupo de personas desconocidas, a Mongolia, para hacer una especie de iniciación espiritual o algo que aun ni siquiera tú todavía sabes? —planteé achinando los ojos.

—Sí. Eso mismo.

El corazón me empezó a latir con fuerza. No sabía qué podría pintar en ese viaje. Yo no había tenido ninguna regresión ni nada por el estilo. No venía a cuento aquella propuesta. Y dejar solo a Ian y a mi padre... No, no me sentía con fuerzas para emprender aquella aventura.

—Creo que no me corresponde —me excusé sin saber muy bien qué pensar.

—Me gustaría que lo meditaras con calma. Es importante.

—No puedo dejar a mi padre y a Ian, e irme a no sé cuántos kilómetros de distancia a hacer no sé qué, por no sé cuánto tiempo... —respondí atropellada.

—Veo que te afecta —alegó reflexivo.

Aquello paró en seco mi autoconvencimiento.

—¿A qué te refieres? —inquirí recuperando la calma.

—Me refiero a que hay algo en todo esto que te agita por dentro. Si de verdad para ti fuese una tontería, me hubieras dicho que no y te habrías quedado tan tranquila. En cambio, has reaccionado de forma extraña, nerviosa, has comenzado a argumentar cosas sin apenas sentido... Ahora creo, con más fuerza, que debes venir.

—Pero yo no pinto nada en un templo budista —dije casi lloriqueando.

—No voy a un templo budista.

—Pero...

—Yo no he dicho que vaya a estar en un templo budista —contestó subiendo las cejas y negando con la cabeza—. Si tenemos suerte, a lo mejor podemos visitar uno y hacer alguna práctica de meditación con los monjes, pero ese no es el objetivo. El objetivo es que vayamos un grupo de personas a Mongolia, concretamente el destino final es el desierto de Gobi y, una vez allí, hacer constantes prácticas de meditación y proyección mental. De esa forma empezaremos a conocer lo que en realidad somos cada uno de nosotros y qué hacemos aquí. En medida que vayamos conectando con nuestro interior nos

resultará más fácil controlar nuestra energía y, por tanto, permanecer inalterables ante las circunstancias externas, es decir, aprender a mantener la paz interior.

Luego, si va todo bien..., no sé lo que harán los demás, pero yo quisiera buscar la mítica ciudad intraterrestre de Shambhala.

—¿¡Shambhala!? —exclamé maravillada. Aunque alguna vez había oído algo acerca de ella, desconocía lo que podría significar realmente. Aun así, ese nombre despertaba algo especial en mi corazón, una mezcla de alegría y esperanza. Quizá algo más profundo, similar a la añoranza.

—Sí. ¿Sabes de lo que hablo?

—Apenas sé nada sobre ella —contesté sincera.

—Se dice que Shambhala es una ciudad que fue creada por un grupo de treinta y dos seres extraterrestres después de la destrucción de la Atlántida, allá por el año 10 500 a. de C. —Al oír «seres extraterrestres» casi se me para el corazón. No dije nada y seguí escuchando—. Cada uno de los treinta y dos maestros era un representante de las diversas civilizaciones avanzadas que ya cohabitaban en la galaxia. Todas ellas se habían unido bajo una alianza llamada: la Confederación de Mundos de la Galaxia. Y tenían un único fin común: instaurar en nuestro planeta un sistema de convivencia que ya existía en el resto del Universo.

»Ese grupo de sabios dio origen a la hoy conocida como Hermandad Blanca. —Hizo una pausa que a mí me sirvió para procesar la información—. Algunos piensan que uno de los monasterios ubicados en el desierto de Gobi, es una puerta de acceso a esta ciudad. Según narran, se trata de un enclave energético y esotérico, uno de los más importantes de La Tierra. Ese portal es como una especie de xendra (puerta dimensional), que da acceso a otras realidades, dimensiones... Es decir, con el entrenamiento adecuado se podría llegar a entablar contacto con seres de otros mundos y otras realidades.

»Los Maestros de la Hermandad Blanca siguen custodiando aquel lugar y, al parecer, no son sus únicos protectores... Uno de los fragmentos de la piedra de Chintamani estuvo allí durante un gran periodo de tiempo y, quién sabe si ahora podría haber vuelto.

—¿La piedra de qué...?

—La piedra de Chintamani. La que te comenté antes, la que descendió de las estrellas, al parecer de la constelación de Orión y, llegada aquí, liberó tres fragmentos.

—Pero, ¿por qué sabes tanto sobre eso?

—Pues es que no te lo vas a creer, pero bueno, te lo cuento. Cuando terminó el Congreso del Lama, el domingo, llegué a casa un poco aturdido de la experiencia y de lo que había estado hablando con el propio Lama. Él me dijo: «*En Gobi encontrarás respuestas*». Y claro,

aquello me pareció una invitación a buscar un vuelo con una compañía aérea para ir allí y poco más... El caso es que, cuando llegué a casa decidí indagar en internet. En vez de un billete de avión, quería hallar información sobre ese lugar. Tecleé: «Gobi espiritualidad», y me salieron unas cuantas propuestas. Leí un artículo que llamó mucho mi atención. Hablaba sobre el desierto de Gobi, la piedra de poder de Chintamani y, a su vez, sobre Nicolás Roerich.

Arrugué los ojos para que viera que no sabía quién era ese señor y me diera más detalles al respecto.

—Bueno, Nicolas Roerich fue un hombre bastante importante, aunque la mayoría de personas no sabe quién es. Era de nacionalidad rusa y dedicó una gran parte de su vida a investigar el secreto de Shambhala. He leído que desde 1923 hasta 1928 dirigió una expedición a través del desierto de Gobi a la montaña del Altai, recorriendo más de quince mil quinientos kilómetros y cruzando treinta y cinco de los pasos de montaña más altos del mundo. Estoy convencido de que en aquel viaje buscaba algo más que paisajes para pintar. Creo que iba en busca de Shambhala.

—¿Por qué dices «paisajes para pintar»? —Me extrañó esa puntualización.

—Nicolas Roerich fue un pintor, a parte de explorador, muy famoso en su época. Al parecer potenció la creación de varias escuelas de arte y, debido a sus trabajos, se convirtió en un hombre muy influyente. Diversos personajes de estado, de política y religiosos se fijaron en él y lo acogieron como instructor y una fuente de inspiración debido a su idealismo y a su percepción de la belleza. Él sabía la importancia de proteger y preservar el arte y la cultura de las ciudades, ya que defendía que arte y cultura eran el acceso a la paz y a la unidad. A partir de ahí, y gracias a su influencia en la alta sociedad, en 1929 lanzó una propuesta: «El Pacto y la Bandera de la Paz». La base de este tratado era proteger la cultura y el humanismo por encima de cualquier frontera o distinción geográfica; para ello, se protegerían y serían respetados las instituciones educativas, artísticas, científicas o religiosas y los edificios de reconocido valor cultural o histórico, tanto en tiempos de paz como de guerra. Todas las naciones debían honrar ese patrimonio cultural.

»Dicho acuerdo se terminó firmando el 15 de abril de 1935 en la Casa Blanca, por representantes de veintiún países de toda América: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, El Salvador, Uruguay y Venezuela, aunque luego, con el tiempo, se unirían otros países —hizo una breve pausa—. Seguramente hayas visto en alguna ocasión

la bandera de la paz original.

—¿A qué te refieres?

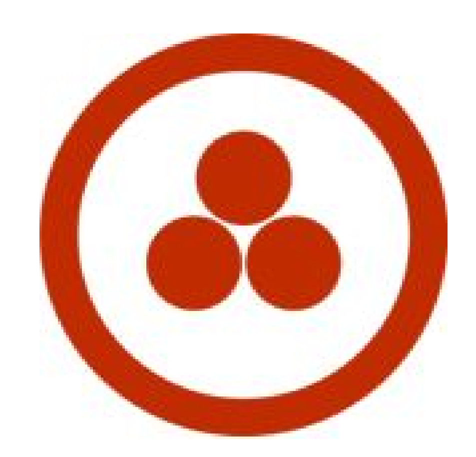
—Nicolás Roerich esbozó un símbolo para el Tratado por la Paz, es decir, inventó el diseño de dicha bandera. Constaría de tres círculos rojos dispuestos en forma triangular, rodeados por un círculo aún mayor y fondo blanco.

—Creo que la mayoría de las personas piensan que el símbolo de la paz es uno que está representado por la pata de una paloma en medio de un círculo —contesté confusa.

—Sí, por eso te lo he dicho.

Hizo un movimiento exagerado echando su cuerpo hacia la derecha para extraer algo del bolsillo izquierdo de su pantalón. Finalmente pude ver que sacaba su móvil. Desbloqueó la pantalla y empezó a mover el dedo índice por el cristal.

—Aquí, mira —dijo mostrándome su iphone.



—¡Oh! No tiene nada que ver con la que yo creía.

—Ya. Por eso he querido enseñártelo. Esta es la bandera de la paz original.

—¿Y tiene algún significado específico?

—Me alegro de que me hagas esa pregunta —respondió alegre—. Sí, sí tiene un significado. O varios... La versión oficial de este símbolo corresponde a que los tres círculos interiores representan el arte, la ciencia y la espiritualidad. El de arriba sería la espiritualidad, haciendo alusión a la verdad que todas las religiones tienen en común y que nos une; los dos círculos inferiores representarían el arte y la ciencia. El que abraza a los otros tres correspondería a la cultura, es decir, a la comunión entre el arte, la ciencia y la espiritualidad. Por último, el color rojo intenso simboliza nuestra sangre, ya que, seamos del pueblo que seamos, todos somos iguales.

—Me gusta mucho su significado —sonreí esperanzada.

Víctor me devolvió la sonrisa y acto seguido redirigió la mirada hacia su teléfono, lo bloqueó y depositó en la guantera de la puerta del conductor.

—De todas formas —proseguí—, ¿qué tiene que ver todo esto con tu viaje al desierto de Gobi?

—Es lo que te comenté antes. Nicolás Roerich se aventuró en Asia Central con la excusa de pintar la belleza de aquellos parajes, pero creo que aquello fue una excusa solo para ir allí. Se sabe que era un hombre muy espiritual, y creo que buscaba algo más: ese contacto con nuestra esencia, el verdadero significado de la existencia humana, de nuestros orígenes, de nuestro destino... Roerich emprendió el viaje, junto a su esposa Helena Ivanovna, en busca de Shambhala y, creo que lo que vivió y experimentó en aquella expedición, en aquel lugar, es algo que solo unos cuantos *elegidos* tienen la fortuna de disfrutar.

—¿Entonces crees que encontró lo que buscaba?

—Sí. Por los cuadros que pintaba creo que sí. Tienes que verlos, son fascinantes —alzó la mirada a la nada, como si los pudiera contemplar—. Personalmente, después de lo que me ha sucedido este fin de semana, deseo emprender ese viaje. Y, no sé cuánto tiempo estaré por aquellas tierras pero, al menos, una parte del mismo me gustaría que estuvieras conmigo. No me importa si se viene tu novio, tu padre o quien sea. Solo sé que algo me advierte de que esto también te atañe a ti.

—¿Entonces crees que en el desierto de Gobi vas a encontrar la mítica Shambhala? —pregunté con creciente interés obviando su último comentario.

—No estoy seguro. En internet hay mucha información, pero me temo que la mayoría no es de fiar. Sin embargo, algo me dice que sí, que Shambhala puede estar precisamente en aquel destino al que iremos muy pronto o, al menos, una de las puertas que dan acceso a ella.

Durante unos segundos permanecimos en silencio. Mi mirada se perdió en el infinito de aquel coche de tapicería color crema. Trataba de meditar, de sentir más allá del vértigo que aquellas palabras me habían procurado. Deseaba ser valiente para vislumbrar lo que fuera que tuviera que hacer, el cometido que debía llevar a cabo por duro o difícil que me pudiera resultar. Pero lo único que percibía en el pecho era como si me fuese a precipitar al vacío desde una altura incalculable. Si lo analizaba desde la mente racional, olvidándome de todas las personas y los recursos que podría necesitar para ese viaje, la propuesta era muy tentadora, y más ahora que no tenía que ir a trabajar todos los días a la oficina. Era libre para hacer lo que me placiera. Pero estaban Ian y mi padre y, aunque sabía que se podían

apañar solos, que seguirían estando ahí cuando volviese, no quería dejarles aquí. Sobre todo, rechazaba la idea de separarme de Ian. Me preguntaba si era posible que él hubiera intuido lo que iba a suceder y por eso estuvo actuando de forma tan esquiva… En cambio, eso no era excusa; él también podría venir. A Víctor le daba igual y, yo prefería que nos acompañara. El asunto entonces se resumía a que tendría que meditar primero si yo misma terminaba enrolándome en aquel tentador viaje místico y, luego, si la respuesta era positiva, planteárselo a Ian con la esperanza de que accediese a partir con nosotros.

—Déjame que lo medite con calma —le pedí al fin.

—Sí, tómate tu tiempo. Yo iré mirando los billetes de avión y el resto de preparativos necesarios.

—¿Cuánto tengo para decirte algo?

—La fecha está fijada, pero todavía te quedan unos días. La expedición de Enrique Paz sale el próximo día 13 de junio.

—¡Perdona, ¿qué has dicho?! —exclamé estupefacta.

—Que la expedición sale el 13 de junio. Todavía tienes tiem…

—No, no, no…, ¿has dicho «Enrique Paz»?

—Sí.

—¿De qué conoces tú a Enrique Paz? —pregunté nerviosa. Víctor me miraba asombrado.

—Es lo que te he estado diciendo…, a parte de que el viernes estuve en una conferencia suya, da la *casualidad* de que el artículo que leí también era de él.

—Pero…, yo no te vi en la conferencia del viernes —argumenté atropellada.

—Yo a ti sí, pero al ver que estabas acompañada no te quise decir nada —contestó alegre.

Ahora sí que me había quedado sin palabras. Al ver que no reaccionaba, Víctor siguió explicándose.

—Después de leer el artículo de este hombre, estuve buscando más información en su página web. Resultó que tenía una agenda programada para hacer talleres, cursos, conferencias, y, adivina, hablaba de un par de expediciones. Una de ellas es la que estamos hablando, la del desierto de Gobi…

»Supuse que era un viaje programado con pocas personas y que, con gran probabilidad, ya estuviese cerrado. Pero algo me dijo que eso era lo que estaba buscando. Aquellas personas, muchas o pocas, serían con las que tendría que marchar. De manera que le escribí un email contándole todo lo que me había sucedido ese fin de semana. Recibí una rápida contestación por su parte, donde me daba instrucciones para unirme al grupo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé—. Tengo que hablar con Ian —dije aturdida mirando una vez más a la nada.

—¡Já! Me da la sensación de que al final te vienes conmigo —rio.

—Es que no sé si voy a poder.

—Tranquila, yo te lo pago.

No me estaba refiriendo a eso exactamente, aunque él lo interpretó desde el punto de vista económico. En cualquier caso, no le faltaba razón, aquel viaje supondría un gasto extra que no tenía contemplado en mi economía.

—Estás loco —dejé escapar las palabras sin reparo alguno a manifestar mis pensamientos en voz alta.

—No. Ya sabes que hace poco te ofrecí ayuda de cualquier tipo. Y no tiene nada de malo. Me apetece hacerlo. —Me quedé callada pensativa; el continuó—. Sabes que me sobra el dinero, te lo he dicho en otras ocasiones. Además, ahora, al menos por el momento, no creo que tengas muchos ingresos, así que, insisto en que sería un placer invitarte.

Después de decir aquello, permaneció en silencio observándome. Sentía desagrado cuando la gente se quedaba mirándome, pero en aquel instante me daba igual. Estaba centrada en mi mente y mis emociones: no solo percibía un gran deseo de sumergirme en aquellas lejanas tierras, sino que, además, Víctor cubriría el costo del billete. Era como si el Universo estuviera brindándome facilidades para que solo tuviera que decir «sí». Recordé la comunicación recibida por Ian acerca de un trabajo entre China y Mongolia. ¿Estarían relacionados el viaje de Víctor y el mensaje de Ian? Algo me aseguraba que sí. Además, Enrique Paz, el famoso investigador y contactado ovni, parecía ser el aglutinante que unía todas las piezas. Me daba la impresión de que la decisión de ir a Mongolia se estaba tomando «sin mí».

—Tengo que hablar con Ian —volví a repetir finalmente.

—Tómate tu tiempo, pero en cuanto lo sepas, llámame. Te estaré esperando.

—Ese amigo tuyo que te llevó al Congreso del Lama, ¿también irá? —pregunté sin saber muy bien por qué.

—No. Él no ha sentido «el llamado».

Capítulo 21

Viaje al desierto de Gobi

La visita de Víctor me dejó casi petrificada. Cada vez tenía más claro que muchas de las cosas que suceden en la vida, ocurren cuando menos las esperas, sin previo aviso, de forma abrupta, dándote solo la licencia de que te habitúes a ello lo antes posible. Sin embargo, me sentía afortunada por tener cierta «facilidad» para adaptarme, con relativa rapidez, a muchos de esos acontecimientos; aunque claro, aquella capacidad no me eximía de las sorpresas. Surgían de todo tipo. Algunas parecían ser extraídas de un cuento de hadas, otras, en cambio, de una *peli* de terror. También las había semejantes a una novela de ciencia ficción y, sin embargo, todas eran reales.

Tras marcharse Víctor, subí a casa. Lo primero que hice fue encender el ordenador. Busqué en Google: «Nicolás Roerich», pudiendo leer, esta vez por mí misma, parte de lo que mi amigo ya me hubo adelantado. No profundicé mucho, tan solo lo suficiente como para contrastar los datos que él me facilitó minutos atrás en su coche. Aunque para ser sincera, creo que en realidad procedí de ese modo por necesidad; una necesidad que surgió en mi mente, de verificar, de alguna manera, que nuestra reciente conversación no era una invención de mi cabeza...

Bajé la pantalla del portátil sin apagarlo como es debido, me levanté apresurada del sillón y anduve hasta la entrada de casa. Cogí las llaves del auto, mi teléfono, el bolso y, tan rápido como permitieron mis pies, descendí las escaleras del portal dirección al coche.

Era hora de ir a hablar con Ian. Sabía que se encontraba en su piso, así que decidí presentarme allí de improvisto.

En apenas diez minutos aparqué en su calle. Su vivienda daba al exterior y, de forma ilógica, por un momento recé para que no me viera bajar del vehículo a través de alguna de sus ventanas. Al instante me di cuenta de que aquella idea rozaba lo absurdo; las probabilidades de que estuviera asomado a la terraza o a las vidrieras eran ridículas. Así que, de inmediato deseché mis temores y proseguí el camino.

Subí los escalones después de traspasar la puerta del portal que, con amabilidad, me aguardaba abierta. Di gracias por ese gesto al Universo.

Me resultó curioso descubrir el fuerte deseo que tenía de verle, sintiendo al mismo tiempo, cómo el miedo trataba de apoderarse de mi raciocinio. Cualquiera diría que quería evitar que se enterase de

que estaba yendo a su casa, subiendo los escasos peldaños que me separaban de él... En fin, un sinsentido.

Al llegar a su puerta paré en seco. Tomé una enérgica inhalación por la nariz y noté cómo mi estomago jugaba a dar saltos desbocados, provocando con ello que se acelerara mi corazón.

Estando en mi hogar sabía cómo escabullirme de casi cualquier situación comprometedora, pero si traspasaba aquella puerta..., no tendría escapatoria. No cabía duda, temía estar a solas con él. Desde nuestro excitante beso del pasado viernes, no habíamos vuelto a estar juntos, sin nadie más. Bueno, sí, cuando estuvimos unos instantes en mi cocina el sábado anterior.

Por un momento estuve a punto de darme la vuelta y deshacer el camino recorrido, pero necesitaba hablar con él. Saber que se encontraba bien y no me ocultaba nada importante, y, si surgía la oportunidad, plantearle un hipotético viaje al desierto de Gobi.

Oí un ruido al otro lado de la puerta. El sobresaltó me hizo dar un paso atrás con el corazón más acelerado todavía. Acto seguido, la gruesa lámina de madera y metal, se abrió.

—¿¡Aurora!? ¿Qué haces aquí? —preguntó mi padre.

—¿Qué haces tú aquí? —le espeté como un resorte sin poder creer lo que veía.

—¡Aurora! —exclamó Ian asomándose por detrás de Joaquín—. Ignoraba que fueses a venir...

—Ya, ha sido una decisión improvisada —contesté sarcástica. —Pero..., ¿y tú qué haces aquí? —volví a interrogar a mi padre. Sin duda aquello me había enfurecido.

—Como me dijiste que el muchacho estaba esquivo y durante un rato tampoco he sabido nada de ti, decidí venir a verle.

—¿Y desde cuándo conoces dónde vive?

—Desde el otro día que nos quedamos solos después de regresar de la conferencia.

Me parecía todo muy extraño. Ian seguía detrás de mi progenitor, callado, observando con detenimiento. Yo cada vez me percibía más recelosa.

—No sé por qué me da la sensación de que me estáis tratando de ocultar algo —dije sin tapujos.

—No entiendo por qué dices eso, hija. ¿Qué te vamos a ocultar?

A pesar de sus palabras, su voz no me transmitió ninguna confianza y, lejos de tranquilizarme, en mi interior fue cobrando mayor fuerza la conjetura de que escondían algo, y con ello, mi irritación.

—¿Por qué no entramos todos en casa? —invitó Ian.

Pero se me habían quitado las ganas de permanecer allí y de hablar con ninguno de los dos. Mi enfado crecía por momentos y no quería

continuar con ellos mostrando esa actitud tan irritada, y menos, ser una compañía desagradable. Decidí inventarme algo para poder escabullirme.

—¡Ah, no te preocupes! Solo vine para saber si necesitabas alguna cosa del súper —mentí con mucha convicción—. ¿Necesitas algo? —dije mostrando una encantadora sonrisa.

Sé que aquello les descolocó a ambos, mas me dio igual, no quería entrar en su piso fingiendo que todo iba bien, no me sentía con ánimo.

—La verdad es que tengo que ir a comprar algunas cosas —contestó confuso.

—Por eso te lo digo, por si quieres que te traiga algo y te ahorras el viaje —seguí actuando.

—Si no te parece mal, como tu padre ya se iba voy contigo.

Aquella contraoferta me pilló fuera de juego y no supe reaccionar. No me venía a la cabeza ninguna contestación coherente como para rechazar su compañía.

—Si quieres… —tuve que decir finalmente después de unos segundos de silencio incómodo.

—Bueno, pues, yo os dejo ya —intervino mi padre haciendo ademán de irse.

—Está bien, Joaquín. Gracias, otra vez, por tu visita —se despidió Ian.

Mi padre se inclinó para besarme la mejilla. Sabía que estaba irritada con él y no me dijo nada más.

—No os gastéis mucho dinero —vociferó mientras ya bajaba las escaleras.

Ian y yo permanecimos en el rellano del portal mirando cómo descendía los escalones con la gracia de un niño pequeño, casi dando saltitos.

—¿Pasas un momento? Me gustaría cambiarme antes de irnos.

Le miré de arriba a abajo. Lucía tan atractivo como siempre y su ropa no me parecía que fuera inadecuada para ir a comprar, lo que fuese que fuéramos a comprar…

—Está bien —accedí después de un fuerte suspiro.

Se dio la vuelta y dirigió a una habitación mientras yo terminaba de acceder y cerrar la puerta tras de mí.

Aquella era la primera vez que entraba en su casa y sentí cierta curiosidad por ver cómo era. Me quité el bolso y la chaqueta y los dejé colgados del pomo de la primera puerta que encontré. Parecía un lugar grande, espacioso, los tonos claros de las paredes me ayudaron a percibir la gran claridad que se filtraba por las ventanas. El juego de sofás era de color chocolate y los muebles contrastaban gracias a su suave tinte beige. Sentí aquel sitio decorado con mucho estilo y elegancia. Me pregunté si su madre podría haber tenido algo que ver

en aquel acabado tan acogedor.

No había rastro de ninguna caja. Parecía como si hubiera estado allí toda la vida. Entretanto él continuaba en su dormitorio, me aventuré a adentrarme un poco más en el resto de cuartos. Lo primero que encontré fue la cocina, bastante grande e igualmente luminosa. Los muebles eran de un tono rojo intenso y la encimera blanca con destellos brillantes; sin duda era una encimera de *Silestone,* llevaba tiempo queriendo una igual. Luego fui a otra habitación y terminé en una sala diáfana. Apenas encontrabas en ella una mesa de escritorio y un sillón de despacho. Cuando me giré para ir al siguiente espacio, vi que tenía un espléndido mapamundi que ocupaba toda la pared. Aquello me enamoró. Me aproximé para ver con detenimiento de qué estaba hecho aquel estrambótico plano del mundo. Era una especie de tela porosa montada sobre un corcho. A riesgo de malograr el tejido, pensé que sería muy divertido marcar con una chincheta cada sitio visitado.

Pronto tendrá una chincheta indicando que hemos estado en el desierto de Gobi, pensé satisfecha.

—¿Por qué sonríes?

No me había dado cuenta de que Ian aguardaba en el pasillo observándome. Me asusté y di un pequeño respingo.

—Nada, tonterías —dije tratando de bajar mi ritmo cardiaco.

Él sonrió de medio lado achinando los ojos. Como tentándome a descubrirle un secreto; como si pudiera hipnotizarme con la mirada.

—¿Qué ocultas? —dijo en tono seductor y cantarín.

—¿Qué ocultas tú? —repliqué con retintín, zafándome del magnetismo de sus pupilas y su sonrisa arrebatadora.

En ese momento me di cuenta de que era apremiante salir rápido de allí si no quería terminar haciendo una locura. Algo que en el fondo llevaba deseando mucho tiempo y que, sin embargo, no me atrevía. Mas el problema radicaba en que ya era demasiado tarde. Me sentí como un insecto adormecido por el veneno de una araña, atrapada en su tela, aletargada y a merced del caprichoso apetito de su anfitriona. Su mirada provocaba ese efecto; te apresaba sin apenas dejarte tregua para la más cobarde de las huídas.

Ian se acercó manteniendo su cara de «aquí estoy yo» y, por mi parte, permanecí quieta, desafiante. No estaba dispuesta a dejarme desarmar por su cautiva sensualidad.

—Creo que deberíamos irnos a comprar —argumenté en plan aguafiestas.

—Sí, es posible, pero antes me gustaría besarte —dijo aproximando su cara lentamente a la mía.

Entendí que la prudencia en su acercamiento era un intento por averiguar mi conformidad hacia aquella «proposición».

Persistí inmóvil, esperando. Y, al fin, sus cálidos labios conquistaron los míos. Sin darme cuenta cerré los ojos invadida de satisfacción y deseo. Con delicadeza fue aproximando su cuerpo al mío, hasta estar nuestras cinturas unidas por completo. Sus dedos se deslizaron entre el cabello de mi nuca desarmando la última resistencia que podía oponer. Me besó despacio, con ternura. Recreándose en cada aliento, contagiándome con su desinhibición. Era difícil que alguien me besara como a mí me gustaba, pero él parecía que… Parecía que podía descifrar el diagrama de mis deseos y mis gozos.

Fue deslizando una mano desde la cintura hacia la parte baja de mi espalda. La posó con firmeza y me atrajo con mayor tenacidad hacia sí. Mientras, su lengua no le permitía tregua alguna a mi corazón que latía con fuerza de pura excitación. El deseo era mutuo. Llevábamos tanto tiempo posponiendo ese momento que los dos estábamos sumidos en el caos maravilloso del desenfreno. Pasaron los minutos, lentos, fugaces. Y ambos nos perdimos en un universo paralelo, donde el tiempo y el espacio no tenían sentido para nosotros. El único mundo que podía palpitar en mí era él, dejándome ser el manto estrellado que se ocuparía de albergarle para mecerle con amor.



El cuchicheo incesante de mi abdomen nos despertó.

Me levanté con torpeza, sintiendo un leve mareo que tambaleó por un momento mi equilibrio. Supongo que la falta de alimentos y el desgaste físico se habían puesto de acuerdo para ese desliz blanquecino en mi campo de visión.

Aguardé unos instantes de pie y respiré hondo. Rápidamente la normalidad se alojó en mi organismo haciéndome sentir recuperada del todo. Me puse la camiseta de Ian por encima…

—¿Dónde vas? —cuestionó con una preciosa mueca en sus labios.

—Voy a ver qué hora es. Debe ser bastante tarde.

Y, en efecto, entre el lapso que empleamos en recuperar el tiempo perdido y el sueño que nos invadió tras ello, ya casi eran las siete.

—Adivina —reté volviendo de la habitación contigua con el móvil

en la mano.

—¿Las cinco? —preguntó subiendo una ceja.

—Casi las siete.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que deberíam...

No pude hablar más. Sentí cómo la sangre de mi rostro huía de él dejándolo níveo, obnubilando de nuevo mis pupilas y sentidos. A punto estuve del síncope. Ian dio un salto de la cama al verme la cara desencajada.

—¿Qué te pasa? —dijo inútilmente ya al lado. Viendo que no le contestaba, se asomó sobre la pantalla del teléfono para averiguar lo que me había robado toda la atención y por casi la consciencia.

Sin poderlo evitar, una lágrima se fugó desde mi interior para acabar muriendo en un inevitable impacto contra el parqué.

Capítulo 22

Invisible esperanza

No podía ser cierto lo que pasaba.

¿Tan poco tiempo podía durar la felicidad?

No…, no podía aceptarlo. No estaba preparada para estar sola. Teníamos muchas cosas que hacer juntos…, los tres.

El coche volaba atravesando la autopista. Ian conducía lo más rápido que le permitía el propio vehículo. Debíamos apresurarnos, al parecer apenas disponíamos de unos minutos. Me atormentaba la idea de que pudiéramos llegar tarde y…

No por favor, no te puedes morir. Tú también no, lloraba en silencio con la mirada fija en el mensaje de mi tía.

«Creemos que tu padre ha sufrido un infarto. Estamos en el hospital Ramón y Cajal. Están preparando todo para operarle. Cuando veas esto, ven de inmediato. Los médicos no nos han dado muchas esperanzas. Te esperamos en la sala de urgencias».

Trataba de mantener la calma, pero resultaba casi imposible. Mi corazón latía apresurado, mas, esta vez, no de amor, sino de miedo. Un miedo que lo invadía todo y se apoderaba de mis sentidos llevándome a temer lo peor. Quería despertar de aquella pesadilla. *¡Maldita sea!,* chillaba en un grito interior, único rincón de mi ser donde quedaba algo de fuerza para aullar de rabia y tristeza.

Ian me miraba de cuando en cuando para controlar mi estado. Su cara también se mostraba afligida.

—Confiemos en que se pondrá bien —argumentó tratando de animarme.

Y aunque se lo agradecí, me parecieron las típicas palabras que se dicen con amor, pero no sacian a nadie en una situación similar.

—Tú sabes el alcance del asunto. Has visto otros casos de infartos graves —respondí tajante—. No quiero falsas esperanzas y, a la vez, no quiero, no puedo aceptar que se esté muriendo —dije enfadada mientras las lágrimas nublaban mis retinas.

—Seguro que hay algo que podamos hacer… —expuso pensativo, aferrándose a la más invisible esperanza.

—Sí, pero ¿qué?, ¿qué podemos hacer?

De la nada, surgió en mi cabeza la imagen de exjefe.

—¡Víctor!

—¿Qué?

—Víctor —repetí como si Ian pudiera averiguar la evidencia que se había alojado en mis pensamientos. Confuso, guardó silencio—. Él ha estado en un congreso la semana pasada de autocuración a través del equilibrio interior o algo así. —Me sentía tan desconcertada que ya no sabía realmente qué temas ocuparon en el dichoso evento.

—... no entiendo dónde quieres llegar a parar.

—Espera, le voy a llamar.

Acto seguido busqué su número en la lista de contactos. Fue fácil encontrarlo ya que apenas hacía unas horas estuve hablando con él.

—¡Aurora! ¡Qué alegría! ¿Ya te has decidido a venir al desierto de Gobi? —respondió rápido y alegre.

Me asombró su pregunta; casi había olvidado por completo el viaje a Mongolia. En cualquier caso, mis circunstancias habían cambiado. Estando las cosas de tal manera, no podía pensar en irme a ningún sitio.

—No, Víctor —expuse apremiante—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué ha pasado? —demandó preocupado al sentir mi voz afectada.

—Mi padre ha sufrido un infarto. Está muy grave. Lo tienen que operar. Bueno, puede ser que ya le estén interviniendo. Estoy yendo con Ian al hospital en este momento. Nos acabamos de enterar hace apenas unos minutos. Necesito tu ayuda. —Mis frases eran cortas, directas, quizá algo desordenadas, pero es que necesitaba respuestas con urgencia.

—¿Y en qué te puedo ayudar?

—Este fin de semana has estado en ese congreso... ¿El Lama os enseñó..., no sé, algún ejercicio o algo para proceder en estos casos?

—A decir verdad, sí. Nos instruyeron, entre otras cosas, en cómo hacer una rueda de energía.

—¿Qué es eso? —inquirí esperanzada.

—Es una especie de trabajo de meditación; cuantas más personas se sumen y aporten su vibración, sus buenos deseos y su energía positiva orientada a un ser vivo o un problema, mejores resultados se obtienen.

—¿Meditar?

—Sí. Dicho así suena muy simple e ilusorio, pero hay quienes han salido de situaciones difíciles gracias al apoyo energético que otros les han brindado.

Exhalé un suspiro ahogado. ¿Podía ser verdad que la energía creada por un grupo de personas volcando sus *buenas intenciones* pudiese ayudar a sanar a alguien o a apaciguar algún conflicto?

Sí, la respuesta que nacía en mi interior era un tajante «sí». Yo misma lo había experimentado, aunque fuera a una escala mucho menor, claro. Sin embargo, sentí que aquello podría ser un buen

impulso para mejorar la situación extrema en la que se hallaba mi progenitor.

—Déjame que hable con el grupo con el que estuve este fin de semana —continuó—, y entre todos haremos una meditación e irradiación de energía para él.

—¿Necesitas algo? —Respiré alentada.

—Les daré el nombre y apellidos de tu padre a mis nuevos colegas, y si nos pudieras mandar una fotografía suya para poder visualizarle mejor, sería perfecto. Reforzaría aún más la intención del trabajo.

—Está bien, ahora mismo te lo envío en un mensaje.

—Estate tranquila, Aurora. Va a salir adelante. Lo sé.

—Muchas gracias, Víctor. Ojalá así sea.

Terminaba de hablar con Víctor a la vez que Ian y yo llegábamos al hospital. Aparcamos en el primer sitio que encontramos y nos dirigimos veloces hacia la sala de urgencias, al otro lado de la puerta principal.

A lo lejos, vimos a mi tía, sentada en una de las sillas de la hilera de bancos. Reposaba su cuerpo sobre sus rodillas y entre las manos tenía un pañuelo que le tapaba la boca. Pareció intuirme; nada más dar el primer paso en su dirección, alzó la mirada clavándose en mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté de forma absurda al llegar hasta ella.

—Sigue en quirófano. —Se acercó a mí con intención de abrazarme. Yo me incliné para deshacerme en sus brazos. En ese momento era lo que más consuelo nos podía ofrecer a cada uno de los allí presentes, el cobijo y el cariño de un ser querido.

—Te he llamado varias veces —explicó mi tía Jimena—, pero no lo cogías.

—Sí, acostumbro a tenerlo en silencio. Me escribe mucha gente y es molesto el pitido de los mensajes cada dos por tres —le expliqué, omitiendo por supuesto que, además, había estado sumergida en un baile de pasión y desenfreno con Ian durante horas. El recuerdo me aportó bienestar por unos segundos.

—No te preocupes, de todas formas poco podrías haber hecho —contestó resignada.

Aquello me recordó la conversación que acababa de tener con Víctor. Sentándome al lado de mi tía, aproveché ese instante para buscar una fotografía reciente de mi padre y mandársela. Ian siguió mis pasos, se acomodó a mi derecha y permaneció callado observando a su alrededor: una habitación de tamaño considerable atestada de personas esperando. Unos descansando malamente en las rígidas sillas, otros, de pie paseando, algunos en pequeños grupos conversando...

En aquel momento pude apreciar que, por lo general, solo nos

fijamos en la existencia de la enfermedad y de la muerte cuando vemos sufrir a algún familiar, ser querido, a nosotros mismos..., o cuando tenemos que armarnos de paciencia y esperanza en una desesperante sala de hospital. Da igual que lo veamos en las noticias, periódicos...: lucha contra el cáncer, estudios sobre párkinson, alzhéimer, medicamentos... Da igual; solo nos afecta cuando ya nos ha clavado sus colmillos y ha empezado a succionarnos la sangre.

Me lamenté por la poca atención que le prestamos a la prevención de las enfermedades, es decir, a potenciar la verdadera salud. Cualquier pastilla, cualquier investigación contra algo, me parecían solo un parche; un remedio tardío tratando de amainar la tormenta ya formada en nuestro interior. *Eso no es prevención, es un camuflaje*, me dije. *Es jugar a estar buscando un remedio milagroso fuera de nosotros mismos, a autoconvencernos de que no tenemos otra solución, a resignarnos ante la creencia de que caemos enfermos irremediablemente porque así lo dicta nuestra naturaleza.*

Quedarse con eso era consentir ser y permanecer por más tiempo inconscientes, ciegos e ignorantes de nuestras propias facultades. Perpetuar, durante un lapso indeterminado, un estilo de vida pernicioso que no solo dañaba nuestro cuerpo, sino que afectaba a la salud de todos los seres vivos del planeta.

Mis recientes pensamientos despertaron una extraña necesidad de acompañar a Víctor a su viaje. Los trabajos que allí se hicieran me servirían para asentar mis propias creencias, esas de las que cada vez estaba más convencida: nuestro equilibrio y paz interior es lo que nos procura salud física y mental. Pero, para alcanzar eso, debía pasar primero por el autoconocimiento y, el Gobi, parecía el lugar idóneo para dejarme llevar y adentrarme en mí misma.

Aunque aquello no era todo. Al margen de saber que se trataría de un trabajo personal, intuía podría tener repercusiones incalculables. Nosotros nos involucraríamos directamente en ese aprendizaje individual con unas consecuencias, sí, pero todo cuanto nos rodease, más allá de lo que pudiera alcanzar nuestra imaginación, también se vería alterado.

En realidad, empezaba a tener cada vez más claro que cualquier acto, fuera el que fuera, y por mucho que lo quisiéramos negar o ignorar, no solo nos afectaba a nosotros mismos, sino también a nuestro entorno.

Una decisión, una acción, un pensamiento..., abría un abanico de repercusiones y reacciones en cadena. Aquello me hacía ver, con una inexplicable lucidez, que todos estábamos conectados, que pertenecíamos a una red invisible mucho mayor, una que albergaba cuanto podíamos percibir, y lo inimaginable también.

Aquel cambio particular, aquella sanación interior, podría contagiar

las realidades de otras tantas personas, potenciando probablemente, que poco a poco todos encontráramos un equilibrio real y perdurable.

Terminé de mandar la fotografía a Víctor y eché un vistazo a mi alrededor hasta toparme con la figura de la hermana de mi padre.

—¿Y el tío? —le pregunté mientras observaba cómo su mirada se perdía en el infinito.

—Está de camino. Le acabo de avisar.

—¿Sabe que se encuentra en el quirófano?

—No. Le he dicho que ha sufrido un infarto y que estamos en urgencias esperando a que nos digan algo.

—¿Y tú, cómo te has enterado? —sentí de pronto una gran curiosidad.

—Acababa de llamarle. Estábamos hablando... Pensábamos reunirnos para cenar este fin de semana y, en ese momento, ha comenzado a sentirse mal. —Sus ojos se humedecieron recordando lo sucedido—. Un chico que andaba por la calle le debió ver y, gracias a Dios, se acercó rápido a socorrerle. Escuché cómo le preguntaba: «Señor, ¿está bien?». Tu padre le dijo que se sentía «fatal».

En automático, el joven le debió quitar el móvil y se puso a hablar conmigo. Me indicó la calle y el número aproximado en el que se encontraban, luego me dio instrucciones para que llamara a una ambulancia; y así lo hice. Colgué y marqué el 112...

—Como un ángel... —susurré emocionada.

—Sí —exclamó mi tía igualmente conmovida—, hay personas muy buenas por el mundo.

—Yo también lo creo así. —Mi cabeza voló distraída a imaginar tal escena, la cual solo se vio interrumpida de nuevo por la curiosidad—. ¿Y después?

—Ya no sé nada más, salvo que lo trasladaron aquí.

—¿Pero cómo sabías que lo traerían aquí?

—Le corresponde este hospital y es uno de los más completos, cuenta con una gran variedad de especialidades —contestó Ian—. Además, es muy probable que en la misma llamada se lo indicaran a tu tía.

—Sí, así fue —confirmó Jimena—. Me pidieron mi número de teléfono solo por si había algún cambio y tenían que contactar conmigo de nuevo.

Guardamos silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Intuí que aquel ambiente nos envolvía a todos de malos recuerdos, en especial a Ian.

—¿Queréis que os traiga algo? —Ofreció este con amabilidad.

—No hijo, gracias. —Mi tía le respondió ensimismada.

—La verdad es que yo tampoco puedo probar bocado ahora…

—Deberías tomar algo, aunque fuera un zumo. Llevas horas sin comer nada. —La última frase la dijo susurrando, creo que para que mi tía no lo oyese.

—Está bien. Tráeme un zumo si quieres. —Consentí, forzando una sonrisa desganada.

Me besó en la frente a la vez que se levantaba.

—Ahora vengo.

—¡Espera!, ¿llevas dinero? —Me sentí como una madre que manda a su hijo a un recado.

—Sí. Ahora vengo.

Dio media vuelta y se alejó.

Capítulo 23

Otra oportunidad

Las horas pasaron muy despacio. Cada minuto que se arrastraba exhausto en aquel gran reloj de pared fingía llevarse consigo una existencia. ¿Por qué el tiempo parece aletargarse cuando esperas noticias de esperanza, cuando la vida de alguien está buscando motivos para seguir presente?

Confiaba en que mi padre encontrase los suficientes alicientes como para permanecer en este mundo, en esta realidad, a mi lado por más años.

A los pocos minutos de estar allí, acudió en nuestra búsqueda un doctor. Nos invitó a acompañarle ya que, según él: «la sala de espera de urgencias no era la más adecuada».

El hombre hizo de guía a lo largo de unos interminables pasillos que nos conducían a la cuarta planta, donde, según nos explicó, se trataban las enfermedades coronarias y digestivas.

Tras el desolador trayecto, llegamos a una nueva habitación, esta mucho más pequeña que la anterior, calculo que de unos veinte metros cuadrados. Disponía de unos sofás muy bajos y un par de mesas, en cuyos cristales reposaban las típicas revistas de cotilleos y sin valor que acostumbraban a «contaminar» cualquier sala de espera y las cabezas de cualquiera que se preste a ello. *Nos dejamos arrastrar por las masas...,* pensé resignada.

—Pueden esperar aquí. —Apuntó el hombre con amabilidad, haciendo una señal con su mano derecha invitándonos a entrar y permanecer en aquel espacio.

—Muchas gracias —respondimos a coro.

—En cuanto nos sea posible saldremos a darles un parte —informó—. Traten de mantener la calma.

Era increíble la tensión a la que esos *salvadores* estaban sometidos. La vida de decenas, de cientos o quizá, de miles de personas pasaban por sus manos año tras año. Tan solo un error, un insignificante despiste en quirófano podría suponer el transito de la vida a la muerte de cualquiera de sus pacientes. Sin duda, aquella profesión requería de un gran esfuerzo, dedicación, años de especialización, pasión y, sobre todo, vocación. No todo el mundo podría ejercer el trabajo que ellos realizaban... Sin embargo, de nuevo me vino el tormentoso pensamiento de que acudíamos a ellos mucho más de lo que deberíamos, y todo por dejar de escucharnos a nosotros mismos.

—Aquí estaremos —respondí—. Muchas gracias.

El hombre giró sobre sí mismo y deshizo parte del camino recorrido. Mientras se alejaba, observé sus pasos firmes y rítmicos, el

cuero de sus zapatos desgastado, el movimiento de su bata blanca contoneándose con gracia dibujando suaves y sedantes ondas de algodón. Me olvidé por un instante de dónde me hallaba y de lo que implicaba la figura de aquel sujeto.

Tras mi breve distracción, entré en la sala y tomé asiento resignándome, una vez más, a ver cómo transcurrían los minutos.

Pasaban las ocho de la tarde. Tan solo nosotros ocupábamos ese pequeño hueco. Nos mirábamos unos a otros, sin saber qué hacer ni cómo enfrentar la desasosegante espera. De vez en cuando, cogíamos el móvil tratando de simular que atendíamos algún mensaje. Pero ni siquiera las conversaciones que de verdad pudieran estar esperando nuestra atención nos ayudaban a que transcurriera el tiempo más rápido. Nada podía mitigar el nerviosismo que sentíamos ante aquella interminable incertidumbre.

—¡Hola! —contestó mi tía a su interlocutor—. Estamos en la cuarta planta. Sube por los ascensores centrales. Te espero allí.

Intuí de quién se trataba, pero permanecí callada.

—Es tu tío, ya ha llegado —aclaró mirando todavía la pantalla de su teléfono—. Voy a buscarle, vuelvo enseguida.

—Bien. Aquí estaremos —contesté con una sonrisa.

Nos quedamos así, Ian y yo solos, en medio de un silencio poco usual. Al parecer, las habitaciones de aquel pasillo no eran para pacientes, sino salas donde se realizaban pruebas médicas. Todas se hallaban cerradas, las consultas se debían pasar en las horas de la mañana. La total ausencia de sonido me turbó ligeramente por dentro haciendo que exhalara un fuerte suspiro.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Ian cogiéndome la mano. Su tacto me relajó de inmediato.

—Bien, aunque un poco cansada —respondí sintiendo mi cuerpo pesado y somnoliento—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Bueno…, hace unas horas estaba mejor —bromeó. Aquello me hizo reír.

—Sí, los dos estábamos mejor… —le dije con cariño recordando sus besos, sus caricias, la intensidad con la que habíamos disfrutado el uno del otro escaso tiempo atrás—. Es curioso ver cómo la ignorancia nos puede mantener en un estado paralelo de…, de felicidad en este caso.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro.

—Ojalá me pudiera dormir hasta que finalizase todo.

—Duerme si quieres, posiblemente esa sea la mejor manera de dejar transcurrir los minutos.

—La espera es horrorosa.

—Sí, es desesperante —afirmó apretándome la mano con fuerza.

En ese momento recordé el accidente, lo duro que tuvo que haber sido para él esperar, durante casi dos jornadas, un pronóstico definitivo sobre mi estado de salud, sobre si iba a salir adelante o no, si me quedarían secuelas o si podría recuperar algún día mi estilo de vida.

—Va a salir todo bien. —Me vi animándole, como si fuera su padre en vez del mío. Y me sorprendió ver, al mismo tiempo, que algo dentro de mí había cambiado. Ahora sí creía posible que mi progenitor pudiera salir con vida de aquella experiencia. Al principio no albergaba ninguna esperanza, pero ahora..., ahora era distinto. Sentía una fuerza..., una confianza que crecía por momentos. Una seguridad que persuadía mi miedo, llevándome a entender que todo quedaría en un susto y supondría, sin duda, otra oportunidad. Un regalo no solo para él, sino también para los que le rodeábamos, para quienes compartiríamos a su lado muchos buenos e intensos momentos.

Ian me observaba tratando de averiguar lo que se cruzaba por mi mente.

—¿Sabes qué? —planteé finalmente—. Creo que esto nos ofrece una lección muy valiosa.

—Puede que tengas razón. Lo que no sé es de dónde sale esa repentina confianza de que *va a salir todo bien* —respondió sincero. Me sorprendió que lo dijera en voz alta.

—Lo sé. A mí por un momento también me ha extrañado verme tan esperanzada y positiva... He llegado a pensar que podía haber muerto en el quirófano y su alma había venido a consolarnos y a decirnos que se encontraba bien.

—¡¿Qué dices?! —Se alarmó.

—No, no. No creo que haya pasado eso, solo comento que lo he pensado..., una posible explicación más a por qué ahora me siento así.

—¿Sabes? A mí se me han pasado por la cabeza Víctor y sus amigos... —Expuso con timidez.

—Sí, eso es lo segundo que he considerado y, algo me dice que esa es la respuesta.

Ambos guardamos silencio unos instantes. Reflexivos. Ilusionados.

—Los seres humanos tenemos unas capacidades muy grandes. El problema es que no lo creemos y no las desarrollamos. O casi peor, no nos queremos hacer conscientes de que son parte de nosotros.

Ian suspiró y empezó a acariciarme la mano.

—Después de ver cómo te recuperabas del accidente, puedo y debo darte la razón.

—No era mi momento —afirmé—, quedan muchas cosas por

hacer…

Al cabo de un largo rato aparecieron mis tíos. Todo parecía indicar que habían estado hablando antes de reunirse con nosotros. La cara de él mostraba gran preocupación. Jorge y mi padre se llevaban muy bien. Se hicieron grandes amigos en la adolescencia y luego, el tiempo y el poder del amor, provocó que fueran más que eso; se convirtieron en familia. Aquello me recordó a la relación que tenían Eric e Ian, y entendí por qué mi tía omitió al principio ciertos detalles a su marido. También ellos eran como hermanos.

Al parecer se estaba repitiendo parte de la historia. El *papel* de Eric ahora lo representaba mi padre y el de Ian, mi tío. La diferencia radicaba en que, esta vez, confiaba en un final distinto.



—¿Familiares de Joaquín Blesa? —El tono serio y grave de aquella voz me despertó de mi leve cabezada.

—Sí —dije dando un respingo. De forma automática me puse en pie para acercarme al irruptor de mi sosiego.

—¿Es usted su hija? —Frente a mí tenía a un hombre de unos cincuenta años de abundante cabellera negra engominada hacia atrás.

—Sí, soy su hija. ¿Puede decirnos qué tal ha ido? —interrogué impaciente.

—Hola —saludó estrechándome la mano—. Soy el doctor Estévez, he estado en la intervención de su padre. —En ese momento su presentación formal me traía sin cuidado, me daba igual quién era o cómo se llamaba, solo quería saber cómo había transcurrido la operación. No dije nada, me limité a esperar—. Ha salido todo mejor de lo previsto —informó haciendo que mi pecho respirara complacido—. Aún es bastante pronto, pero creo que se pondrá bien. A lo largo de estas primeras horas lo dejaremos en la planta menos dos, en la unidad de vigilancia intensiva. Si todo va como deseamos, mañana mismo le podremos pasar a planta… Hemos tenido suerte de coger el aneurisma a tiempo.

—¿El aneurisma? ¿Pero no era un infarto? —pregunté desorientada.

—No. No presentaba síntomas de infarto. Al parecer cuando llamaron a emergencias alguien dijo que podría estar teniendo uno, en

cambio, no lo era. Una vez aquí, observamos que se quejaba de la zona abdominal, lo que nos hizo pensar por un momento que pudiera tener un cólico o una apendicitis. Pero tampoco. Nada más ingresarle las pruebas nos revelaron que se trataba de algo mucho más serio. Tu padre sufría una hemorragia interna a causa de un aneurisma aórtico abdominal. Por suerte, hemos podido intervenir a tiempo. —El doctor seguía explicándose, yo le miraba con el ceño fruncido, intentando entender el alcance de la situación—. Hemos tenido que abrirle para reemplazar la arteria aorta enferma por una prótesis vascular con sutura manual. También, a lo largo de la operación, le hemos transfundido cinco bolsas de sangre… Un poco más y no lo cuenta —sentenció.

—Muchas gracias, Doctor. —Este se limitó a inclinar la cabeza y a mostrar una educada sonrisa.

—Si lo desean, les puedo acompañar hasta la UVI, me coge de camino.

—Sí, se lo agradeceríamos mucho —contestó Jimena.

—Acompáñenme, por favor —dijo a la vez que se giraba.

Tomamos nuestros bártulos dispuestos a dejarnos conducir por su amabilidad. Mis tíos le siguieron de cerca. Mientras ellos se adelantaban, Ian me cogió la cabeza con delicadeza y me besó en la frente. Su sonrisa lo decía todo. Se sentía igual de feliz y satisfecho que yo, realmente el Universo nos estaba brindando otra oportunidad.

Capítulo 24

La decisión

Mientras seguíamos al doctor a la planta menos dos, reflexionaba sobre mí misma, sobre todo lo que había ido aprendiendo desde el accidente que se llevó a la mitad de mi familia: energía, pensamientos, emociones…, cómo todo ello afectaba a nuestro cuerpo, cómo nos puede crear enfermedades o ponernos en situaciones difíciles.

A la vez, nuestro «guía» nos informaba de la larga recuperación que le esperaba a mi progenitor: *de treinta a cuarenta días, quizá más,* aseguró. Y aunque aquello no parecía que fuera a ser ningún obstáculo, ya que mi padre era un hombre fuerte y estaba segura de que lo superaría con éxito, no me quedé satisfecha.

Buscaba dentro de mí alguna respuesta que me dijera por qué pudo haber sucedido aquello. Sí, sin duda daba gracias al Universo porque aquel desconocido muchacho se le acercase y preguntara si se encontraba bien, porque le auxiliara; también al equipo médico y a los especialistas que le estuvieron tratando y le ayudaron a continuar con vida, pero, al margen de eso, yo quería saber más.

En los tiempos que nos acompañaban, intuía que atender los problemas, que cualquier persona pudiese tener, solo de forma científica, era insuficiente; al igual que sabía que, por el momento, había partes en las que la espiritualidad sin la ciencia se quedaba incompleta, o, más que incompleta, inexplicable. En cualquier caso, sentía que era el momento de encontrar la fusión entre las dos fuerzas más importantes que tenía el ser humano, su espiritualidad consciente y su capacidad mental científica.

Caminábamos en silencio. Después de recorrer un largo pasillo, dimos con el ascensor que nos trasladó a nuestra planta. Allí, tras serpentear por tres o cuatro corredores más, por fin llegamos a la sala de espera de la unidad de vigilancia intensiva.

—En una hora más o menos, las enfermeras dejarán pasar a un par de familiares unos minutos —explicó el Dr. Estévez—. No podréis hablar con él, ya que seguirá dormido o aturdido por la anestesia general. Es normal, no os preocupéis. Principalmente dejamos pasar a los familiares unos instantes para que se queden más tranquilos…

—Muchas gracias —le dije con cariño.

—Si me disculpáis, me tengo que ir.

—Claro. Muchas gracias por todo —repetí.

Aquello, más que una sala, era un pasillo ancho en el que encontrabas una hilera de bancos adosados a la pared. Frente a ellos había unas ventanas de textura opaca que no permitían ver lo que se

escondía al otro lado. Entendí el motivo de tal «discreción». Debía haber de todo ahí dentro, y no muy agradable a la vista.

—¿Os parece bien que os dejemos un momento solos? Vamos a por un café a la máquina —argumenté mirando a mis tíos a los ojos y dando por hecho que Ian vendría conmigo.

—Sí, hija, tranquila, hasta dentro de una hora no nos dejarán pasar, así que..., tenéis tiempo de sobra —autorizó Jimena cariñosa y comprensiva.

—¿Queréis que os traigamos algo?

—No, no te preocupes. Id con calma. Ahora cuando regreséis vamos nosotros. Así estiramos las piernas —contestó mi tío.

Sonreí con calidez; me parecía buena idea. Cuando me quise dar cuenta, Ian ya esperaba a mi lado dispuesto a que nos marchásemos.

—Por cierto, en vez de sacar un café de la máquina, ¿por qué no vais mejor a la cafetería?

—Sí, tienes razón. El de máquina me da taquicardia —sonreí apurada. Los demás se rieron al ver mi cara de aprensión.

—Está bien, ahora venimos.

—Aquí estaremos —contestó mi tía.

Mientras subíamos los dos pisos que nos separaban de la planta principal empecé a reflexionar en voz alta.

—¿Te has dado cuenta?

—De qué —replicó Ian.

—Me resulta curioso que le haya pasado esto ahora.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que no es casualidad. Justo ahora que nosotros empezamos a «aproximarnos»..., que nos contactan unos extraterrestres para ir, en teoría, a algún sitio de Asia Central —mentí un poco—, le da un aneurisma...

—¿En qué estás pensando?

—No sé..., particularmente creo que las enfermedades funcionan como delatores de desequilibrios, sobre todo, emocionales. Serían las encargadas de avisarnos de que en nuestro inconsciente o subconsciente queda el remanente de una traumática experiencia que todavía nos afecta negativamente. Algo que nos pasó y no hemos superado o, que incluso, enfrentaron nuestros ancestros, quedando el dolor grabado en la energía del clan.

—¿Cómo...?

—Sí, me refiero a las herencias energéticas, dolores o traumas que perduran y se repiten dentro de las familias y que nos va afectando hasta que se consiguen sanar... —Ian puso cara de no entender bien lo que le decía—. Me refiero a que en ocasiones se repiten patrones dramáticos una y otra vez hasta que alguien los hace conscientes... Y

ese es el problema, que los solemos activar sin tener percepción de ellos, de forma automática y, por tanto, no los sanamos, sino que los perpetuamos…

—¿De verdad puede ocurrir eso?

—Sí —afirmé sin dudarlo—. El aneurisma de mi padre creo que puede tener relación con la muerte de mi madre y mi hermano. Nunca lo ha dicho pero, creo que se siente culpable.

—¿Por qué iba a sentirse culpable?

—Dejó que mi hermano condujera. —Observé a Ian fruncir el ceño, parecía no entender a qué me refería—. Verás, mi padre había comprado unas entradas para el teatro; quería darnos una sorpresa. Nos avisó de que no hiciéramos planes para esa noche con dos meses de antelación. Estaba muy emocionado con la idea de vestirnos de «etiqueta» y ver el espectáculo desde un buen palco. El caso es que lo ocultó muy bien durante todo el tiempo, pero ese mismo día, no sé cómo, mi hermano se enteró de sus intenciones. Al final, Eric le persuadió para poder llevar él su coche. Argumentó que al ser más joven, estaría menos cansado para conducir a la vuelta.

—Entiendo. Pero tu padre no tiene culpa de eso.

—Lo sé. Pero, ya sabes…, a veces nuestra cabeza nos hace pensar cosas raras.

—Y entonces, ¿solo porque se siente culpable puede haber sufrido un aneurisma?

—Sí, eso creo —contesté pensativa tratando de atar más cabos—, lo que no sé es por qué ha podido suceder ahora, después de tanto tiempo…, ¿puede ser casualidad? Yo no creo en las casualidades, y menos cuando se trata de enfermedades o accidentes. Tengo entendido que la sangre está relacionada con los lazos familiares y la alegría de vivir; en este caso podría tener lógica. Pero que se le haya fracturado la aorta…, una de las arterias más importantes del cuerpo…

—La aorta pasa por el corazón, sale del ventrículo izquierdo… —explicó Ian como si me leyera el pensamiento.

—Sí, y eso a lo mejor puede estar relacionado no solo con sentirse culpable de haber perdido a buena parte de sus seres queridos, sino al miedo de perder al resto que le queda.

—O sea, a ti.

—Supongo que sí.

—Pero no hay motivo para pensar eso, ¿no? —manifestó con cierta preocupación.

—Puede que no lo haga de forma consciente. En apariencia no hay razón, aunque…, si ha sentido que tú y yo… Bueno, que…

—Ya —contestó rápido evitándome el bloqueo.

—¿Crees que ha pensado que si tú y yo estamos juntos se va a quedar solo?

—No creo que lo haya pensado directamente, quizá es su cerebro inconsciente el que siente ese temor, y, en fin..., esa energía ha podido controlar su cuerpo y provocarle el aneurisma. Además, con todo el asunto de los extraterrestres, a lo mejor le da miedo no solo nuestra posible relación, sino que me suceda algo..., no sé, que me abduzcan o yo qué sé... El tema es tan complejo... Nuestra cabeza es un mundo con autonomía propia.

—Nosotros somos los que nos complicamos.

—Sí, un «poquito».

—No sé, es posible que tengas razón. A lo mejor piensa que también vas a desaparecer de su vida y, todo eso, acompañado al dolor por la ausencia de las personas que más amaba en el mundo..., yo también me sentiría roto por dentro.

—¿Sabes? —planteé retóricamente—. Desde un punto de vista energético, las varices representarían el deseo inconsciente de mantener a la familia unida. Te digo esto porque, por lo que tengo entendido, un aneurisma empieza a formarse debido al deterioro de la parte central de la aorta que es la parte más fuerte del vaso sanguíneo. Si la parte central se desgasta, las paredes exteriores se ven forzadas y, a veces, se dilatan acumulando sangre y ensanchándose, llegando incluso a romperse. Quizá esté mal comparado, pero el aneurisma me recuerda a una variz de tamaño bastante mayor y, por supuesto, en una zona mucho más peligrosa.

—Es muy curioso que pueda intuir que podamos haber avanzado.

Me di cuenta de cómo Ian elegía con detenimiento las palabras para expresar nuestro progreso en la relación.

—Sí, el inconsciente sabe lo que ocurre a su alrededor. Nuestros sentidos e instintos no hacen más que darnos información sin cesar. Aunque por lo general, la ignoremos.

—Sin embargo, nosotros no nos enteramos de lo que había sucedido hasta un rato más tarde...

—O quizá sí, y por eso nos quedamos dormidos evitando, temporalmente, toparnos con la realidad —contesté pensativa—. Dormir, en ocasiones, puede resultar un buen método para escapar a los problemas.

—Creo que deberíamos hablar con él.

—Sí. En cuanto empiece a recuperarse —asentí mientras pensaba en el viaje al Gobi.

Todavía no se lo había dicho a ninguno de los dos. Ignoraba cuál podría ser el mejor momento. Mi padre acababa de ingresar en la UVI y, hasta que no abandonara esa estancia y se recuperase un poco, debía evitarle sustos. Por otro lado, a Ian tampoco sabía cómo ni cuándo decírselo. Me preguntaba si me querría acompañar...

Me sentí algo extraña al darme cuenta de que ya daba por hecho

que iría al Gobi, viniera o no Ian. Desconocía el instante de aquella elección. No obstante, nuestra reciente conversación me hizo tenerlo claro: mi mente inconsciente había tomado la decisión en algún momento y yo y mi parte racional, estábamos siendo las últimas en enterarnos. Aun así, tenía dudas, muchas dudas.

De pronto me acordé también de Víctor. Tendría que decirle algo lo antes posible para que pudiera tramitar mi billete de avión. Pero no sin antes hablar con Ian y con mi padre.

Traté de relajarme y confiar en que encontraría el momento justo, el más adecuado para plantearles a cada uno de ellos mi partida. Luego, ya llamaría a Víctor.

—Creo que deberías escribir a Víctor para decirle que ha salido todo muy bien —dijo Ian cuando alcanzábamos la cafetería.

Al oírle pronunciar su nombre me sobresalté. ¿Acaso había adivinado que lo tenía en el pensamiento en ese instante…?

—Sí. —Sonreí—. En cuanto podamos verle, le mandaré un mensaje para agradecerle su ayuda y la de todos sus amigos.

—¿Qué quieres tomar?

Capítulo 25

El verdadero mensaje

Transcurrían un par de días desde el incidente de mi padre. Por suerte, ya se encontraba fuera de peligro. Lo habían trasladado a la planta décima, allí debería seguir con su recuperación hasta que le dieran el alta.

Durante ese lapso, mi cabeza no pudo dejar de pensar en el viaje al desierto de Gobi.

Acordé conmigo misma aguantar el tiempo necesario para darles la noticia de mi inminente marcha a Ian y a mi padre, hasta que este último estuviera un poco mejor. Y, había llegado ese momento. Sin embargo, la simple idea de planteárselo me daba miedo. No sabía cómo podrían reaccionar.

Mi progenitor acababa de ser operado porque, según mi forma de percibir y sentir las enfermedades, estaba somatizando algún conflicto inconsciente, algún tipo de temor o dolor traumático todavía por resolver, en concreto: su miedo a quedarse solo, a perderme. Si me marchaba, aunque fuera solo por unos días, supondría la confirmación a sus fantasmas.

Respecto a mi destino, desconocía cuán arriesgado podría llegar a ser. Aunque no hubiera peligro alguno, algo me decía que no sería un viaje fácil. Era muy probable que aquel lugar despertase mis emociones más dormidas. Eso sin contar con las «condiciones precarias» que nos podríamos topar. En cualquier caso, fuera como fuere, mi corazón me pedía acudir a su encuentro.

Aquellas dudas me acompañaron sin descanso durante los dos días que permanecí a su lado. Por fortuna, se disiparon una vez en casa. Supongo que, tras encontrarme de nuevo en mi ambiente y poder dormir, descansar y comer como es debido, pude meditar con calma sobre el asunto y ver las cosas más claras. Ahora solo debía enfrentarme a mis propios miedos: comunicárselo a Ian y a mi padre, con la única pega de no saber por cuál de los dos comenzar.

Pensé hablar primero con mi padre, le tranquilizaría y le diría que estaríamos juntos durante muchos más años y que, aunque tuviese pareja, él jamás saldría de mi vida. Y menos si mi pareja era Ian… Se llevaban alucinantemente bien.

Pero luego, reflexioné y creí más conveniente empezar por Ian. A fin de cuentas, ya era mayorcita y no necesitaba el consentimiento de *papá* para irme unos días de viaje.

Y eso fue lo que hice. Mientras mis tíos se encargaban de acompañar a mi padre en el hospital, yo reuní el valor necesario para

ir su casa a hablar con él.



—¡Pitufina!! —dijo con grata sorpresa mientras abría la puerta—. ¿Qué haces aquí? No esperaba que vinieras.

Tras su bonita sonrisa, la voz le tintineó con felicidad. Casi antes de rebasar el umbral, tomó mi cintura atrayéndome hacia su cuerpo, desarmando mi tensión con un cálido beso y un interminable abrazo.

—Sí, he venido a ver qué hacías —expuse, omitiendo el verdadero sentido de mi visita, aunque también me apetecía pasar un rato junto a él; aportaba paz a mi vida.

—¿Vienes del hospital?

—Sí. He dejado allí a mis tíos haciéndole compañía.

Anduvimos hasta llegar al sofá de su salón.

—¿Qué tal está? Si quieres dentro de un rato nos acercamos.

—Sí. He pensado ir un poco más tarde, a última hora de la tarde para quedarme a pasar la noche.

—¿Otra vez? Seguro que va a estar bien.

—No lo hago por eso, sino para que no se sienta solo —contesté sincera.

—Ya, imagino.

—Además, es muy probable que dentro de muy poco le den el alta, no me supone tanto esfuerzo.

—Las recuperaciones en casa suelen ser más rápidas.

—No me extraña. Allí…, ufff, hay mucho enfermo. La energía se percibe…, ¿«densa»? —Se echó a reír.

—Sí, estoy de acuerdo. Se siente mucho dolor en el ambiente —dijo haciendo una mueca.

Después de aquella pequeña toma de contacto pensé que había llegado el momento de contarle mis planes. Mi cuerpo, el latido fuerte y tajante de mi corazón, me decía que no lo pospusiera más.

—Ian… —Llamé su atención al tiempo que me ponía seria—. Me gustaría contarte algo.

—¿De qué se trata? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Te acuerdas de cuando estuve con Víctor, cuando vino a verme a

casa porque le sucedió algo impactante?

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno..., esto... —No sabía cómo arrancar y me empecé a poner aún más nerviosa. Sentí mis manos humedecerse a la vez que, por el contrario, mi boca comenzaba a secarse y se me formaba un nudo en la garganta. Era increíble cómo algo así, aparentemente tonto y simple, me provocaba esa reacción.

—Tranquila —interrumpió al ver mi creciente inquietud—. Sé lo que quieres decirme —añadió con tono sereno.

Aquello hizo que diera un sobresalto.

—¿Qué?

—Sí. Sé lo que me vas a decir, y no debes preocuparte.

Aquellas palabras me desorientaron por completo. Ya no solo le observaba ceñuda, ahora toda mi cara expresaba la desorbitada incredulidad que me invadía.

—¿Qué sabes?

—Que te marchas a una expedición. Al desierto de Gobi.

Mi rostro cambió todavía más. Los ojos se me abrieron mucho haciendo que también las cejas se elevaran de forma descomunal, haciéndome sentir casi desaparecer la frente.

—¿Cómo...? —No pude terminar la frase.

—Lo sé desde el día de la conferencia de Enrique Paz. No quise decir nada porque me negaba a creer el mensaje que había recibido de los..., extraterrestres. No tenía forma de contrastarlo o confirmarlo. Pero luego me di cuenta de que la comunicación recibida no era otra cosa más que el presagio de algo que iba a suceder.

—Pero...

—Espera —me ordenó con voz dulce y cariñosa.

Se levantó de su asiento y fue hacia el interior de la casa. En cuestión de segundos volvió con algo en la mano. Al acercarse pude apreciarlo mejor, se trataba de un papel doblado en varios pliegues.

—¿Qué es eso?

—Es el verdadero mensaje que recibí el día de la conferencia. —Desplegó el folio sin abrirlo del todo y comenzó a leer.

> *Este mensaje es para Aumnox. El próximo día 13 de junio la esperamos junto a otros compañeros humanos en el desierto de Gobi, en Mongolia. El programa para estos tiempos involucra la necesidad de que los seres de su raza trabajen para el futuro de toda la humanidad. Se espera que muchos de ustedes despierten de su letargo, aviven su conciencia y atiendan al compromiso que en realidad tomaron antes de venir. A los que desean transitar este camino les ayudaremos, primero con trabajos individuales y luego en grupo, para que recuerden su potencial, sus orígenes y puedan*

ser un apoyo para cambiar el curso de los acontecimientos que aún están por suceder. Su involucración es indispensable para el futuro de su raza, y de este planeta. Nosotros confiamos en ustedes. Confiamos en que despertarán al amor y trabajarán unidos desde una nueva consciencia planetaria y universal.

En el momento indicado sabemos que harás llegar este mensaje a Aumnox como confirmación de que la estamos esperando. Nosotros acompañaremos al grupo en todo momento y coordinaremos sus trabajos desde nuestra base en la cordillera del Himalaya.

Luz en el camino.

Eset.

Cuando terminó de leer el mensaje, Ian sonreía. Mi reacción en cambio no fue la misma. Mi corazón latía a mil por hora, mis ojos miraban nublados a un lado y a otro tratando de encontrar algo que se escapaba a mis sentidos.

—¿Estás bien? —preguntó con dulzura.

—¿Por qué sabes que se refieren a mí? —interrogué de forma abrupta.

—Porque a la vez que escribía te vi caminando por un desierto con un grupo de personas que no conocía. Bueno sí, reconocí también a tu antiguo jefe, Víctor.

—¿Y por qué me lo has ocultado hasta ahora?

—No quería interferir en tu elección. Creí conveniente que fueras tú, libremente, la que decidieras si viajarías o no. Luego, en el momento en que estuvieses convencida, te leería el mensaje.

—Pero yo no te he mencionado que me fuera a ir —reproché—, solo te he dicho que tenía que hablar contigo, contarte algo.

—¿No me ibas a decir que tienes pensado viajar al desierto de Gobi? —Su tono fue ligeramente sarcástico.

—Sí, pero...

—Te he notado tan nerviosa que no he creído necesario que lo siguieras pasando mal, y más cuando yo lo llevo sabiendo durante días. Además, si me hubieras querido decir que no te ibas a marchar, no te habrías puesto así. Ni siquiera hubiéramos empezado esta conversación. Tenías que haberte visto la cara... —bromeó.

Giré la cabeza en busca de algo en lo que clavar la mirada para pensar. Me sentía tan confundida..., aquello me había pillado por sorpresa.

—Si no te hubiera dicho que tenía que hablar contigo, ¿me lo habrías enseñado?

—La verdad es que esto iba a pasar.

—¿Cómo...?

—Sí. También me lo mostró ese ser.

—... —Fruncí el ceño esperando una explicación más amplia.

—Lo vi. Vi que venías a casa, cómo vestías..., cómo te sentabas exactamente en el mismo sitio donde lo has hecho. Me lo reveló todo.

Exhalé una fuerte bocanada de aire.

—Tranquila, creo que todo está bien y va a seguir yendo bien.

Aquello sí que llamó mi atención. De repente, ¿Ian me estaba animando? ¿Acaso también lo había visto? ¿Ahora confiaba en esos seres extraterrestres de los que hacía apenas unos días buscaba información encerrado en su casa y sin hablarme?

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—Si vendrás.

—No. Me temo que esta vez me quedo aquí. Cuidando de tu padre.

—Me gustaría que vinieras —confesé—. Creo que va a ser un viaje muy importante.

—Y yo creo que esta vez no me corresponde ir.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me lo hubieran dicho o, ya lo sabría... Lo habría sentido o..., no sé, algo.

Me quedé callada tratando de analizar lo que estaba pasando. Para variar, no era lo que imaginé que ocurriría. Aunque viéndolo desde el lado práctico, ahora solo quedaba mi padre para darle la noticia.

—O sea que era esto lo que me estabais ocultando —afirmé pensativa.

—Bueno... —Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

—¿Qué? —reproché seria.

—No, nada —dijo zafándose de mi mirada—.Ya puedes estar tranquila, sabes lo que tienes que saber.

Aquellas palabras no me terminaban de convencer. Sin embargo, no podía hacer nada, debía creer en que todo saldría bien y la información que necesitase iría llegando a través de señales o confirmaciones muy variopintas.

—¿Mi padre sabía de ese mensaje? —le pregunté más tranquila.

—Sí. —Hizo una pausa—. ¿Piensas que eso confirma tu hipótesis?

—Desde luego no la desmiente...

—¿Quieres tomar algo?

—Sí. Necesito una tila con menta.

Se echó a reír.

—Va a ir todo bien, ya lo verás.

Me sorprendió mucho verle nuevamente animándome y tranquilizándome respecto a los acontecimientos venideros. ¿Acaso él sabía algo que yo desconocía?

—Tengo que decírselo a mi padre —dije con la taza caliente ya entre mis manos.

—Él ya lo sabe. No se va a asustar cuando se lo digas.

—Me da un poco de miedo todo esto —confesé cabizbaja—. No entiendo qué puedo hacer yo y un grupo de personas para ¿«cambiar el curso de los acontecimientos»? Me suena a película de ciencia ficción.

—Ya, al parecer tenemos más poder del que creemos o del que queremos creer, ¿no?

Sabía por qué me había contestado con aquella frase. Hacía tan solo un par de días yo defendía esa misma argumentación respecto a la capacidad de autosanación, al poder, en general, que el ser humano puede llegar a alcanzar y, ahora, él me estaba haciendo ver que esa capacidad, ese potencial, lo podíamos desarrollar en todas las áreas y facetas de nuestra existencia.

Dejé la taza sobre la bonita encimera blanca y me acerqué a su cuerpo buscando un abrazo. Necesitaba sentir la protección, el calor, la firmeza y confianza que él sentía respecto a todo aquello. Mis ojos se empañaron. Quería llorar como una niña pequeña que no sabe, que no entiende, que simplemente nota una sensación de ahogo interior y desea dejarla marchar.

—¿Crees que volveré? —susurré apoyada en su hombro dejando que la primera lágrima rodara por mi mejilla.

—Por supuesto que volverás —contestó dándome un beso en el pelo. Sus brazos me envolvieron todavía con más firmeza—. Y yo estaré aquí esperándote.

—Tengo miedo —confesé. Y en ese momento me permití abrir la compuerta de mis emociones, dejando que la cálida agua salada de mis ojos inundara toda la superficie de mi piel.

Capítulo 26

El viaje

En el coche, de camino al hospital, Ian me animaba con cariño conocedor de mi preocupación.

—Tu padre ya lo sabe. De hecho, creo que está esperando a que se lo digas.

—Es un consuelo. —Sonreí un poco sarcástica.

Pero sí, que no le cogiese la noticia de nuevas, era un alivio después de lo que había sucedido.

Al llegar a su habitación hallé a mi padre solo. Mis tíos acababan de irse a casa después de acompañarle toda la tarde.

Ian se entretuvo aparcando. Supe que se haría el remolón durante unos minutos para darme tiempo a hablar con él, gesto que agradecí.

Entré convencida; iría directa al grano. No quería demorarlo más. A pesar de que mi padre ya conocía la alta probabilidad de que me pudiera marchar, debía decírselo, «enfrentarme a él» y confirmarle que, en efecto, había decidido partir hacia el lejano desierto de Gobi, a Mongolia.

Sí, aquello me inquietaba. Una parte de mí me decía que su temor a que fuera a ese viaje podría haber sido el detonante final para que sufriese el aneurisma que ahora le tenía hospitalizado. Yo podría haber sido la gota que colmó su vaso sanguíneo y le hizo precipitar a chorros su dolor y su miedo a la soledad. Y recordé lo que apenas unos segundos atrás había ocupado mi mente mientras recorría el pasillo del hospital. Respiré hondo y traté de olvidarme del tormentoso pensamiento de culpa ya que, viendo lo visto, sabía que aquel sentimiento no hacía bien a nadie.

—Ya estoy aquí —saludé con tono cantarín entrando a la habitación.

—Hola, hija.

—Hola. ¿Qué tal te encuentras? —le pregunté mientras me inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—Muy bien, la verdad —contestó risueño. Aquello me produjo una gran alegría.

—¡Qué bien! —Pensé que debía aprovechar el momento y zanjar el tema de una vez por todas.

—Papá —llamé su atención acercándome con una silla y poniéndola al lado de la cama. Me senté despacio—. Ian me ha leído el mensaje que recibió el otro día.

No pensaba empezar así, pero fue lo primero que me vino a la mente. Según lo expresé me di cuenta, aquello era igual que decirle: «me voy al Gobi».

Me miró expectante; yo, en cambio, me quedé callada al no saber cómo continuar. Temí haber sido muy brusca.

—¿Ah, sí? Era de suponer —afirmó reflexivo sacándonos del silencio.

—¿Quieres decir que te lo esperabas? —contesté con cierto alivio.

—Hija, soy tu padre, te conozco desde hace más de treinta años..., claro que me lo esperaba —alegó con una gran sonrisa de superioridad. Aquella cara me hizo reír—. ¿Cuándo te vas? —preguntó sereno.

—Tengo que hablar primero con Víctor, a ver si sigue todo en pie. Pero no creo que apuremos al último día. El 13 debemos estar allí —le expliqué, aunque tuve la sensación de que ya se acordaba de ese dato.

—¿Y cuál crees que puede ser el objetivo de ir a aquel lugar?

—Me cuesta imaginarlo —contesté mirando la impoluta sábana que le cubría el pecho—. Además en un sitio tan lejano y de difícil acceso... La verdad, no sé qué pinto yo en todo esto y...

—Y, ¿qué?

—Y a la vez siento con toda el alma que debo ir. Es como si me fuera a encontrar con alguien a quien desde hace mucho tiempo no veo. Es una sensación muy, muy extraña.

—Yo también siento dentro de mi corazón que te corresponde acudir. Si te han llamado es por algo —argumentó lleno de amor y comprensión. Percibí que, además, sus palabras iban cargadas de melancolía, como si fuéramos a despedirnos para siempre y estuviera haciendo el esfuerzo de no retenerme—. Según el mensaje, esos seres os estarán esperando.

En ese momento recordé la conversación telefónica que tuvimos antes de su aneurisma, cuando de forma irónica le espeté que no me iba a ir con ellos. Recordé su respuesta, aparentemente distendida: «¡Llévanos contigo!».

¿Y si después de todo no era una broma? Se me escapó una mueca de incredulidad acompañada de un ahogado suspiro.

En ese momento entró Ian por la puerta.

—Hola, Joaquín, ¿qué tal estás?

—Hola, campeón —respondió este con entusiasmo—, aquí estoy, poniéndome fuerte como un toro.

Incluso estando convaleciente, mantenía un positivismo admirable.

—¿He interrumpido algo? —preguntó Ian después de un largo silencio.

—No, ¡qué va! Estábamos hablando del viaje de Aurora al desierto de Gobi.

Ian me miró mostrando una sonrisa de satisfacción, y por un momento me vi sumergida en sus melifluos y masculinos ojos color ocre.

—Bueno —exclamó Joaquín sacándonos de nuestra abstracción—, ¿y cuándo me pensáis contar vuestros avances?

Ian y yo nos miramos atónitos. *¿Es un juego de palabras o de verdad se está refiriendo a nuestra relación?,* pensé.

—¿Nuestros avances, papá? —repetí ceñuda mientras a mi compañero se le escapaba una carcajada. Acto seguido y guiada por las fugaces miradas de picardía en mi dirección y en la de Ian, me di cuenta de a qué se refería. Me puse roja como un tomate.

—¡Papá! —exclamé entre dientes con los ojos muy abiertos. No me lo podía creer, ¿este hombre no entendía qué era la discreción...?

—Está claro que habéis hecho avances —insistió.

Los dos permanecimos callados, solo que, mientras Ian se reía sin poder parar, mi rostro seguía encendido.

—Bueno, papá, todavía es pronto para hablar de «avances». Así que deja el tema, por favor.

—Está bien, está bien, ya lo dejo. Pero ya sabéis que a mí me parece que hacéis una pareja estupenda...

Entrecerré los ojos y le miré a través de las pestañas.

—¡Ya! —ordené.

—Que sí, que sí. Ya me callo.



Una vez que ya había hablado con Ian y con mi padre, solo faltaba una cosa: comunicarle a Víctor que aceptaba su propuesta para ir con él al Gobi.

Después de estar un rato los tres juntos en la habitación charlando y riendo, y, habiendo dejado transcurrir el tiempo suficiente como para que mi padre se olvidara de cotillear sobre «los avances» de mi relación con Ian, decidí salir unos minutos al pasillo para hablar con mi futuro compañero de viaje.

—Voy a llamar a Víctor.

—Está bien. Ahora nos cuentas lo que te ha dicho —solicitó mi

padre.

—Sí, ahora os cuento.

Y cogiendo mi móvil, que lo tenía dentro del bolso, me levanté con calma de mi asiento y salí de la habitación.

Ya en el corredor, empecé a subir y bajar con el dedo sobre la lista de contactos. ¡No me lo podía creer!, otra vez nerviosa y con miedo. Aunque sabía que aquellas emociones no se correspondían al temor de sufrir algún peligro durante el viaje, algo en mi interior me decía que este sería extremadamente importante para mí e intuía que, a raíz de él, mi vida cambiaría para siempre.

El miedo en realidad era vértigo. Vértigo por no saber a qué tendría que enfrentarme, a qué ni a quiénes me podría encontrar, a tener una experiencia tan intensa que transformase de forma radical y absoluta mi forma de ver y percibir el mundo.

Si tenía una vivencia muy profunda, ¿la podría manejar bien? ¿O sería superior a mí? ¿Me dejaría perturbada?

Las dudas, una vez más, se agolpaban en mi cabeza. Lo único que me consolaba era saber que Víctor participaría también en la expedición. Al menos, no me sentiría sola del todo.

Tomé aire con fuerza por la nariz y, allí, en el hueco de las escaleras de la planta décima, mirando a través de la cristalera el paisaje ondulante y edificado de Madrid, apreté el botón de llamada.

En segundos, Víctor contestó al otro lado.

—Estaba pensando en ti —me espetó con voz alegre.

—¿Ah, sí? —respondí, recordando que él no se había ido de mi mente desde que vino a verme a casa. Por supuesto, no le dije nada.

—Sí, ya tengo tus billetes. ¿Vas a venir, verdad?

—Sí, sí voy a ir, pero ¿y si te hubiera dicho que no iba?

—Sabía que vendrías.

—¿Por qué?

—Por la reacción que tuviste y porque algo me lo decía —argumentó satisfecho.

Al parecer todo el mundo sabía desde el principio que iba a ir a ese viaje menos yo; definitivamente, había sido la última en enterarme.

—Está bien —contesté con resignación—. Tenemos que hablar para que me des los detalles: cuándo salimos, la hora del vuelo, qué tengo que llevar..., no sé, todo lo que deba preparar y saber antes de marcharnos.

—Sí, tranquila. Justo ahora mismo estaba escribiéndote un email para darte todas las indicaciones. Por eso me rondabas por la cabeza...

No sé por qué, pero casi no tenía palabras para contestar.

—Genial —me limité a decir.

—Vale, en breve te lo envío. Por cierto, ¿qué tal va tu padre? ¿Se

está recuperando bien?

—Sí, está bastante mejor. Los médicos nos han dicho que entre mañana y pasado le dejarán volver a casa. Por supuesto, tendrá que guardar reposo y no hacer cosas bruscas ni coger peso durante una temporada, pero parece que avanza rápido.

—Me alegro mucho. —Sonó sincero.

—Pues..., bueno, ¿me mandas el email entonces? —dije queriendo cerrar la conversación.

—Sí. Entre hoy y mañana lo tendrás. Pero para que te vayas haciendo a la idea, en una semana nos vamos.

—¿En una semana? —repetí asombrada.

—Sí, claro. Ya estamos a día cuatro...

—Ah, cierto. Es sorprendente cómo pasan los días.

—Sí... Bueno, mañana si tienes dudas, hablamos. —Parecía que él también tenía prisa por acabar.

—Perfecto. Que descanses.

—Igualmente. Saludos a tu padre.

—De tu parte.

Nada más colgar me senté en las escaleras apoyando la cabeza entre mis manos. Sentía la mente aturdida.

En una semana me voy a Mongolia, reflexioné, *a hacer no sé qué trabajos, con no sé qué gente, durante no sé cuánto tiempo..., y guiados por un hombre que tiene contacto con extraterrestres... A la vez, esos seres ahora les dan mensajes a mis familiares para decirles que me están esperando... Pero, ¿y yo qué pinto en todo esto? Ahora sí parece que todo es un sueño...*

Allí posada, con la mirada perdida en la grisácea pared del rellano que me acogía, sentí que mi corazón latía con fuerza y rítmicamente, a la vez sereno. Aquello era un consuelo después de todo. Respirar la tranquilidad ante un viaje tan incierto me aportaba buena sensación. En cambio, por otro lado la nostalgia y la felicidad se estaban haciendo compañeras inseparables y, en dicho instante, decidieron apoderarse de mi cuerpo. Los ojos reaccionaron ante el abrupto ataque de emociones y se humedecieron sin podérselo negar. Percibí mi pecho dividido, como si quisiera ser fiel a dos mundos distintos, inalcanzables, irreconciliables. Algo había despertado y auguraba no poder silenciarse nunca más.

Capítulo 27

Volver a casa

Todavía era por la tarde, pero los párpados me pesaban mucho. Necesitaba dormir, descansar, desconectar mi cabeza de aquella aventura por unas horas. Al rato de hablar con Víctor, Ian decidió irse a casa. Bueno, en realidad le animé a marcharse en varias ocasiones.

Mi padre había cenado y yo me disponía a ello. Cogí el tupper e hice lo propio. No quería ir al restaurante del hospital porque, salvo las piezas de fruta, la comida solía basarse en pescados, carnes, derivados, arroz blanco, pasta refinada... Era algo exigente en mi dieta y mis hábitos de vida. Mi intuición me decía que cuidando un poco la alimentación me mantenía más sana, lúcida y en forma.

—Seguramente me den mañana el alta —indicó mi padre mientras yo masticaba.

—Sí, es posible. Estás mejorando muy rápido —contesté con la boca medio llena.

Sabía que se apuraba al verme dormir en el sofá cama. En repetidas ocasiones me intentó convencer de que no me necesitaba por la noche, pero me apetecía acompañarle. Cuando uno está enfermo le apetece estar con las personas más cercanas y, en su caso, esa era yo.

—Me parece que me voy a ir durmiendo, tengo un sueño... ¿Sabes a qué hora han pasado esta mañana las enfermeras haciendo un escándalo que no veas? —planteó de forma retórica—. ¡A las siete!

No contesté, me limité a escucharle mientras se me escapaba una sonrisa a la vez que masticaba.

—Entran a tomarte la temperatura como si estuvieran de fiesta y luego se vuelven educadas y preguntan: *¿qué tal has dormido?* —dijo imitando la voz de alguna de ellas.

—¿Y que les has dicho?

—Que había dormido muy poco —replicó molesto—. A eso de las doce de la noche, pasan despertándote para preguntarte si quieres un zumo o un vaso de leche. Luego tardan un rato hasta que te lo traen. Y por fin, casi a la una de la mañana, te dejan dormir. ¿Cómo se les ocurre despertar a los enfermos a las siete...? ¡Necesitamos dormir y descansar! —reivindicó, elevando un poco el tono de voz.

—Bueno, bueno. No te enfades —contesté entre risas—. Duérmete si tienes sueño y, si vienen con el *zumito,* les digo que lo dejen en la mesilla; lo tomarás cuando despiertes.

—Vale —respondió satisfecho.

Hizo ademán de colocarse.

—¿Sabes? Tengo ganas de volver a casa.

—Sí, lo sé. Ya muy prontito.

—Bueno, hija. Voy a dormir. Espero que puedas descansar algo en ese sofá tan incómodo.

—Seguro que sí, papá. Además, te terminas acostumbrando a él.

—Si tú lo dices...

—Qué duermas bien.

Al cabo de un rato yo hice lo mismo. Tan solo eran las diez y media de la noche, pero ya no podía más. Recliné el sillón y, antes de dormir, pedí al universo que si las enfermeras osaban venir a la habitación a ofrecer cualquier cosa, lo dejaran en la mesilla sin decir nada o se fueran sin molestarnos. Y aquello debió funcionar, porque la siguiente vez que miré el reloj del móvil marcaba las seis de la mañana. Dormí del tirón, sin oír ningún ruido. Nada. Si mi padre me había pedido algo a lo largo de aquellas horas, tampoco lo escuché. *¡Vaya ayuda!,* pensé algo avergonzada. Mas no quise darle mayor importancia.

Me asomé por encima de su cama para ver si seguía dormido y, en efecto, parecía descansar plácidamente. Satisfecha con aquella estampa, me recoloqué en mi rígido lecho para continuar con el mío.

Pasaron unos segundos y la habitación empezó a iluminarse. Un vehemente brillo se colaba por las rendijas de las persianas. Me sorprendió que un doctor con bata blanca y mascarilla entrase a nuestra estancia a esas horas. Nunca antes lo había visto. Pasó por delante de mí sin saludarme, ni siquiera me miró. Fue directo a la cama de mi padre.

Quise enfocar mejor la vista para identificar quién era, y me sorprendí al ver que mi madre se hallaba reposando sobre el colchón. Sus piernas se alzaban, abiertas. Su tripa prominente. Parecía estar embarazada. ¡No! Estaba a punto de dar a luz. Un fuerte gemido de dolor confirmó mi sospecha a la vez que me hizo estremecer. Aquel doctor la atendía al otro lado de una sábana mientras yo observaba la escena contrariada. No sabía qué hacía allí. Nadie parecía verme. Nadie me hablaba. Ni siquiera mi padre, que se encontraba al lado de mi madre sosteniéndole la mano, y que miraba en mi dirección. Me sentí como parte del público de una representación de teatro, en una escena muy real.

De pronto, el médico sacó al bebé del vientre de mi madre y se lo dio a una enfermera. Esta tenía una apariencia extraña, llevaba un traje de cuerpo entero, plateado y algo brillante. La niña lucía límpida. Aunque no le veía el sexo, sabía que era hembra. A continuación se incorporó el doctor, lo que me permitió ver su

descomunal altura, mucho mayor a la de cualquiera de nosotros. Podría rondar con facilidad los tres metros. La bata desapareció, dejando paso a una vestimenta parecida a la de la mujer, en su caso, un enterizo color gris oscuro; su pelo: algo largo, liso, tono caramelo. Su cuerpo se definía marcado a la vez que esbelto, como el de la fémina. Se acercó a lo que al principio creí una enfermera y tocó a la niña en la frente.

—*Estaremos siempre contigo, apoyándote y guiándote* —dijo aquel «gigante». No entendía por qué le hablaba al bebé como si este pudiera entenderle.

—*No te dejaremos aquí, llegado el momento te recuperaremos* —zanjó la mujer.

El hombre, con la recién nacida en brazos, se dirigió a mi madre y se la entregó.

—*Quedas encargada de Aumnox durante treinta años. Pasado ese plazo habrás concluido tu cometido* —le indicó este a mi progenitora.

—*¿Y la niña*? —preguntó ella.

—*En el momento en que tú te vayas, ella, que ya será mujer, empezará a recordar todo, el trabajo que ya hayamos realizado y el motivo de su presencia en este planeta.*

La enfermera entró después de dar dos golpes seguidos y contundentes en la puerta.

—¡Buenos días! —exclamó con tono cantarín andando hacia mi padre empujando un carrito.

Yo la ignoré mientras me recuperaba del sobresalto de aquella entrada torpe y escandalosa. Cogí el móvil automáticamente para mirar la hora.

¡Las siete y cuarto! ¡La madre que las pa…!, pensé apretando los dientes. Me vi obligada a darle la razón a mi progenitor: aquellas no eran horas para levantar, o más bien, infartar a los enfermos con sus voces cantarinas a la par que estridentes.

Respiré hondo y miré de soslayo hacia la cama. No solo yo me enfadé, Joaquín también mostraba una mueca de desagrado que trataba de disimular. Aquello hizo que se me escapara una carcajada lo suficientemente sonora como para que la enfermera se girara a mirarme. Me limité a fingir que buscaba el móvil, pero supe que había intuido que aquella risita nerviosa tenía que ver con ella.

—Bueno, ¿qué hacemos con esta mujer? —le pregunté a mi padre bromeando nada más se hubo ido.

—¡Qué mala eres! —Rio—. Dios quiera que me den a lo largo de la mañana el alta, porque si no…, a parte de recuperarme del aneurisma me voy a tener que recuperar también de un infarto.

—Ya somos dos —respondí riendo.

Por fortuna para nuestros cuerpos y corazones, a lo largo de la mañana pasó el especialista a verle. Tras una analítica y una ecografía de control, y una vez comprobados los resultados y ver que estaba todo correcto, el doctor le firmó el alta. En unas semanas debería regresar a consulta para una revisión, pero lo peor parecía haber pasado.

Cerca de las dos de la tarde llegábamos a su casa. Preparé algo para comer y luego nos tumbamos cada uno en un sofá. Nos quedamos dormidos hasta que vino Ian a visitarnos.

Capítulo 28

La primera expedición

Era la última semana antes de emprender el viaje a aquel remoto país de Asia Central. Estaba nerviosa. A pesar de que seguía con mi práctica regular de meditación y escritura, rutina que me ayudaba bastante, tuve que empezar a acompañar los minutos del día con tisanas de menta, manzanilla, tila... Todo por tratar de que mi corazón bajara su intensidad, ese rítmico y fuerte movimiento que parecía emular el sonido de los tambores anunciando el paso lento, pero ya inevitable, hacia un destino incierto.

Me apetecía estar sola y concentrada, pero no era una tarea fácil; al estar mi padre recuperándose de la operación, iba a visitarle cada día.

Por suerte, mis tíos Jorge y Jimena, que vivían en un portal cercano al de él, se encargaban prácticamente de todo, y para mí era un descanso. Cuando no jugaban al póker se entretenían comiendo, durmiendo o viendo la televisión. Mi tía organizaba la distribución de las tareas domésticas y ellos la pedían que cocinara... Formaban una estampa muy pintoresca.

Mientras, Ian trabajaba en una especie de estudio fotográfico que se había montado en su propia casa. Lo que empezó siendo una afición, se fue convirtiendo poco a poco en su trabajo y, aquel entretenimiento, me permitía estar algunas horas conmigo misma sin tener que forzar una excusa para ello. Me resultaba curioso que estuviera dándome tanto espacio, pero me sentía agradecida. Ni siquiera, cuando me venía a ver a última hora de la tarde a casa, se quería quedar a cenar, mucho menos a dormir. Creo que, tanto él como mi padre sabían que quería estar tranquila.

Por otro lado, hasta Víctor parecía no interrumpir mis momentos de soledad. Si necesitaba algo me escribía un mensaje o un email y esperaba paciente a que yo le contestase.

En aquella semana, además de los nervios, los sueños tampoco me dejaban desconectar. En algunos veía luces en el horizonte haciendo bellas formaciones; en otros, aparecían incluso platillos volantes.

Quedé impactada por el último que tuve antes de tomar el avión con destino a Mongolia: Veía un planeta a lo lejos, muy parecido al nuestro. Sin embargo, no se trataba de la Tierra. Era un mundo algo más grande, también con agua, atmósfera y oxígeno, y seres habitándolo. Me resultaba tan familiar que me desconcertaba...

Después de estar un rato observando aquel incierto globo, mi campo visual se acercaba a él, adaptándose a una nueva perspectiva que al fin desvelaba: la Tierra. Sin embargo, dicha experiencia no había concluido. Nuevamente, la panorámica de nuestro bello astro se

iba perdiendo al ritmo que mi visión se adentraba con rapidez hacia la superficie terrestre. Tras ello, me pude ver a mí misma en medio del más grande yermo paraje de Asia, el desierto de Gobi. Allí, en mitad de la infinita arena, se encontraba un templo marcado por dos grandes ojos. Aquellos me miraban expectantes, como si desearan o demandaran algo de mí. Notaba que querían comunicarme algo. Sin embargo, cuanta más atención les prestaba, cuanto más trataba de agudizar mis sentidos para escuchar su mensaje, más silencio percibía. Así, sumergida en un mar de preguntas sin respuestas, me desperté a las seis de la mañana, segundos antes de que sonara el despertador, para darme la última ducha antes de partir al inevitable viaje. Aunque al parecer, yo ya lo había iniciado.



Quedé con Víctor en el aeropuerto Adolfo Suárez de Barajas, Madrid. Ian madrugó para venir a buscarme a casa y luego llevarme allí.

Durante el trayecto sentí que algo muy grande e incierto se movía dentro de mí. Algo que no sabía describir con palabras, que me emocionaba de alegría a la vez que de tristeza. Desconocía si era un bloqueo emocional o por qué podría encontrarme así, solo sabía que una parte de mí quería romper a llorar y otra no era capaz de permitirlo, no por control, sino por no desearlo.

—¿Llevas todo? —me preguntó Ian acabando con el silencio que nos envolvía.

—Sí, eso espero —respondí en un suspiro.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho —afirmé sin ningún reparo—. Desearía que vinieras con nosotros.

—Yo también. Ahora me arrepiento de no haber cogido un billete de avión para acompañaros.

Le miré con ternura mientras mi cara dibujaba una sonrisa triste.

—Siete días —me dije a mí misma en voz alta—. Son solo siete días.

—Sí. Se pasará rápido.

—Creo que tengo miedo porque no sé qué va a ocurrir y..., a la vez estoy deseando ir. ¿Puede haber algo más ilógico? —planteé de forma retórica.

—Supongo que sí, pero ahora no se me ocurre nada. —Rio. Le sonreí con cariño. Era tan dulce y cariñoso conmigo… Nunca pensé que me costaría tanto dejarle.

Llegamos a la terminal. Víctor me esperaba en la puerta de cristal. Ian se bajó conmigo para ayudarme a sacar del maletero la gran mochila que me acompañaría y haría las funciones de casa portátil. Íbamos equipados con tiendas de campaña pequeñas para pasar la noche. Temí por unos segundos no haber cogido la suficiente ropa de abrigo, ya que aquellas finas telas serían las únicas que nos guarecerían de la intemperie.

Víctor nos hizo una señal alzando el brazo para que le viéramos. Tras comprobar que lo había cogido todo, cerramos el coche y nos dirigimos hacia él.

Al llegar a su lado, ambos se presentaron oficialmente estrechando sus manos con un fuerte apretón. Yo estaba distraída. Llegado ese momento, solo deseaba subirme al avión y empezar a recorrer kilómetros sobre las nubes. Más de veinte horas nos separaban de nuestro destino. El hecho de pensarlo me producía agotamiento. Por fortuna, acostumbraba a dormir bien en los aviones y, al menos, cuatro o cinco horas estimé que podría pasarlas de ese modo.

—Deberíamos ir a facturar el equipaje —apuntó Víctor después de llevar un tiempo juntos.

—Sí, cuando digas. —Miré a Ian y le invité a que nos acompañara. Sabía que después de facturar todavía tendríamos que esperar unos minutos más.

Ya libres de equipaje, fuimos a la cola de control de la terminal que nos vería volar en apenas veintitrés minutos. Allí nos esperaban Enrique Paz y otras cuatro personas con las que, al parecer, nos embarcaríamos a las profundas extensiones de arena asiática.

Después de saludarlos, Ian y yo nos apartamos unos metros del grupo para poder despedirnos. Parecía que ninguno teníamos muchas palabras para aquel instante. La idea de separarnos estaba siendo dolorosa a pesar de saber que en tan solo siete días estaríamos de regreso.

Me miró a los ojos y dio un cálido y profundo beso que me hizo recordar los años que habíamos perdido estando lejos el uno del otro. Sin embargo, sentía que aquel podría ser el último beso que mis labios le dieran desde el amor que le tenía en ese momento. Me apretó entre sus brazos y, en un tímido susurro me deseó buen viaje. Una enorme pena se apoderó de mí alojándose en mi pecho. Con la de tiempo que

le busqué en mi imaginación, esperado sin pretenderlo, pensado entre mis proyectos, escrito para tenerle cerca y, ahora... Ahora estábamos a punto de tomar caminos separados ignorando si tornarían a juntarse de nuevo.

—Volveré —le dije mirándole con tristeza y tratando de convencerme a mí misma.

—Sí, sé que tu cuerpo regresará. —Aquellas palabras hicieron que se terminara de quebrar la frágil resistencia que trataba de imponer al torrente de emociones que querían emanar por mis ojos. Una lágrima resbaló por mi mejilla y se precipitó contra el suelo—. Solo nos queda esperar —añadió, tratando de esperanzarnos a los dos.

—No sé lo que va a suceder en este viaje —confesé.

—Pronto lo averiguarás —contestó sereno forzando una sonrisa. Vi sus ojos humedecer y apartó la mirada de la mía.

Tras unos segundos sin saber muy bien qué hacer, me puse de puntillas y le di un beso calmado en sus carnosos y bonitos labios.

—Debo irme —le susurré, a pesar de no querer marcharme de su lado y disponer aún de unos minutos que podríamos haber compartido.

—Sí. Vete. Estaré aquí para recogerte.

—Sí, lo estaré deseando.

De nuevo me abracé a su cuerpo con fuerza, luego le besé en la mejilla recreándome en el contacto con su piel.

—Hasta luego, fortachón. —Me separé de su pecho.

—Buen viaje, pitufina. —Besó mi frente.

Cogí la pesada mochila y, con cuidado, me la coloqué en la espalda. Giré sobre mí misma para dirigirme al grupo donde se encontraba Víctor, Enrique Paz y las otras cuatro personas.

Aunque sentía un gran dolor en mi interior por dejar atrás a Ian, no quise darme la vuelta para mirar. Mis pies parecían seguir instrucciones concisas de una parte de mí misma que no se dejaba doblegar por las emociones, y que me conducían de forma automática hacia la experiencia que cambiaría por completo tanto mi vida como mi forma de ver el mundo y la realidad.

Capítulo 29

Transiberiano

El viaje fue largo, duro, pesado. Las horas de avión se me hicieron eternas y lo peor era que ahí no acababa el desplazamiento para llegar a nuestro destino. Después de surcar los aires, tuvimos que tomar un tren llamado transiberiano, unía Rusia con Mongolia. Si lo cogías de cabo a rabo, te trasladaba por unos interminables nueve mil quinientos kilómetros, aproximadamente. Aunque por suerte nosotros no tendríamos que recorrer todo su itinerario, lo cierto es que, tampoco quise saber los kilómetros que nos cobijaría su interior. Lo que sí sabía era que la travesía en esa caja metálica sobre ruedas, estaba siendo muy calurosa y agotadora.

Mis compañeros de aventura parecían entusiasmados a pesar de las pocas comodidades de las instalaciones; en cambio a mí me resultaba bastante duro adaptarme a la situación. Trataba de mantenerme concentrada en disfrutar el trayecto, mas en algunos momentos me resultaba casi imposible. Echaba de menos a mi padre, y a Ian. Llevaba fuera de casa un día y añoraba mi cama, la comodidad de un aseo limpio donde sentarme..., y una buena ducha. Por diversos motivos, esa sería una experiencia inolvidable.

Víctor se mostraba sumamente atento conmigo, me preguntaba cada poco tiempo si necesitaba algo. Pero yo buscaba el silencio, que me dejaran tranquila. Casi me daba la sensación de estar enfadada con él: por haberme hablado del viaje, haberme puesto el caramelo en la boca, despertado mi interés, y luego, darme todas las facilidades para estar allí. Parecía ilógico, pero definitivamente me sentía algo molesta con él; aunque no era su culpa... No había echo nada malo, solo ayudarme. Intuía que se me pasaría rápido, siempre era así, y más cuando entendía el por qué de mis enfados. Además, sabía que tarde o temprano le agradecería de por vida aquel gesto altruista y único. Una parte en mi interior ya lo hacía.

En una de las paradas del tren aproveché para estirar un poco las piernas. Mientras la gente bajaba del convoy para hacer algunas compras en los mercadillos que se formaban en los andenes, yo me limité a recorrer aquel habitáculo de un lado y a otro.

Por su parte, Víctor estaba en el vagón restaurante con nuestros otros camaradas de expedición, así que, gocé de un momento a solas.

Aproveché para volver a mi asiento y encontrar allí un retiro personal momentáneo, con la única compañía de mi cuaderno y bolígrafo. Necesitaba desahogarme si no quería acabar llorando por

cualquier tontería sin motivo aparente.

Pronto, las personas empezaron a regresar a sus asientos, aunque de alguna manera, conseguí mantenerme concentrada en mi artificial soledad.

La máquina se volvió a poner en marcha.

Unos minutos después, me sorprendió la visita de Enrique Paz. Al parecer, era la única que me mantenía alejada del grupo y quiso averiguar qué me pasaba.

—¿Aurora, verdad? —me preguntó sentándose a mi lado.

—Sí —sonreí un poco forzada reposando el cuaderno sobre mis piernas.

—Entiendo que este viaje está siendo muy duro para ti —expuso a bocajarro. No era necesario ser muy listo para darse cuenta pero, estaba claro que había dado en la diana; de forma automática mi cuerpo reaccionó haciendo que mis ojos se humedecieran más de la cuenta.

—Sí. No sé por qué, pero estoy sintiendo unas emociones muy fuertes que no alcanzo a entender ni explicar. —Me vi confesándome ante aquel hombre desconocido.

—Descríbemelo —solicitó con dulzura.

—… Noto una pena muy grande sin motivo aparente. Como si tuviera un agujero en mi pecho. Como si me sintiese obligada a dar este paso. A la vez, esos sentimientos se solapan con una sensación agradable de compromiso y entusiasmo. Es una energía muy fuerte que me hace caminar…

—¿Aunque no quieras…? —terminó la frase por mí al ver que me quedaba callada.

—Sí. Algo así.

Dejé correr el silencio durante unos segundos. Enrique permanecía atento, esperando con paciencia. Miré al suelo tratando de encontrar mis propias respuestas, las que podían estar escondidas en algún rincón de mí.

—¿Sabes? No sé qué hago aquí… —continué—. Y, a la vez, siento que no debo estar en otro sitio. Sabía que debía dejar atrás a mi padre, no pasaría nada si me iba de su lado; y también a Ian, a pesar de que nos acabábamos de reencontrar después de tanto tiempo… El caso es que no entiendo por qué, pero creo que este viaje va a echar por tierra mi relación con él. Como si ya no fuera a formar parte de mi vida, como si también le fuera a perder a él. O…, casi mejor dicho, tengo miedo de ser yo quien se aleje, lo cual me causa dolor, confusión… En fin. No sé. Pensarás que estoy loca —suspiré llevándome la mano a la cara.

—Ni se me ha pasado por la cabeza que pudieras estarlo. Creo que haces muy bien en tratar de encontrar respuestas a todo lo que estás

sintiendo. No te importe si las que surgen no tienen una lógica aparente.

»De todas formas, si estás aquí es por algo muy importante. Dentro de unas horas estaremos haciendo trabajos de meditación y proyección visual para ir asentando y entendiendo a qué hemos venido estos días. —Hizo una breve pausa. Por mi parte no tenía ganas de decir nada y seguí callada observándole—. Además, deja que te informe de algo. Nuestros compañeros están en una situación bastante parecida a la tuya: afectados, nerviosos, inquietos, desorientados. La única diferencia es que ellos, en vez de tratar de analizarlo y entenderlo, intentan evadirse de sus pensamientos durante el trayecto.

»Cada uno tenemos nuestra forma de afrontar los acontecimientos...

—Puede ser —contesté con cierta resignación.

—Tu papel en esta historia es muy importante y no creo que tardes en encontrar lo que buscas —aventuró mi camarada de charla.

—¿Tú sí sabes para qué estás aquí, por qué vienes?

—Sí. Me vienen «entrenando» desde hace mucho tiempo. He compartido muchas experiencias con ellos —dijo refiriéndose a los seres extraterrestres que le contactaban—. A veces en cuerpo astral, otras en proyección mental y, de forma esporádica, también en persona.

—¿Les has visto en persona? —interrumpí como una niña.

—Sí. En tres ocasiones. En una de las vivencias me permitieron subir a su nave...

—¡Guau! ¿Y qué sentiste? ¿Cómo son? —inquirí a pesar de tratar de contenerme lo más que pude.

—En realidad son de un aspecto muy similar al nuestro, pero mucho más altos. Como ya sabrás, algunos rondan los tres metros de altura.

—Qué curioso. Una vez tuve un sueño con un ser muy alto, de ojos color gris azulado, pelo liso y largo... Era muy... —Me callé al evocar, no solo lo que su presencia me hizo sentir estando a mi lado, sino el hecho de que quizá no lo había visto mientras dormía. Mi rostro debió cambiar notablemente.

—¿Has recordado algo?

—Sí. Mi cerebro ha reproducido su cara, su aspecto, su energía y..., creo que no era del todo un ensueño, lo he visto más veces.

—¿Más veces?

—Sí, otras noches. Cuando era niña veía a personas muy altas, esbeltas... Me decían cosas, me explicaban..., cosas... —Mi cabeza voló entre unos vívidos recuerdos que se despertaron de golpe.

—Empieza la parte en la que vas a ser consciente de todas las experiencias que has tenido a lo largo de toda tu vida con ellos. —Me

explicó Enrique con cariño.

—¿Cómo que *las experiencias de toda mi vida con ellos*? —repetí confusa achinando los ojos.

—Sí. Ha llegado el momento de acceder a esas vivencias. Es un proceso por el que pasarás tanto tú como en el resto de nuestros compañeros. Vuestro viaje de iniciación es más bien una fase de reactivación de los recuerdos que tenéis registrados en vuestro subconsciente. En su día decidisteis formar parte de esta misión y, ahora se abre la posibilidad de que podáis actuar de forma consciente.

—¿Qué misión? ¿De qué hablas? —pregunté nerviosa, sintiendo muy fuerte todo lo que sus palabras me transmitían.

—Antes de venir aquí, a la Tierra, pedisteis formar parte de esta misión de «ayuda» a esta humanidad. Decidisteis dedicar vuestra vida a ello, y por eso hoy estáis aquí. Es el momento de trabajar unidos, de llevar a cabo acciones concretas. Es hora de difundir el mensaje que estos viajeros del tiempo y el espacio traen para nosotros.

—Pero eso es lo que ya estás haciendo tú, ¿no?

—Sí, pero no es suficiente.

—¿Por qué? —indagué inquieta.

—Son muchos los años que nos llevan ayudando, en cambio, no hemos respondido como se esperaba. Llevamos décadas de retraso, ocultando y manipulando pruebas. Mucha gente se sigue preguntando cómo reaccionaríamos en caso de que unos seres extraterrestres contactaran con nosotros, cuando en realidad, llevan décadas, por no decir siglos, haciéndolo. Iniciaron las comunicaciones con las cúpulas de poder, creyendo que podrían obtener mejores y más rápidos resultados, conseguir que les creyeran y así, actuar ante sus advertencias. Sin embargo, el paso del tiempo les hizo ver que ese tipo de personajes influyentes, ocultaban su existencia, la negaban, y manipulaban las pruebas para que los ciudadanos no supieran de sus acercamientos pacíficos.

»Esos «titanes dominantes» se limitaron a crear confusión, infundir miedo a la población, hablarles de abducciones, raptos, de seres con malas intenciones que buscan experimentar con nosotros, adueñarse de nuestro planeta o, incluso, destruirnos. Y aunque en el Universo hay de todo, como aquí, los seres del Sistema Centauro nos contactan desde hace décadas con fines pacíficos, poniéndonos en precedente ante posibles catástrofes naturales y avisándonos de los propios perjuicios que la mano del hombre puede provocar sobre la humanidad y el resto de la galaxia.

—¿Nos han avisado de catástrofes? —pregunté sintiendo lástima de nuestra ignorancia.

—Sí. Muchas cosas se podrían haber evitado si les hubiésemos escuchado, o mejor dicho, maniobrado para impedirlo. Por ejemplo, el

terremoto de Yungay, donde murieron ochenta mil personas, el atentado a las Torres Gemelas, o la bomba de Hiroshyma, fueron advertidos por ellos para que tratásemos de prevenirlo. Me han dicho en varias ocasiones que procuran ayudarnos en lo que pueden, estimular nuestra consciencia pero, en el fondo, los que debemos hacer el trabajo de evolución somos nosotros. No deben intervenir directamente, ya que en otras ocasiones lo han intentado y no ha funcionado.

—Pero ¿y qué podemos hacer nosotros?

—Después de tantos años, donde su prioridad ha sido ponernos sobre aviso a través de los altos cargos políticos y militares para mejorar nuestra condición de vida en este planeta, y viendo la ineficacia de su primer plan, ahora están acercándose a las personas de a pie, a los ciudadanos. En ellas, en nosotros, han encontrado la forma de ayudar a poder cambiar el rumbo de nuestra historia.

—No entiendo.

—Nos encontramos en el tiempo límite de reacción para lograr alcanzar un pronóstico favorable, conseguir nuestro objetivo.

—¿Qué objetivo? —pregunté inquieta.

—Salvar la vida de este planeta y la nuestra.

Guardamos silencio durante unos segundos. Mi mente meditaba ante la extrema importancia de aquellas palabras, en qué significaban, en cuán verdaderas podrían ser. Por su parte, sabía que Enrique tan solo aguardaba paciente a que yo pudiera asimilarlas. A él no le pillaba por sorpresa aquella «advertencia», venía trabajando con ellos desde hacía mucho tiempo para modificar el rumbo de los acontecimientos.

—Pero, no entiendo —dije sacándonos de nuestro mutismo—. Si después de tanto tiempo que llevan viniendo a avisarnos, a ayudarnos y demás, nosotros seguimos igual, sin cambiar, sin mejorar, ¿por qué no lo dejan ya? ¿Por qué les importa tanto nuestro futuro o el de este planeta?

—Porque también es su futuro.

—No entiendo. —Me repetí en un suspiro cargado de desconcierto.

—En este viaje se satisfarán todas tus cuestiones —indicó tratando de zanjar la conversación.

Le miré con cara de necesitar una respuesta en aquel momento. Sabía que eso iba a abrir mi mente para lo que pudiera pasar en los próximos días. Mantuve la mirada clavada en sus ojos, como los ojos que me miraban con fuerza en mi sueño, los de aquel maravilloso templo budista perdido en medio del desierto. Al contrario que en el sueño, esta vez conservé la calma, paciente, confiada. Y la respuesta entonces emanó.

—Solo te puedo adelantar algo, ya que lo demás irá surgiendo en tu

corazón con plena nitidez a lo largo de estos días, según vayamos avanzando en los trabajos personales de reconexión y reactivación.

—De acuerdo. —Acepté. Aquello parecía una condición para poder obtener la primera de lo que presumía sería la llegada de una gran cantidad de información a mi consciencia.

—Nosotros somos ellos.



Al parecer, en el desierto de Gobi encontraría todas mis respuestas. Unas respuestas que llevaba buscando y ansiando conocer, sin darme cuenta, desde que apenas era una niña. Y estaba convencida de ello. Mi pecho vibraba confiado a pesar de la intensidad del viaje. En pocas horas llegaría a ese yermo paraje de arena. Lugar encargado de esconder algo a los ojos del mundo y que, sin embargo, se presentaba ante todo aquel que quisiera y estuviera preparado para ver. Una puerta que servía para entrar en contacto no solo con tu propio interior, sino con otros mundos, con otras realidades, con la sabiduría ancestral y el conocimiento de nuestros propios orígenes.

Sí, el camino estaba siendo largo, duro, emocionante. Y aquello me recordaba lo análogo que podía resultar al propio sendero del redescubrimiento personal, del «quién soy» y del «qué hago aquí»; esa dureza, ese trayecto difícil y complejo que representa para muchos mirar en nuestro interior, en nuestro inconsciente. Sin embargo, al igual que a mí me estaba sucediendo, los corazones de otras muchas personas también sentían necesario recorrer dicha senda. La cuenta atrás comenzó hace mucho tiempo y, ahora, nuestras almas se encontraban despertando de golpe, con prisas, con deseos de cambiar y encauzar las cosas.

¿Seríamos capaces de tal proeza?

¿Lograríamos hacernos conscientes de nuestra realidad, despejar la niebla de confusión en la que estábamos sumidos antes de que fuera demasiado tarde?

¿Seríamos capaces de amar y convivir en paz con nosotros mismos y con el resto de seres vivos?

Al parecer, según lo que afirmaban nuestros amigos viajeros del tiempo y el espacio, el destino se encontraba escrito; mas, también nos aseguraban que era posible cambiarlo. Ese era el motivo de su compañía, de su custodia, de su guía. Desde el principio creyeron en

nosotros. Nos ayudaron.

Allí, en el desierto de Gobi, en mi primer destino, en mi primer lugar de trabajo y contacto consciente con estos seres, me esperaba algo que muy pocos alcanzaban a ver a lo largo de su vida.

Allí, en medio de la inmensidad de aquella delicada arena beige, se encontraba lo que todo iniciado espiritual deseaba conocer, sentir y revivir: Shambhala, la puerta de acceso a otra realidad, a otro mundo, a otro tiempo.

Había llegado el momento de poder adentrarme en ella y recibir su mensaje.



Nota de la autora

¿Alguna vez has pensado si el contenido de una novela de *ficción* puede no ser solo una invención del escritor?

¿Es posible que buena parte de la información recogida en esta obra haya ocurrido realmente?

A veces la verdad supera la ficción.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas aquellas personas: familia, amigos, lectores, compañeros…, que me han apoyado a lo largo de este camino, a los que han estado y se han ido, a los que llegan y se quedan, a los que sé que vendrán… Muchas gracias por tanto amor y por creer en mi trabajo.

Y quiero hacer una mención especial a Marcos Nieto Pallarés porque siempre está ahí, a Antonio Orozco y Juan Luis García por su ayuda y sugerencias; a mis compañeros de letras los #remajos; a Concha García por creer en mí; por supuesto, a mis lectores cero, a Eva Girasole, a mis nuevas compis de ‘Volando entre blogs’, y siempre, siempre, siempre a ti que has llegado hasta aquí y me has dado la oportunidad de acompañarte con mis historias.